F. ZAMACOIS
PUNTO-NEGRO

ZAMACOIS

PUNTO-
NEGRO

PQ6647
.A5
P8

1020028098

B S

B S

B S

B S

165
165

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

PUNTO-NEGRO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor Z 23 t
Núm. Adq. 33974
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Sellado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

:: :: BIBLIOTECA SOPENA :: ::

EDUARDO ZAMACOIS

PUNTO-NEGRO

NOVELA

101135
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

33979

863
Z.
PQ6647
.A5
P8

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Derechos reservados.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PUNTO-NEGRO

Más que al odio de un hombre
temed al amor de una mujer.
SÓCRATES.

I

El encuentro ocurrió a mediados de noviembre y en la Puerta del Sol, frente al café Universal. Eran las siete de la tarde: él salía, embozándose hasta los ojos, ella pasó muy de prisa, con el paraguas abierto y las faldas recogidas, y un pasito menudo de perdigón fugitivo; era pequeñita, gruesa, con un talle que valoraba las turgencias de las caderas y del seno; él la miró con ojos de codiciosa sorpresa, admirando que un cuerpo tan diminuto pudiese compendiar tantos atractivos. Pero no pudo ver más: aquello fué un chispazo, una sombra de mujer que se aleja, dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... La visión huía y su cabecita desapareció entre la multitud que obstruía la acera, como si aquella masa humana fuese un abismo hambriento.

El frío era intenso, la lluvia arreciaba; Claudio Antúnez hizo ese gesto indefinible del hombre que renuncia a un deseo por pereza, y corrió hacia el tranvía, que en aquel momento empeza-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba a subir penosamente la calle de la Montera. En la plataforma trasera iban varios individuos de diversas cataduras, un clérigo y dos soldados de la Escolta Real, inmóviles y fríos, bajo sus blancas capas, como copos de nieve.

—Pase usted, caballero—dijo el cobrador a Antúnez—; ahí dentro, a la izquierda, hay un asiento...—Y agregó:— señores, tengan la bondad de correrse un poquito...

Los viajeros, aunque de mala gana, se estrecharon, y Claudio pudo acomodarse entre un jovenzuelo que dormitaba con el rostro metido en el cuello de su gabán, y una jamona coloradota, apoplética, que llevaba sobre sus rodillas un cesto lleno de legumbres. Aquellas hortalizas despedían un olor insoportable para olfatos delicados, y la mujer que las llevaba tenía en su persona señales inequívocas del más incurable desaseo; Antúnez estuvo tentado de levantarse, pero se contuvo, temiendo que su delicadeza pareciese excesiva a los que, indudablemente, sufrían sin protestar, la misma repugnante sensación.

Casi todos los viajeros eran gente trabajadora, obreros de Chamberí y Cuatro Caminos que salían de sus talleres, con las manos negras y encallecidas, las coyunturas de los dedos deformadas por el continuo ejercicio, los semblantes marchitos, el mirar apagado. En aquellas frentes acuchilladas por el trabajo se traducía el abatimiento de los seres condenados a una lucha sin treguas: iban mal vestidos, con los pantalones salpicados de barro y las chaquetas de remiendos; desgreñados, silenciosos, con un mutismo que tenía algo de altanero y de agresivo, agobiados de cansancio y miseria, sin otro pensamiento que el de llegar pronto a sus chamizos para echarse a dormir sobre un jergón de paja y olvidarse de todo. Aquel pueblo, que salía de las fábricas secándose con

el dorso de la mano el sudor que le inundaba la frente, era zafio y olía mal; pero la culpa no era suya, sino de la miseria implacable que no permite discurrir ni asearse; y Claudio Antúnez, condolido de tantos sufrimientos ignorados, miraba atentamente aquellas cabezas vigorosas, curtidas por las inclemencias del cielo y el hálito abrasador de las fraguas, que se destacaban melancólicas, bajo la amarillenta luz irradiada por los quinqués del coche.

El tranvía avanzaba lentamente; algunos granizos que caían mezclados con la lluvia azotaban furiosos los cristales; fuera se oía el metálico ruido de las herraduras del ganado, que resbalaba en los mojados adoquines, y la robusta voz del mayoral, que chasqueaba su tralla, estimulando a las mulas del encuarte, que no tiraban bien.

—¡Hiá, hiá...! ¡Arre...! ¡Maldita sea...!

El coche se estremecía y los quinqués parpadeaban, lanzando a través del ambiente infecto que iba abotagando a los viajeros, un fúnebre resplandor de cirio: los cristales de las ventanillas se cubrieron de una liviana capa de vapor acuoso, y el olor a cuerpos sudados y a legumbres putrefactas, acrecía, asemejándose el interior de aquel vehículo cerrado a un estómago digiriendo una copiosa comida. Al pasar ante la calle de Jardines, el cobrador tiró de la correa del timbre, mandando parar.

—No puedo detenerme aquí—gritó el mayoral—, ¿no ves que estoy en la cuesta, hombre, o es que se te ha subido el vino a la sesera...? ¡Hiá, hiá...!

El timbre repitió la orden.

—¡He dicho que no quiero, y ya puedes tocar hasta que el corazón se te parta!

Los pasajeros miraron al cobrador.

—¿Qué ocurre?—preguntó alguien.

—Nada—repuso una mujer que había limpiado el vaho de su ventanilla para ver lo que en la calle sucedía, que una señora quiere subir y el mayoral dice que no puede ser.

—¡Valiente modo tienen de tratar al público!

—Pero, señor mío—repitió agriamente un obrero ya viejo—, ¿no conoce usted que el hombre está en la cuesta y que si el ganado se detiene no hay quien le haga arrancar después...? ¡Cuidado con las pocas luces...! Yo quisiera verle a usted ocho horas seguidas de pie en esa plataforma, con frío o con sol, y sin moverse ni para beber un maldito vaso de veneno...

Otro obrero terció en la conversación.

—¡El caballero tiene razón!—exclamó muy sofocado—; los empleados de estas Compañías cobran para servir al público que paga, y este coche se detiene ahora mismo por encima de la cabeza del gobernador...

Pero, afortunadamente para los «empleados de la Compañía», aquella generosa intervención fué innecesaria, porque la señora había logrado subir ayudada por uno de los militares que iban en la plataforma. La nueva viajera asomó la cabeza, lanzando una mirada al interior del vehículo.

—No hay asiento—dijo el cobrador.

—No importa—repuso ella—, iré de pie.

—Siéntese usted aquí, señora,—exclamó Claudio Antúnez, levantándose.

La joven, que joven y muy hermosa era la mujer a quien el galante ofrecimiento fué dirigido, lo aceptó con una leve sonrisa y una ceremoniosa inclinación de cabeza. Claudio quedó en pie, el dorso apoyado contra la puertecilla delantera, mirando a la recién llegada con aire sonriente. ¡Qué casualidad...! Aquella señora era la mujercita que

momentos antes vió en la Puerta del Sol, cuando él salía del Café Universal.

Representaba tener veinte años, y aunque alcanzaba ya la plenitud del desarrollo, parecía una niña que se hubiese recogido la trenza para disimular su poca edad. Vestía una falda color azul marino, guantes de cinco botones, una vistosa capa de piel con cuello Médicis y una capotita adornada con plumas y lazos negros: sus cejas eran arqueadas, los ojos grandes y risoteros, la nariz fina y un poquito levantada; los labios delgados, enigmáticos, formando una línea sonrosada casi imperceptible; la barbilla saliente y audaz, la frente bombeada y de marfileña blancura; la fisonomía alegre y expresiva: y como si tantos detalles no bastasen a formar una muy peligrosa conjunción de perfecciones, tenía una cabellera encrespada, fuerte, negrísima, que encerraba las sienes en un marco de azabache; era una cabecita inteligente, deliciosa, sepultada voluptuosamente entre las pieles del cuello de la capa.

El jovencillo del gabán la miró receloso; Claudio Antúnez la examinaba también: en cuanto a los demás viajeros, habían satisfecho su curiosidad con una ojeada, y ya no les preocupaba aquella señora tan diminuta que no alcanzaba al suelo con los pies.

Claudio reflexionaba, procurando resolver algunas preguntas.

—¿Será casada?—decía—; no es posible, porque no hay un hombre que teniendo una mujer tan joven y tan linda, la deje corretear por Madrid a estas horas y con este frío. O quizá sea novia de alguno de esos olorosos pisaverdes que pasean sus cabezas de imbéciles entre las dos puntas de un cuello de pajaritas...

Discurriendo en estas tonterías continuaba examinándola con embeleso creciente: aquella mujer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenía arrugas en la frente y en las comisuras labiales.

—Y debe de hablar y discurrir mucho—pensó Antúnez advirtiendo estas particularidades fisonómicas—; y probablemente tiene talento para que nada bueno le falte...

Sonó el timbre, y el coche se detuvo frente a la calle del Desengaño: era que subía una señora anciana, a quien el chaparrón había puesto en estado deplorabilísimo, salpicada de barro y calada hasta los huesos; asomó la cabeza por la portezuela mendigando con los ojos un asiento; pero nadie se movió, y tuvo que quedarse en la plataforma.

El cobrador empezaba a presentar los billetes: al ofrecerle el suyo a la viajera pequeñita, ésta sacó de su portamonedas una pieza de cinco pesetas, guardó el cambio sin contarlo, y cerrando la carterita con un elástico se la escondió en el seno; en cuanto al billete que acreditaba haber pagado el importe de su pasaje, lo arrojó al suelo convertido en una bolita de papel azul. En estas minucias se fijó Claudio Antúnez, acomodándolas al curso de sus pensamientos.

—Parece — decía — una burguesita acostumbrada a manejar dinero; y despreocupada, porque no examina el dinero; y confiada, porque no conserva el billete...

El tranvía pasaba por la calle de las Infantas, y Antúnez recordó que en su casa estarían esperándole para cenar; pero el coche iba muy de prisa y una fuerza secreta, un magnetismo de mujer hermosa, le quitaron los deseos de marcharse. Hubo un momento, ese momento novelesco que sirve de origen o punto de partida a los enredos amorosos, en que la viajera levantó la cabeza mirando a Claudio con la indiferencia del distraído que no sabe lo que ve, y Antúnez

sintió culebrear por su cuerpo un calofrío nervioso: aquellas pupilas negras que parecían flotar en un globo húmedo y brillante, le miraban sondeándole. Varias veces los ojos de la joven y los de Claudio tropezaron y hasta quisieron decirse algo secreto... y él, enloquecido por tan insinuantes preliminares, ya no sentía el repugnante olor de las legumbres podridas, ni recordaba aquellas cabezas de obreros que oscilaban a cada nuevo traqueteo del vehículo, bañadas en la melancólica luz de los quinqués; pues aunque era altruista por temperamento y las desgracias del prójimo le afligían tanto como las suyas propias, el lejano amor que aquella mujer le ofrecía, le quitaba, haciéndole feliz, los deseos de ser socialista; ningún dichoso lo es; el socialismo es el credo político de los que sufren.

Claudio Antúnez se mantenía en la misma actitud, una actitud de emperador romano: con un pie delante del otro, los brazos cruzados sobre el pecho y el embozo de la capa caído, orgulloso de preocupar a la monísima viajera. Ella también le examinaba de reojo, seducida por aquella arrogante figura de macho apasionado y triunfador. Antúnez estaba en el apogeo de su juventud: era alto, fornido, con una elegancia y una soltura de movimientos de luchador espartano; la frente grande y algo echada hacia atrás, las cejas pobladas, los ojos expresivos y dominadores, la tez bronceada, la nariz ancha, los labios gruesos y sensuales; usaba bigote y barba corrida, negra y fuerte, y el pelo a media melena, como los poetas del período romántico; hermosa cabeza de artista, que sobresalía altanera por entre los pliegues de un pañuelo blanco anudado al cuello con cierto desaliño y como al desgaire.

Cuando el tranvía llegó a la Glorieta de Que-

vedo, hubo entre los viajeros un gran movimiento, y Claudio pudo sentarse frente a la coquetona mujercita de la capa de pieles y de tal modo, que ella tenía forzosamente que mirarle. Fuera se oía una voz aguda y destemplada que pregonaba:

—¡Chuletas de huerta, patatas *asás!*

Y el sordo ruidito del aguacero: después vibró el timbre, y el vehículo empezó a rodar por la calle de Bravo Murillo.

A través de los empañados cristales se veían desfilar confusamente, como perdidas en jirones de niebla, las casas, algunas de pobrísimo aspecto, que limitan la vía por uno y otro lado, y los faroles, semejantes a agujeros luminosos abiertos en la obscuridad; luego aparecieron los raquíticos jardinillos que circundan el Depósito de aguas, y los arbolones plantados en las cunetas del camino. Aquel campo desierto y fangoso, anegándose bajo el agua que caía del cielo encapotado; tenía una nostalgia infinita, únicamente resonaban los sordos rumores de la lluvia y del viento, que azotaban el follaje, produciendo ese murmujeo monótono de las selvas; y el crujir de ruedas y cadenas del tranvía que pasaba como un meteoro a lo largo de la calle solitaria, con sus luces encendidas y su atmósfera cálida y mal oliente de estómago que digiere, dejando tras sí, conforme se alejaba, un reguero de tristeza que reforzaba los tonos sombríos del cuadro.

Nadie hablaba: algunos habían inclinado la cabeza y dormitaban, la boina echada sobre las cejas y el rostro oculto tras los pliegues de sus bufandas; una mujer joven, pero ajada por el trabajo, que iba amamantando a un niño, bostezaba continuamente y mientras duraba el bostezo se persignaba la boca, cual temiendo que el

alma se la escapase sin confesión o que algún diablillo se la introdujera esófago adentro; y como el silencio era completo, el eco perezoso de aquel soñoliento bostezar quedaba flotando en el aire, aumentando el general fastidio. Entretanto, Claudio Antúnez, resuelto a emprender la conquista de la linda desconocida, seguía acosándola con los ojos; ella, aburrida de tan rudo asedio, miraba hacia fuera, impaciente.

Al fin se sintió el rechinar del freno que apretaba las ruedas y el coche se detuvo: a un lado aparecía la casucha donde tienen sus oficinas los empleados del resguardo; al otro, la rojiza luz del farol de una Casa de Socorro. Habían llegado a Cuatro Caminos y cada cual marchó por su lado; unos desperezándose ruidosamente y frotándose los ojos; otros renegando del mal tiempo y del frío, que les atería los pies.

La joven bajó del coche, abrió su paraguas y echó a andar con su menudo pasito de perdigón, recogiéndose las faldas con urbana pulcritud; primero torció a la derecha, buscando la parte más alta y menos enlodada de la carretera, y luego continuó hacia Tetuán, seguida de Claudio. Eran cerca de las ocho; muchas puertas estaban cerradas; en las tabernas resonaban las broncas voces de los borrachos que disputaban o reían, la lluvia caía siempre y el camino era impracticable, porque el alumbrado público, muy deficiente en aquellos sitios, no bastaba a mostrar los baches y barrizales del camino. Y la tentadora desconocida fué dejando atrás la primera manzana de casas, y la segunda y la tercera también y atravesando muchas bocacalles que los aguaceros convirtieron en pantanos, y proseguía impávida hacia delante, con el aplomo del que sabe perfectamente a dónde va.

Antúnez empezó a dudar; no sabía si conti-

nuar como hasta allí, respetando la honesta distancia que le separaba de la viajera, o si acercarse, fiando a su buena suerte el feliz remate de aquel amoroso escarceo.

Al llegar al convento de Nuestra Señora da las Maravillas, ella quiso saltar la cuneta; mas como era muy ancha por aquel sitio y estaba llena de agua, tuvo que detenerse mientras hallaba un punto practicable; aquel incidente obligó a Claudio Antúnez a abordarla, resuelto a decir algo, aunque fuese una tontería.

—Señora, ¿permite usted que la acompañe...? El camino es tan solitario, tan obscuro...

Ella no contestó; había descubierto el paso practicable que buscaba, y, saltando la cuneta, continuó andando con sus faldas recogidas, impasible, como si nada hubiese oído. Pero Claudio, con las primeras palabras, rompió el hielo que hasta entonces le contuvo.

—Creo—prosiguió—que no pecaré de imprudente reiterándole mi ofrecimiento, pues las circunstancias excepcionales de esta noche me disculpan.

Entonces la interpelada volvió la cabeza y repuso con cortesía y aplomo perfectos:

—No, muchísimas gracias; se molestaría usted inútilmente.

—Tengo mucho honor...

—Es usted muy galante y no permito que tan cortés caballero se incomode; mi casa está cerca y el camino no ofrece peligros. Conque... buenas noches.

Y como comprendiese que él no desmayaba y que volvía a la carga armado de nuevos argumentos, se detuvo, exclamando con la voz alterada por la emoción o por el despecho:

—Le he dicho que se retire, y espero de su amabilidad esta obediencia.

—Señora — repuso Claudio inclinándose con hipócrita afectación—, mi mayor gusto sería complacerla en algo, pero usted exige un imposible, y la ruego no achaque a terquedad mi negativa. Yo deseo hablar con usted unos momentos, y para eso la he seguido desde Madrid, acechando afanoso la ocasión propicia de acercarme a usted · y ahora que esa oportunidad se ofrece, ¿voy a desaprovecharla...? ¡Sería pueril...!

—Ea, pues, vamos andando—replicó ella deponiendo su actitud y adoptando un tono entre jovial y zumbón—; empiece usted; ya le oigo... puesto que es absolutamente preciso.

Habían llegado a un convento de monjas, y ella continuaba hacia Tetuán.

—Lo que voy a decir—prosiguió Antúnez sin desconcertarse—, ya lo sabe usted, y por eso lo expongo así, en crudo, sin retóricas impertinentes. Todavía no la adoro a usted, pues el amor en los hombres de treinta años va muy despacio; pero me agrada usted muchísimo, como no ha logrado interesarme ninguna otra mujer, y espero, si tengo ocasiones para ello, conquistar su estimación y más tarde su cariño... porque yo la querré a usted de veras, ¡qué digo...! creo que la quiero ya, y las grandes pasiones son contagiosas...

Ella acortó el paso, escuchándole atentamente.

—Comprendo que mi declaración es intempestiva, pero mía no es la culpa; esclavo de mis pasiones soy y voy por donde éstas me arrastran; y, además, el temor de perderla me hace temerario; aquí la he visto y aquí me declaro a usted, fiado en que su buen sentido sabrá conceder a mi palabras su justo valor.

—Eso es muy difícil.

—No lo es para una mujer discreta.

—A veces no basta la discreción... Los hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

bres son como cajas de sorpresa, guardadoras casi siempre de grandes desengaños...

Continuaron discutiendo. Claudio insistía.

—Va usted muy de prisa — repuso ella sonriendo.

—Es muy grande la fuerza que me empuja.

—¿No tiene usted treinta años?

—Treinta años hace, en efecto, que nací...

—Pues procure no abandonarse a esa corriente simpática—contestó riendo—, porque la edad de la crucifixión se acerca...

Se habían apartado del camino y avanzaban por una hondonada destinada probablemente a figurar como calle limpia y bautizada en los futuros planos de Madrid: a un lado aparecía un cobertizo con arados y carretas a medio construir, y al frente varias casitas de un solo piso y algunos arbolillos escuetos.

—No comprendo si habla usted en serio o en broma — dijo Claudio, mortificado por las burletas de la joven—; pero desde luego declaro que mi pasión es leal y que no me importa morir si usted quisiera ejecutarme. No la he preguntado por su estado — añadió exaltándose—, porque no me importa; yo la quiero a usted soltera, y la quiero viuda a pesar del recuerdo del marido muerto, y casada a despecho del esposo vivo. Soy huérfano; no tengo familia ni compromisos amorosos; vivo feliz porque vivo de mi trabajo, y estoy orgulloso de mi profesión de artista y de mi apellido, que usted conocerá: soy pintor, señora, y me llamo Claudio Antúnez.

—Sí, efectivamente... Recuerdo haber leído ese nombre alguna vez.

Salieron de la hondonada, y ella exclamó extendiendo el brazo:

—Allí tiene usted mi casa.

En el término de un llano que se ensanchaba en ligero declive, aparecían tres hotelitos juntos, iluminadas por un solo farol.

—Ahí vivo yo — añadió la joven—, en el de en medio: ¿ve usted una luz en el pabellón de la izquierda? Aquél es el gabinete donde por las tardes me siento a coser; y, adiós, que están esperándome.

Estas últimas palabras las dijo maquinalmente, poseída de extraña agitación, deseando alejarse para sustraerse al secreto poder sugestivo de una idea.

—Pero, ¿se va usted así...?—exclamó Antúnez—, eso es cruel.

—¿Qué desea usted?

—Saber cuándo y dónde puedo verla. ¡No juegue usted conmigo...!

Ella titubeaba; de pronto echó a andar.

—¿Para qué es ese empeño?—dijo tristemente—. El amor no existe fuera de los libros... Pues bien, sea; usted tuvo la fineza de decirme quién es, y quiero corresponder a su atención con otra igual. Ahí tiene usted mi casa; puede usted visitarme cuando guste... yo me llamo Matilde...

Y se contuvo, avergonzada de haberse franqueado tanto con aquel desconocido.

—Matilde... ¿y el apellido?—preguntó Antúnez.

—Landaluce... Y, adiós, otra vez, que es muy tarde...

—Pero, ¿vive usted sola?—repuso el pintor estrechando la manecita enguantada que ella le tendía.

—No, con mi familia.

—¿Es usted casada?

—Sí.

—¡Ah!...

Hubo una pausa. Matilde, agregó:

—¿Qué piensa usted?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Entonces—dijo Claudio—no quiero, por ahora, verla ahí; probablemente no sabría representar mi papel de simple amigo; conviene que nos reunamos en otro sitio, para que podamos hablar con libertad y usted acabe de conocerme.

—No exija usted eso — replicó la joven procurando desasirse—; yo no puedo salir siempre, a veces no me dejan...

Estaban en medio de la explanada, y él continuaba porfiando sin calcular el peligro a que se exponía.

—Sin embargo — murmuró—, como esta tarde habrá muchas...

—Espéreme usted pasado mañana, a las tres de la tarde, en la iglesia de Chamberí — repuso ella, retirando violentamente la mano que el pintor retenía prisionera entre las suyas.

—¿Sin falta?

—Sí, sin falta; sólo prometo ir... en cuanto al resultado de la entrevista, nada digo... Y no siga usted; es una imprudencia...

—Bien, Matilde, adiós...

—Adiós, Claudio.

La vió alejarse como horas antes la viera en la Puerta del Sol: andando con el paraguas abierto, las faldas graciosamente recogidas y un paso menudito de perdigón fugitivo, dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... y abrir la verja del jardín que daba entrada a su hotel, y desaparecer entre las sombras sin volver la cabeza.

II

Claudio Antúnez habitaba un hermoso gabinete con alcoba y dos balcones volados a la Plaza de Bilbao, desde los cuales se veían la calle de San Bartolomé en toda su longitud; estrecha, húmeda, poblada de zapaterías que exhibían sus géneros al aire libre; y las de Infantas y Clavel, por donde empezaba a discurrir desde muy temprano un reguero de transeuntes.

La dueña de la casa era Teresita Sanz, una manchega pequeñita y redonda como un barril de aceitunas, la que, a pesar de sus cincuenta años bien corridos y de su viudez, conservaba una amabilidad y un buen humor inalterables. Cuando se encontró sola, sin varón que la defendiera ni hijos crecidos que la mantuviesen, se puso a servir; y más tarde, merced a la generosa protección de un señorito aristócrata, logró emanciparse y amueblar decentemente un pisito en donde vivía, ajena de cuidados, con Claudio Antúnez y dos empleados del Banco, hombres formales, que pagaban su pupilaje puntualmente.

Con aquel modestísimo haber quedaban satisfechas las aspiraciones de Teresa; sin deseos mortificantes ni recuerdos que entristecen, vivía como cualquier cuadrúmano, satisfecha de no tener trampas ni papeletas de empeño en las gavetas de su cómoda, ni otro pensamiento que el aderezar bien las comidas y conservar la casa reluciente, como tacita de oro. Aquel esmero lo tuvo al principio por cálculo, pero después fué buena por costumbre, y ya en las postrimerías de su vida hosteril, más parecía abuela complaciente y benévola, que pupilera codiciosa.

Claudio Antúnez estaba muy satisfecho de hallarse tan bien instalado, gozando de su libertad de soltero que no mantiene queridas y entregado a sus pinceles y a sus juveniles disipaciones. Aquella existencia febril se revelaba en el desaliño de sus trajes, en su media melena áspera y rebelde a los peines y al cosmético, que le daba aspectos de trovador provenzal, y en el desorden de su cuarto, que trascendía a museo o a tienda

—Entonces—dijo Claudio—no quiero, por ahora, verla ahí; probablemente no sabría representar mi papel de simple amigo; conviene que nos reunamos en otro sitio, para que podamos hablar con libertad y usted acabe de conocerme.

—No exija usted eso — replicó la joven procurando desasirse—; yo no puedo salir siempre, a veces no me dejan...

Estaban en medio de la explanada, y él continuaba porfiando sin calcular el peligro a que se exponía.

—Sin embargo — murmuró—, como esta tarde habrá muchas...

—Espéreme usted pasado mañana, a las tres de la tarde, en la iglesia de Chamberí — repuso ella, retirando violentamente la mano que el pintor retenía prisionera entre las suyas.

—¿Sin falta?

—Sí, sin falta; sólo prometo ir... en cuanto al resultado de la entrevista, nada digo... Y no siga usted; es una imprudencia...

—Bien, Matilde, adiós...

—Adiós, Claudio.

La vió alejarse como horas antes la viera en la Puerta del Sol: andando con el paraguas abierto, las faldas graciosamente recogidas y un paso menudito de perdigón fugitivo, dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... y abrir la verja del jardín que daba entrada a su hotel, y desaparecer entre las sombras sin volver la cabeza.

II

Claudio Antúnez habitaba un hermoso gabinete con alcoba y dos balcones volados a la Plaza de Bilbao, desde los cuales se veían la calle de San Bartolomé en toda su longitud; estrecha, húmeda, poblada de zapaterías que exhibían sus géneros al aire libre; y las de Infantas y Clavel, por donde empezaba a discurrir desde muy temprano un reguero de transeuntes.

La dueña de la casa era Teresita Sanz, una manchega pequeñita y redonda como un barril de aceitunas, la que, a pesar de sus cincuenta años bien corridos y de su viudez, conservaba una amabilidad y un buen humor inalterables. Cuando se encontró sola, sin varón que la defendiera ni hijos crecidos que la mantuviesen, se puso a servir; y más tarde, merced a la generosa protección de un señorito aristócrata, logró emanciparse y amueblar decentemente un pisito en donde vivía, ajena de cuidados, con Claudio Antúnez y dos empleados del Banco, hombres formales, que pagaban su pupilaje puntualmente.

Con aquel modestísimo haber quedaban satisfechas las aspiraciones de Teresa; sin deseos mortificantes ni recuerdos que entristecen, vivía como cualquier cuadrúmano, satisfecha de no tener trampas ni papeletas de empeño en las gavetas de su cómoda, ni otro pensamiento que el aderezar bien las comidas y conservar la casa reluciente, como tacita de oro. Aquel esmero lo tuvo al principio por cálculo, pero después fué buena por costumbre, y ya en las postrimerías de su vida hosteril, más parecía abuela complaciente y benévola, que pupilera codiciosa.

Claudio Antúnez estaba muy satisfecho de hallarse tan bien instalado, gozando de su libertad de soltero que no mantiene queridas y entregado a sus pinceles y a sus juveniles disipaciones. Aquella existencia febril se revelaba en el desaliño de sus trajes, en su media melena áspera y rebelde a los peines y al cosmético, que le daba aspectos de trovador provenzal, y en el desorden de su cuarto, que trascendía a museo o a tienda

de trastos viejos: de las paredes pendían multitud de cuadros, unos terminados, los más a medio concluir. Entre aquéllos había algunos paisajes andaluces rebosantes de color, y varias copias de los grandes maestros de las escuelas italiana y flamenca. El lienzo más notable representaba una cabeza de mujer rubia, admirable por la exquisita delicadeza de los rasgos y la frescura de la carne; con ojos verdes de inenarrable expresión y una boca gruesa, coloradita, incitante, como las bocas de las mujeres que pintó el prodigioso pincel de Boticelli en la Capilla Sixtina: la tersura de la frente, el arco perfecto de unas cejas tranquilas que la pasión nunca había contraído, la nariz fina y casta, las mejillas sonrosadas, el cabello ondulante, de color noguerado claro, con reflejos sombríos, formaban un conjunto armónico y plácido, como el de las *madonas* de Rafael. Aquella cabeza era un arquetipo, una exaltación de la belleza femenina, unida solamente a la realidad por vínculos sutiles que el artista no supo romper, porque para ello hubiera necesitado dejar de ser carne, y que surgía con un escorzo sugestivo del fondo negro del cuadro.

Claudio Antúnez llevaba consigo un ideal extraño, personalísimo: aquella cabeza de mujer, con el sedoso cabello suelto, los grandes ojos abiertos y mirando el cielo en místico deliquio, los carnosos labios extendidos, cual si murmurasen una plegaria, y la nariz henchida por un hálito de pasión o de fe, era de una corrección irreprochable, de una idealidad sin límites; y, no obstante, examinando los contornos de la figura, se descubría algo carnal que no saltaba a primera vista: la cabeza, caída hacia atrás, tenía una actitud de voluptuoso abandono; aquellos ojos, que la fantasía del pintor concibió verdes, no eran los de una iluminada; en ellos había fulgores de sensualidad, crispamientos nerviosos, espasmos de deleite represado; lo espiritual y lo humano unidos, lo perecedero y lo eterno abrazados, la pasión rabiosa y hambrienta y la fe resignada que todo lo espera del porvenir, fundiéndose en el fondo de unas pupilas; y la boca, aquella boquita de labios gruesos y entreabiertos, parecía solicitar, no el beso helado que da Cristo a sus siervas, sino un beso de macho ardiente, que muerde besando.

Tal era la poderosa creación de Claudio: una fusión de idealidad y de naturalismo, de pasión divina y de carne que ama y se estremece; y es porque él era así, como aquel cuadro; y si su carácter hubiese sido algo material capaz de fotografiarse, hubiera tenido el perfil y la enigmática expresión de aquella cabeza de mujer rubia con ojos verdes.

Nadie sospecha lo que ocultan las obras del hombre: el público ve un cuadro, lee un libro o escucha una obra musical, y no presume la interminable cadena de ideas, las tragedias íntimas, los recuerdos dolorosos, los crímenes tal vez, velados en el cuadro, en el libro o en la melodía: los grandes artistas trabajan retratándose en sus obras, poniendo en ellas jirones de su alma, y el músico llora en sus melodías y los pintores dibujan lo que su pasión les sugiere, y los novelistas desgarran sus entrañas analizando las de sus personajes. Así, aquella mujer rubia con ojos verdes era un retazo del espíritu de Claudio; era su pasado, lleno de memorias infantiles; su presente, pletórico de anhelos y de pujanza; su porvenir, sonrosado y riente como una fresca alborada primaveral y por eso la pintó rubia y dió a sus mejillas de virgen la blancura del lirio, porque era un soñador a quien atraía lo invisible; y la puso con la cabeza inclinada hacia atrás, porque él también caminaba con la frente alta, sediento de

gloria y de luz; mas como su genio de poeta romántico convivía mal con su cuerpo membrudo de hombre sanguíneo, manchó la casta inocencia del ensueño con aquellos labios que pedían besos y aquellos ojos verdes de hurí lasciva.

En la concepción del cuadro intervinieron muchas circunstancias: la educación de Claudio, el medio donde vivió, la lucha del genio creador con la realidad incorrecta y tardía que viste de harapos los hijos más hermosos del entendimiento: sus amoríos de hombre soltero que corre tras el placer y la novedad de las sensaciones, y tal vez la herencia; la herencia, que parecía haber grabado un sello indeleble sobre aquel semblante femenino, como los nietos, obedeciendo a misteriosas leyes atávicas, suelen aparecer con las inclinaciones de sus ascendientes lejanos, cual si la Naturaleza, descontenta de su obra, quisiera volver a empezarla.

Cuando José María Antúnez terminó su carrera de ingeniero, fué a Málaga como director de las obras de un ferrocarril, y allí conoció a la que más tarde fué su mujer: una hembra admirable, nacida en Argel y criada en Alicante, que parecía una estatua de bronce. Después los recién casados se trasladaron a Córdoba, y allí tuvieron un hijo, que fué bautizado en la catedral con el nombre de Claudio. Al estallar la memorable revolución de septiembre, José María Antúnez formó como voluntario en las filas del general Serrano, y estuvo en la batalla de Alcolea, donde recibió un balazo que puso en grave riesgo su vida. Luego fué solo a Madrid, arrastrado por su pasión política, que le obligó a luchar en las barricadas y en los periódicos más exaltados durante el turbulento periodo del 68 al 70; y, finalmente, regresó a Córdoba aquejado de un padecimiento al estómago y sintiendo que las energías de su

cerebro flaqueaban. Los últimos años del desencantado revolucionario fueron terribles; sus asuntos iban de mal en peor; tuvo que pedir dinero con réditos exorbitantes, y pronto se encontró en una situación insostenible, porque los usureros, sordos a sus protestas de hombre honrado, le apremiaban sin piedad. Aquellos últimos golpes fueron decisivos; su razón empezó a experimentar extraños delirios, alucinaciones terroríficas; tornóse huraño y maniático y una noche, en un acceso de locura, se suicidó disparándose un tiro debajo de la barba.

Entonces tenía Claudio quince años y ya pintaba tablitas que luego eran vendidas por los cafés, y con lo poco que esto le producía y las cincuenta pesetas mensuales que ganaba en la notaría de un amigo de su difunto padre, pudo defender la vida y perfeccionarse en el arte a que se sentía inclinado. Cuando murió su madre, Claudio Antúnez quedó solo, los escasos parientes que le quedaban residían en Málaga y no le conocían; con veinte años, muy poco dinero y una experiencia tan menguada como grandes eran sus deseos de merecer laureles y fortuna.

El notario, al saber los proyectos del joven, procuró retenerle ofreciéndole un aumento considerable de salario: el buen hombre le había cobrado afecto, y como su limitada inteligencia de oficinista no concebía la vida sin empleo, le horripilaba la idea de salir de una capital provinciana para lanzarse a Madrid, un pueblo muy grande, que vive muy de prisa. Aquel aumento de sueldo fué el obstáculo más poderoso que la medianía cobarde pudo oponer a los arranques del genio que aspira a declararse independiente; Claudio dudó, seducido por las risueñas perspectivas que le ofrecía un dinero ganado sin fatigas y puntualmente cobrado. Todas las personas con quienes

consultó sus vacilaciones, robustecieron la opinión del notario: un muchacho como él no debía salir de Córdoba; allí tenía sus relaciones de niño, que son las más leales; una campiña bellísima, un sol espléndido, una naturaleza exuberante en que inspirarse, y su oficina y su sueldo, ¡el sueldo, sobre todo...! aquel sueldo omnipotente que parecía un Dios convertido en monedas de plata...

Antúnez siguió la opinión general y continuó como hasta allí, domeñando los impulsos de su alma de artista, entretenida por entonces en escribir minutas y redactar escrituras. Pero llegó un momento en que su genio se sublevó, estallando bravío como frasco de pólvora encendida. Ya no podía aguantar más, el cielo de Córdoba le ahogaba y aquella súbita efervescencia le reveló la inutilidad de su vida: no, aquello no era vivir vida racional; era existir y embrutecerse; a él no le bastaba ser un oficinista distinguido, esclavo de su reloj y sus documentos, que pinta tablillas en los ratos de ocio; amaba lo imprevisto, lo peligroso, quería luchar porque se reconocía con ánimos para vencer, y así, de pronto, con gran estupefacción de su jefe que le creía curado de todo prurito vagabundo, lió sus bártulos, que eran bien escasos, y con ellos metidos en un maletín de mano se presentó en la oficina. El notario le oyó como quien escucha las confesiones de un loco; después, enternecido, se echó a llorar y acabó por abrazarle, prometiéndole que, en pago de su ingratitud le reservaría su empleo para cuando regresase deshecho y ahito de desengaños.

Así salió de Córdoba Claudio Antúnez, haciendo un viaje con todas las apariencias de una fuga: y mientras el tren corría veloz, devorando kilómetros, con qué desprecio, mezclado de compasión, recordaba a sus amigotes que divertían las horas en la mesa del café refiriendo cuentos picantes y tijereteando honras; juventud indiferente y cursi que dejaba allá atrás, lejos del mundo que marcha, sumida en un marasmo bestial. El tren le llevaba a Madrid con infernal traqueteo de fragua; Madrid era el misterio, la esfinge cuyo secreto urgía descubrir para triunfar, la gloria que aparecía tentadora extendiéndole los brazos como a su hijo predilecto. El era un hombre formado y los hombres no han de vivir como mamoncillos, en perpetua y denigrante tutela: Córdoba era su cuna, pero allí no pensaba regresar sin antes conseguir la victoria; y los trabajos, la miseria, hasta el suicidio, todo lo prefería a la confesión de su impotencia ante los amigos que, menospreciando su talento, le despidieron en el andén con una mortificante sonrisita de duda.

De aquel pasado que iba esfumándose en el horizonte según el tren corría, sólo guardaba un recuerdo dulcísimo de poeta: el de una niña rubia, con ojos de color de cielo andaluz, que conoció en Lucena y con la cual mantenía una correspondencia apasionada de amante platónico.

Los primeros años que pasó en Madrid fueron para Claudio un calvario durísimo. Antúnez no sabía moverse, tenía una pereza mahometana que sin duda heredó de su madre, la hermosa argelina con rostro de estatua de bronce; y sin embargo, venció, porque tenía genio y una voluntad inflexible que, aunque despacio, iba derecha a su objeto sin sentir las zozobras de los espíritus pusilánimes. ¡La gloria!... Este era el ideal más codiciado de Claudio, la querida impalpable en cuya posesión había de deleitarse eternamente: la gloria es una borrachera de la Historia, un himno inacabable que repercute de siglo en siglo. Alcibíades, el famoso calavera ateniense,

cortándole el rabo a su perro para ser popular, le parecía un mentecato presumido; pero Erostrato, aquel desequilibrado que quemó el templo de Diana en Efeso con el solo propósito de inmortalizarse, era a sus ojos un loco sublime; Erostrato dió su vida por perpetuar su nombre, y él también lo hubiera hecho, porque una vida no vale lo que un rinconcito en la historia de la humanidad. El borracho aplaca, bebiendo, su sed de alcohol; el amante rinde su pasión entre los brazos de su querida; el avaro duerme tranquilo echándose sobre sus tesoros después de bien contados; pero la gloria es una pasión frenética que no da treguas, pues los aplausos del público y la crítica son para el artista, lo que esos collares rodeados de sonoras campanillas que ciñen el cuello de los caballos, incitándoles a correr con su eterno repiqueteo:

Aquel trabajo febril trastornó el carácter de Antúnez; mientras estuvo en Córdoba amarrado a su notaría, observó una vida regular de empleado pundonoroso y metódico que cuenta los pasos que separan su casa de la oficina; mas cuando se vió en Madrid, lejos del influjo enervante de sus añejas amistades, sus facultades se desenvolvieron violentamente, perturbando el orden cronométrico de su vida. Claudio empezó a dar pruebas de ser genio desde que renunció a ser metódico; para él sólo existía el arte, y quien se fija en los prosaímos de la vida, es tan necio como el viajero que renuncia a las bellezas del paisaje por mirar los baches y piedrecillas del camino; para eso la Naturaleza nos hizo bípedos, para caminar mirando al cielo: su mayor placer era fantasear, y si hubiese tenido la costumbre de escribir sus sueños, como hacía Alfonso Daudet al levantarse, hubiera escrito su historia, porque su vida sólo fué un ensueño continuado.

Rompiendo aquella efervescencia creadora comenzó a insinuarse en Claudio el ideal que más tarde inspiró todas sus obras. «Las Mujeres forman los poetas», decía Musset, recordando, sin duda, sus amores con Jorge Sand y también hacen los pintores; porque las mujeres son el amor y el amor es la belleza y el arte. El ideal femenino de Claudio no tenía la casta serenidad de los desnudos de Correggio, ni el tinte carmíneo de los de Rubens, ni los tonos sombríos del hollín italiano; durante mucho tiempo permaneció indeciso, no sabiendo retratar aquella sombra de contornos borrosos, recordaba el corte de cara y el color de sus ojos y la forma de la nariz, pero no tenía idea exacta del efecto resultante de esta conjunción de rasgos.

Una mañana, sin embargo, y tras una penosa gestación de varios años, los contornos del milagroso ensueño se precisaron, apareciendo una cabeza de mujer rubia, con ojos verdes: en aquella cabeza había vagas reminiscencias de su platónica amada de Lucena y una aspiración misteriosa, tal vez algo mística, de artista que presiente un más allá ignoto. El la veía así; con un cutis de blancura nívea, el pelo castaño y ondulante, los rojos labios extendidos, los ojos fijos en el cielo: aquella figura no se parecía a ninguna de sus modelos: tenía en el semblante un resplandor etéreo; una divinidad magnífica y triunfante, como la Magdalena de Rubens que guarda la catedral de Amberes; y enamorado de su obra pasaba muchas horas contemplándola con fanático arrobamiento, como Pigmalión delante de aquella estatua de mármol que en vano pretendió conmover con sus caricias.

Sólo esta mujer impalpable pudo inspirarle celos y quitarle el sueño; las demás no le preocupaban. Hijo del Mediodía y llevando en las ve-

nas la sangre africana de su madre, sentía por la hembra esa afición despectiva característica de los pueblos orientales, donde el gineceo quita a la mujer cuantos derechos le conceda su marido el matrimonio cristiano. Antúnez sólo veía en el sexo débil el símbolo animado, cálido y palpitante, de la belleza y del placer; el animal dócil, sumiso, sin fueros de independencia, que se embellece para recreo y deleite del macho: pero la mujer moderna, el ser perfumado, vestido de seda, que reina despóticamente en los salones y al cual la estúpida galantería masculina ha endiosado, no existía para él, y el hombre que se arrastra a los pies de una dama le parecía tan ridículo como el salvaje que después de modelar sobre un tarugo de madera un rostro humano le llama su Dios, se arrodilla delante de él y le sacrifica sus hijos. Por esto, a pesar de su juventud disipada, nunca tuvo pasiones asoladoras; sus mujeres fueron conquistas fáciles, amores volanderos que pasaron en alegre turbión, caprichos de hombre vicioso que compra y olvida el grosero sabor de los besos vendidos: las mujeres no le habían molestado, todas le parecían hermosas, complacientes y frágiles, y los poetas que escribieron versos lacrimosos evocando el doloroso recuerdo de sus amores muertos, le inspiraban risa; todos eran unos pobres diablos llorones que se complacían en convertir en tragedia el risotero sainete de la vida.

Amén de estos devaneos, Antúnez tenía un compromiso amoroso de otra índole: su noviazgo con Amparito Guillén, una chiquilla de diez y ocho años, inocentona como una profesora, de ojos grandes claros, chatita y un rostro carirredondo de muñeca o de figurín, que reflejaba un espíritu simple, desnudo de atractivos y enguirnaldado con una virtud sosita que daba sueño.

La conoció en un baile y se declaró a ella por recurso, no sabiendo de qué hablarla; pero aquella niña, que siempre le recibía sonriendo y a la cual entretenía, temiendo lastimarla demasiado con una brusca ruptura, no le preocupaba.

Tras un largo calvario había logrado asegurar su porvenir económico, y dedicarse con más sosiego al planeamiento de los grandes cuadros que meditaba. Su mayor satisfacción era la de concebir un asunto, pintarlo después, cobrar el importe de aquel trabajo, y decir: — «Este dinero que oigo sonar en mi bolsillo y que puedo distraer a mi antojo, lo he ganado pensando, salió de mi cabeza y no le ha costado penas a nadie; mi caja de valores la llevo siempre conmigo, sobre mis hombros, y nadie puede robármela; yo no tengo mi capital en oro, ni en billetes del Banco; lo tengo en ideas...»

En esto cifraba Claudio Antúnez su felicidad, y no comprendía cómo Mad. de Stäel dijo que la gloria es el luto esplendoroso de la dicha: esta frase, a su juicio, era absurda, pues no habiendo sentido ninguna pasión ajena a su arte, no concebía que hubiera dicha sin gloria, ni que ésta pudiera servir de mortaja al contento. Amaba el dinero porque le conquistaba comodidades y regocijos; a las mujeres, porque en sus brazos experimentaba el supremo deleite; pero pronto le aburrían, y entonces no hubiera trocado un desnudo de Rembrandt, que siempre atrae, pues el deseo hacia la belleza pintada es insaciable, por el amor eterno de la más gentil de sus amigas; y bebía y jugaba porque en el vino y en el juego hallaba sensaciones nuevas y poderosas que le distraían del trabajo diario, no por el grato saborcillo del mosto ni por el capital que la fortuna le trajese en los naipes: el único que codiciaba era aquel aplauso póstumo de la humanidad,

que se detendría conmovida ante la milagrosa grandeza de sus cuadros; aquella gloria que su inquieta imaginación personificaba en una cabeza de mujer rubia con ojos verdes; éste era su talismán, el zapatito de los cuentos hadados, la varita mágica que le permitía rodar sobre el fango del vicio sin mancharse...

—Mientras mi alma conserve la devoción al arte — decía el pintor—, no habrá pasión que me domine ni mujer que me subyugue...

Porque Claudio, que no era filósofo, ignoraba que el destino quizá sea el pseudónimo de la Providencia.

III

El pintor acudió a la cita de Matilde Landaluce mucho antes de la hora convenida. La iglesia de Chamberí está en la plaza del mismo nombre, entre las calles de Santa Engracia y Habana; al frente tiene una verja no muy alta, y adosados a uno de sus muros varios establecimientos que parecen sostenerse allí a despecho del ornato público, protegidos por la santa casa.

Claudio atravesó la verja y penetró en el templo, huyendo del frío; la iglesia consta de una nave grande y de otras dos laterales muy pequeñas, especie de capillas abiertas: sobre la puerta principal está el órgano y enfrente el altar mayor, separado del resto del templo por una barandilla metálica. Antúnez permaneció un instante junto a la pila del agua bendita, procurando orientarse en aquella semiobscuridad soñolienta; después avanzó y fué a sentarse en la nave central, sobre un banco de encina que crujió sordamente bajo el peso de su cuerpo: en todas partes flotaba algo inquietante que oprimía la garganta

y revoloteaba sobre altares, velándolos en una gasa gris que amortiguaba el resplandor de las luces encendidas; al pie del púlpito había un grupo de mujeres enlutadas murmurando oraciones con un tonillo continuo, monótono, como el zumbido de las abejas; Matilde no estaba allí. En un ángulo había un reloj pequeñito, que llamó la atención de Claudio. Aquel reloj mundano trascendía a tocador de dama elegante, y en las iglesias desentonan esos chismes artísticos de bazar: el templo es el símbolo del infinito, de lo eterno, y en la eternidad no se cuentan las horas; la religión la entendía Claudio así, inmóvil, ajena a la marcha del mundo, imperturbable, como el misterio de lo mismo que representa; pues una religión que sujeta la duración de sus prácticas al movimiento de un minutero, es una farsa ridícula, una especie de función teatral o de fácil pretexto para que desde muy temprano se afeite y engalane la gente dominguera.

El aspecto de aquel altar mayor bañado en un frío resplandor espectral, y el monótono sonsonete nasal de aquellas devotas que rezaban apresuradamente, como aguijoneadas por el isócrono tic-tac del reloj, disgustaron a Claudio, que levantó la cabeza buscando en las alturas de la nave algo que le distrajese de esa repugnante devoción que se arrastraba de hinojos por el suelo; y lo halló: eran unos frescos de Taberner, iluminados por la lechosa claridad que inundaba la bóveda. El primero representaba una matrona hermosísima, adornada con una corona de oro y un velo blanco que el viento agitaba; a sus pies y voluptuosamente reclinado sobre una nube, había un ángel con las alas negras extendidas y un rostro seductor de mujer rubia. Aquellas dos figuras que conservaban, a pesar de los esfuerzos que

que se detendría conmovida ante la milagrosa grandeza de sus cuadros; aquella gloria que su inquieta imaginación personificaba en una cabeza de mujer rubia con ojos verdes; éste era su talismán, el zapatito de los cuentos hadados, la varita mágica que le permitía rodar sobre el fango del vicio sin mancharse...

—Mientras mi alma conserve la devoción al arte — decía el pintor—, no habrá pasión que me domine ni mujer que me subyugue...

Porque Claudio, que no era filósofo, ignoraba que el destino quizá sea el pseudónimo de la Providencia.

III

El pintor acudió a la cita de Matilde Landaluce mucho antes de la hora convenida. La iglesia de Chamberí está en la plaza del mismo nombre, entre las calles de Santa Engracia y Habana; al frente tiene una verja no muy alta, y adosados a uno de sus muros varios establecimientos que parecen sostenerse allí a despecho del ornato público, protegidos por la santa casa.

Claudio atravesó la verja y penetró en el templo, huyendo del frío; la iglesia consta de una nave grande y de otras dos laterales muy pequeñas, especie de capillas abiertas: sobre la puerta principal está el órgano y enfrente el altar mayor, separado del resto del templo por una barandilla metálica. Antúnez permaneció un instante junto a la pila del agua bendita, procurando orientarse en aquella semiobscuridad soñolienta; después avanzó y fué a sentarse en la nave central, sobre un banco de encina que crujió sordamente bajo el peso de su cuerpo: en todas partes flotaba algo inquietante que oprimía la garganta

y revoloteaba sobre altares, velándolos en una gasa gris que amortiguaba el resplandor de las luces encendidas; al pie del púlpito había un grupo de mujeres enlutadas murmurando oraciones con un tonillo continuo, monótono, como el zumbido de las abejas; Matilde no estaba allí. En un ángulo había un reloj pequeñito, que llamó la atención de Claudio. Aquel reloj mundano trascendía a tocador de dama elegante, y en las iglesias desentonan esos chismes artísticos de bazar: el templo es el símbolo del infinito, de lo eterno, y en la eternidad no se cuentan las horas; la religión la entendía Claudio así, inmóvil, ajena a la marcha del mundo, imperturbable, como el misterio de lo mismo que representa; pues una religión que sujeta la duración de sus prácticas al movimiento de un minutero, es una farsa ridícula, una especie de función teatral o de fácil pretexto para que desde muy temprano se afeite y engalane la gente dominguera.

El aspecto de aquel altar mayor bañado en un frío resplandor espectral, y el monótono sonsonete nasal de aquellas devotas que rezaban apresuradamente, como aguijoneadas por el isócrono tic-tac del reloj, disgustaron a Claudio, que levantó la cabeza buscando en las alturas de la nave algo que le distrajese de esa repugnante devoción que se arrastraba de hinojos por el suelo; y lo halló: eran unos frescos de Taberner, iluminados por la lechosa claridad que inundaba la bóveda. El primero representaba una matrona hermosísima, adornada con una corona de oro y un velo blanco que el viento agitaba; a sus pies y voluptuosamente reclinado sobre una nube, había un ángel con las alas negras extendidas y un rostro seductor de mujer rubia. Aquellas dos figuras que conservaban, a pesar de los esfuerzos que

hizo el artista para divinizarlas, la fuerza sugestiva de la carne joven, cautivaron la atención de Claudio; el pintor vencía al hombre, y hubo momentos en que, fascinado por su devoción al arte, olvidó el templo y el poco piadoso fin que allí le condujo. Las dos creaciones de Taberner tenían una belleza triunfante, sobre todo aquel angelote de alas negras y cabeza de mujer rubia, en cuyos rasgos, Antúnez creyó sorprender un vago parecido con los de su idolatrado ideal de ojos verdes. Después había un segundo grupo, formado por un viejo mendigo y una mujer de lujuriantes caderas,; más allá otro ángel alargaba el brazo mostrándole el camino del cielo a una monja; luego aparecía un seráfico personaje de alas blancas, y en último término y ya sobre el altar mayor, el Espíritu Santo en forma de paloma.

Pero lo que continuaba atrayendo la atención de Claudio, era el primer grupo: la matrona morena, resplandeciente de oro, y el serafín con alas negras y rostro de mujer pecadora, que más parecía una de aquellas bacantes que danzaban cogidas del talle y con las frentes coronadas de pámpanos en torno del regocijado Sileno, que un espíritu del paraíso cristiano: indudablemente en aquella sugestión artística que el modesto mérito de las figuras no explicaba, intervenía como factor principal el estado psicológico de Antúnez, pues los ojos verdes eran para su ideal lo que las alas negras para el angelote de Taberner: el hálito del infierno, el sello del pecado, que sin caer en las profundidades del abismo, no acaba, sin embargo, de redimirse.

Al fin, cansado de su actitud, se puso de pie y por entretenerse penetró en la capilla de la derecha, dirigiéndose luego hacia el altar mayor. A ambos lados de éste aparecían dos gigantescos santos de cartón, y al fondo los retratos de los

cuatro evangelistas: Marcos, Lucas, Juan y Mateo; estas figuras, obras también de Taberner, tenían una expresión grotesca que abogaba bien poco en favor del artista. En la capilla de la izquierda había tres altares, y en uno de ellos un Crucifijo, a cuyos pies una Virgen pequeñita, feísima, juntaba las manos con exagerada afectación teatral. Antúnez contempló asombrado el crimen estético que aquel Cristo representaba: era una imagen ridícula, con las piernas excesivamente delgadas y salientes, y una cadera deforme, como dislocada, bofetón sacrílego dado al Redentor por un escultor chapucero. El primer movimiento de Claudio fué de indignación; luego, aquel semblante enflaquecido y aquellos ojos que parecían cerrarse de debilidad o de sueño, que no de sufrimiento, como procuró expresar, sin conseguirlo, la inexperta mano del artífice, excitaron su hilaridad, y según le miraba, sus deseos de reír aumentaban: aquel Cristo, huérfano de divinidad, moría de fatiga, de hambre...

Y a su memoria acudió un saladísimo cuento andaluz...

...Era un gitano vendedor de arencones que, orgulloso de la frescura y buena estampa de los que llevaba en su banasta, salió una mañana de agosto pregonando por las calles de Cádiz:—¡Arencones a dos reales; a dos reales arencones...! Mas viendo que la tarde se echaba encima y que los compradores no acudían, decidió abaratar su mercancía: — ¡Arencones a cuarenta céntimos, a cuarenta céntimos arencones!... También esta vez sus esperanzas quedaron fallidas; y entretanto el sol, un sol insoportable que reblandecía el asfalto de las aceras, iba estropeándole la pesca. Entonces, desesperado, resuelto a vender aun a trueque de perjudicar los intereses de sus compañeros de oficio, lanzó al aire un pre-

gón irresistible, de comerciante que se ha vuelto loco: — ¡Arencones a real; hoy sí que van buenos; a real arencones, a realito, a realito van hoy!... Y continuaba recorriendo calles y plazas inundadas de sol, parándose en las esquinas, mirando a los balcones cerrados y voceando siempre. — ¡Arencones a real; a real arencones!... Al cabo el pobrete tuvo que rendirse; tenía la cabeza ardiendo, la garganta y los pulmones destrozados de tanto gritar, las piernas doloridas; para colmo de desventuras, el pescado empezaba a oler mal y esto concluyó de oprimirle el corazón: furioso, harto de tan largo como inútil trabajo, abrasado de calor, muerto de fatiga, entró en una iglesia a reposar aquellas horas de siesta, que eran las peores, y sentóse en el suelo, con la espalda apoyada en el muro para mejor sentir la frialdad de la piedra; y al levantar la vista hallóse a los pies de un Crucifijo tan triste, tan escuálido, con un rostro tal de desmayo, que asociando las penas del Cristo con su pesadumbre, e interpretando aquel dolor por el suyo, exclamó, meneando compasivamente la cabeza:— ¡Ay, Señor!... ¡Parece que tú también has vendido arencones como yo!...

Pues bien: para Claudio Antúnez, el Cristo lacio y desmedrado de la iglesia de Chamberí se parecía al Cristo de los arencones. En estas imaginaciones estaba cuando sintió que le tocaban ligeramente en la espalda; volvióse, y...

—Buenas tardes—dijo Matilde—; ¿le hice esperar mucho?

—Una mujer como usted—repuso Claudio con galante familiaridad—, siempre tarda; que el deseo con que se la espera es muy grande, y el tiempo se mide por la impaciencia del que aguarda.

Ella inclinó la cabeza y sonrió: iba vestida como la tarde en que se conocieron: con su falda

color azul marino, con sus guantes negros, su capita de piel con cuello Médicis y su capotita sembrada de plumas.

—¿Me permite usted rezar?... — dijo—; desde pequeñita tengo ribetes de devota, y las devotas somos intransigentes...

Y se arrodilló, y después de persignarse se puso a orar ante aquel Cristo grotesco que Claudio había bautizado mentalmente con el nombre de *Cristo de los arencones.*

Antúnez se había recostado contra uno de los pilares medianeros y meditaba. Entonces bullía en su cerebro una caótica confusión de ideas, y tan pronto se acordaba de su ideal de ojos verdes y del serafín de Taberner suspendido en las alturas del templo, como de su flamante conquista, aquella mujercita tan puntual en acudir a una cita concertada rápidamente cuarenta y ocho horas antes; tan pequeñita, tan amable, tan despreocupada, que seguía rezando con el ahinco de una devota rutinaria. Matilde estaba de rodillas, las manos cruzadas y la cabeza erguida: en aquella posición, la luz irradiada por los cirios del altar, iluminaba su semblante; con sus ojos grandes, su nariz fina y levantada; su boca entreabierta, su rostro pálido de morena nerviosa. Antúnez contrajo los párpados y la visión se precisó, anegándose el templo en un océano de betún, sobre el cual resaltaba únicamente aquel semblante de mujer, expresivo en medio de su inmovilidad, codiciable a pesar de su místico arrobamiento, y que aparecía bañado por la moribunda luz que alumbraba la escuálida silueta del Cristo en su primer desmayo; era una mancha blanca, un rostro perdido entre tinieblas, como los que surgen en los cuadros del trágico Ribera, de una noche sin fin; un ángel de luz aleteando

en el seno de la eternidad fría y muda como esperando un soplo de divina redención.

De pronto el encanto se deshizo y la realidad derrotó al vértigo; Claudio abrió los ojos y dió algunos pasos para entrar en posesión de sí mismo; el mundo de las leyendas huía y quedaba la iglesia silenciosa, desierta, con sus paredes desnudas, su puñado de devotas rezadoras, sus altares miserables y su Cristo de los arrencones, reventando de ridiculez...

El movimiento del pintor debió de traducirlo Matilde como un gesto de impaciencia, porque se levantó en seguida.

—Usted dispense — exclamó—; le he hecho esperar mucho, pero... quería pedirle perdón a Dios por el delito que he cometido citándole a usted aquí.

Llegaron a la puerta, y ella, que había mojado sus dedos con agua bendita, se los alargó a Antúnez.

—Tome usted — dijo sencillamente: y pasó delante.

El pintor aceptó con embarazo el piadoso ofrecimiento; pero luego, distraído, se limpió los dedos disimuladamente en los pliegues de su capa.

—Pues me alegro de haber merecido de usted o de la casualidad esta preferencia — dijo Claudio reanudando la conversación interrumpida—, pues habiendo tenido a Dios por testigo de nuestra entrevista, estos amores no pueden concluir mal.

—¿Quién sabe?... Lo más fácil es que no empiecen; no vaya usted a creer que estamos componiendo el primer capítulo de una novela; yo, por mi parte, no me siento con ánimos para echar sobre mis hombros el difícil papel de protagonista, que naturalmente me correspondería, y usted... tiene demasiado mundo para apechugar

con el de primer galán. Estas comedias de la vida dan mucho trabajo y un placer muy discutible...

Hablaba de prisa y sin tartamudeos, sonriente, poniendo en la expresión de los ojos y en la vivacidad de los gestos con que subrayaba sus frases, animación indecible y fascinante. Bajaban la calle de Santa Engracia y Claudio propuso entrar en un café.

—Bien, vamos a donde usted quiera — repuso ella—; decididamente, me arrastra usted a las mayores locuras; porque, conste que esto no lo he hecho con nadie...

Entraron y fueron a sentarse en un ángulo, buscando la sombra discreta; a sus oídos llegaban las voces de varios parroquianos que jugaban al dominó y el ruido seco de las fichas chocando contra el mármol de la mesa; la atmósfera del local era tibia y el diván cómodo; el café que acababan de servirles humeaba en los vasos.

Claudio, animado por la novedad de la aventura y deseoso de hacerse simpático, hablaba con el enérgico acento de los hombres sinceros. Matilde le escuchaba atenta y después respondía vivamente, como mujer que estando segura de su ingenio y de la solidez de sus argumentos, no piensa rendirse. Poco a poco la verbosidad de Antúnez fué decayendo, y conforme el pintor perdía terreno, ella lo ganaba, tornándose más insinuante y más expresiva. Claudio, allá en sus profundos se desesperaba, maldiciendo de su torpeza, pues no podía dominar la conversación; ella era la directora, y él, pese a sus pretensiones de hombre corrido, tenía que limitarse a representar un modesto papel secundario en tan difícil concertante amoroso.

Al principio oyó a su interlocutora con gusto, después, mortificado por aquel lenguaje subyu-

gador, quiso rechazar el encanto, mas no pudo, y acabó por escucharla embelesado. Matilde Landaluce era una magna poseedora del secreto que los grandes oradores tienen para convencer; cuando hablaba, lo mismo que cuando reía, ponía en juego los músculos de su movible semblante con tal precisión y tan diabólico gracejo, que todos charlaban o reían a la vez; era una concurrencia de ademanes, de gestos, de miradas y de palabras, irresistible, magnético, que fascinaba y enloquecía; era el suyo un carácter de polemista sugestivo, un espíritu que asomaba a sus ojos y moraba con ellos, y jugueteaba en sus labios y estremecía sus facciones y agitaba sus gráciles manecitas enguantadas. Tenía la palabra fácil, la pronunciación correcta, sin afectaciones ridículas ni dejos andaluces; la voz bien timbrada y de un eco extraño que inspiraba alegría; la concepción pronta y graciosa; y discurriendo así, hablando tan bien, sonriendo tan a tiempo, accionando con tanta oportunidad, completando con un desmayo de la mirada o un mohín de la boca, lo que no quería decir francamente, con una facundia prodigiosa que la permitía charlar sin agotarse y un tanto especial para escoger asuntos, aquella mujercita tan pequeña, sin haber nacido en la púrpura, ni ser una académica decidora de perlas, revelaba un ingenio, una distinción y un arte mundano por todo extremo peligrosos. Según Claudio Antúnez se admiraba, ella crecía y tocaba a las nubes; ella era la voz dominadora, la inteligencia fascinante, el acento cariñoso que penetra oídos adentro hasta enseñorearse del auditorio; y él era el público, juguete de la travesura del orador.

Mientras la joven hablaba y reía, interrumpiéndose a ratos para beber un sorbo de café y proseguir riendo y hablando, Claudio la examinaba con prolijo detenimiento; y entonces advirtió su desparpajo, el aplomo que tenían sus palabras y sus actitudes y la facilidad con que accedió a otorgarle una entrevista, y súbitamente experimentó una explosión celosa, que en circunstancias tales era pueril y ridícula; Matilde, entretanto hablaba sin afectación; pero sin incurrir tampoco en lugares comunes, y hablaba siempre, cual si la conversación fuera un fuego sagrado que importase conservar.

Entonces se defendía atacando al pintor y demostrándole que todo cuanto entre ellos acababa de suceder era asunto de gorja y pasatiempo.

—Usted — agregó formalizándose y como deseando terminar la entrevista—, es un hombre a quien los romanticismos de la vida no cuadran bien, y yo tengo muchos años para creer que haya nadie capaz de morir por mí.

—¿Que tiene usted muchos años?

—¡Vaya...! en una sociedad que vive tan de prisa como la nuestra, casi puedo ser una abuelita. Tengo veintisiete... Y acaso — agregó riendo — usted me creía más joven y este descubrimiento hiere mortalmente el amor eterno con que hace un momento me convidaba.

—Ni yo lo he pensado, ni usted puede creerlo — repuso el pintor—, pues tan absurdo es enamorarse de una mujer por el número de sus años, como por la sonoridad de su apellido: pero confieso que representa usted menos edad; juzgándola por su estatura y por lo infantil de sus movimientos, es usted una niña con redondeces precoces; ahora, oyéndola hablar, ya es diferente.

Charlaron mucho.

—Sea como fuere — añadió Matilde—, ésta será, seguramente, nuestra última calaverada. Porque, créame... usted y yo no podemos amarnos.

33979
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Cómo? — preguntó cándidamente Claudio.

—Porque... es imposible; sería necesario un milagro, y Dios está cansado de hacerlos.

—Y esa imposibilidad, ¿constituye un secreto?

—Sí, un secreto.

—¿Indescifrable?

—¡Quién sabe! — murmuró distraída.

Hubo una pausa divinizada por algo misterioso y solemne. Se había quedado seria; luego sus facciones palidecieron y sus ojos se empañaron con el velo acuoso, brillante, de los que lloran por dentro. Claudio, emocionado, no pudo contenerse y exclamó cogiéndola una mano:

—¡Lloras!... ¿Y por qué...?

Había tanto cariño, tanto interés en aquella pregunta que formuló familiarmente, sin acordarse del respetuoso tratamiento que la costumbre establecida entre ambos, que Matilde rompió a llorar.

—Sí, lloro — murmuró—; dispénseme usted.

Claudio Antúnez no concebía que las pasiones pudieran fingirse y aquellas lágrimas le abrumaron.

—Pero, ¿por qué, por qué...?

—Porque no puedo querer a nadie.

—¡No entiendo...!

—Porque... soy casada... Y el matrimonio es una errata incorregible del poema de la vida...

El pintor ya esperaba esta respuesta y añadió desdeñando el insulto que envolvía su pregunta.

—¿Y qué...? Me lo dijiste... pero, ése no es un obstáculo insuperable.

—Sí, sí lo es—murmuró ella bajando la voz—; una mujer que delira por su amante, no puede soportar las caricias de su marido...

Antúnez no respondió y las palabras de la inconsolable quedaron flotando en el aire, graves, solemnes, rindiéndole bajo el peso de su verdad.

Desde aquel instante la conversación fué menos alegre, pero más expresiva; un secreto dolor les hermanaba.

Cuando salieron del café eran más de las cinco, y tornaron a subir la calle de Santa Engracia en dirección a la plaza de Chamberí. Matilde iba seria, ensimismada, la cabecita escondida en el empinado cuello Médicis de su capa; él medio embozado, con el sombrero echado sobre las cejas y aquel contoneo firme y airoso de macho potente.

—¿Y *él*, está en Madrid?—preguntó Claudio.

—Sí; vivo con él y con mi madre.

—Pues mira, cuando me acerqué a tí no pensé en tu estado, y ahora que lo conozco y te quiero, me importa menos... Tú me querrás también, ¿no es cierto...? Dilo mirándome a la cara...

Había empezado a tutearla y ella le oía sin protestar, halagada por aquella ardiente explosión de ternura que sus lágrimas habían provocado.

—Lo que usted propone — repuso — es el suicidio, y a la muerte no se la reta tan de ligero; yo creo que los suicidas, antes de matarse, lo piensan mucho...

—¿Cuándo te casaste?

—Hace dos años.

—¿Le querías...?

Ella vaciló, pero apremiada por la insinuante mirada de Claudio, replicó titubeando:

—¡Qué sé yo...! ¡Tal vez...!

Llegaron a la plaza de Chamberí y torcieron a la derecha, por la calle del Cisne. La tarde era serena y el aire, aunque frío, seco; a un lado aparecía la chimenea renegrida de una fábrica de aserrar maderas, cuyos motores trajinaban con un ronco y prolongado gruñido de trueno, y, limitando las aceras, un convento de monjas y va-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rias casitas de modesto aspecto: al fondo del paisaje y entre los árboles de la calle de Almagro y de la Castellana, blanqueaban multitud de hoteles; aquél era el Madrid rico que vive de sus rentas, abofeteando a la miseria, con el insultante esplendor de sus millones: a la izquierda había una gran extensión de terreno desigual, pedregoso, sembrado de casuchas miserables, y a través de aquel campo, Claudio y Matilde continuaron su marcha un poco más unidos, porque el frío les obligaba a estrecharse. Todo aquello era triste y árido; el arrabal extremo de una ciudad dormida bajo el cielo blanquecino de una tarde invernosa.

Matilde empezó a hablar tranquilamente, con un tono familiar que daba singulares encantos a sus palabras; era la confesión explícita de una mujer talentosa que, repentinamente, sobrecogida por el paisaje y la soledad del sitio, abre el arca secreta de sus recuerdos.

—Prescindamos de mi niñez — dijo—: ¿para qué...? la historia de los chicos es una cadena de inocentes nimiedades que sólo a sus abuelos interesa: hablemos del presente que nos preocupa, porque es lo que nos separa.

Diciendo esto le miraba fijamente, procurando leer con sus grandes ojos habladores los pensamientos del pintor.

—Yo habito — continuó — el hotelito que usted conoce; lo compré pocos meses después de casarme, allí vivo con mi marido y mi madre; tengo también dos hermanas casadas, Juana y María del Carmen: ésa es mi familia... todas son buenas y si yo no soy del todo virtuosa es porque me falta mucho para ser feliz: además tengo muchos nervios, una sensibilidad enferma, una imaginación ardiente que me arrastra más allá del deber... Y aunque parece que mi carácter es entero,

sé que la voluntad es mi facultad más débil... ¡He sufrido tanto...!

Detúvose un instante para suspirar, y prosiguió.

—A mi esposo le conocí de un modo bien original: un joven, amigo íntimo de mis padres, nos le presentó y mi familia accedió en seguida al matrimonio.

—¡Caso tan extraño! — exclamó Antúnez—; no comprendo que ese individuo, siendo mozo, se metiese a corchete de voluntades; yo, en su puesto, me hubiera casado contigo, si tan buena me parecías.

—En todo esto mediaron circunstancias extraordinarias; el que hoy es mi marido vivía entonces en Cuba; cuando nos conocimos personalmente hacía ya seis años que estábamos casados por poder.

Cruzando la plaza de Isabel la Católica continuaron el paseo por el camino que conduce al vecino pueblo de Chamartín, y que en aquella parte corre encajonado entre los antiguos desmontes del Palacio de la Exposición y la cerca del Hipódromo.

El pintor había recobrado su apasionada verbosidad; Matilde, seducida por el verídico acento que vivificaba aquel canto de amor, acortaba el paso poseída de orientalesca languidez, y Claudio la oprimía el brazo mientras hablaba: un bracito pequeñín, regordete, cuya carne vibraba bajo la tela del vestido... Y él nunca pensó que hubiese tanta poesía en las sacudidas del amor carnal, ni soñado nada tan artístico ni más refinadamente conmovedor, como el abandono fortuito de una mujer en medio del campo, a la puesta del sol, esa hora de plácido sosiego que precede a la noche, sumo pontífice del reposo y del deleite universal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Y... ¡quiero serle a usted enteramente franca! — exclamó Matilde.

—Serme — rectificó el pintor— ; hemos convenido en tutearnos.

—Bien, serte, ¿qué importa?

Y se detuvo aún, temiendo estropear alguna ilusión revelando algún secreto.

—Yo — añadió — soy viuda...

—¡Viuda, tú...!

—Sí, y el hombre que dispuso mi segundo matrimonio fué mi primer esposo. Eran íntimos amigos y el superviviente quedó encargado de velar por mí ; fué una boda insípida que salía de un sepulcro abierto. Yo, en ella, no intervine para nada ; fuí el instrumento, el eje sobre que giró una maquiavélica combinación de afectos interesados : mi familia lo arregló todo.

Diciendo esto le miraba, sondeándole : Claudio, aturdido, se encogió de hombros, sin responder. Pasadas las casetas del resguardo, necesitaron echarse a un lado del camino para dejar franco el paso a un coche que dos caballos arrastraban : el auriga iba en el pescante envuelto en una esclavina de pieles, con esa tiesura de los criados aristócratas ; el interior del vehículo, que huía rápidamente levantando una liviana nube de polvo, lo ocupaban un hombre y una mujer ; el coche atravesó el puentecillo tendido sobre el Canal de Lozoya, y los caballos atacaron al trote largo la cuesta que tiene allí el camino, desapareciendo después tras un grupo de árboles.

La campiña ofrecía un triste paisaje : a la izquierda, y en un extenso declive, aparecían varias casitas de arcilla y ladrillos ; más allá estaba el barrio de Cuatro-Caminos, esbozándose sobre el fondo blanquecino del cielo ; a la derecha se extendía un terreno inculto, yermo, y cerrando el horizonte el Canal de Lozoya, recortando una larga curva

ondulante entre dos filas de árboles escuetos. Cuando llegaron al Canal torcieron a la izquierda, bordeándolo. La tarde declinaba rápidamente ; de los campos desiertos ascendía una oleada de tristeza que aumentaba los tintes melancólicos del cielo encapotado ; aquella naturaleza muerta, sin ruidos y sin luces, reposando bajo las flotantes gasas de una neblina naciente, parecía un paréntesis de la vida, un inmenso templo abandonado.

—Voy fatigada — dijo Matilde— ; ¿vamos a descansar un momento...?

El sitio donde se hallaban era demasiado alto, y buscando algún abrigo descendieron a una hondonada, acomodándose en el borde de un arroyo seco, entre un grupo de árboles desnudos. A la izquierda, y en el límite más lejano del cauce, había una casucha miserable, con cobertizo en la parte trasera ; y junto a ellos, tres arcos muy bajitos de piedra, sobre los cuales corrían las aguas de Lozoya ; aquel sitio, que en verano sería delicioso, parecía en invierno y a tales horas, el esqueleto de la dicha.

Claudio Antúnez se sentó muy cerca de Matilde y la rodeó la cintura con un brazo, sin que ella hiciese ningún movimiento hostil. Estaba rígida, con los piececitos muy recatados bajo las faldas, como temerosa de ofrecer al deseo un pretexto para estallar ; y Antúnez a su lado, envolviéndola con sus palabras en una atmósfera de horno. En esta conversación el pintor agotaba los recursos de su oratoria, refiriendo conmovido episodios diversos de su juventud : sus afanes de artista que empieza a conquistar una reputación, la necia historia de los amores mundanos, de los besos que no sacian ; su sed de ideal, de un cariño que ocupase toda su vida y al cual prometía ser fiel eternamente ; su amada platónica, la mujer de ojos verdes que le consolaba en sus horas in-

terminables de nostalgia... Y narrando aquellos combates íntimos, Claudio la cortejaba diciendo que ella sería la fuente, siempre fresca, de su inspiración; y también su contento, su sostén en los momentos de cruel desmayo.

—Ya que nos hemos conocido, amémonos—decía el pintor—, yo no pretendo conocer tu historia; sólo anhelo tu presente y tu porvenir, que embellecerá el mío si seguimos juntos. Tú, Matilde, eres buena; pero ese hombre es tu perdición, el cerebro de corcho que con su ineptitud te empuja al abismo...

Ella callaba y languidecía.

—Yo — continuó Antúnez — tengo corazón, pasiones vírgenes que me escandecen, y no te dejaré morir en el océano de vulgaridad donde hoy te ahogas; no tendré para ti esas ridículas atenciones que tanto placen a las mujeres frívolas, pero sí arrebatos que calmarán tu anhelo de niña que quiere ser amada hasta la perdición. En tí compendiaré todos mis afectos: tú serás mi madre, mi mejor amigo, el sol fecundador de mi cerebro, la musa inspiradora de mis mejores cuadros, la querida de carnes lujuriantes que substituirá a mi helada quimera de ojos verdes...

La joven languidecía y él continuó hablando. Después, sin poder dominarse más, la cogió por el cuello y la besó en la boca; una vez, dos, muchas con ardor de macho encelado: ella, al principio, se defendió con arrulladoras protestas de hembra que quiere ser poseída, y al fin, se abandonó... Allí fué; junto a aquellos arcos de piedra por donde pasa el Canal de Lozoya, en el fondo de aquel grupo de árboles desnudos, bajo aquel cielo blancuzco, de invierno, que iba envolviendo los campos en un velo de brumas... Claudio Antúnez, en el apogeo de su delirio, cogió a Matilde por el talle, aupándola entre sus brazos; parecía con su elevada estatura y sus hombros de titán, un Hércules jugando con una figurita de porcelana de Sévres.

Así empezaron sus amores, de golpe, como acontece en los corazones acostumbrados a querer y que no sacrifican el deleite al pudor: Matilde Landaluce, dejándose vencer, rindió al pintor; ella era el destino y Claudio seguiría encadenado a su amor, como Ixión a la rueda de su tormento.

IV

Aquella caída inicial provocó otras muchas; las primeras ocurrieron en el mismo sitio: en el cauce del arroyo seco, junto a los arcos de piedra, a la puesta del sol, sobre el suelo húmedo; aquél era su tálamo, su dosel, el cielo infinito; allí, abandonados a los libres impulsos de su pasión, abrazándose mientras hablaban y arrebatándose los besos de la boca, fantaseando y riendo, y enfadándose para reconciliarse en seguida, parecían dos figuras de la poesía clásica, dos pastores de Arcadia forzados por la necesidad a vestir a la europea, pero que conservaban su amor a la libertad y a las campiñas solitarias.

Después, aquel sitio donde siempre se reunían con zozobra, temerosos de que el ojo avizor de algún guardia les sorprendiese, empezó a serles molesto, y entonces Claudio se acordó de Antonia Carrasco, una amiga complaciente y sufrida, cuya casa le servía desde antiguo para centro de sus devaneos y trapisondas.

Era la tal, una viejecilla enjuta y avellanada, tan seca y mal perfilada de rostro como tacaña de cuerpo, y con pies y manos de muñeca; sólo conservaba de su antigua belleza, que debió de

terminables de nostalgia... Y narrando aquellos combates íntimos, Claudio la cortejaba diciendo que ella sería la fuente, siempre fresca, de su inspiración; y también su contento, su sostén en los momentos de cruel desmayo.

—Ya que nos hemos conocido, amémonos—decía el pintor—, yo no pretendo conocer tu historia; sólo anhelo tu presente y tu porvenir, que embellecerá el mío si seguimos juntos. Tú, Matilde, eres buena; pero ese hombre es tu perdición, el cerebro de corcho que con su ineptitud te empuja al abismo...

Ella callaba y languidecía.

—Yo — continuó Antúnez — tengo corazón, pasiones vírgenes que me escandecen, y no te dejaré morir en el océano de vulgaridad donde hoy te ahogas; no tendré para ti esas ridículas atenciones que tanto placen a las mujeres frívolas, pero sí arrebatos que calmarán tu anhelo de niña que quiere ser amada hasta la perdición. En tí compendiaré todos mis afectos: tú serás mi madre, mi mejor amigo, el sol fecundador de mi cerebro, la musa inspiradora de mis mejores cuadros, la querida de carnes lujuriantes que substituirá a mi helada quimera de ojos verdes...

La joven languidecía y él continuó hablando. Después, sin poder dominarse más, la cogió por el cuello y la besó en la boca; una vez, dos, muchas con ardor de macho encelado: ella, al principio, se defendió con arrulladoras protestas de hembra que quiere ser poseída, y al fin, se abandonó... Allí fué; junto a aquellos arcos de piedra por donde pasa el Canal de Lozoya, en el fondo de aquel grupo de árboles desnudos, bajo aquel cielo blancuzco, de invierno, que iba envolviendo los campos en un velo de brumas... Claudio Antúnez, en el apogeo de su delirio, cogió a Matilde por el talle, aupándola entre sus brazos; parecía con su elevada estatura y sus hombros de titán, un Hércules jugando con una figurita de porcelana de Sévres.

Así empezaron sus amores, de golpe, como acontece en los corazones acostumbrados a querer y que no sacrifican el deleite al pudor: Matilde Landaluce, dejándose vencer, rindió al pintor; ella era el destino y Claudio seguiría encadenado a su amor, como Ixión a la rueda de su tormento.

IV

Aquella caída inicial provocó otras muchas; las primeras ocurrieron en el mismo sitio: en el cauce del arroyo seco, junto a los arcos de piedra, a la puesta del sol, sobre el suelo húmedo; aquél era su tálamo, su dosel, el cielo infinito; allí, abandonados a los libres impulsos de su pasión, abrazándose mientras hablaban y arrebatándose los besos de la boca, fantaseando y riendo, y enfadándose para reconciliarse en seguida, parecían dos figuras de la poesía clásica, dos pastores de Arcadia forzados por la necesidad a vestir a la europea, pero que conservaban su amor a la libertad y a las campiñas solitarias.

Después, aquel sitio donde siempre se reunían con zozobra, temerosos de que el ojo avizor de algún guardia les sorprendiese, empezó a serles molesto, y entonces Claudio se acordó de Antonia Carrasco, una amiga complaciente y sufrida, cuya casa le servía desde antiguo para centro de sus devaneos y trapisondas.

Era la tal, una viejecilla enjuta y avellanada, tan seca y mal perfilada de rostro como tacaña de cuerpo, y con pies y manos de muñeca; sólo conservaba de su antigua belleza, que debió de

ser graciosa y picante, unos ojos negros muy expresivos y un carácter siempre alegre; en éste y en su mirada se había refugiado su lejana juventud, y aquel residuo de travesura infantil imprimía vivacidad simpática a los movimientos todos de su persona; su espíritu, dotado de inagotable buen humor, luchaba contra el cuerpo decadente, sacudiendo el marasmo de su vejez y obligándola a vivir una juventud contrahecha, tristemente cómica, como la de un pulchinela.

Como mujer habituada a las fáciles costumbres del mundo vicioso, harta de saber cómo se rinden las virtudes más austeras y la duración de las pasiones más ardientes, persuadida de que la dignidad y el honor son conceptos elásticos que varían según las circunstancias y el temperamento linfático o sanguíneo del individuo, tenía una conciencia bonachona, una moral tolerante de vieja corrida que todo lo disculpa. Nada la sorprendía, de nada podía admirarse, y a su juicio, los exagerados puritanismos sólo cuadran bien en las niñas que salen de los conventos creyendo que los hombres son como Cristo, ese marido frío que nunca cierra los brazos para estrechar a sus esposas: la joven que huye con el novio, el hermano que deja a su hermana rodar por el arroyo sin estorbar sus placeres; el marido cesante que permite a su mujer andar por los ministerios buscándole un destino, el adulterio... todo lo encontraba Antonia Carrasco, si no natural, excusable al menos: aquéllas eran flaquezas humanas, debilidades incorregibles de la carne, necesidades de la juventud enamoradiza; eran *cosas de la vida*, como ella decía, condensando en esta frase vulgar todo lo sucio, lo repugnante, lo pornográfico, lo que no puede decirse.

Vivir, a su juicio, era reír, beber y prostituirse; parecía una vieja del mundo pagano, acostumbrada a las lupercales de la Roma antigua; y si la hubiesen dicho que a orillas del Manzanares había un grupo de mujeres y de hombres desnudos bailando alrededor de un tonel de vino, se hubiera callado benévolamente, echando sobre aquella orgiástica explosión de la humana lujuria una sonrisa de perdón.

Habitaba en la calle de Pozas una bohardilla, y aquél fué el escondrijo donde Matilde y el pintor ocultaron sus amores. Unos días se citaban por la mañana, otros por la tarde, según lo permitiesen los obstáculos que ella tenía que vencer para salir; iban separados y el que primero llegaba esperaba al otro.

El cuarto constaba de una cocina muy pequeña y de dos habitaciones: una de ellas, la interior, era el saloncito, decorado con una consola con piedra de mármol y algunas sillas; en la otra, que tenía una ventana al tejado, había un lecho y un par de sillas, junto a un brasero que la previsión de Antonia Carrasco cuidaba de encender antes de que Claudio y Matilde llegasen: estas habitaciones estaban separadas por una puerta endeble, viejísima, bajo la cual quedaba un espacio de cuatro dedos.

Aquella alcoba fría, desmantelada, sin más abrigo que el ofrecido por el brasero y una esterilla de esparto, fué para el pintor la realización del paraíso prometido. Todos los días se aguardaban con idéntica emoción, y no bien Antonia salía, cerrando la puerta y dejándoles solos, se precipitaban el uno en brazos del otro. Ella se acomodaba sobre las rodillas de Antúnez, al amor del braserillo, después de quitarse los guantes y la capa para no sentir frío a la salida, y mientras él la besaba los ojos y la nuca, ella reía relatando las dificultades que hubo de vencer para salir;

siempre había algo: su madre, su marido, una vecina indiscreta...

—No sé a dónde vamos a llegar—decía—; cada escapatoria supone un andamiaje de mentiras que el peor día se descubren...

El recompensaba tanta abnegación besándola mucho, y todo lo olvidaban; y si Claudio llevaba una botella de Jerez y algún bocadillo suculento, la comida fortalecía los estómagos, transformando su entrevista en pequeña orgía en la cual el amor era la salsa sazonadora de los manjares.

Empezaban hablando tranquilamente como amantes fríos que no necesitan recurrir a las manos para expresar sus pensamientos; después el vino y la conversación, obrando de consuno, despertaban el entusiasmo; ella charlaba y reía, reía siempre, con su carita picaresca de ángel caído y unas carcajadas alegres, sugestivas, como el agudo repiqueteo de una bandurria; enseñando sus dientes blanquísimos de lobezno, pequeños y apretados; frunciendo sus naricillas, contrayendo los ojos, alrededor de los cuales se formaban dos manojitos de arrugas que concurrían en un solo punto, como las varillas de un abanico abierto; estremeciéndose con espasmos nerviosos que la conmovían de pies a cabeza, y aplaudiendo los chistes del pintor o los suyos con carcajadas sonoras, argentinas, y su frase favorita:—«¡Eso tiene gracia, la mar de gracia!...» que decía tartamudeando, echándose hacia atrás, sofocada por la risa...

Matilde había nacido en Madrid, del matrimonio de Carolina Prado con don Juan Landaluce, antiguo empleado de los ferrocarriles del Norte. Sus primeros estudios los cursó en el colegio de San Antonio de la Florida, y aunque se crió enfermiza y mimada, muy pronto sobrepujó a sus

condiscípulas, pues reunía las condiciones del buen estudiante: inteligencia clara, voluntad firme para perseverar en el trabajo y no dormirse ante los libros abiertos, y un amor propio que no consentía ir a la zaga de nadie.

A los doce años ya alcanzaba la estatura que luego conservó; era muy derecha, con su cabeza un poquito grande, de mujer talentosa, sus ojos adormilados y soñadores a veces, a ratos chispeantes y reidores; su nariz levantada de hembra sensual, sus caderas que empezaban a bosquejarse, sus pantorrillas gruesas y fuertes y un aplomo encantador de mujercita vestida de corto. Por entonces celebróse una función teatral en casa de unos amigos de Landaluce; todos los actores eran granaderos de quince años a lo sumo, y el papel de protagonista del drama fué encomendado a Matilde, que lo representó a maravilla. Entre los concurrentes estaba Matilde Díez, gloria de nuestra escena, quien, seducida por las actitudes de su joven tocaya, prometió hacer de ella una excelente actriz; pero Landaluce, a quien repugnaba la vida de bastidores, se opuso rotundamente, alegando, para disimular la acritud de su negativa, la menguada estatura de Matilde.

—Esa no es razón — porfiaba Díez—, porque bien chiquitita soy yo...

A pesar de estas insinuaciones, Landaluce sólo transigió en apariencias; y, en efecto, desde la semana siguiente Matilde fué todas las tardes a casa de la insigne actriz. Esta, que ya estaba retirada del teatro, vivía en un elegante pisito de la calle de Lope de Vega, y la enseñanza de aquella niña, en quien su genio presentía una digna sucesora suya, fué en el ocaso de su gloriosa carrera un dulce recreo. Allí, en un espacioso gabinete decorado de azul y separado de la alcoba por una cortina blanca, era donde daban la lec-

ción : Matildita Landaluce recogía la cortina y declamaba dentro de la alcoba como si estuviese en el escenario de un teatro, y la Díez, sentada en el gabinete, de espaldas a la luz, representaba el público : cuando la discípula hacía un gesto inoportuno, o no acentuaba la expresión de una frase, ella, la gran actriz, la interrumpía, la quitaba el papel, si estaba leyendo, y olvidando sus años, reverdecía sus viejos laureles declamando con el incomparable esmero de sus buenos tiempos : así pasaban las tardes sin que ninguna de las dos sintiese la fatiga del trabajo. Desgraciadamente Matilde Díez murió pocos meses después, y su muerte cambió el porvenir de su última discípula.

Quince años tenía Matilde Landaluce cuando conoció a su primer marido, Antonio Santero, mozo simpático y rico que la desposó borracho de ilusión para morir cuatro años después ; años voraces, febriles, que pasaron dejándole herido mortalmente : fué la suya una agonía cruel de hombre enamorado que se despide del mundo bendiciendo a la mujer que la pasión escogió para instrumento de su dulce suplicio.

Matilde, que le quería de veras, le lloró mucho, rehuyó la sociedad de sus amigas y todos los domingos iba al cementerio a prosternarse sobre la tumba del pobre muerto. Aquellas tardes de recogimiento pasadas en la soledad del campo santo, apartada del mundo que sofoca, riendo, los gritos del dolor, arrodillada ante la inmensidad del sepulcro, bajo un cielo indiferente, y entregada a revivir los últimos tiempos, la sirvieron de inmenso consuelo.

Pero en el transcurso de aquel primer año de viudez, la intensidad del luctuoso recuerdo decreció ; otras escenas fueron distrayéndola, y a medida que su dolor decrecía, la sociedad alegre la reconquistaba con seductores espejismos de pasiones, de delirios sin cuento. Volvió a reír, la alegría iluminó sus ojos que la tristeza y las lágrimas derramadas en su solitario lecho de joven viuda habían empañado, y su imaginación acarició otra vez el placer de amar y ser dichosa. El ave fénix de los antiguos, renaciendo de sus cenizas, es la imagen más perfecta del corazón humano ; esa víscera traidora que se arranca el fúnebre crespón de sus recuerdos, para revestirse la alegre máscara de la locura y volver a reír.

Así las cosas, atento don Juan Landaluce al consejo que Antonio Santero le dió momentos antes de morir, de casar a su íntimo amigo Pablo Estrada con Matilde, y temiendo que su hija incurriese en los deslices a que las viudas jóvenes están expuestas, concertó aquel nuevo casamiento ; hizo que entre ella y Estrada, que a la sazón estaba en Cuba, se cruzasen algunas cartas, y como éste se mostraba propicio a cumplir el deseo de su amigo, todo quedó concertado, y dos años más tarde aquellos novios extraños que nunca tuvieron ocasión de hablar, se casaban por poder.

En estas segundas relaciones no intervino la voluntad de Matilde ; la ofrecieron un marido y le aceptó sin protestar, como algo lejano y dudoso. Seis años tardó Pablo Estrada en ultimar los asuntos que le retenían en Cuba, y durante este largo período ocurrieron en la familia de Matilde graves mudanzas : Landaluce murió, Juana y María del Carmen se casaron, y Matilde y su madre fueron a vivir a otro cuartito más pequeño. En aquella casa, acompañando a su madre inconsolable, viendo los muebles que recordaban a las hermanas ausentes y al padre muerto, sintiendo la fiebre de placeres que el fin prematuro de su marido no satisfizo, Matilde experimentó con inaguantable intensidad la nostalgia de su

viudez; y hallándose sola quiso *al hombre*, a un ser indefinible seductor poderoso que flotaba entre las impalpables gasas de los ensueños que poblaban de figuras rientes o sentimentales sus noches de insomnio.

Matilde Landaluce, tan expresiva cuando estaba en sociedad, era a solas esquiva y huraña; sentada en un sillón con una novela sobre las rodillas, junto a la chimenea encendida si era invierno, o frente al balcón abierto si era verano, dejaba correr el tiempo sumida en un marasmo voluptuoso; los conceptos estampados en las páginas del libro, el monótono chisporroteo de la madera quemada, todo contribuía a exaltar aquel sopor moral; deleite orientalesco, extraño y remedo exquisito del nirvana indio.

En aquellas horas de plácido recogimiento, lejos del mundo que corre a la muerte, Matilde soñaba con el amante informe de sus pesadillas; aquella quimera constituía su tormento, su sed de ideal, de un más allá borroso, impalpable, como los espejismos del desierto abrasado. Recordaba a su marido, y aunque la muerte enaltece a sus víctimas, comprendía que aquel hombre no era perfecto; le faltaba algo, como a los otros les faltaba también. Las cartas de Pablo Estrada aumentaron su fastidio: le encontraba insípido, vulgarísimo; en medio de los requiebros apasionados, se traslucía el comerciante que procura librarse un porvenir dichoso, pero sin olvidar el precio de su felicidad: en ellas hablaba de cariño y de negocios, de ilusiones y de dinero, de su futuro nido de amor y de lo que la instalación de tan poético rinconcito podía costarles, de besos y de números: era una repugnante fusión de afectos, un idilio escrito al dorso de un pagaré, y Matilde lloraba leyéndolas, y lloraba de despecho, viéndose encadenada a aquel mercader

con pujos de poeta, que cerraba el libro Diario para escribir cartas de amor.

Las mujeres impresionables están predispuestas a caer, y ella cayó también en brazos de un advenedizo que casi le doblaba la edad; rindióse a él estúpidamente, sin meditar lo que hacía, rabiosa, como deseando vengarse del remiso galán de sus ensueños. Y entregó cuanto tenía; los tesoros de su ingenio picaresco, las bellezas de su juventud lozana, las ternuras de su corazón, la magia de sus caricias: todo fué para aquel individuo alto, barbudo, un poco calvo, que no tuvo otro mérito que el de enamorarla a tiempo; y dándose a él creyó satisfacer su afán de ideales, sus romanticismos de mujer que ha leído mucho, y estimó amor legítimo lo que sólo era un vértigo de carne. Así vivió tres años, gozando el misterio de aquella pasión, buscando por las tardes a su amante para mitigar en un cuarto, bien cerrado, la fiebre que les consumía y saboreando a solas por las noches en su lecho, el goloso sabor de los besos recibidos. Y entretanto Pablo Estrada seguía escribiendo por *primera vía* sendas cartas de amor en papel comercial...

Aquel hombre aminoró en Matilde la obsesión lancinante de su quimera, ofreciéndola un amor real, orlado con la poesía del crimen, y que cansaba su imaginación rindiendo sus nervios. Mas su ilusión duró poco, pues su amante murió repentinamente de un ataque cerebral, sin hacer un gesto ni lanzar un quejido, como el buey que recibe un mazazo en el testuz.

Matilde le lloró como años atrás llorara la muerte de Antonio; pero sus lágrimas fueron más tristes, pues el origen de su dolor era inconfesable, y las devoró en silencio, como en secreto había paladeado las caricias del muerto. Volvía a quedar viuda y el informe fantasma de sus en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

sueños reapareció; y tornó a divertir sus soledades sentándose junto a la ventana abierta o al amorcillo de la lumbre, y allí permanecía muda, como si en aquellos solemnes instantes de silencio escuchare la voz del Destino.

Y pasaron dos años preñados de hastío; Pablo Estrada escribía asiduamente, demostrando mucho amor y mucho juicio, y anunciando su regreso a la Península. Cada una de aquellas cartas provocaba largos comentarios: doña Carolina lloraba de gozo, soñando un porvenir plácido, embellecido con la presencia de traviesos nietezuelos: Matilde, devorada por sus recuerdos, callaba y sonreía con una risa más triste que un sollozo.

Con la venida de Estrada sufrió Matilde Landaluce una terrible decepción, porque desgraciadamente la figura de Pablo completaba el espíritu informador de sus cartas. Representaba cuarenta años; era de regular estatura, delgado, con los brazos demasiado largos y las piernas arqueadas, el busto exiguo, la cabeza ladeada; y aunque nacido en Asturias, tenía ese acento meloso, insoportable, de los habitantes de la gran Antilla, que arrastran las vocales finales de las palabras con esa pereza tropical que recuerda las caravanas dormidas al pie de las palmeras.

Los recién casados se vieron por primera vez en casa de Matilde y en presencia de su madre; Pablo fué recibido en la salita, una habitación pequeña decorada con muebles de color rojo obscuro; doña Carolina ocupaba una butaca, Matilde otra, de espaldas a la luz; Pablo Estrada se instaló en el sofá. Doña Carolina contemplaba a su yerno con arrobo, cual si fuese una especie de dios tutelar o de ángel ultramarino dotado de seráficas cualidades; y Matilde, encogida en su asiento, le veía y temblaba; era la primera vez

que un hombre la infundía miedo y que no cuidó de ser hermosa.

Pablo Estrada vestía un traje gris claro, camisa con cuello marinera, corbata verde, zapatos blancos y sombrero de jipijapa. Al principio estuvo intranquilo, el busto rígido, las manos sobre los muslos y separadas las rodillas; luego, vencido por la pereza y las fatigas del viaje, apoyó el cuerpo sobre el respaldo del sofá y cruzó una pierna sobre otra, como hombre que poco a poco va convenciéndose de que está en su casa.

La conversación desfloró diversos asuntos. Hablaron ligeramente de Antonio Santero, conviniendo todos en que fué un excelente muchacho; y después, de Cuba, de las enfermedades que allí se padecen, de la existencia lánguida que arrastra el comercio habanero, del presente, del porvenir...

Estrada era un asturiano que olvidó en Ultramar la dulce poesía de los países montañosos. Cuba era su verdadera patria, allí se enriqueció, de las entrañas de aquella isla fecunda había arrancado el capital que pensaba disfrutar tranquilamente en su vejez: emocionóse recordando las campiñas, las apocalípticas tormentas y las plácidas noches tropicales; y luego, dejando divagaciones aparte, una soporífera disertación acerca de la zafra en los ingenios, del cultivo del tabaco y de la influencia que Cuba ejercería en el comercio si canalizasen el istmo de Panamá; entonces, las aguas del Océano Pacífico, al mezclarse con las del Atlántico, determinarían una poderosa corriente submarina que extirparía el vómito del golfo mejicano, y la isla podría relacionarse directamente con los centros fabriles del litoral occidental de América y del Archipiélago filipino.

Esta conversación le entusiasmó tanto, que llegó a confesar el sentimiento que le causaba ha-

berse retirado tan pronto del comercio. Después refirió sucintamente los accidentes del viaje: desembarcó en Santander, y sin detenerse a gozar las bellezas de la pintoresca ciudad, facturó su equipaje y subió al tren mixto que salía para Madrid... Y allí estaba, con su traje gris claro salpicado de manchas grasientas, un sombrero de jipijapa y su semblante marchito de hombre que ha rodado durante veinticuatro horas en un fementido coche de tercera. De pronto, recordando sus obligaciones de esposo novel, dirigió a Matilde algunos requiebros acerca de la agradable impresión que recibió al encontrarla tan hermosa y tan superior al retrato que meses antes le enviara; y ya más contento, habló del porvenir, diciendo que pensaba comprar un hotelito bien soleado en los alrededores de Madrid, y vivir tranquilo, entregado a la horticultura y a la cría de palomas. Luego, mientras doña Carolina conducía solícita a su yerno al cuarto que con oportuna antelación le preparaba, Matilde permaneció inmóvil, aturdida por el golpe de su infortunio.

Ella nunca imaginó a Pablo Estrada tan insípido ni tan prosaico. Estrada tenía el color cetrino, el rostro aguileño, la barba rala y puntiaguda, las orejas grandes y delgadas, de los enfermos del pulmón; los ojos pardos de mirar insistente y penetrante; ojos preguntones de agente policíaco o de comerciante que sondea a su interlocutor inquiriendo la dosis de buena fe que hay en el negocio que le propone.

Oyéndole hablar acabó de conocerle. Le vió apenarse un instante recordando al amigo muerto y luego discurrir largamente acerca de Cuba, una tierra que amaba porque en ella se enriqueció; y de la caña de azúcar, y del medio de sanear los terrenos de plantío y de la canalización del istmo de Panamá, cuestiones todas que más o menos

de cerca interesaban al comercio, única preocupación de su vida: y, finalmente, sorprendió su movimiento de pesadumbre por no haber continuado trabajando hasta esquilmar los recursos de su industria; gesto de avaro insaciable, de especulador metalizado para quien todas las pasiones, excepto la del dinero, son lujos del corazón, humoradas del sentimiento; ademán victorioso que reveló el espíritu mercantil de aquel hombre que soñaba engrandecer su fortuna abriendo al mundo en canal. Y agotando aquella conversación, ni una frase acerca de sus impresiones al divisar desde la cubierta del buque las montañas santanderinas tan semejantes a las asturianas; ni un recuerdo consagrado a su niñez o la memoria de sus padres: sólo tuvo para Matilde algunas galanterías banales y la promesa del hotelito, en el cual el espíritu suspicaz de la joven adivinó al hombre práctico que quiere asegurar su capital invirtiéndolo en bienes inmuebles...

Y cuando se marchó a su cuarto, precedido de doña Carolina, siguió viéndole su imaginación, con su traje color gris claro, su sombrero de jipijapa, sus botas blancas, su color cetrino, sus ojos inquisitivos de mercader desconfiado, su barba rala y puntiaguda, sus brazos demasiado largos y sus piernecillas arqueadas, su conversación monótona, su empalagoso acento habanero, su voz que a ella le parecía sonar a moneditas de oro; su tipo, en fin, de hombre que se retira creyendo que su misión ha terminado, y sin más esperanzas ni otras ilusiones que las simbolizadas en el lazo de su corbata verde...

La primera noche de amor con Pablo Estrada la pasó en su alcobita de viuda, y cumplió sus deberes de mujer casada sin resistencia ni ilusión, como un cuerpo inerte; poco después su marido halló en Cuatro Caminos un hotel que reunía las

comodidades apetecibles y allí se trasladaron inmediatamente. Cuando Matilde Landaluce, tan comunicativa, tan mundana, se encontró recluída en la soledad de su retiro, sin más compañía que la de su madre y la de Pablo, el hotelito convirtióse para ella en cárcel durísima; su marido, en el más abominable de los carceleros, y su madre en una vieja de carácter seco, anguloso, punzante y agresivo, como una bayoneta.

Allá lejos quedaba Madrid, con su juventud aventurera, sus bailes, sus lances amorosos, sus hombres apasionados, sus teatros rebosando alegría viciosa... todo había concluído y su belleza y su ingenio eran inútiles, pues que el amante deseado no vendría a poseerla.

Pablo Estrada no era celoso; adoraba en su mujer, pero la quería mansamente; jamás la interrogó acerca de su pasado, ni procuró explorar las reconditeces de su pensamiento; estaba cierto de que ella le quería, con esa convicción tranquila característica de los necios; achacaba su falta de cariño a cortedad de genio, y así vivía, inalterable como un reloj de sol, satisfecho de su mujer y de la marcha de sus asuntos, entretenido en las labores de su huerta y en la cría de sus palomas.

Un domingo Pablo Estrada no pudo ir con Matilde a misa y ella salió sola: en las semanas siguientes ocurrió lo mismo y la joven sintió que aquellas raras horas de libertad la producían grandísimo consuelo: permanecía en el templo hasta que iban a cerrarlo, y regresaba a su hotel muy despacio y por el camino más largo; a falta de otras diversiones se aficionó a la iglesia y aplacaba su sed de ideal confundiendo en una aspiración, sus ilusiones juveniles y su amor místico; después trabó conocimiento con otras señoras, también propietarias y vecinas suyas, y en aquello hubo nuevos motivos para escaparse a la calle casi diariamente, y de este modo, mientras ella se aficionaba a salir, doña Carolina y Pablo Estrada se acostumbraban a dejarla marchar.

Transcurrieron muchos meses, más de un año, y la joven encontró angosto el medio en que vivía; quería más distracciones, más libertad; el término de sus afanes estaba en Madrid, allí era por donde quería andar, pero sola, como en sus buenos tiempos de viuda entretenida.

El pretexto lo halló en la enfermedad de su hermana Juana; su marido no podía atenderla porque los asuntos de su oficina le reclamaban, y Matilde y Pablo hubieron de constituirse en enfermeros, pero la dolencia se prolongaba, y luego empezó a iniciarse una convalecencia lenta e insegura que prometía durar mucho. Estrada se aburrió de soportar las impertinencias de su cuñada, y Matilde continuó cumpliendo sola y con hipócrita indiferencia, sus deberes fraternales; más tarde y poco a poco, con un tacto de diplomático consumado, consiguió salir diariamente recurriendo a diversos ardides.

En aquellas escapatorias que siempre costaban trabajos y dinero, Matilde Landaluce no perseguía ningún fin; sólo esperaba la realización de su ensueño: creía verle de un momento a otro, saliendo de un portal, subiendo a un tranvía... aquel hombre seductor la rendía con razones avasalladores; y después ella, teniendo aún las mejillas arreboladas por el fuego de los besos recibidos, le contaba su historia con acentos de niña mimosa: su viudez, la muerte de su primer amante, sus horas de nostalgia ante la chimenea encendida; sus relaciones de seis años con el rico indiano que la escribía cartas de amor en papel comercial; su reclusión en aquel hotelito cuyos cimientos parecían gravitar sobre sus pulmo-

nes; su juventud perdida para el deleite, anegada en lágrimas, asaeteada de recuerdos fúnebres...

Pensando en estas mágicas aventuras iba siempre, y cuando llegaba la hora de volver a su retiro, y subía en la Puerta del Sol al tranvía de Cuatro Caminos, y cruzaba la solitaria planicie extendida ante el jardinillo de su hotel, se admiraba de que el ser anónimo tan esperado, no hubiese aparecido. ¿Por qué no iba a verla?... ¿Le retendría el Destino prisionero bajo las bóvedas de algún palacio de cristal?...

Como toda mujer de corazón ardiente, era algo supersticiosa; y aunque estaba persuadida de que los sortilegios y bebedizos que componen las gitanas para atraer a las voluntades separadas, son puras invenciones, creía vagamente en la virtud profética de las cartas, y en que las sotas combinadas con los reyes y los bastos o los caballos saliendo en pos de copas o de espadas, son los signos que componen el misterioso alfabeto del libro del Destino.

Con este pensamiento y como quien no otorga importancia a tamañas vulgaridades, habló con una corredora de alhajas, que era pitonisa a ratos; y, en efecto, ésta le dijo que era casada, que tendría un amante y un hijo adulterino, que moriría desesperada... y un rosario más de peripecias que dejaron a Matildita Landaluce tan perpleja como antes.

En sus largas conversaciones con Juana, Matilde fué revelando paulatinamente el incurable tedio de su vida: los dolores de la joven hallaron eco en el corazón de su hermana, que también se aburría; y como la crítica de los maridos es un tema inagotable para las mujeres mal casadas, sus confesiones no tenían término; siempre quedaba algún secretillo pendiente para la entrevista próxima, algunos días almorzaban juntas, y en

esta intimidad sobre la cual vigilaba el pecado con su rostro de sátiro, pasaron muchos meses.

Una noche, yendo en el tranvía de Cuatro Caminos, conoció Matilde a Claudio Antúnez: ella le miró de reojo, sacudida por un inexplicable magnetismo: era el hombre de sus ensueños, su ideal encarnado, destacándose del mundo nebuloso de las quimeras, con una arrogante figura de gladiador romano: alto, vigoroso, con sus ojos inquietos y su encrespada cabellera de artista; sus manos velludas de atleta, su boca voraz, su voz potente, metálica, de marinero viejo acostumbrado a dominar el fragor de las tormentas. Matilde concibió en seguida la idea de retenerle con los hechizos de su carne; y después lloró escuchando la palabra insinuante del pintor, porque Claudio respondía inconscientemente a sus romanticismos; y gustó de verle tan prendado de su arte, porque ella también era una artista que recamaba de flores brillantes el porvenir incierto.

Todo coadyuvó a su caída: el misterio de la iglesia, la conversación en el café, la nostalgia de aquella tarde de invierno, aquel cielo blancuzco, velando el camino solitario que serpeaba a través de la llanura desierta; aquel arroyo seco ofreciendo en su cauce un tálamo a sus amores, aquel hombre murmurando en su oído frases ardientes, invitándola a realizar sus supremos anhelos juveniles... Y cayó, cayó de súbito, deseando acelerar el instante de su perdición, dándose por entero, sin estas impertinentes esquiveces de las virtudes metódicas que calculan de antemano los favores que han de otorgar.

Claudio Antúnez reunía la gentileza, el arrebato, la palabra fácil, la voz simpática y la altitud de miras de su ídolo: ella le había soñado así: garrido, valiente y genial: un tipo de belleza clásica, que llevase la artística cabeza de Rubens sobre los hombros atléticos de Danton.

V

Los locos y los niños creen, decía Franklin, que veinte pesetas y veinte años son entidades que no acaban nunca; y algo semejante le ocurría con su amor a Claudio Antúnez quien, como hombre de genio, tenía un poco de niño y mucho de loco.

Matildita Landaluce le había demostrado que sobre la pasión de la pintura está la afición a la mujer, la fuerza subyugadora de la hembra de cuerpo ondulante para el supremo deleite formado, inagotable manantial de felicidad y de inspiración, panal que exprime en caricias su fecunda y riquísima miel.

El amor es un enigma que no se descubre hasta después de haber amado; y Antúnez, al querer, lo despejó, quedando luego prisionero en las bellezas de su descubrimiento: hizo de su querida, su musa; una musa ardiente, como aquellas diosas del mundo pagano que fortalecían sus miembros con agua perfumada de rosas de Falerno, y a ella consagró las energías de su cariño, las creaciones de su fantasía.

Las pasiones intensas son a modo de sutiles vaporcillos que salen del corazón, esa retorta donde los humanos sentimientos se funden engendrando misteriosos precipitados de química moral, y ascienden hasta el cerebro, trastornándolo; diríase que entre la cabeza y el corazón hay una lucha callada, implacable, en la cual el cerebro procura triunfar de su enemigo enlazándole con sus pensamientos, para sacarle, como muérdago que ciñe el tronco de robusta encina y vive de su savia; y el corazón siempre desbordado,

se resiste y trata de enloquecer a su rival con las adormideras del cariño.

La cabeza tiene el amor interesado que escribe números, el amor que no se rinde sin antes cobrar los beneficios de su rendimiento, y en el corazón reside el amor ciego, irresistible, como una ley de la materia; aquel que, según Ovidio, anda desnudo porque otorga sus favores caprichosamente y no necesita bolsillos para guardar un dinero que no reclama.

Este combate íntimo desapareció en Claudio luego de conocer a Matilde; la quería mucho, comprendía que su inspiración aumentaba bajo el influjo de aquellas tormentas sensuales, que concebía más y expresaba mejor, y sin darse cabal cuenta de su debilidad, fué abandonándose al placer de amar y ser amado: hoy un poquito, mañana otro poco, siempre cediendo, olvidándose de sí mismo para mejor pensar en ella, anulándose; y Matilde, atenta a conservar su imperio, iba encadenándole insensiblemente, adormeciéndole con sus palabras o sofocándole con sus besos, para que la monotonía de las caricias no marchitase el entusiasmo, pues ella sabía que el cariño, como el acero de las espadas, se templa con las alternativas bruscas de temperatura; y sin decírselo, como quien obra inconscientemente, fué separándole de sus amigos, inspirándole hastío hacia todo lo que no fuese su amor. Para conseguir esto halagó la devoción de Claudio por el arte, excitándole al trabajo y fomentando sus ansias de gloria; Matilde vió en la pintura una aliada fiel que coadyuvaría eficazmente a la realización de sus planes; una mujer casta, incorruptible, que enloquece a sus adoradores con un beso ideal, y procuró que Claudio consagrase a aquella hembra impalpable las horas que no pasaba a su lado, pero reservándose para más adelante el derecho de te-

ner celos de la pintura y hacérsela odiar. Era un plan digno del general experto que aprovecha las circunstancias más fútiles para vencer: la fuerza dominadora de la carne, las seducciones del ingenio, la blandura de las caricias femeninas, los placeres purísimos del arte, los deslumbrantes espejismos de la gloria ambiciosa que fantasea coronas y estatuas de mármol; y Claudio Antúnez que amaba sin reflexión y no sospechaba el doblez de su querida, se dejó vencer: renunció a sus amigos y a sus fáciles conquistas de antaño, a toda aquella juventud, mareada con el estruendo de la orgía... ¿Para qué rodar por las calles con amigos pegadizos y tenderas de amor si en Matilde Landaluce, la encantadora figurilla de porcelana que no se rompía entre sus forzudas manos de Hércules, hallaba la satisfacción cumplida de sus antojos...? Una inteligencia despierta que preveía sus deseos, una voluntad contra quien discutir, un cuerpo hermoso que rendía el vigor de su pasión, una mujer que hacía de su trato afabilísimo su principal atractivo, nueva Aspasia enamorada del talento, de las bellas artes y de cuanto hermoso planea sobre la humanidad vulgar... Era la eterna paradójica fábula del amor; la debilidad riendo a la fuerza, la astucia a la audacia; la historia de Dalila encadenando a Sansón, de Marco Antonio renunciando al imperio del mundo por Cleopotra, de Otello muriendo por Desdémona de celos y de amor; y era también la poética fábula de las musas y de las ninfas enamoradas, de las mujeres superiores que saben hermanar lo humano con lo perdurable, los platónicos deliquios del espíritu con los crispamientos de la carne, siendo simultáneamente inspiradoras del arte y sacerdotisas del deleite.

Claudio madrugaba mucho: el sol es gran colaborador de los pintores, y Antúnez sentía cariño amistoso hacia él, porque el sol excitaba su cerebro y daba firmeza a su pulso; mago prodigioso que infundía vida a sus cuadros, frescura a la carne de sus desnudos y colores a su paleta.

Alrededor de las nueve, después de tomar chocolate y mientras concluía de vestirse, bromeaba con Teresa Sanz, que se santiguaba ante la profusión de mujeres desnudas que adornaban las paredes del gabinete. La buena mujer decía que aquello era una indecencia y que, a pesar de ser muy alegre y de servir lo mismo para un fregado que para un barrido, nadie, ni aun su difunto esposo, pudo vanagloriarse de haberla visto en camisa: Antúnez reía a carcajadas las gazmoñerías de su patrona, porfiando que tendría que servirle de modelo para un cuadro que meditaba.

—Será mi obra magna — decía—, y ¡qué gloria para usted, Teresa, y qué gusto para mí el de perpetuar su interesante figura!... Porque, no lo dude usted; la inmortalidad nos la dará ese pedazo de trapo pintado por mí bajo el fuego de la inspiración que usted, como hembra de atractivos, me irradie.

—Pero ¿cómo iba a ser el retrato?—decía ella que tomaba en serio las invenciones del pintor.

—Desnudo.

—¡Ave María Purísima, qué horror!... Eso es por demás...

—Aunque sea... *por demás*... no admito ni un velo, ni una mano indiscreta que disimule aquel supremo incentivo de la figura; ni siquiera la pastoril hoja de parra...

—No, don Claudio, por la memoria de mi pobre marido... ¡El señor me asista!... ¿Quién le ha metido a usted en la cabeza semejante antojo?...

—El destino, Teresa—respondía Antúnez con ridícula gravedad—, el hado, que dispuso que usted sea eterna y yo también retratándola a us-

ted... Ya conoce usted el asunto de mi cuadro, un soto muy verde; a la izquierda, un grupo de árboles, entre cuyas ramas estarán jugando al zurdo que te pego varios amorcillos; al pie de estos árboles habrá cuatro o cinco mancebos solazándose con algunas jóvenes desnudas, sin más adornos que su hermosura, y una corona de pámpanos en la cabeza; y a la derecha, junto a un estanque, y como figura principal del lienzo, estará usted... Usted, sí, señora; necesito una jamoncita así, de esa edad y de esas carnes; usted saliendo del baño, un pie dentro del agua y el otro apoyado sobre la hierba de la orilla; el cuerpo inclinado hacia adelante y los redondos bracitos cruzados delante del pecho, en la mística actitud que adoptan las monjas para dormir; y junto a usted, y como para quitarla el frío, Sileno, o cualquier personaje pagano de buen humor, ofreciéndola una ánfora colmada de vino...

Desde su casa iba Claudio al estudio, situado en la calle del Barquillo; allí le llevaban el almuerzo, y seguía trabajando hasta que el sol declinaba, negándole el insubstituible concurso de sus rayos.

Hacía tiempo que Antúnez trabajaba para el duque Giovanni Berocatti, rico y linajudo caballero perteneciente a la antigua nobleza veneciana. Cierto día recibió Claudio la visita de un italiano que vino en representación del duque a preguntarle si podía pintar una galería de reyes españoles, desde Viriato hasta Fernando el Católico, que Berocatti necesitaba para facilitarle el estudio de la Historia Universal a su hijo Manfredo. La contestación de Antúnez fué afirmativa; cruzáronse varias cartas, alambicóse el precio de los cuadros, y tras muchas vacilaciones, enmiendas y regateos, se ajustó cada lienzo en cuatrocientas pesetas: así se convino y así continuaron, sin que el pintor ni el duque Giovanni Berocatti faltasen a sus promesas.

Aquel trabajo monótono era para Claudio una labor rutinaria que trascendía a oficina; algo mecánico que su mano ejecutaba sin solicitar el concurso de la inspiración. Todos los bustos, con ligeras variaciones, tenían el mismo perfil, el mismo modo de mirar, idéntica expresión; del obscuro fondo de los cuadros surgían análogas cabezas: cabezas guerreras, fuertes, amenazadoras, de rasgos duros, orladas de cabellos negros y cubiertas por un casco.

Entregado a esta labor, que aseguraba ampliamente su porvenir económico, estuvo bastantes meses; luego, hostigado por su deseo de crear, quiso emprender algún trabajo original, pero la imaginación se resistía a concebir y los asuntos no se presentaban, todos le parecían vulgares, inexpresivos, indignos de ser pintados.

Mas una noche en que se acostó sin comer, medio borracho, rendido por una tormentosa tarde de amor pasada en la bohardilla de Antonia Carrasco con Matilde Landaluce, comiendo ostras y trasegando vino de Jerez, tuvo un ensueño que condensaba cuantas ideas pretendía expresar en su cuadro. Al levantarse, los conceptos se embrollaron, disipándose las figuras como pompas de espuma.

Aquella tarde refirió a Matilde su infructuosa revelación de la víspera, y por la noche volvió a discurrir en el mismo tema; y cuando la fatiga venció a su preocupación, el ensueño se reanudó, surgiendo de la sima ignorada en que la noche esconde a sus hijos: la impresión fué tan violenta, que Antúnez despertó sobresaltado, y ya despierto, continuó viendo el asunto de su pesadilla con perfecta nitidez.

El cuadro representaba un viejo poeta, los co-

dos apoyados sobre una mesa y sujetándose con ambas manos la pensativa frente: delante de él, bajo un nimbo luminoso, una mujer rubia le sonreía; a su alrededor, surgiendo del suelo o bailoteando en el aire como sombras de una danza macabra, aparecían figuras grotescas o trágicas, pesadillas de carne que se retorcían presas de ignotos dolores, mirando al caviloso anciano con ojos que el tormento o el espanto desencajaban, cual si de él esperasen el supremo perdón: en el obscuro fondo blanqueaban espectros vestidos con túnicas flotantes, esqueletos, tal vez; sobre el personaje principal, un ángel, con rostro de mujer, descendía, las negras alas extendidas, a colocar en la cabeza del poeta una corona de laurel; y en el límite superior del cuadro, varios serafines bañados de un resplandor luminoso, cantaban, mirando hacia el cielo. El asunto estaba concluído: era Dante meditando su *Divina Comedia*.

Claudio Antúnez quedó prendado de la originalidad de su concepción, y dejando a un lado perezosas vacilaciones, empezó a trabajar.

Encaramado sobre el banquillo, con el cigarro entre los dientes y el semblante desencajado por la emoción, pintaba diariamente, encerrando sus ideas en siluetas de contornos enérgicos, poniendo toda su intención en cada detalle, separándose del cuadro para examinarlo mejor y tornando a la tarea con nuevo ahinco, animado por la conciencia de las dificultades vencidas. Entre el lienzo y su cerebro se verificaba una especie de peloteo sensacional: éste concebía una actitud, un rasgo; la mano, obediente, lo dibujaba, y al fijarlo sobre el lienzo, éste devolvía al cerebro el concepto materializado, más fuerte, más preciso, informado de un poder sugestivo que provocaba la concepción de otros que, al materializarse también, reforzaban al primero. Era un cambio constante entre el sujeto y el objeto, entre el artífice y su obra, en el que ésta favorecía el trabajo de aquél, coadyuvando a su triunfo; era la hembra, al principio remisa y pasiva, que después reanima el vigor del macho devolviéndole sus caricias.

El asunto elegido por Claudio resumía todos los matices de su temperamento: su afán de idealidad, sus desequilibrios de hombre nervioso, sus nostalgias de hijo del Mediodía, perezoso, instintivo y sensual.

El no acariciaba el ideal frío y anticuado de los pintores místicos; los ascetas de Ribera, las vírgenes de Murillo y de Correggio, las *madonas* del divino Rafael, le parecían inexpresivas; tenían una belleza tranquila, demasiado vaporosa para ser justipreciada por los críticos de este siglo positivista: había en ellas mucho espíritu; el alma anulaba al cuerpo, y el místico fervor que iluminaba sus semblantes deprimía su belleza plástica. Aquellas cabezas femeninas eran impecables; aquellos ojos tan puros, velados por largas pestañas, sólo podían mirar al cielo; por aquellas frentes tan tersas, sólo castos pensamientos pudieron cruzar; aquellos labios, mágicamente dibujados, sólo plegarias podrían decir; la carne no existía; eran mujeres que debieron de pintarse sin modelo; prodigiosas creaciones de la fe, en las cuales la materia queda vencida.

Rubens, Tiziano, Rembrandt, tampoco le agradaban; en ellos, por el contrario, había excesiva carne: narices dilatadas por la fiebre del deseo; senos turgentes, duros, que pedían mordiscos; vientres redondeados, acusando una maternidad vigorosa; caderas que insinuaban movimientos lascivos; piernas de deslumbradora blancura; carnes lujuriantes... Serrallo incomparable, para esplendor del cual las mujeres más hermosas de Flandes, de Italia y de Circasia, prestaron el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

concurso de su belleza. Era, si se quiere, la materia idealizada; pero materia al fin, ardiente y viciosa.

Claudio Antúnez no quería esto, soñaba un cuadro que compendiase el cielo y el infierno, lo metafísico y lo real, y la figura de Dante le sirvió de pretexto para su extraño asunto.

Dante, con su nariz aguileña, reveladora de una voluntad firme y dominadora, su semblante enjuto, su mirada penetrante y tenaz, su labio inferior montado sobre el superior, expresivo gesto del sabio que duda meditando un problema difícil, era la imagen perfecta del hombre consagrado al estudio y a la conquista de la inmortalidad, y que sacrifica a estas nobles aspiraciones el sosiego de sus noches y los alegres devaneos de la juventud distraída. Y aquella imagen que flotaba ante sus ojos medio cerrados magnificada por un nimbo luminoso, era Beatriz, la mujer impalpable cuya pureza se reflejaba en la rubicundez de sus cabellos y en sus frescas mejillas de joven aldeana montañesa; era su musa, el amor ideal que quiere sin besos y abrazos; la gloria ofreciéndose seductora ante el poeta de Rávena; y aquel ángel de alas negras que descendía trayendo entre sus manos una corona de laurel, era la Fama, el aplauso estruendoso de la humanidad personificada en una mujer.

Las demás figuras representaban creaciones diferentes de la portentosa trilogía dantesca.

Allí, junto al poeta, estaba la airosa pantera, símbolo de la lujuria, con el dorso arqueado y las patas traseras contraídas, en la actitud del gato que va a saltar; a la derecha, Caronte, el siniestro barquero del infierno, y a su lado las sombras ensangrentadas de Pablo y de Francisca de Rímini, prolongando entre tormentos su beso criminal; y en los extremos del cuadro, y afectando

caprichosas actitudes, los hipócritas, caminando inclinados bajo el peso de túnicas de plomo; los cortesanos y aduladores, sumidos en un charco de inmundicias; los codiciosos, nuevos Sísifos del infierno dantesco, condenados a empujar eternamente piedras enormes; las almas vulgares, sin virtudes ni vicios, acribilladas por millones de insectos insaciables; los rufianes, apaleados por demonios, y otra lúgubre multitud de fantasmas descoyuntados por la tortura y de ángeles precitos, que danzaban en siniestra behetría en la imaginación del poeta. Y a la izquierda, y en primer término, Caifás, crucificado en medio de un camino para sufrir los pisotones de los que transiten por él, Jasón, el burlador de Hipsipyle y de Medea; Anastasio, purgando su herejía dentro de un sepulcro infecto, y la trágica sombra del conde Ugolino mordiendo la nuca del arzobispo Ruggieri y devorándole los sesos... Todo ello formaba un conjunto horrible, que hacía pensar en la utilidad de la virtud.

Contemplando aquellos rostros desfigurados por la agonía, aquellos miembros que crujían bajo el peso de serpientes enormes, aquellos ojos aterrados, intestinos colgantes y corazones desgarrados y sangrientos, la figura de Dante crecía, adquiriendo la grandeza terrible del dios Minos. Y para que la alegoría de la creación dantesca fuese completa, en el extremo derecho y superior del lienzo, y contrastando con los tonos sombríos del conjunto, se vislumbraba la Gloria; un rayo de luz redentora bañando un grupo de ángeles rubios vestidos de blanco.

Suspendido así el poeta entre el infierno y el paraíso, entre aquellos espectros ensangrentados que extendían los escuálidos brazos implorando piedad, y los espíritus luminosos cantando al son de sus arpas el triunfo del Eterno, era una repre-

sentación palpitante de la Historia, un compendio de filosofía moral: la virtud venciendo al pecado, la justicia castigando al delincuente, el ángel de la Fama laureando al hombre que pudo sobreponerse a las debilidades carnales para no pensar más que en Beatriz, en lo suprasensible, en lo que no muere.

Nada intimida tanto al escritor como el rimero de cuartillas que ha de llenar de ideas, ni al escultor como el bloque de mármol que tiene que modelar y pulir, ni al pintor como un lienzo en blanco; el rimero de cuartillas, la piedra y el lienzo blanco, son los elementos primordiales, el *protoplasma* de la obra artística, la materia idónea para recibir el soplo creador del genio, perpetuar las concepciones de la mente inquieta y levantarse y vivir repitiendo la leyenda de Lázaro. Claudio Antúnez experimentaba repentinas congojas ante aquel lienzo blanco tan grande, que esperaba el contacto de su mano para despertar a la vida. Empezaba a trabajar sin gusto, poseído del malestar que acomete a los bañistas perezosos antes de arrojarse al agua; todo le distraía: la dureza del asiento, los ruidos que ascendían de la calle... Pero insensiblemente iba dominando su emoción y adquiriendo el aplomo necesario, hasta que su entusiasmo le arrojaba a la tortura de dar forma a las ideas; verdadero parto intelectual en que el artista siente que su cerebro se desgarra, como las mujeres padecen el desgarre de sus entrañas fecundas en el dramático instante de dar a luz; y entonces, enloquecido por el poder fascinante de su obra, encadenado a sus pensamientos, que resurgían poderosos del antes inexpresivo lienzo blanco, se abstraía y pintaba sin desmayo, poniendo en aquello toda la vehemencia de su concepción, la fuerza eléctrica de sus nervios, la habilidad ejecutora de su mano.

El lienzo, mudo y frío al principio, parecía caldearse, estremeciéndose bajo el cosquilleo fecundador del pincel y devolviendo a Claudio el beso del Arte, la concepción objetivada, provocadora de concepciones sucesivas que habían de objetivarse también.

En estas horas de doloroso alumbramiento, Antúnez padecía un frío intenso que helaba sus dedos; la nuca le dolía y los menores ruidos le causaban conmoción violenta; penosísimo estado neuropático que le acometía con la llegada de la inspiración. Así transcurría la mañana; por la tarde el mozo del café inmediato traía un almuerzo suculento, que Claudio Antúnez devoraba con apetito, y después se sentaba en un diván, divirtiéndose mientras fumaba, en mirar los cuadros que decoraban las paredes; cada uno de ellos le recordaba un episodio, una fecha, acaso una crisis económica; eran como los postes que marcaban el camino de su vida artística, existencia alegre y aventurera que corría a su extinción.

Claudio Antúnez evocaba su historia sin pesadumbre; tenía un carácter expansivo que no sentía la nostalgia de la vida, mordedor gusanillo de los temperamentos románticos. A él sólo le preocupaban el presente y el porvenir, lo que no ha sucedido, los placeres que aun están para gozar; la triste grandeza de los cementerios no existía para él; era un hombre de la sociedad pagana en quien las doctrinas de Cristo no habían influído; amante fervoroso de la forma y del deleite que a la forma va unido, prefería la Venus Anadyomena a las vírgenes cristianas, y no concebía por qué Naturaleza, que nos puso los ojos delante, nos dió la capacidad de volver la cabeza para mirar hacia atrás.

Al anochecer acudía a la tertulia que sus amigos formaban en la Carrera de San Jerónimo, fren-

te a Lhardy. En aquella reunión de literatos y pintores, en la cual también solía verse el rostro afeitado y macilento de algún actor, disipaba Claudio la pesadumbre de sus horas de trabajo, discutiendo cuantos asuntos surgían en la conversación, riendo a carcajadas, llamando la atención de los transeuntes con su voz poderosa y metálica de marinero viejo, teniendo una frase oportuna para cada objeción y piropos agudos para las mujeres transeuntes.

Después de cenar iba al teatro o al café, y en todas partes se aburría; envidiaba a los periodistas, que trabajaban de noche y maldecía de la luz eléctrica, que no puede sustituir a la del sol; la inacción a que diariamente le condenaba su colaborador durante catorce o quince horas le enfurecía, y como entonces Matilde también le faltaba, se acostaba malhumorado, esperando la llegada del sol para vivir.

En los ratos que sus quehaceres le dejaban libre, veía a Amparito Guillén; Matilde lo sabía y le dejaba, persuadida de que aquellos amores, tan contrarios al temperamento de Claudio, terminarían pronto; y éste seguía visitándola compadecido, esperando la oportunidad de romper con ella sin lastimarla; la acompañaba el menor tiempo posible, como quien cumple un deber de conciencia, y luego escapaba, alegando pretextos diversos: así habían pasado dos años, y el mismo Antúnez no sabía cómo concluir.

Una mañana, estando Claudio desayunándose, entró Teresa a decirle que una señora preguntaba por él.

—Es pequeñita — dijo—, así, como yo; lleva mantilla, viste bien...

Antúnez, no sospechando quién pudiera ser, repuso encogiéndose de hombros:

—Dígale usted que entre.

Después, cuando vió aparecer a la importuna visitante, no pudo reprimir un grito de júbilo.

—¡Matildita...! ¿Tú por aquí...?

La joven se arrojó en sus brazos.

—Sí, yo misma. ¡Estoy harta de tener cordura y de ser mujer de talento...! A Pablo le he dejado en la camita, sudando un catarro que cogió ayer en la huerta; él mismo me dijo que saliese a cobrar una letra que hemos recibido: yo, naturalmente, no quería... ¡figúrate...! pero él insistió tanto, tanto... que por complacerle me resolví al sacrificio de venir a verte, mamarracho...

El la había sentado sobre sus rodillas y la acunaba como a una niña pequeña.

—¡Feúcha de mi alma...!

—¡Chico, qué bien...!

Y añadió:

—Lo más famoso del caso es que allá creen que almuerzo con Juana, y a ésta la he dicho que como con una amiga: ¿entiendes...? La carambola está hecha y almorzaremos juntos. Te digo que el demonio me ayuda. Yo venía diciendo por el camino: si aquél supiese la sorpresa que voy a darle... Pero, chico, ¡qué vergüenza he sufrido en ese pasillo...! Si llega a salir uno de los huéspedes y me mira y le gusto y empieza a florearme, ¡olé, y qué sé yo!... me muero del berrenchín...

Hablaba de prisa, riendo, palmoteando, interrumpiéndose para corresponder a los besos que de su amante recibía; y estaba hermosa, con esa hermosura triunfante que refleja en el rostro un amor feliz.

—¡Tienes un cuerpecito que vale un corazón...! — exclamó Antúnez—. ¡Qué monísima eres, Punto-Negro...

Punto-Negro era el mote con que Claudio había confirmado a Matilde Landaluce.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ella sonreía, mirando los cuadros con ojos habladores.

—¡Cuánta mujer! — dijo—; y me escamo, pues dudo que el amor a la pintura le quite a los señores artistas la devoción a las faldas. La más hermosa es aquella que tienes allí... — Y señaló el retrato predilecto de Antúnez—. ¿Quién te sirvió de modelo?

—Nadie — dijo Claudio apasionándose—; es un tipo ideal, enteramente mío... ¡Es mi cuadro favorito...!

Quedaron silenciosos, contemplando el bellísimo rostro de aquella mujer rubia con ojos verdes, que parecía escucharles.

—¡Y es que se parece a ti!—exclamó de pronto Antúnez—, y mucho... No tienes el pelo ni los ojos como ella... y, sin embargo, os parecéis.

Matilde se echó a reír.

—Eso lo dices para que yo no tenga celos.

Hubo una larga pausa. Claudio se había quedado pensativo.

—Es una semejanza prodigiosa—murmuró—; ¡qué torpe soy...! He necesitado veros juntas para conocerlo.

El resto del día lo pasaron en el estudio.

Era éste una habitación espaciosa, limpia, alegre, con el suelo encerado y el techo de cristales. A un lado estaba el cuadro de Dante, y al otro un diván de felpa color verde mar y dos butacas de la misma clase; en el fondo, disimulada por una cortina, había una puertecilla que conducía a dos habitaciones interiores, destinadas a guardar armas, bustos, trajes y otros viejos objetos.

Aquella mañana Claudio Antúnez no quiso trabajar; pero Matilde se opuso a aquel acto de insubordinación y consiguió dominarle: él pintaría hasta la hora de almorzar, y después darían un

paseito. Fué asunto resuelto y todo se hizo conforme ella lo dispuso; y mientras Claudio pintaba, Matilde fué a sentarse en el sofá: se había puesto la capita y meditaba, la inteligente cabeza sepultada entre las pieles del cuello. Tenía una pierna puesta sobre la otra, enseñando un poco el empeine del pie sustentador, y los brazos cruzados sobre el pecho, en una deliciosa actitud de indolente altanería. Examinándola de medio cuerpo arriba con su estrecha cintura, su busto de niña y su rostro aguileño y pálido de mujer nerviosa, sus grandes ojos pardos, sus cejas inquietas, su nariz fina, su boca de labios delgados, su barbilla saliente de hembra testaruda y aquel pelo áspero negrísimo, que servía de marco a la frente, parecía, al lado de tanto cuadro, un retrato más, un semblante de cera modelado por Grevin sobre el cual un discípulo de Velázquez hubiera derramado aquel barniz de distinción que el gran maestro imprimía a sus figuras.

La conversación languidecía, reduciéndose a monosílabos, que quedaban resonando en el silencio del estudio; y Matilde, a quien encantaba aquel sosiego, se sentía bien, recorriendo los años pasados y fantaseando un porvenir dichoso. De pronto, dijo:

—Tengo miedo de estar aquí, Claudio; parece que los retratos de tus cuadros me miran.

—Porque no tienen confianza contigo.

—Chico, ¡bonitas explicaciones inventas para tranquilizarme...! Oye... ¿quién es aquel caballero que está ahí, a la derecha...?

—¡Ah...! no te asustes, es Teudiselo, un rey...

—Azacán más impertinente... ¡no me quita ojo!

—¡Diantre...! pues trabajo me cuesta desfigurarle. Pero, chiquita, considera que soy un pobre diablo, sin otro bien que mi paleta; que ese re-

trato vale cuatrocientas pesetas, y el rey que vale ochenta duros... es un gran rey...

Y no dijo más, distraído por la fiebre de la concepción, que volvía a dominarle.

Matilde Landaluce le contemplaba poseída de inmenso bienestar, y otra vez tornaron a su memoria los múltiples recuerdos de su pasado. Apareció Antonio Santero, aquel muchacho simpático y enamorado que murió tísico; le veía con su estatura alta, su cuerpo delgado, sus ojos, que una enfermedad traidora entristecían, su barba rubia; y aspiraba su aliento, oía el metal de su voz, cada vez más débil, más mortecino, según la tisis iba desgarrando sus pulmones; y recordaba las impresiones de aquel amor relámpago, los detalles de aquella agonía, el esfuerzo convulsivo del postrer abrazo, el frío del último beso, la expresión desesperada, suplicante, inexpresable, de la última mirada. Aquel fué su primer desengaño: las lágrimas que entonces derramó, las primeras que escaldaron sus tiernas mejillas de niña dichosa.

¡Cuánta poesía encerraban aquellos tiempos...! ¡Qué hermosos eran los días, qué bien lucía el sol, qué placidez y qué sosiego los de aquellas noches, qué regalado sabor el de aquellos besos deificados por el cariño y legalizados por la ley; qué ansias tan grandes de reír: gozando de un mundo que a su inocente imaginación aparecía como el mejor de los mundos creados; qué confianza tan hermosa en que aquella felicidad no tendría fin...!

Luego, otros recuerdos atropellaban a aquél, y por su imaginación desfilaron los tristes días de su viudez, sus visitas al cementerio, sus deseos de renunciar al mundo y desposarse con Cristo en cualquier convento provinciano. Y después, la figura de su primer amante.

Reconcentrando sus pensamientos, también le veía con sus ojos acariciadores, su nariz ancha, su barba corrida, sus ademanes y actitudes, sus trajes, cuyo corte y color recordaba como si los llevase esculpidos en las circunvoluciones del cerebro; su muerte repentina, brutal, como la del buey que recibe un mazazo en el testuz... Este amor vivió y murió inconfeso; pasión que tuvo de callada cuanto de franca y ostentosa tuvo la de su primer marido...

Y más tarde, las relaciones con Pablo Estrada, sus cartas salpicadas de requiebros cursis y de cálculos económicos, en las cuales se asociaban en absurdo maridaje el amor y la aritmética mercantil.

¡Oh!... estas impresiones eran más tristes que las otras, y sangraban aún; para ver a Pablo Estrada no necesitaba fantasear: le veía, sí, aunque no quisiese; con su cuerpecillo enteco, sus piernas arqueadas, sus ojos penetrantes de mercachifle suspicaz, su color cetrino, su barba puntiaguda, su meloso acento habanero, conjunción funesta de rasgos que crispaban sus nervios, poniéndoselos en horrible tensión.

Y acusada por la imagen del hombre infausto que había dejado sudando entre dos cobertores, miró a Antúnez, que seguía pintando, olvidado del mundo; y sonrió viendo su cuerpo atlético y su altiva cabeza, que la inspiración embellecía; tan fuerte, tan airoso, tan joven, tan apasionado de su arte. Así era el hombre que ella erigió en prototipo del sexo masculino: entusiasta y soñador, capaz de dar su vida por una idea y suicidarse por no despertar de un ensueño feliz.

Después, la imagen de Pablo Estrada reapareció, sombreando el semblante de Matilde con un gesto de disgusto.

—¿Te aburres, Punto-Negro? — le preguntó Claudio sin volver la cabeza.

Ella no pudo responder, sofocada por un dolor intenso: el presente abrumador se imponía al futuro engañoso y apareció su vida actual, monótona, sin otros regocijos que las misas domingueras, su madre regañona, su hotelito sumido en el silencio de los campos solitarios... y sus ojos se arrasaron en lágrimas: luego tosió, procurando serenarse; pero las figuras de los cuadros la examinaban con la mortificante curiosidad con que miran al espectador los retratos de Tintoretto, y aquello acabó de desconcertarla; Teudiselo, el terrible rey godo que valía cuatrocientas pesetas, la fascinaba también bajo sus ojos feroces... la alucinación adquirió tales visos de realidad, que Matilde Landaluce se levantó bruscamente y exclamó, aludiendo a la pregunta de Claudio:

—No... pero tenía ganas de que charlásemos un poquito...

Se acercó a él, complaciéndose en hacer sonar los tacones de sus botitas de charol sobre el suelo encerado del estudio.

VI

Insensiblemente Claudio Antúnez fué apartándose de la alegre sociedad de sus amigos, y dedicándose con mayor ahinco a su amor y a su cuadro favorito.

Punto-Negro triunfaba: en pocos meses logró hacer de su ingenio picaresco su principal atractivo; era una criatura deliciosa, que encubría cuidadosamente sus pesares, y siempre llegaba a Claudio alegre, sonriente, feliz por encontrarse a su lado, con ganas de jugar y de decir algo; jamás hizo un gesto que pudiera disgustarle, ni

pronunció una frase mortificante, y le trataba con iguales deferencias que el día en que se conocieron. Era la gran actriz adivinada por Matilde Díez; actriz anónima, más peligrosa que otra cualquiera, porque sólo empleaba las peregrinas donosuras de su entendimiento en el gran teatro del mundo.

Mujer de delicadísima complexión, tenía un temperamento de fuego, insaciable para el placer; la menor caricia ponía en conmoción la red de sus nervios, erizaba el vello de su cuerpo y aceleraba el cierzo de su sangre ardiente; y, sin embargo, tenía para los devaneos íntimos un pudor que no se vendía a la confianza.

En los grandes arrebatos pasionales, no guardaba reservas, y se entregaba con una especie de lujuria coquetona, segura del triunfo de su belleza, deseando estrecharse al ser amado para embriagarse más pronto al contacto abrasador de sus cuerpos palpitantes. Había nacido para querida, para vencer siempre por sí misma, con su ingenio y sus encantos, reteniendo a su amante sin necesidad de pedir auxilio al Código; mujer extraña, que se hubiera quitado la camisa delante de Claudio, y no se atrevía, sin embargo, a bostezar en presencia suya.

De estas cualidades iba apasionándose el pintor, y la mujer dominadora surgía insensiblemente de la hembra vulgar. En la pequeñez de Punto-Negro hallaba Claudio precisamente la idea de su querida; era imposible concebir nada más diminuto ni mejor proporcionado, ni cuerpo más chiquito que sirviese de vaso receptor a un espíritu más grande.

Cuando Matilde lograba realizar una escapatoria imprevista, corría a sorprender a su amante a la plaza de Bilbao; y si calculaba, por la hora, que no le encontraría allí, iba al estudio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¿Te aburres, Punto-Negro? — le preguntó Claudio sin volver la cabeza.

Ella no pudo responder, sofocada por un dolor intenso: el presente abrumador se imponía al futuro engañoso y apareció su vida actual, monótona, sin otros regocijos que las misas domingueras, su madre regañona, su hotelito sumido en el silencio de los campos solitarios... y sus ojos se arrasaron en lágrimas: luego tosió, procurando serenarse; pero las figuras de los cuadros la examinaban con la mortificante curiosidad con que miran al espectador los retratos de Tintoretto, y aquello acabó de desconcertarla; Teudiselo, el terrible rey godo que valía cuatrocientas pesetas, la fascinaba también bajo sus ojos feroces... la alucinación adquirió tales visos de realidad, que Matilde Landaluce se levantó bruscamente y exclamó, aludiendo a la pregunta de Claudio:

—No... pero tenía ganas de que charlásemos un poquito...

Se acercó a él, complaciéndose en hacer sonar los tacones de sus botitas de charol sobre el suelo encerado del estudio.

VI

Insensiblemente Claudio Antúnez fué apartándose de la alegre sociedad de sus amigos, y dedicándose con mayor ahinco a su amor y a su cuadro favorito.

Punto-Negro triunfaba: en pocos meses logró hacer de su ingenio picaresco su principal atractivo; era una criatura deliciosa, que encubría cuidadosamente sus pesares, y siempre llegaba a Claudio alegre, sonriente, feliz por encontrarse a su lado, con ganas de jugar y de decir algo; jamás hizo un gesto que pudiera disgustarle, ni

pronunció una frase mortificante, y le trataba con iguales deferencias que el día en que se conocieron. Era la gran actriz adivinada por Matilde Díez; actriz anónima, más peligrosa que otra cualquiera, porque sólo empleaba las peregrinas donosuras de su entendimiento en el gran teatro del mundo.

Mujer de delicadísima complexión, tenía un temperamento de fuego, insaciable para el placer; la menor caricia ponía en conmoción la red de sus nervios, erizaba el vello de su cuerpo y aceleraba el cierzo de su sangre ardiente; y, sin embargo, tenía para los devaneos íntimos un pudor que no se vendía a la confianza.

En los grandes arrebatos pasionales, no guardaba reservas, y se entregaba con una especie de lujuria coquetona, segura del triunfo de su belleza, deseando estrecharse al ser amado para embriagarse más pronto al contacto abrasador de sus cuerpos palpitantes. Había nacido para querida, para vencer siempre por sí misma, con su ingenio y sus encantos, reteniendo a su amante sin necesidad de pedir auxilio al Código; mujer extraña, que se hubiera quitado la camisa delante de Claudio, y no se atrevía, sin embargo, a bostezar en presencia suya.

De estas cualidades iba apasionándose el pintor, y la mujer dominadora surgía insensiblemente de la hembra vulgar. En la pequeñez de Punto-Negro hallaba Claudio precisamente la idea de su querida; era imposible concebir nada más diminuto ni mejor proporcionado, ni cuerpo más chiquito que sirviese de vaso receptor a un espíritu más grande.

Cuando Matilde lograba realizar una escapatoria imprevista, corría a sorprender a su amante a la plaza de Bilbao; y si calculaba, por la hora, que no le encontraría allí, iba al estudio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

La escena siempre ofrecía el mismo interés; la misma vehemencia. Ella empujaba la puerta y se quedaba en el umbral apreciando el efecto de su visita y esperando a que saliesen a recibirla. Antúnez lanzaba un grito de satisfacción y corría a su encuentro.

—¡Punto-Negro de mi alma...!

—Chico, ¡qué bien!... ¡Oh!... ¡Qué sofocada estoy!... Anda, bésame en la boca para darme alientos...

La conducía al sofá y allí se sentaban los dos, muy juntos, besándose mientras hablaban: ella refería circunstancialmente el pretexto que ideó para salir, lo que dijo su marido, el mal gesto de su madre al verla con la capotita puesta...

—Se quedaron refunfuñando — decía—, pero me tiene sin cuidado; chico, las iras de mi gente son tronadas que no me quitan el sueño. El día menos pensado, digo: vaya, abur, que esta mártir se cansó de sufrir y se declara independiente... Y me voy y doy la campanada gorda, y los mismísimos periódicos se ocupan de nosotros... o de mí sola, si acaso tú no quisieras seguir mi destino... ¡Eso tendría la mar de gracia!... Si yo esta noche, por ejemplo, cuando vuelva a casa llamase a mi madre y a Pablo, y después de reunirles en el comedor les dijera: Ea, señores, llegó el momento de la emancipación; ¿no entienden ustedes?... Lo creo, porque estáis reñidos con la gramática y el sentido común: pues, hablando en plata, declaro: que estoy harta, pero muy harta de vosotros, y me largo de aquí... ¿Eh?... Vaya un zafarrancho que se armaría, ni en Trafalgar... Y luego, lo peor que podría sucederme era que tú te hubieses metamorfoseado repentinamente en hombre formal y me dieras con la puerta en los hociquitos, que es lo que suelen hacer los enamorados no bien comprenden que el lance va de veras...

Y mientras ella charlaba, él reía bonachón, incitándola a seguir hablando.

En aquellos momentos el estudio era para ellos el rincón más delicioso de Madrid. Claudio se volvía loco de atar, y ella se entregaba a su pasión, excitada por el cansancio de la caminata y la novedad del sitio, sin preocuparse del patilludo Teudiselo ni de los retratos, que les acechaban desde el fondo de sus cuadros. Después Antúnez reanudaba su trabajo y Matildita, con el devoto encogimiento del catecúmeno que va a conocer los secretos de una religión poderosa, le seguía en su tarea, observando sus gestos, silenciosa, admirada de ver el hilo de palpitante inspiración que parecía manar del pincel de Claudio, y experimentando la sorda agitación que conmovía a éste en su lucha creadora.

El cuadro iba muy adelantado. El retrato de Dante estaba concluído; era una figura altiva y severa, resplandeciente de genio: de su rostro sólo se veían la nariz aguileña, los finos labios, la barbilla saliente, las mejillas demacradas, los ojos grandes, finos, penetrantes, mirando las cuartillas colocadas sobre la mesa, entre sus codos abiertos, esperando el soplo de su fantasía para vivir y perpetuar las fugitivas creaciones del cerebro; el cuello extendido, las espaldas apoyadas sobre el respaldo del recio sillón claveteado, las flotantes vestiduras monacales cayendo en pliegues caprichosos alrededor del nervioso cuerpo, las piernas cruzadas y rígidas, como procurando favorecer el trabajo mental con la titánica contracción de sus músculos; la frente desaparecía bajo su mano izquierda; mano seca, velluda, de venas muy pronunciadas, cuyos largos dedos parecían escarbar el cráneo. En aquel semblante lívido, en aquella boca contraída dolorosamente, en aquel gesto desesperado de hombre que sufre un suplicio se-

creto, expresó Claudio sus torturas de artista, su fiebre de inmortalidad : así estaba él delante de sus lienzos, como el poeta de Rávena ante sus cuartillas ; y todo lo expresó bien, porque era un dolor demasiado real para que la forma, siempre perezosa y tardía cuando trata de vestir asuntos mal precisados, se negase a corresponder entonces a tan intenso pensamiento. Dante tenía que quedar retratado con ese rostro agónico que tienen los mártires de Ribera, porque aquello era el espíritu entero de Antúnez, derramándose en una sangría de pintura melancólica : él, cuando trabajaba, era así, como el cantor de Beatriz : un mártir del arte, sin nervios, ni carne, ni otra pasión que la de inmortalizarse creando.

La pantera con que el poeta simbolizó la lujuria, también estaba concluída. Claudio la había dibujado en actitud soberbia : los cuartos traseros vueltos hacia el espectador, la cola ondulante de fiera impaciente que se azota con ella los flancos, el lomo arqueado, como si fuese a saltar ; era la imagen del pecado acechando una debilidad de la carne del poeta para arrojarse sobre él y devorarle. El efecto estuvo magistralmente calculado : junto a aquel animal flexible y sanguinario, que brincaba hacia adentro, encarnación magnífica de la pasión más devoradora, resaltaba mejor la ascética frialdad de Dante, reconcentrado en sus pensamientos ; era Ormuzd venciendo a Ahrimán, Eva pisando la cabeza de la serpiente tentadora.

Las figuras que más preocupaban a Claudio eran las del ángel de la fama y Beatriz ; estas dos creaciones ofrecían para él dificultades casi invencibles, especialmente la última, personificación del amor ideal, refractario en absoluto a su temperamento de hombre sanguíneo.

Beatriz es la mujer más abstracta de todas las mujeres cantadas por los poetas.

Beatriz era un ensueño de anemia, un jirón de neblina, el disco luminoso de la luna reflejándose en la temblorosa superficie de un lago ; era lo impalpable, lo que no está sujeto a las leyes físicas, ni puede someterse a cálculos ; lo inconcebible de la idealidad. Claudio Antúnez no supo cuán difícil era el retrato de la musa dantesca, hasta que hubo de pintarlo. El no comprendía el carácter de Beatriz ; su arquetipo femenino era menos vago, y cuando se vió obligado a materializar la noción etérea de una mujer que vive en la Gloria y ama sin que sus nervios influyan en aquel amor místico, sintió que la inspiración le faltaba.

Pero su voluntad venció su repugnancia y empezó a trabajar ; la imaginación concebía hostigada por el deseo ; conforme la figura surgía del lienzo, la idealización se acentuaba, reforzada por el colorido, y al fin apareció del todo : aérea, sutil, esfumada en una aureola luminosa : Antúnez agotó con ella el color blanco de su paleta ; el carmín le asustó y únicamente lo empleó en los labios, pero con mucha prudencia. En las mejillas, en las manos cruzadas sobre el pecho, en sus ropas flotantes, en su frente, sobre todo, derramó los reflejos del alabastro ; era una figura de marfil que tenía esa actitud resignada y triste de las estatuas yacentes que adornan los sepulcros de las catedrales antiguas : las cejas y las pestañas apenas eran perceptibles, su cabellera rubia aparecía velada por una sutilísima gasa ; mostrábase tranquila, observando con los ojos bajos las cruces que formaban sus manos unidas. Esta figura marmórea sólo ofrecía un signo de vida : la tímida línea roja de sus labios ; unos labios que, por la escasez de carmín, parecían de tísica.

Aquella imagen era la de una virgen muerta ;

uno de esos espíritus doloridos de que hablan las leyendas, un copo de nieve manchado por una gotita de sangre...

Claudio, por su gusto, no hubiera dado a Beatriz aquel aire de monjil recogimiento, ni aquella hermosura insensible de piedra bien tallada; pero un sentimiento pueril de respeto, le impidió modificar el retrato de la mujer descrita por Dante en su poema, y decidió reservar su creación favorita para el ángel de la fama, que recordaría su querido ensueño de ojos verdes y pelo rubio, símbolo de los amores místico y profano.

Mas cuando ya estaba terminada la figura de Beatriz, tropezó con la dificultad de no saber pintar sus pies: Beatriz flotaba en un vapor luminoso y sus pies aparecían por debajo de la túnica y a corta distancia del suelo; eran unos pies duros, desprovistos de idealidad, contraídos por un esfuerzo violento, como los de Moisés y Elías, en la copia hecha por Sanzio de *La Transfiguración*, de Rafael, y que pesaban cual lingotes de plomo.

Entonces comprendió Claudio el gran escollo del cuadro *La Transfiguración*: Sanzio había luchado con él sin vencerle; en vano iluminó los semblantes de Cristo, de Elías y Moisés con los resplandores de la fe, e hinchó los amplios pliegues de sus vestiduras flotantes, cual si un viento huracanado las agitase; aquellas tres figuras no subían al cielo atraídas por una fuerza superior, sino impulsadas por un brusco movimiento de los músculos extensores de sus piernas; y aunque el artista pintó con admirable habilidad el pánico que la transfiguración puso en cuantas personas se hallaban en las faldas del monte Tabor, Newton triunfaba, y aquellos personajes suspendidos en medio del cielo azul, se caían solos. Este mismo obstáculo detuvo a Claudio; los pies de Beatriz, a pesar de su blancura y de su pequeñez, destruían

la idealidad del conjunto, y la imagen, aunque flotando en el aire, se arrastraba por el suelo.

Una de las tardes en que Matilde fué al estudio, encontró al pintor empeñado en esa porfía.

—Beatriz me tiene desesperado — decía Claudio—; quince días de trabajo he invertido para dejarla como la ves, y de ahí no puedo pasar.

—Claro; ¿cómo ibas a pasar de los pies, si el cuerpo de esa niña concluye ahí...?

—Demasiado comprendes lo que quiero decir. Con esto, por tanto, demuestro ser un pintor de brocha gorda que no sabe terminar airosamente lo que empieza.

—No, con esto queda probado que eres un mediano zapatero... ¡Chico, cómo me gusta verte de mal humor!...

—Me parece que hay motivos para suicidarse.

Punto-Negro se echó a reír.

—¡Eso tiene la mar de gracia!...

Antúnez, que andaba de malísimo humor cuando ella llegó, había depuesto su actitud hostil; Matilde estaba a su lado, apoyando su cabeza sobre un hombro de él, y se había recogido un poco las faldas para mirarse los pies; Claudio, sentado delante del cuadro, con la paleta y los pinceles en una mano, los miraba también.

—Veamos — dijo Matilde—, ¿qué tienen los pies de Beatriz, señor pedicuro?

—Prosa.

—¿Prosa?... Es decir, ¡juanetes!...

—No está mal — repuso Claudio riendo con su acostumbrado buen humor—, pues también los juanetes son prosaicos; pero la prosa de los pies de Beatriz, es muy mala, prosa incurable, prosa de folletín... Figúrate, chiquilla, que los pies de esta Beatriz están llenitos de prosa o de juanetes, desde la punta del dedo meñique hasta los tobillos, y calcula mi desesperación al haber en-

gendrado un ángel juanetudo; soy el Segismundo de los padres... ¡Qué fatalidad maldita!... esos pies son de mercurio, a juzgar por su blancura y su peso...

—Matilde examinaba la figura de Beatriz y, aunque hacía con la cabeza gestos dubitativos, no halló nada que la desagradase; de pronto volvió a reír, con aquella risa nerviosa que inspiraba a Claudio deseos de morder.

—¡Chico — exclamó—, si estuviese aquí tu patrona, diría que estos pies eran prosaicos *por demás*...! ¿Qué te parece...? Eso tendría la mar de gracia; era cosa de preguntárselo, ¿eh?... y decirla: doña Teresita, ¿qué piensa usted de eso?... Que es *por demás*, ¿no es eso?... ¡Chico, parece que estoy oyéndola!...

Reía con toda su alma, echando el cuerpo hacia atrás y dando traspiés como si la mucha risa le hiciese perder el equilibrio. Claudio rió también.

—¿Y los míos — añadió ella recogiéndose las faldas—, son prosaicos?...

—¡Quita de ahí!... Tus pies son dos pedacitos de porcelana hechos para andar por casa prisioneros en sandalias de plumas.

Ella, parada en medio del estudio, se los miraba y sonreía, satisfecha de tenerlos tan bonitos.

—Es la parte de mi personita que más piropos ha merecido — dijo—, y por eso los cuido tanto; no me importa ir mal vestida con tal de tener buena ropa interior, buena media y buen zapato... Es una manía que no puedo echar a puerta ajena, y siempre que salgo a la calle me arreglo como si fueras a verme tú. Chico, ¿qué quieres?... caprichitos de Punto-Negro...

Claudio la miraba distraído, luego dijo:

—Quiero que te desnudes un pie; acaso viéndotelo surja alguna idea original que me saque airoso del atolladero donde mi torpeza me ha metido.

Ella hizo un picaresco mohín de displicencia.

—Hombre, no... ¿qué humorada es ésa?...

Sin saber por qué, era refractaria a mostrar aquella parte de su cuerpo; creía que un pie pequeño y bien calzado, es bonito, pero que perdía sus encantos al quedar desnudo: los pies eran una de sus mayores coqueterías y uno de sus pudores más grandes, tanto, que se hubiese mostrado ante cualquiera como se ofreció a Perseo la seductora Andrómeda, con tal de conservar las medias y los zapatitos puestos. Dominada por este pensamiento y no queriendo negarse al deseo del pintor, se acercó a él despacito, balanceando el cuerpo, el ceño fruncido, como esos chicos que han estado llorando, y que luego, más consolados, se llegan a su padre para recibir el beso de paz o el juguete, causa del lloriqueo, y después le enlazó los brazos al cuello, escondiendo su cara contra el pecho de Claudio y ronroneando como los gatos cariñosos.

—¿Pero es cierto que quieres verme sin medias?... Tontín, mis pies no pueden inspirarte nada; aquellas Galateas que prestaban con sus piececitos blancura a las espumas marinas, acabaron ya; de rodillas abajo yo también soy prosaica...

Pero tanto porfió Antúnez, que Matilde hubo de ceder; por consejo del pintor subióse encima del sofá, las faldas recogidas y el pie derecho colgante y desnudo, destacándose fuertemente sobre el fondo verde musgo; sobre el suelo había dejado los zapatos, la liga y media negra, salpicada en su parte interior de motitas rojas; y como tenía que apoyarse en la pared para no caer, se burlaba a carcajadas de sus equilibrios.

—Si alguien viniese ahora — decía—, pensa-

ría que nos habíamos vuelto locos, ¡vamos, qué ocurrencias tienes!... Bien puede agradecerme Beatriz los títeres que por ella estoy haciendo.

Claudio no respondía, ni siquiera pestañeaba, contemplando el pie de la joven con la esperanza de descubrir el secreto de los enigmáticos pies de Beatriz.

El de Matilde Landaluce era un piececito inverosímil, que apenas contaba nueve dedos de longitud; delgado, blanquísimo, surcado en el empeine por pequeñas venas azulinas; los dedos, unidos en apretado manojito, parecían estrecharse unos con otros cual si tuvieran frío, o iban de mayor a menor, dibujando una curva perfecta, desde el pulgar hasta el meñique, tan sonrosado y pequeñín como el dedo de un niño que todavía no ha empezado a calzarse; el talón era redondo, los tobillos poco pronunciados, la caña delgada, pero graciosa; acusando el nacimiento de una gallarda pantorrilla: allí no había callosidades, ni vello, ni músculos fuertes, ni tendones contraídos; era un pie blanco, tranquilo, como el de Cendrillón, la milagrosa mujercita de Perrault; pie inocente que aun no ha servido para caminar hacia el pecado.

Viéndole surgir del fondo obscuro del sofá, colgando con el sosegado abandono de la persona que duerme a pierna suelta, apreció Claudio el defecto principal del cuadro *La Transfiguración;* los pies de los bienaventurados los concebía Antúnez como el de Matilde; sin venas ni músculos, ni tendones en tensión, pues los elegidos deben ascender a los cielos porque Dios los atrae y no necesitan recurrir, por tanto, en semejante viaje, ni a sus manos ni a sus pies.

—¡No te muevas — exclamó—, pronto termino...!

Volvióse hacia el cuadro y empezó a pintar; fué un dibujo rapidísimo, hecho con prontitud y corrección admirables; Matildita, comprendiendo la sagrada misión que cumplen ante el arte los modelos, permanecía muy seria; regocijándose íntimamente de legar, siquiera fuese un pie, a la posteridad.

—Ya es mío — dijo Claudio—, y en dos o tres tardes, quedará mejor. ¿Ves, Punto-Negro...? Más pueden tus piececitos de cristal que mi cabeza.

—Ella bajó del sofá y fué a abrazarle dando saltitos para no pisar el suelo con su pie desnudo.

—Y ahora sí que puedo vanagloriarme—dijo—, de haber impreso en una obra de arte la huella de mi hermosura...

A pesar de lo agradablemente que distraían las horas en el estudio, entregados al trabajo y al amor, Matilde prefería para sus entrevistas la buhardilla de Antonia Carrasco; y en aquel gabinete, con su techo en declive, sus paredes desnudas, su insegura cama de hierro y su puertecilla incapaz de soportar el empuje de un niño, era la mujer más feliz del mundo.

Siempre llegaba ella primero; Antonia ya la conocía por el modo de subir la escalera y el ruidito de sus enaguas almidonadas, y abría la puerta sin darla tiempo a llamar; la recibía sonriendo, se saludaban alegremente, como agradeciéndose con los ojos los favores que mutuamente se prestaban, y se daban dos besos, uno en cada mejilla, en señal de buen afecto.

—¿No ha venido?—preguntaba Matilde sentándose.

—¡Ca...! ¿No sabe usted quién es...? Luego llegará diciendo que ha encontrado a un amigo o una modelo sin trabajo, cualquiera disculpa.

Se colocaba junto a Matilde, mirándola cariñosamente.

—Hoy sí que viene usted guapa — decía, cogiéndola por las manos y acariciándoselas—; amiguita, bien se conoce que tiene usted a quien agradar....

La joven reía, satisfeha del requiebro.

—Hombre, eso tiene la mar de gracia: ¿con que hoy vengo más guapa que ayer...?

—¡Vaya...! En cambio, cuando tenga usted mis años, se la quitarán hasta los deseos de mirarse al espejo.

Viéndolas juntas surgía entre ambas algún parecido: las dos eran pequeñitas, de movimientos vivos y graciosos, expresivas y picarescas; su flaqueza era la misma: la afición a la vida mundana, el deseo de amar y ser dichosas. Matilde simbolizaba la juventud morena y ardiente que empieza; Antonia, la vejez coronada de canas que se retira, evocando el dulce calor de los besos recibidos y el nombre de sus antiguos amantes, viejos también; Antonia pertenecía a una generación que pasó aturdiéndose con la estruendosa batahola de sus fiestas, y que ya había enmudecido; casi todos murieron; sólo algunos vivían aún, pobres rezagados de aquella feliz caravana perdida, que paseaban su incurable fastidio por las calles, arrastrando los pies; Matilde era la generación presente que corre a la muerte repartiendo besos y abrazos. Esto establecía entre aquellas dos mujeres una secreta corriente simpática; Antonia Carrasco era el ayer desengañado asistiendo conmovido a la ruina del hoy fugitivo.

Charlando de asuntos indiferentes esperaban la llegada de Antúnez: le sentían subir la escalera alentando penosamente y tosiendo, y luego avanzar por el corredor con su paso largo y reposado de hombre fuerte. Entraba en la salita armando mucho ruido, llenando con su elevada estatura y su carácter turbulento la pequeña habitación. Antonia salía a recibirle.

—¡Hola, bala perdida...!—decía.

—Hola, Antoñita; ¿ha venido...?

Y, sin esperar la respuesta, pasaba al gabinete.

—¡Ah...! ¿Pero estabas ahí, Punto-Negro...? ¡Y tan calladita...!

Matilde alargaba la mano sin levantarse, como si estuviese en un salón sujeta a los angostos reglamentos de la etiqueta. Después, cuando Antonia Carrasco se marchaba, cerrando tras sí la insegura puertecilla, la joven deponía su actitud comedida y corría a echarse en los brazos de Claudio: era un abrazo frenético, de amantes que vivieron largo tiempo separados.

—Punto-Negro, ¡qué guapa estás...!

—Eso me dijo Antonia en cuanto entré...

—¡Y no mintió!

—Dí, ¿me quieres mucho...?

—Con toda mi alma.

—¡Chico, qué bien...!

Hablaban mucho y de lo mismo, pero sin sentir jamás la monotonía de la conversación; unas veces alegres, a ratos tristes, siempre enamorados y besucones.

Matilde refería sus disgustos íntimos, comentando el genio intratable de su madre y la soporífera vulgaridad de Estrada; pero, fiel a sus delicadezas de mujer culta, ridiculizaba a Pablo sin emplear frases acerbas que trocasen la burleta ingeniosa en vergonzoso ludibrio; era un sarcasmo embozado, un bofetón dado con guante blanco. Antúnez apreciaba la cortesía de aquella costumbre y la respetaba también.

Claudio, preocupado con sus cuadros, solía tener extraños caprichos de pintor.

Una tarde quiso ver a Matilde enteramente desnuda, sin velos importunos que afeasen la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

plendidez del conjunto. Nunca había logrado satisfacer aquel deseo, porque los reparos que ella oponía ladinamente, o el excesivo frío, o la conversación le distrajeron; y él mismo no se atrevió a solicitar de la joven semejante favor temiendo lastimar su recato, cohibido por aquel residuo de virtud vergonzosa que no cedía a la pasión ni aun en los momentos de mayor locura.

Pero al fin decidióse y expresó su deseo de golpe, temiendo arrepentirse en el instante decisivo. El había visto muchas mujeres desnudas; pero eran modelos, esculturas animadas a quienes sólo estimaba desde el punto de vista artístico, y creía que la desnudez de Punto-Negro produciría en su espíritu diferente impresión: era un refinamiento de pintor pagano, que busca reforzar con el deseo carnal la sensación artística.

La joven quiso resistir.

—No seas antojadizo — decía—: todas las mujeres, con leves diferencias, son iguales, y además me da mucha vergüenza, hijo...

Se había acercado a él ronroneando amorosamente, haciendo carantoñas, como la tarde en que se negaba a quitarse las medias para enseñarle los pies. Y es que las mujeres tienen dos pudores: uno para el tacto y otro para los ojos, y prefieren ser tocadas a ser vistas; sin duda porque las impresiones táctiles, al encender el deseo, aminoran el rubor.

—Además — añadió—, que si como amada te gusto, puedo desagradarte como modelo; el arte no tiene corazón, ni nervios... y si te desilusionas, figúrate... se acabó Matildita...

—No digas eso; tú eres hermosa siempre, con hermosura clásica, indiscutible. ¡Vaya...! aunque te odiase me parecerías bien, y eso que el odio tiene cien ojos para sorprender los defectos de la

persona odiada. Quiero verte desnuda, Punto-Negro; lo necesito.

Dijo esto con tal acento de muchacho voluntarioso que quiere ser inmediatamente complacido, que Matilde cedió.

—Eres peor que una insolación—repuso—; ea, ya estoy dispuesta, esperando las órdenes del señor...

Claudio entornó las hojas de madera de la ventana de modo que la luz iluminase únicamente la parte de la habitación donde Matilde había de colocarse, y él fué a ocupar una silla en el lado obscuro para favorecer el efecto óptico. Ella estaba de pie sobre la esterilla de esparto, delante de la cama, sobre la cual y por consejo de Claudio, extendió un mantón negro de Antonia, para que sirviese de fondo y la blancura del cuerpo resaltase mejor.

Matilde empezó a desnudarse, poniendo en cada movimiento un hechizo exquisito de pudorosa coquetería; y mientras miraba a Claudio y sonreía, sus ágiles dedos iban zafando corchetes y desatando cintas. Primero se quitó su chaquetita granate obscuro, luego la corbata y el camisolín de cuello alto, quedándose con los brazos al aire y el busto ceñido por un cubrecorsé; saltaron dos corchetes y cayó la falda; después las enaguas... Claudio la contemplaba silencioso, gozando cada uno de aquellos detalles que poco a poco le acercaban al término deseado, fijándose en todos ellos con una especie de voracidad visual.

La joven se quedó en corsé; un corselito de raso negro, adornado con cintas rojas, por debajo del cual se desbordaban las turgencias de las caderas. Entonces Matilde se detuvo y miró al pintor, pidiéndole con los ojos permiso para quedarse así. Antúnez ni siquiera pestañeó.

—Sigue—dijo—, sigue...

Y continuó mirando, hipnotizado por la proximidad de los tesoros de hermosura que su imaginación presentía tras la tela sutil de la camisa.

En aquel traje, con el corsé y las medias negras y los anchos pantaloncitos ceñidos a las corvas por un encaje blanco, tan derecha y tan airosa, con el cuerpo algo echado hacia atrás y los brazos en jarras en ademán retador, Punto-Negro parecía un pajecillo de las viejas zarzuelas. Después los pantalones cayeron al suelo, y tras ellos las medias y el corsé; sólo quedaba la camisa, de transparente batista. Matilde había cruzado los bracitos sobre el pecho, ocultando el seno: sobre sus hombros se erguía la línea del cuello, adornado en su parte posterior por los negros ricitos de la nuca.

—Sigue—repitió Claudio—; pronto.

A su cerebro ofuscado no acudían otras palabras que expresasen mejor ni más brevemente su impaciente deseo.

La camisa fué descendiendo; después de los hombros aparecieron los pechos; pechitos turgentes, de virgen griega, que resistían sin humillarse la falta de corsé; luego los costados. Al llegar a la cintura, la camisa se detuvo, retenida por un último reparo vergonzoso.

Matilde sonreía siempre, procurando velar su turbación con la afectada alegría de su semblante; los ojos chispeantes, las mejillas arreboladas por el calor de la emoción. Antúnez no habló; pero sus labios, sus cejas, la enérgica contracción de sus músculos frontales, sus ojos, sobre todo, expresaron un deseo imperativo, incontestable, de mirar hasta el fin. Aquella orden silenciosa de tirano que no soporta objeciones, fué obedecida: la camisa resbaló a lo largo de las caderas y cayó al suelo, sobre la mísera esterilla de esparto, formando una especie de concha a los pies de aquella Venus pequeñita.

Todo apareció de pronto: piernas, muslos, vientre, con belleza deslumbrante que produjo en los sensibles nervios del pintor un efecto brutal.

Claudio quedó absorto, sin poder aquilatar el mérito de lo que veía, como un ciego que súbitamente adquiriese la capacidad de ver, contemplándola con la voluptuosa unción del niño que mira por primera vez una mujer desnuda.

El nunca sospechó que la belleza femenina ejerciese sobre el hombre tan diabólico imperio; la embriaguez de aquellos esclavos que morían por disfrutar en brazos de Cleopatra una noche de amor, le parecían leyendas de la historia antigua, el suicidio de Werther y los amores de Manón, ñoñeces de los escritores románticos. No concebía que por la posesión de su cuerpo pudiera sacrificarse el sosiego y el porvenir de una conciencia; la hermosura de la materia terminaba allí donde empieza el hastío que, como castigo, sigue al deseo satisfecho; la idealidad de los desnudos estaba en el pintor que los concibe, no en la carne, era una ilusión de la mente creadora, no una realidad: las mujeres del mundo no podían, en su concepto, rivalizar con las pintadas; el artista se valía de aquéllas para sus obras, pero las eternas por antonomasia, las que pasaban a la posteridad burlando a los siglos con su hermosura, eran las segundas, cohorte gloriosísima de huríes arrancadas por los magos del pincel a los siete colores del arco iris.

Pero la visión de Matilde desnuda, le trastornó; aquello fué la realidad palpitante sobrepujando a la fantasía soñadora, el cuerpo enajenando al espíritu con sus seducciones perdurables. La veía y sus ojos no se saciaban: iluminada por la riente luz del sol, destacábase del fondo negro con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies juntos, como Friné ante sus jueces, mostrando esa

gracia eterna que inspira vértigos con sus pantorrillas pronunciadas, sus redondas y suaves rodillas, sus muslos magníficos, sus caderas espléndidas sombreadas por un leve hoyuelo formado por la contracción de los músculos nalgares; su pelvis ancha, separada del vientre por una ligera depresión; vientre duro, revelador de una potente maternidad; su cintura estrecha, sus bracitos pudorosamente recogidos, su esternón alto, su inquieta cabecita de mujer talentosa, descansando sobre el redondo cuello: allí no había huesos, ni músculos, ni tendones acentuados, ni vello, ni nada que afease la madorosa tersura de la piel; la línea recta, siempre dura, el ángulo brusco, no existían en aquel cuerpecito primorosamente formado; todo era pequeño, pero todo bonito y gracioso. La línea que nacía bajo los pulpejos de las orejas, se prolongaba ondulando voluptuosa a lo largo del cuerpo, dibujando las redondeces del hombro, las axilas, la depresión de los costados, el ensanche de las caderas, las curvas de los muslos y de las pantorrillas, hasta terminar en aquellos piececitos de china de jarrón japonés, que apenas contaban nueve dedos de longitud.

La carne de Matilde tenía ese color moreno pálido de las mujeres ardientes y nerviosas de los países cálidos, en las que el hígado y las pasiones amortiguan el tinte rosáceo de la piel; parecía un modelo de la escuela italiana, una Venus tizianesca, pero sin las formas algo duras de los desnudos del pintor veneciano; en aquellas carnes no había el carmín, ni los frioleros reflejos alabastrinos característicos de las mujeres flamencas; sí una blancura mate y tibia, que invitaba al amor.

Insensiblemente Claudio fué sobreponiéndose a la primera impresión y ordenando sus ideas, y recordando las sensaciones que sus manos experimentaron acariciando aquel cuerpo, la tersura del vientre, la morbidez de las nalgas y el grato calorcillo desprendido de todo él, sintió que la hermosura plástica de Matilde aumentaba, obscureciendo a los mejores modelos; hasta creyó que era un antojo, sin cuerpo y sin alma, un pegote de pintura arrancado de un lienzo y puesto allí, para desesperarle, y entonces se levantó fuera de sí, queriendo estrechar entre sus brazos convulsos aquella silueta fugitiva.

—¡Eh!...—gritó la joven—, quietecito ahí; porque, entendámonos, yo sólo me he desnudado para el pintor...

Antúnez se detuvo, temeroso de espantarla si la cogía entre sus manos.

—Pero, Punto-Negro—exclamó—, ¡si eres la perdición en forma de mujer...!

—Pues ahora verás a la perdición en camisa; espera medio minuto.

Se agachó para recoger sus ropas y vestirse. Antúnez volvió a sentarse.

—No—dijo—; pues empezaste a complacerme, sigue hasta el fin; vuélvete de espaldas... despacito... porque si no me deslumbras.

Ella, impaciente, dió con el pie un golpe en el suelo y giró bruscamente sobre sus tacones, deseando concluir pronto.

La mujer hermosa es una moneda que no tiene reverso y triunfa siempre por cualquier lado que se la aprecie o examine. En aquella actitud su belleza resaltaba mejor, resplandeciendo con atractivos mayores: se veía el perfil del rostro, su naricilla levantada, sus ojos grandes y el crespo pelo echado sobre la cara, encerrando bajo un semicírculo negro la frente y las sienes; el moño alto, la nuca coquetona, el cuello corto, los hombros ebúrneos, la cintura delgada, los lomos divididos por la depresión de la columna dorsal,

pero sin que las apófisis vertebrales afeasen la tersura de la piel, cubierta a lo largo de aquella parte de finísimo vello: las caderas poderosas se redondeaban en atrevida curva, los glúteos formaban las nalgas, turgentes, de una morbidez dura y palpitante; los muslos de mujer que han llegado a la plenitud de su desarrollo, descendían hasta los trigéminos de la pantorrilla, y luego las líneas laterales de las piernas se aproximaban formando la caña del pie.

Claudio Antúnez miraba embelesado, sin poder desencadenar sus ojos del hechizo: allí estaba la hembra idealizada, la musa inspiradora del arte clásico, la querida lujuriante, cuyo cuerpo y cuya sangre él consideraba como partes de su propia sangre y de sus mismos huesos: en aquella sensación había una voluptuosidad de morfimano, un refinamiento orientalesco de amante insaciable que pretende gozar imaginativamente y por anticipado, la posesión de lo mismo que ve y toca. Matilde aparecía a sus ojos de enamorado y de pintor, como un supremo ideal artístico. Era la mujer eterna que ha guiado el buril del escultor y encendido la fantasía de los poetas y hecho soñar a los músicos celestiales armonías: músicos, poetas, pintores, escultores, todos erigieron a la mujer en objetivo único de sus aspiraciones, y tradujeron al pentagrama el amoroso arrullo de los suspiros femeninos o las explosiones de su pasión, y cantaron sus afectos en versos y en libros, y perpetuaron su belleza en lienzos y en mármoles. Ella fué siempre el campo cultivado y nunca yermo del arte; naturaleza dió al eco de su voz inagotables magnetismos, espejismos musicales, si así puede decirse, que conmueven al corazón de mil sabrosas maneras; a su cerebro, concepción pronta, imaginación viva para engalanar los asuntos más prosaicos de rientes colores; voluntad firme y dúctil, para vencer cediendo; sentimientos delicados, variadísimos, que el talento de los novelistas no pueden agotar; formas magníficas, que son los eternos arquetipos de las artes plásticas.

Nada hay comparable a una mujer desnuda: es la explosión triunfante de lo bello, lo que asegura el triunfo del amor y la perpetuidad de la especie: en sus caderas, Naturaleza agotó sus mágicos recursos, provocando la concurrencia de cuanto favorece los efectos estético y sensual más acabados; la dureza de las carnes, el colorido y aterciopelada suavidad de la piel, la serie de curvas que se retuercen sensuales hasta unirse en el mismo punto, todo contribuye a enloquecer el cerebro, emborrachando primero al tacto y a la vista. Es la apoteosis de la carne: dijérase que en la fabricación de aquel dechado soberano trabajaron los geniecillos tentadores del amor, cuidando que ningún detalle, ni aun los más nimios, se olvidasen; que los diablos de la lujuria, con rostro de sátiro, hicieron todo lo grande, todo lo fuerte, lo que luego el deseo había de estrujar frenético en sus espasmos, y que un artista, mitad ángel de luz, mitad demonio, guió la habilísima labor de unos y otros.

Antúnez no quiso reprimir más tiempo los impulsos de sus nervios crispados; el hombre aniquiló al artista y se arrojó sobre Matilde con un ardor de fiera encelada, sin darla tiempo a huir. Después, calmado aquel vértigo, la sentó sobre sus rodillas oprimiéndola contra su pecho fatigado, desnudita según estaba.

—¡Cómo te palpita el corazón!—exclamó la joven—, me lastima oírlo; parece un batán...

Entonces Claudio experimentó un súbito acceso de mal humor.

—Me late—dijo—y me duele, porque los celos me atosigan; tengo celos de ti...

Ella le miró asombrada.

—Sí, de ti—continuó el pintor—, ¿de quién había de ser?... Celos terribles que se refieren a tu historia; celos retrospectivos, que durarán lo que mi amor, porque no pueden vengarse...

Matilde le escuchaba sin saber a qué venía aquello; él hablaba apresuradamente, pronunciando un discurso deshilvanado, caótico, de loco enamorado, en el que iban confundidos protestas de cariño, arrebatos iracundos, tristezas, lamentos de amante que mira acongojado las manchas de barro que salpicaron a la pureza de su ideal. Claudio, que conocía la historia de Matilde, empezó a recordarla y cada episodio aumentaba su sombría pesadumbre. Habló de Antonio Santero, de aquel amante que empeña la virtuosa viudez de Matildita Landaluce, de Pablo Estrada y de otros amores inconfesados que su suspicacia adivinaba palpitando en la sombra; torpes caídas que ella negaba con el tesón de la mujer que quiere tener pasiones y no caprichos. Aquel celoso arrebato tenía algo de infantil y de trágico que apenaba.

—¿Cómo te rendiste?—decía—, ¿cómo entregaste tantos atractivos por un instante de placer?...—¡Ah!... ¿No comprendías que ninguno de tus amantes apreciaba el inmenso valor de tu vencimiento?... Y cuando les besabas, ¿no presentías que ibas a pertenecerme?...

Sus palabras tenían tal acento de tristeza, que Matilde Landaluce se conmovió; y como si encogiéndose fuese menos accesible al dolor, recogió los brazos y las piernas, haciéndose un ovillo. En aquellos momentos, escuchando la voz de su amante que parecía la de su propia conciencia, revivió sus añejos dolores y sus menguados placeres perdidos: recordó el santo amor del primer esposo, su viudez, sus horas de nostalgia, su matrimonio con Pablo Estrada, su vida presente llena de criminales emociones... Cada recuerdo apretó un poco el nudo de secretos dolores que oprimían su garganta, y cuando la pena no la cupo en el pecho, rompió a llorar.

Antúnez meditaba viendo aquel dolor que respondía al suyo: era una escena muda, preñada de pensamientos negros donde el amor bañaba con lágrimas de arrepentimiento las marchitas flores que enguirnaldaron sus pasadas veleidades. Nunca se sintió tan conmovido, y cuando Matilde levantó la cabeza para recibir en sus labios el beso de perdón, vió que Claudio, a pesar de su varonil despreocupación, también tenía los ojos arrasados.

VII

Cuatro Caminos es uno de los barrios más feos de Madrid; ocupa un terreno árido que se extiende a ambos lados de la carretera que conduce al pueblo de Tetuán, desde los verdes sotos de la Moncloa hasta el canal de Lozoya, que lo limita por su parte oriental.

Lo constituyen las ventas de Amaniel, el templo de Nuestra Señora de los Angeles, cuyas blancas torres se dibujaban alegremente sobre el fondo azul del cielo, iluminadas por el sol, con su bullicioso clamoreo de campanas y su risueño aspecto de iglesia moderna; dos conventos, muchos hoteles y algunas fábricas, y el caserío, que es pobre, formado en su mayor parte por casitas de un solo piso; casucas mal revocadas, con ventanas irregulares, protegidas por barrotes de hierro despintados; todas sucias, tristes, como si

—Me late—dijo—y me duele, porque los celos me atosigan; tengo celos de ti...

Ella le miró asombrada.

—Sí, de ti—continuó el pintor—, ¿de quién había de ser?... Celos terribles que se refieren a tu historia; celos retrospectivos, que durarán lo que mi amor, porque no pueden vengarse...

Matilde le escuchaba sin saber a qué venía aquello; él hablaba apresuradamente, pronunciando un discurso deshilvanado, caótico, de loco enamorado, en el que iban confundidos protestas de cariño, arrebatos iracundos, tristezas, lamentos de amante que mira acongojado las manchas de barro que salpicaron a la pureza de su ideal. Claudio, que conocía la historia de Matilde, empezó a recordarla y cada episodio aumentaba su sombría pesadumbre. Habló de Antonio Santero, de aquel amante que empeña la virtuosa viudez de Matildita Landaluce, de Pablo Estrada y de otros amores inconfesados que su suspicacia adivinaba palpitando en la sombra; torpes caídas que ella negaba con el tesón de la mujer que quiere tener pasiones y no caprichos. Aquel celoso arrebato tenía algo de infantil y de trágico que apenaba.

—¿Cómo te rendiste?—decía—, ¿cómo entregaste tantos atractivos por un instante de placer?...—¡Ah!... ¿No comprendías que ninguno de tus amantes apreciaba el inmenso valor de tu vencimiento?... Y cuando les besabas, ¿no presentías que ibas a pertenecerme?...

Sus palabras tenían tal acento de tristeza, que Matilde Landaluce se conmovió; y como si encogiéndose fuese menos accesible al dolor, recogió los brazos y las piernas, haciéndose un ovillo. En aquellos momentos, escuchando la voz de su amante que parecía la de su propia conciencia, revivió sus añejos dolores y sus menguados placeres perdidos: recordó el santo amor del primer esposo, su viudez, sus horas de nostalgia, su matrimonio con Pablo Estrada, su vida presente llena de criminales emociones... Cada recuerdo apretó un poco el nudo de secretos dolores que oprimían su garganta, y cuando la pena no la cupo en el pecho, rompió a llorar.

Antúnez meditaba viendo aquel dolor que respondía al suyo: era una escena muda, preñada de pensamientos negros donde el amor bañaba con lágrimas de arrepentimiento las marchitas flores que enguirnaldaron sus pasadas veleidades. Nunca se sintió tan conmovido, y cuando Matilde levantó la cabeza para recibir en sus labios el beso de perdón, vió que Claudio, a pesar de su varonil despreocupación, también tenía los ojos arrasados.

VII

Cuatro Caminos es uno de los barrios más feos de Madrid; ocupa un terreno árido que se extiende a ambos lados de la carretera que conduce al pueblo de Tetuán, desde los verdes sotos de la Moncloa hasta el canal de Lozoya, que lo limita por su parte oriental.

Lo constituyen las ventas de Amaniel, el templo de Nuestra Señora de los Angeles, cuyas blancas torres se dibujaban alegremente sobre el fondo azul del cielo, iluminadas por el sol, con su bullicioso clamoreo de campanas y su risueño aspecto de iglesia moderna; dos conventos, muchos hoteles y algunas fábricas, y el caserío, que es pobre, formado en su mayor parte por casitas de un solo piso; casucas mal revocadas, con ventanas irregulares, protegidas por barrotes de hierro despintados; todas sucias, tristes, como si

apreciasen la nostalgia de la miseria que sufren sus moradores y quisieran revelársela al transeunte. Las calles están retorcidas y sin empedrar, y las gallinas y los cerdos circulan por ellas libremente, cacareando las unas encima de los estercoleros y hozando los otros en el fango de los baches; muchas no tienen numeración y las viviendas permanecen anónimas, esperando una cifra con la inalterable resignación de las cosas muertas.

El comercio es nulo; algunas tiendas, especies de bazares donde se venden ligas y pantalones de mujer, y boinas y botas de cuero blanco, para hombres; encajes y trencillas, un poquito de ferretería y quincalla, fajas, sombreros... También abundan las tiendas de géneros ultramarinos y las tabernas, estas últimas en asombrosa cantidad. En invierno, las nieves y las lluvias convierten a la mayor parte de las calles en barrizales intransitables; en verano, el suelo, de naturaleza arenosa, desecado por el sol, desprende un polvo espeso que el viento barre, levantando nubes que ciegan al caminante y empercuden las paredes de las casas, estropeando la bonitura de los revocamientos.

El vecindario es pobrísimo; la mayor parte son obreros que trabajan en Madrid; otros están empleados en el Fielato y muchos viven consagrados a las faenas del campo y al contrabando. Por las noches, fiados en su habilidad o en la protección de algún guarda, conducen a campo traviesa su matute; pero no siempre los resultados corresponden a sus deseos, y entonces procuran obtener a tiros lo que con amaños y dádivas no consiguieron: son las sublimes tragedias del hambre, que van rodeando a Madrid en un círculo de sangre que empapó el suelo y permanece allí, esperando la hora de la venganza.

Las mujeres también se dedican a trabajos rudos; muchas merodean las cercanías, recogiendo leña para sus hogares y pordioseando, y otras lavan en una artesa, delante de sus casas, tomando el sol, con las faldas recogidas alrededor de la cintura y los robustos pies desnudos calzados con zuecos; las viejas se sientan, en los días bonancibles, junto a las paredes, a dormitar con el pañuelo echado sobre el rostro para que la demasiada luz no deslumbre sus ojos cansinos: son las vencidas de la vida, despojos del combate titánico que la humanidad riñe a la miseria, y que sucumbirían si no tuvieran hijas que las amparasen; y sobre aquella vejez abatida y harapienta que bosteza al sol, corretean millares de moscas testarudas que vuelven si se las espanta, cual si olfateasen la carne que la muerte reparte en sus festines.

Hay varias escuelas públicas a donde concurren multitud de rapaces culirrotos y carisucios, que sólo saben rezar mal y meterse los dedos en las narices: entran muy temprano y salen a las cinco de la tarde, con la cartera de los libros terciada a la bandolera y las tentaciones de Caín; los más pequeños van en grupos, cogidos de las manos para resistir el empuje de los mayores, y los remendados pantaloncillos de pana sujetos al cuerpo con un tirante que les cruza por encima de un hombro, dividiendo sus bustos con una línea obscura, que parece un zodíaco de cuero; círculo máximo de aquellos cuerpos que el desaseo convirtió en planetillas habitados por legiones de insectos sanguinarios. Después el bullicioso enjambre de puntos negros se desparrama: unos juegan al toro en medio del camino, otros desaparecen por las callejuelas del barrio, caminando silenciosos a lo largo de las aceras, y algunos más independientes o menos sensibles

a las reprimendas y pescozones paternales, se organizan en guerrillas y van a buscar camorra con los granujillas de Chamberí.

Estos detalles, considerados en conjunto, dan una fisonomía especial del barrio de Cuatro-Caminos; y con sus pobres viviendas de un piso, pequeñas y mal alineadas; sus calles anónimas y sin empedrar, abiertas algunas de ellas entre los paredones de dos huertas; sus mujeres desarrapadas, cantando y bailando al aire libre; sus viejas tripudas tomando el sol sentadas en el suelo, a lo largo de las paredes, y su chiquillería pendenciera, parece un pueblo del interior de Castilla a donde aun no ha llegado el ferrocaril, y que vive ignorado de los geógrafos, a la sombra de sus conventos.

En la parte oriental hay multitud de calles que apenas están bosquejadas; sin duda se pensó edificar por aquel lado, pero las obras se abandonaron y las edificaciones yacen inconcluídas; alrededor de ellas parecía circular ese aire frío que sopla en torno de las cosas muertas: se ven paredes aisladas, torcidas, que amenazan ruina, limitando solares que los vecinos han convertido en corrales; casas que quedaron sin cubrir y cuyas vigas podridas se desplomaron, formando un montón informe de escombros; de ellas, sólo quedan las paredes y los huecos donde las ventanas debieron ser colocadas; algunas, a quienes la paralización de los trabajos sorprendió en un mayor estado de adelanto, conservan los balcones y las puertas, que se abren o cierran, gimiendo lúgubremente, a impulsos del viento; otras son pobrísimas, y de ellas sólo restan paredones resquebrajados hechos con arcilla y pedruscos de diversos colores y tamaños. Estas ruinas yacen diseminadas, cortando la aburrida monotonía de los campos cultivados y dando a todo aquel barrio un

tristísimo aspecto de pueblo abandonado. Sobre estas edificaciones se destacan las aspas de algunos molinos que mueve la brisa; es la nota alegre del paisaje, el acorde perfecto, sonoro, que recuerda la existencia febril de las fábricas, contrastando con aquel concierto de tristes melodías.

El hotel de Matilde Landaluce era uno de los más bonitos de Cuatro-Caminos: está edificado a la derecha de la carretera entre otros dos más pequeños, frente a un campo, del que lo separaban una zanja poco profunda y algunos árboles, bajo los cuales lucía por las noches un farol de petróleo que iluminaba la fachada de los tres hoteles con una tímida luz de lámpara funeraria. El hotelito constaba de dos pisos, planta baja y principal, con jardín a la parte anterior y huerta con gallinero y pozo, a la trasera; tenía además dos pabellones de un solo piso que avanzaban por uno y otro lado de la casa; entre ellos, la verja que los unía por delante y la fachada principal del edificio, quedaba encerrado el jardín, formando un cuadrilátero perfecto, con sus enredaderas trepadoras cuajadas durante los meses de verano de blancas campanillas, su cenador, sus flores y sus callejas enarenadas.

Subiendo los dos escalones de piedra extendidos ante la puerta principal, había un pequeño recibimiento, que dividía la casa en dos cuerpos; a la derecha estaba el escritorio de Pablo Estrada, situado en el pabellón izquierdo, sin otros muebles que la mesa y una sillería de Viena: era un cuarto espacioso, de forma rectangular, bien ventilado, alegre, que convidaba al estudio. La ventana de este pabellón, lo mismo que la del opuesto, tenía rejas que podían abrirse sobre el campo. Al despacho seguía una salita de confianza, adornada con gusto y sobriedad; y tras esta habitación y avanzando hacia el interior del ho-

tel, estaban la de la sirvienta y el cuarto de baño, con su pila de mármol, su espejo de cuerpo entero y sus grifones de bronce.

En el lado izquierdo estaba el otro pabellón, que Matilde escogió para cuarto de costura, exactamente igual en dimensiones y decorado al despacho de Pablo. Este pabellón comunicaba con el comedor, espaciosa habitación amueblada con un aparador, una mesa de nogal capaz para ocho personas y una sillería de cuero; del techo pendía una lámpara, alrededor de cuya pantalla había pegado Matilde varios cromos recortados: un *jockey* montado sobre un caballo que parecía un perro galgo lanzado a todo correr; varios conejitos diplomáticos vestidos con sendos casacones azules, dos chulos riñendo, con las navajas abiertas; uno extendía el brazo en actitud de herir, mientras el otro reculaba, parando el golpe y pisándose un extremo de su faja desceñida: un angelito mofletudo sentado sobre un caracol, y dos diablillos vestidos de rojo riendo sardónicamente, con una mueca que desfiguraba sus rostros enjutos y expresivos...

Estas figurillas de vivos colores, que apenas tendrían tres centímetros de altitud, estaban colocadas unas a continuación de otras, cual si bailasen una danza macabra sin fin: por las noches, cuando la lámpara ardía, las figuras se recortaban violentamente sobre el fondo iluminado de la pantalla, y Matilde se divertía haciéndolas pasar en interminable procesión, corriendo unas tras otras sin alcanzarse nunca. Las paredes estaban adornadas con cuadros representando frutas y dulces; el suelo, alfombrado; las paredes cubiertas por grandes cortinajes.

Detrás del comedor, y comunicándose con él por un torno, estaba la cocina: grande, clara, con los vasares adornados por papeles multicolores, que alegraban la blancura de las paredes. A la terminación del pasillo que, arrancando del recibimiento, dividía la planta baja del hotel en dos cuerpos iguales, estaba la huerta, donde Pablo Estrada entretenía sus aficiones de agricultor cultivando multitud de flores, especialmente rosales y jazmines, removiendo la tierra para mejorar la calidad de las uvas del emparrado, cuidando los perales, guindos y albaricoqueros, y distribuyendo la arena de los caminos; allí pasaba muchas horas del día, abriendo hoyos para nuevas plantaciones, sacando agua del pozo y preparando injertos, siempre a vueltas con el rastrillo y la podadera, limpiando el suelo de hierbajos inútiles, persiguiendo a las larvas y a los caracoles voraces, feliz con respirar los perfumes de las flores por sus manos plantadas, comer las frutas de sus frutales y coger los huevos de sus gallinas.

Del recibimiento arrancaba la escalera que conducía al piso principal. En éste se hallaba el salón, vasta pieza rectangular, con un mirador de cristales y dos ventanas sobre el jardín, y dos puertas laterales, de las cuales la izquierda conducía al dormitorio de Matilde y la otra al de su madre. Los muebles y los cortinajes que decoraban las puertas y el mirador eran de brocatel de seda color salmón, rameado de plata vieja; había dos divanes rinconeras, dos sillas volantes, un par de jugueteros y los retratos de don Juan Landaluce y de doña Carolina, dibujados al carbón; del techo pendía una lámpara de bronce dorado con colgajos de cristal tallado, sobre un *trisage* adornado de flores artificiales, y delante del mirador y para aminorar la intensidad de la luz, había un transparente con flores y pajarracos japoneses: el suelo estaba alfombrado; por los visillos de las ventanas penetraba una luz discreta,

lechosa, de santuario abandonado. El dormitorio de la joven tenía puerta de escape al pasillo, y otra que daba acceso a la azotea del pabellón izquierdo: era una alcoba muy grande, estucada, en medio de la cual reposaba el soberbio lecho de nogal que servía de blanco tálamo al matrimonio. El cuarto de doña Carolina era idéntico al de su hija, además había un cuarto-ropero y otras dos habitaciones, alegres, limpias, con ventanas a la huerta.

No tenía más el hotel, y tenía lo justo; era precioso, nuevo, perfectamente distribuído, con todas las comodidades apetecibles y bien soleado; un hotelito que hubiera sido el edén para Matilde Landaluce si Estrada se hubiese transformado en Claudio Antúnez.

Pablo se levantaba siempre antes que ella, siguiendo sus inveteradas costumbres de comerciante madrugador a quien los negocios seducen más que las blanduras del ocioso colchón: Matilde fingía dormir, rehuyendo la conversación, y con los ojos medio cerrados le veía saltar del lecho, calzarse las zapatillas y dirigirse a largos pasos hacia la ventana, destacando en la penumbra de la habitación la negra silueta de su cuerpo; luego, al abrir las maderas, su figura surgía violentamente, iluminada por la luz del sol, y aparecía de espaldas y en ropas menores, mostrando la angulosa cabeza ladeada, el cuello débil y el desmedrado cuerpecito: permanecía inmóvil largo rato, contemplando la explanada y el cariz del cielo; y después daba media vuelta para seguir vistiéndose, y entonces ella veía su estrecho esternón, su barba puntiaguda, su rostro ajado, sobre el cual las arrugas de la almohada habían impreso algunas huellas...

A Matilde le repugnaba todo aquello, pero se complacía en mirarle con una especie de ensañamiento, examinando sus tobillos prominentes, sus pies demasiado grandes, sus calcetines blancos caídos sobre el empeine... Jamás creyó casarse con un hombre tan contrario a su ideal masculino: Matilde Landaluce era la poesía creando un mundo de hermosos sueños para vivir en él; Pablo Estrada, el hombre prosaico ocupándose de todo lo vulgar; ella, era una vida de artista ardiente que empieza; él, una existencia de comerciante metalizado y aburrido que concluye: era lo ideal y lo real abofeteándose, la materia vil degradando al espíritu, Sancho Panza mofándose de Don Quijote y arrojándole al rostro su grosería.

Cuando Matilde se levantaba acudía al dormitorio de su madre a informarse de su salud, y cumplido este deber filial, iba a lavarse; allí encontraba a Pablo, con la camisa y la corbata puestas, los tirantes caídos y los brazos en alto, ocupado en partirse el pelo delante del espejo; entonces se saludaban, y ella presentaba la frente para no recibir en la boca el beso, secuela repugnante del saludo. Durante el desayuno Pablo Estrada hablaba de las peripecias de la noche, de algún tiro que hubiese resonado por aquellos contornos, de que le dolía el estómago y pensaba tomar una purga...

—Mírame la lengua—decía—; creo que la tengo sucia...

Extendía el cuello para que su mujer le examinase mejor, acosándola con preguntas de enfermo aprensivo; ella se encogía de hombros, diciendo secamente:

—Púrgate, si quieres...

Luego él encendía un cigarro y se iba a la huerta, o se metía en su despacho, esperando la llegada del correo. Matilde le dejaba entregado a sus quehaceres, y no bien cumplía las faenas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

matutinas de las mujeres hacendosas, cogía el periódico, que a primera hora echaba un muchacho por bajo la verja del jardín, y se sentaba a leer.

Aquel rato era para ella el mejor del día: leyendo el periódico se acordaba de Madrid, de su próxima cita con Claudio, del rostro picaresco con que saldría a recibirla Antonia Carrasco. El periódico era para ella un panorama; un viaje rapidísimo hecho alrededor del globo y sin moverse de su butaca; un eco del mundo; la voz de los humanos que diariamente se comunican sus impresiones por medio del telégrafo; el fonógrafo que llevaba a sus oídos los gritos alegres o tristes de los pueblos remotos que ríen o lloran...

Matilde Landaluce, sugestionada por sus lecturas, padecía el vértigo de las distancias: quería verlo y conocerlo todo por sí misma; ser ciudadana de todos los pueblos, visitar el Niágara y las cumbres del Himalaya, jugar al tresillo en el Casino de Monte-Carlo y ver desde la torre de la catedral de Cristianía una aurora boreal: el calor enervante de los países tropicales, las fieras de los bosques africanos, desperezándose al sol y mostrando en largos bostezos sus encendidas fauces, los osos blancos persiguiendo a las focas embarcadas sobre témpanos de nieve, los esquimales habitando en casas de hielo, y los indios besando humildemente el suelo de sus pagodas... Todo tenía para ella un encanto inapreciable: la mágica seducción de lo desconocido realzado por la distancia.

La persona que no viaja es tan indiferente como el inquilino que habitando en una magnífica casa no quiere tomarse el trabajo de salir del cuarto que eligió para dormitorio. Matilde suspiraba por un más allá, y conforme tras los mayores anhelos del espíritu, hay otros que aparecen según los primeros van saciándose, así tras el horizonte visible existen horizontes inmensos, por los cuales el pensamiento puede dilatarse libremente. En ellos hay ciudades iluminadas por el mismo sol espléndido, ruido de fiestas, juventud retozona que se divierte, y mujeres hermosas y hombres apasionados que las persiguen rendidos de amor; la humanidad, en fin, que avanza majestuosa hacia la muerte, entonando, desde las heladas estepas de Siberia a los abrasadores desiertos arábicos, un himno al placer, un hosanna magnífico a la Naturaleza bienhechora, que dió a los nervios capacidad para vibrar gozando los deleites del mundo inundado por el sol...

En esto pensaba, y aquellas inútiles meditaciones acrecían el tedio insoportable de su obscuro retiro. ¿Qué era su hotelito, con sus dos pabellones y su huerta poblada de gallinas vocingleras, más que un punto miserable, microscópico, infinitesimal, perdido en la superficie de esa Tierra, que a su vez es un átomo inapreciable del Cosmos...? Y ante la idea de su vertiginosa pequeñez, Matilde Landaluce, que hubiera querido medir el infinito con su pensamiento, se creía más diminuta de lo que era y sentía ganas de morir, de anularse, llorando el inmenso infortunio de ser chiquita.

En estas lecturas invertía el resto de la mañana, y cuando la llamaban a almorzar no se movía, esperando a que repitiesen el llamamiento; sólo entonces entraba en el comedor con el semblante pálido, y el mal talante del que despierta de un sueño agradable para abismarse en la realidad abrutada.

La comida jamás ofrecía atractivos inesperados; era una reunión silenciosa de gentes que no tienen nada nuevo que decirse. La joven ocupa-

ba el sitio de preferencia, entre su madre y Estrada; y el diálogo lo sostenían doña Carolina y su yerno; Matilde, entre tanto, embebida en sus meditaciones, pensaba en Claudio, que también la recordaría, y observaba a su marido. Pablo, a pesar del afectado atildamiento de su persona, parecía un *hortera* acostumbrado a comer en la trastienda y en mangas de camisa: comía de prisa, sin paladear los manjares; bebía deglutiendo ruidosamente; sorbía con estrépito las cucharadas de sopa, como si fuesen ostras, y en vez de levantar la cuchara hasta la boca, permanecía con los antebrazos apoyados sobre la mesa inclinándose a cada momento hacia adelante, para salir al encuentro de la cuchara.

Matilde le examinaba sin hallar término a la insignificancia de su marido; cada día se le antojaba más pequeño; más insufrible; era el indiano del sombrero de jipijapa y de la corbata verde, que menguaba...

Después de almorzar y mientras servían el café, la joven exponía brevemente los motivos que la obligaban aquella tarde a salir; no había chocolate, una amiga estaba esperándola... y acto continuo, como mujer que cuenta de antemano con el permiso de obrar libremente, subía a su habitación para vestirse. Doña Carolina, a quien no convencían los pretextos alegados por su hija, quedábase refunfuñando y concluía por ceñirse una venda alrededor de la frente y meterse en su dormitorio, diciendo que tenía jaqueca y que no la llamasen aunque el hotel ardiese. Pablo Estrada continuaba delante de la mesa, balanceándose sobre las patas traseras de su silla y fumando un cigarro puro. En aquellos momentos ni el humo ni el café le excitaban: los trabajos de la digestión paralizaban las pulsaciones del cerebro y permanecía aletargado, pensando, como siempre, en lo bien que vivía en aquel hotelito, sembrando flores, criando gallinas y sacando agua del pozo, junto a aquellas dos mujeres que tanto le querían; y discurriendo así paseaba sus miradas por el comedor, contemplando cariñosamente el suelo, las paredes, el techo, la lámpara; todo aquello que compró con parte de los centenes ganados en muchos años de ruda brega y que parecía amarle también. Estrada sentía hacia el hotel ese afecto que experimentan los gatos viejos por la casa donde nacieron; aquello era suyo y debía quererlo y cuidarlo, porque era su hacienda y porque allí vivía Matilde, la mujercita que había de acompañarle en el ocaso de su vida, y a quien quería por bonita y por económica.

Nunca apareció la cualidad sobresaliente de la joven; el ingenio: todo lo que hay de pupilas adentro, la inteligencia, la imaginación viva, la amena conversación, formaban un mundo cuyos encantos él no veía; sólo apreciaba el cuerpo de su mujer y su habilidad en regular los gastos de la casa, y la quería mansamente, con amor que tenía algo de fraternal, porque era tan avaro de su salud como de su dinero, y únicamente la abrazaba con mayor ternura que de ordinario, cuando el apetito carnal le estimulaba el corazón; era una pasión tonta que satisfacía tranquilamente, con una periodicidad repugnante de hombre metódico que regula las expansiones de su amor, como el presupuesto de sus gastos; un cariño de comerciante retirado, para quien la mujer es una cuenta pagadera en caricias, o un cigarrillo que se fuma para proporcionarse un rato de económico solaz entre las operaciones del *debe* y *haber* del libro Mayor.

Las esquiveces de Matilde no le sorprendían, ni siquiera reparó en ellas; él no conocía los vértigos frenéticos del amor, ni la emoción que pre-

cede a las citas, ni aquel saludo rapidísimo seguido de preguntas dichas atropelladamente, ni aquel besar continuo, insaciable; ni aquel seguir con los ojos a la mujer querida, envolviéndola en una postrimera mirada de pasión; ni sospechaba el sibarítico deleite que los verdaderos amantes de la belleza femenina encuentran contemplando a las mujeres desnudas, apreciando las turgentes morbideces del cuerpo y poseyéndolas mentalmente antes de lograrlas, ni esas lagoterías deliciosas que son el amor mismo... Jamás tuvo el antojo de ver a Matilde desnuda, ni de besarla los pies: aquello le parecía infantil y vergonzoso; el matrimonio, en su concepto de hombre morigerado, era la fórmula legal de satisfacer la sensualidad: el marido es el macho que desea; cuando este deseo falta, el marido desaparece y queda el hermano. Consecuente con este criterio no extrañaba la frialdad de Matilde; sin duda era una mujer sobre la cual la carne influía poco. Esto le tranquilizaba acerca de la moralidad de la joven; para él todas las mujeres eran iguales, y suponía que ella mediría a los hombres por idéntico rasero; no comprendía que el apetito tuviese predilecciones; el apetito era único, indivisible, independiente del objeto apetecido. Por eso nunca dudó del cariño de su esposa; creía que Matilde le amaba con un afecto tranquilo; pero firme, que resistió inalterables seis años de viudez, y la quería con una pasión incolora de ciego-sordo-mudo, cuya alma, a consecuencia del embotamiento de los sentidos, no sufre tempestades...

Y mientras cavilaba en esto, Matildita Landaluce, de pie frente al espejo, se vestía sus pantaloncitos de seda y sus mejores camisas, ajustándose el corsé y perfumándose, para correr al adulterio. Después bajaba la escalera, dejando

tras sí un penetrante olor a esencia de heno; saludaba a Pablo desde la puerta y salía como una exhalación hacia la carretera... El la dejaba marchar sin pesadumbre, satisfecho de tener una mujercita tan hacendosa y tan activa.

A la caída de la tarde, momentos después de encendidos los faroles, regresaba la joven, explicaba sucintamente el resultado de su paseo y subía a desnudarse. Cuando volvía al comedor iba a sentarse en una butaca, y allí, con una piernecita cruzada sobre la otra, se entregaba a una meditación incolora, de cerebro cansado. Entre tanto, Pablo Estrada iba y venía por la habitación con los brazos cruzados a la espalda, en la actitud favorita de los hombres irresolutos, y balanceándose al andar sobre sus piernas arqueadas, como los marineros viejos avezados a contrarrestar los vaivenes del buque: de pronto se detenía para decir algo, clavando en Matilde sus penetrantes ojos que brillaban de un modo singular a la luz del quinqué; ella respondía entre dientes, arrastrando las palabras como si estuviese dormida; el eco de su voz vibraba un momento, y, cuando se extinguía, Pablo reanudaba su paseo y ella tornaba a su meditación.

Después de cenar organizaban entre los tres una partida de dominó o de lotería; doña Carolina jugaba con el ahínco del aburido que procura distraerse; Pablo, habitualmente serio, bromeaba comentando los lances del juego, y Matilde respondía con monosílabos, muda y tristona como una esquela de defunción.

A las diez disolvían la reunión: doña Carolina se retiraba a su dormitorio, y mientras Estrada recorría las puertas convenciéndose de que estaban bien cerradas, Matilde subía corriendo a su cuarto para desnudarse sin que él la viese, evitando así que sus encantos pudiesen despertar

en Estrada una antipática explosión de amor. Cuando Pablo llegaba a la habitación, la joven fingía dormir: él no decía nada y se acostaba también, con el sosiego del justo que nada desea.

En aquellos momentos de recogimiento que precedían al sueño, ¡qué psicologías tan interesantes ofrecían aquellos dos seres que se desperezaban inquietos bajo el mismo cobertor... Matilde se acurrucaba en un extremo del lecho, las piernas encogidas bajo la camisa, dentro de la cual se envolvía como en un saco; con un brazo debajo de la almohada y el otro doblado sobre el pecho, tapándose el seno; de espaldas a su marido y cuidando de que la sábana formase a lo largo del lecho una arruga que evitara el inmediato contacto de los cuerpos.

Entonces sentía que su amor hacia Claudio aumentaba: le veía en su memoria tal como horas antes le viera; anhelante, estrechándola entre sus brazos nervudos; siempre era el Dantón con cabeza de Rubens del primer día, con su imaginación arrebatada y su carácter irreflexivo de niño grande.

Pensando en él comprendió Matilde que la fidelidad tiene para las mujeres mayores hechizos que el adulterio: es muy hermoso querer a un solo hombre, consagrarle todas sus maruserías, acicalarse para parecerle más hermosa, rebuscar conversaciones entretenidas para divertirle; humillarse, sufrir por él... Matilde Landaluce tan altiva, y tan dueña de sus afectos, sentía por su amante una debilidad de niña cándida que empieza a querer; hubiera deseado llegar a Claudio pura como salió del regazo materno, para ofrecerle la virginidad de su cuerpo como le había entregado la de su corazón, sin regatearle ningún encanto; y ya que aquello era imposible, procuraba serle enteramente fiel. Para ella, su adulterio no

ofendía a Estrada, sino a Claudio, verdadero norte de su voluntad; entregarse a éste era lógico y natural; pero ceder a los caprichos de Pablo, la parecía un adulterio frío, repugnante, pues se consumaba su placer; por eso se recataba no queriendo prostituir aquello que su amante enaltecía tanto, y se hacía un ovillo, huraña y fosca como un puerco-espín.

Una noche Pablo Estrada aventuró tímidamente algunos halagos; Matilde callaba, conteniendo la respiración; él la llamó varias veces, primero muy quedo, para no asustarla, luego más fuerte; después, viendo que no respondía, la tocó en un hombro: había acortado la distancia que le separaba de su mujer y deshecho el pliegue redentor de la sábana; del fondo del lecho ascendía un vaho cálido y lujuriante de mujer desnuda; el temido desenlace del sacrificio se acercaba; ella se estremeció, volviéndose bruscamente con movimiento rabioso.

—¿Te sientes mal?—preguntó Pablo.

—Sí, y además... tengo mucho sueño, ¿qué querías...?

—Nada, charlar un rato...

La había pasado un brazo por debajo del cuello, mientras la mano que le quedaba libre la acariciaba las caderas con ese retraimiento de los machos tibios; aquellos dos corazones, guardadores de afectos tan contrarios, se aproximaban latiendo el uno casi encima del otro; aquellas cabezas, separadas por el eterno antagonismo de sus pensamientos, se juntaban sobre una almohada, ahuyentando la imagen del amante ausente que parecía yacer entre las dos. Matilde quiso defenderse.

—Estoy enferma—murmuró—, déjame.

Se entregó a él con una repugnancia que sólo las mujeres, por el papel pasivo que desempe-

ñan en momentos tales, pueden comprender; acongojada, inerte, sintiendo en el estómago un desconsuelo que iba creciendo y llenando su boca de saliva, cual si fuese a prorrumpir en arcadas; y mientras complacía los apetitos del hombre odiado, recibiendo en sus entrañas la suciedad de su amor, creía oír la voz plañidera de Claudio, murmurando en su oído: «—¡Soy uno de tantos, soy uno de tantos...!» como si su espíritu asistiese en aquellos instantes a la degradación de su ideal.

Fué un refinamiento de crueldad, un suplicio espantoso, en el cual la enormidad del castigo eclipsó la magnitud de la culpa: para las mujeres sólo hay un dolor comparable al placer de rendirse al amante que quieren; el de entregarse a un hombre odiado.

Después, cuando Estrada la dió en los labios el beso de despedida para echarse a dormir, experimentó un nuevo sentimiento de asco, y se limpió la parte besada hasta lastimarse la piel, no queriendo conservar nada de aquel beso repugnante.

Estos combates íntimos de Punto-Negro los ignoraba Claudio. Guiada por una maravillosa intuición, cuidaba de presentarse alegre y despreocupada a los ojos del amante, para no aburrirle con inútiles quejas; cuando hablaba de *su gente*, aludía casi siempre a su madre, enumerando sus rarezas de vieja austera y los disturbios domésticos a que estas brusquedades daban origen; pero todo lo decía de corrido, sin poner ensañamiento en sus quejas, acusándola y disculpándola, temerosa de ser injusta con ella. El recuerdo, sin embargo, de sus nocturnos dolores era tan grande, había tal poso de amargura en aquellos episodios que refería bromeando, que la sinceridad de sus afectos solía sobrepujar al

estudiado comedimiento de sus palabras; su graciosa boquirrita de finos labios dejaba de sonreír, y entonces hubiera querido decir cuánto padecía por las noches en brazos de aquel marido odiado, y desahogarse llorando y pregonando a gritos su desgracia.

Antúnez advertía los dolores íntimos que apenaban el expresivo semblante de su querida.

—¿Qué tienes? — exclamaba—; ¿estás triste?... No te apures, chiquilla; ésta es una cruz que llevamos entre los dos...

—¡Ca!... — respondía ella riendo—; si estoy bien, aprensivo...

El la zarandeaba sobre sus rodillas, abrazándola y dejándola, para volver a cogerla, como se hace con los niños para quitarles el sueño. Ella, aturdida por sus caricias, palmoteaba y reía, echando hacia atrás la cabeza.

—Punto-Negro, si mi amor fuese algo ponderable, se mediría por quintales. Ya conoces mi sed de gloria; pues bien: la humanidad, batiendo palmas delante de un cuadro mío, no me conmovería tanto como tú, perdigón, echándome los brazos al cuello; tu cariño me ha vuelto del revés; he dejado de ser pintor, para ser amante; parece que también voy a conquistar la inmortalidad queriéndote mucho.

—¿Como los amantes de Teruel, que se hicieros famosos besándose...?

—Precisamente.

Ella reía de todas veras, olvidando sus dolores.

—Chico, ¡qué bien!...

Matilde había hecho del arte de agradar su principal preocupación; quería reír siempre que estuviese con Claudio, para que su alegría provocase la de él y subyugarle más fácilmente.

La risa determina en el ánimo provechosas

expansiones, excita la imaginación y dulcifica las asperezas del carácter; es la bulliciosa precursora de la felicidad, el benéfico rocío que esponja el corazón y hace germinar los afectos más dulces: el dolor sistemático es la filosofía de los imbéciles, que se complacen en quejarse del mundo buscando un pretexto para no hablar y encerrarse en un mutismo estéril del borrico sesudo: la alegría es sentimiento expansivo, contagioso, que se desborda; es la música de la vida, el supremo bien, el arco iris del alma; una boca que ríe es capullo que se abre para convertirse en flor perfumada, rayo de sol filtrándose entre dos nubes obscuras.

Claudio Antúnez, viéndola reír, lo olvidaba todo. Consecuente con su carácter llano, creía que los sentimientos no pueden desfigurarse. Este franco criterio provenía de su temperamento y de su profesión; los pintores son refractarios a la autopsia, porque nunca pasan de la superficie.

El médico y el psicólogo ahondan, escudriñando los ocultos repliegues del cuerpo y los fingimientos morales; levantan tejidos, disecan músculos, analizan con el microscopio lo que a simple vista no puede apreciarse, persiguen al glóbulo sanguíneo con su marcha veloz por las venas, desgarran las entrañas para examinar a la luz del sol sus fibras palpitantes, esclarecen el mecanismo de los fenómenos nerviosos, rompen los cráneos para estudiar el cerebro y sorprender las diminutas celdillas donde el pensamiento se recata, cogen una idea y la desmenuzan, deslindando las miradas de conceptos que la componen, y que lentamente, y obedeciendo a inexplicables combinaciones fueron mezclándose y superponiéndose hasta formar una idea grande, compleja, expresión disimulada, pero fiel, de otras menores: la anatomía y la psicología son

ciencias enemigas de la forma: la primera destroza los cuerpos para conocerlos mejor, y la psicología diseca el espíritu. Pero el pintor se detiene en la línea y en el color, sin preocuparse de lo que aquellas falaces apariencias tapan o encubren; su misión termina donde empiezan la del médico y la del psicólogo; el sol es el colaborador indispensable de los pintores, y éstos van hasta donde la luz solar llega. El hombre, en Claudio Antúnez, no sobrepujaba al pintor, y por eso no dudaba de nadie, creyendo que Matilde, a pesar de su marido y de su madre regañona era feliz...

...Y así pasaron la primavera, y llegó el verano.

Los ardorosos días de junio sirvieron de sólido pretexto a doña Carolina para impedir que su hija saliese; Estrada fué del mismo parecer, diciendo que era temerario ir hasta Madrid con aquellos calores, exponiéndose a una insolación, y Matilde tuvo que ceder conformándose con la voluntad de sus carceleros y acechando una ocasión propicia para escapar.

Antúnez la esperó inútilmente tres días consecutivos en casa de Antonia Carrasco; al cuarto se vieron, y ella le puso al corriente de cuanto sucedía.

—Es preciso — dijo — que vengas a mi casa, pues de lo contrario hay que renunciar a vernos: yo he ideado una fábula que legitima tu presentación. Hace mucho tiempo, antes de conocerte, dije que quería retratarme; pero, como no tuve verdadero deseo, todo quedó en proyecto: ayer, intencionadamente, volví a insinuar la idea, y como Pablo asintió entusiasmado y mi madre tampoco puso mal gesto, hoy salí diciendo que Juana me recomendaría a un pintor muy bueno... ¡Hijo, ando por esas calles del brazo del

Diablo!... Juana ya está prevenida, dispuesta a seguir punto por punto mis indicaciones: el pintor eres tú; tu visita puede efectuarse mañana mismo; ahora, lo que resulte de este enredo, ni Merlín lo sabe. ¿Qué te parece mi plan?... Tiene la mar de gracia eso de presentarte en mi casa y saludarnos como si no nos conociésemos, ¿eh?...

—Es una aventurilla deliciosa.

—Bien; tú eres amigo de Juana...

—Convenido.

—Y a mí sólo me has visto una vez en casa de ella, ¿sabes ... No lo eches a perder llamándome Punto-Negro..., porque entonces no respondo de echarme a tu cuello y comerte a besos.

—Perfectamente.

—Pues entonces te espero mañana a las cuatro de la tarde; serás bien recibido; ahora voy a engatusar a mi gente hablándoles de ti... ¡Chico, qué bien!...

Cuando se separaron era muy tarde; ella salió corriendo, pensando en el pasillo cómico que al siguiente día iba a representar.

Todo aquello, tan original, tan imprevisto, era la obra del Destino impenetrable, que empuja a los seres.

VIII

Momentos antes de la hora fijada por Matilde Landaluce para la cita, cruzaba Claudio la encrucijada de Cuatro-Caminos.

Hacía un calor insoportable; la brisa levantaba pequeños remolinos de polvo que volaban por la carretera en zig-zags, agitando los toldos extendidos delante de las tabernas sobre las mesas de pino colocadas al aire libre; dentro del convento de Nuestra Señora de las Maravillas resonaba el monótono guirigay de los chicos que repetían en coro y a gritos la formación de los diptongos.

Por el camino avanzaban, en dirección a Tetuán, varias carretas vacías: en cada una de ellas iba un hombre; todos parecían dormir; los unos boca abajo, los otros pecho arriba, con el ancho sombrero de fieltro echado sobre la cara y las piernas y los brazos abiertos, estremeciéndose inertes a cada movimiento del vehículo, como si el trabajo hubiese relajado la tonicidad de sus músculos: las ruedas, mal engrasadas, giraban con chirrido continuado, desapacible, que recorría toda la escala, desde los tonos más graves a los más agudos, sin interrumpirse jamás; era un quejido del hierro, un *yiii*... doloroso, que subía y bajaba, retorciéndose a lo largo del camino polvoriento; los babosos bueyes caminaban perezosamente, apoyándose el uno sobre el otro para sentir menos la fatiga y el húmedo hocico pegado al suelo, como olfateando.

A lo lejos, a ambos lados de la desierta carretera, que se extendía formando una curva, blanqueaban multitud de casitas de un solo piso, y en último término, la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, levantando su torre blanca y puntiaguda, semejante a un colosal sorbete de arroz.

Claudio Antúnez no había vuelto a pasar por aquel sitio desde la noche en que conoció a Matilde, y esta vez caminaba recordando los menores detalles del primer encuentro: sus impresiones al ver entrar a Punto-Negro en el tranvía, la prontitud oportuna con que él acudió a cederla su asiento, y el modo que ella tuvo de sonreír y darle las gracias; las vacilaciones que le asal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Diablo!... Juana ya está prevenida, dispuesta a seguir punto por punto mis indicaciones: el pintor eres tú; tu visita puede efectuarse mañana mismo; ahora, lo que resulte de este enredo, ni Merlín lo sabe. ¿Qué te parece mi plan?... Tiene la mar de gracia eso de presentarte en mi casa y saludarnos como si no nos conociésemos, ¿eh?...

—Es una aventurilla deliciosa.

—Bien; tú eres amigo de Juana...

—Convenido.

—Y a mí sólo me has visto una vez en casa de ella, ¿sabes ... No lo eches a perder llamándome Punto-Negro..., porque entonces no respondo de echarme a tu cuello y comerte a besos.

—Perfectamente.

—Pues entonces te espero mañana a las cuatro de la tarde; serás bien recibido; ahora voy a engatusar a mi gente hablándoles de ti... ¡Chico, qué bien!...

Cuando se separaron era muy tarde; ella salió corriendo, pensando en el pasillo cómico que al siguiente día iba a representar.

Todo aquello, tan original, tan imprevisto, era la obra del Destino impenetrable, que empuja a los seres.

VIII

Momentos antes de la hora fijada por Matilde Landaluce para la cita, cruzaba Claudio la encrucijada de Cuatro-Caminos.

Hacía un calor insoportable; la brisa levantaba pequeños remolinos de polvo que volaban por la carretera en zig-zags, agitando los toldos extendidos delante de las tabernas sobre las mesas de pino colocadas al aire libre; dentro del convento de Nuestra Señora de las Maravillas resonaba el monótono guirigay de los chicos que repetían en coro y a gritos la formación de los diptongos.

Por el camino avanzaban, en dirección a Tetuán, varias carretas vacías: en cada una de ellas iba un hombre; todos parecían dormir; los unos boca abajo, los otros pecho arriba, con el ancho sombrero de fieltro echado sobre la cara y las piernas y los brazos abiertos, estremeciéndose inertes a cada movimiento del vehículo, como si el trabajo hubiese relajado la tonicidad de sus músculos: las ruedas, mal engrasadas, giraban con chirrido continuado, desapacible, que recorría toda la escala, desde los tonos más graves a los más agudos, sin interrumpirse jamás; era un quejido del hierro, un *yiii*... doloroso, que subía y bajaba, retorciéndose a lo largo del camino polvoriento; los babosos bueyes caminaban perezosamente, apoyándose el uno sobre el otro para sentir menos la fatiga y el húmedo hocico pegado al suelo, como olfateando.

A lo lejos, a ambos lados de la desierta carretera, que se extendía formando una curva, blanqueaban multitud de casitas de un solo piso, y en último término, la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, levantando su torre blanca y puntiaguda, semejante a un colosal sorbete de arroz.

Claudio Antúnez no había vuelto a pasar por aquel sitio desde la noche en que conoció a Matilde, y esta vez caminaba recordando los menores detalles del primer encuentro: sus impresiones al ver entrar a Punto-Negro en el tranvía, la prontitud oportuna con que él acudió a cederla su asiento, y el modo que ella tuvo de sonreír y darle las gracias; las vacilaciones que le asal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

taron antes de acercarse a ella, cohibido por una cortedad ridícula de enamorado barbilindo, y la zanja que obligó a Matilde a detenerse un momento y sirvió de pretexto para que la conversación se entablase; sus primeras palabras y el acento irónico que la joven dió a sus respuestas: todo aquel enredo pudo frustrarse si la cuneta, llena de agua, no hubiese contenido algunos segundos la marcha de Punto-Negro... Y es que la pereza de los hombres es la aliada más poderosa que tiene la virtud de las mujeres.

Pasado el convento de monjas, torció a la derecha, y subiendo un pequeño repecho llegó a la explanada, a la terminación de la cual el hotel de Matildita Landaluce esperaba.

Antúnez avanzó en línea recta por un sitio que el continuo ir y venir de los caminantes había despojado de hierba y convertido en vereda; en la llanura silenciosa sus pisadas resonaban con ritmo acompasado; sobre el horizonte, inundado de luz, se extendía ese cielo azul blanquecino, característico de los países fríos; al cual los resplandores del sol parecen haber decolorado, robándole su primitivo color de añil. Cuando llegaba al hotel vió el picaresco semblante de Punto-Negro que le sonreía tras de los cristales de su pabellón de costura; era una sonrisita de bienvenida que infundía valor. Claudio se detuvo ante la verja, tiró de un cordón que hizo vibrar una campanilla oculta entre las enredaderas del jardín, y esperó, como escuchando el silencio. Después oyó la voz de Matilde, que decía con acento autoritario:

—¡Juliana, sal a ver quién es!...

Abrióse la puerta del hotel y del fondo obscuro del recibimiento surgió la figura cobriza de una mulata.

—¡Es un caballero, señorita!—gritó, fijando en Claudio una mirada de criada inteligente.

Y volvió a oírse la voz de Matilde, que decía:

—Hazle pasar a la sala y avisa al señor.

Juliana atravesó el jardín y abrió la verja.

—Entre — dijo con marcado acento habanero—: tenga la bondad de venir conmigo.

Antúnez la siguió y entraron en la salita de confianza.

—Aquí puede descansar mientras vienen los señores; dígame a quién anuncio.

—A Claudio Antúnez — repuso el pintor, ocupando una mecedora.

Fuése la mulata y Claudio quedó solo, haciendo esfuerzos para contener la risa. En aquella habitación, débilmente iluminada, se sentía una agradable frescura de cuarto interior. Al principio Claudio no pudo distinguir nada; luego, sus ojos fueron acostumbrándose a la obscuridad y los objetos se acentuaron tímidamente en la penumbra; la mesa, con su escribanía de plata y su quinqué con pantalla verde; los muebles de Viena cuyos asientos de rejilla resaltaban alegremente con un amarillento color de paja pintada... Todo aquello era propiedad de Pablo, y a este recuerdo mortificante iba ligado el de Matilde, que también andaba por allí, abriendo la ventana para que el aire se renovase, esparciendo en la atmósfera el perfume de sus vestidos, dejando sobre el polvillo del suelo el diminuto contorno de sus pies: allí estaba *él*, pero también vivía *ella*, y no sabía si admirar aquellos objetos con alegría o con odio.

En el saloncito vió un retrato grande, que le preocupó: era el de un hombre que representaba cuarenta años, con la frente espaciosa, el rostro enjuto, la nariz aguileña, la barba rala y puntiaguda. Claudio se levantó para examinarle más

de cerca, hostigado por la singular expresión de aquella fisonomía, cuyos ojos parecían mirar a todas partes.

Aquel retrato le mortificaba, cual si desde el marco donde estaba encerrado protestase enérgicamente contra la presencia del visitante, que ofendía su hogar, y gritase... «¡fuera, fuera...!» en su misterioso lenguaje de estampa muda.

Luego volvió a sentarse, oyendo ruido de pasos que se acercaban, y después aparecieron Matildita Landaluce y un hombre, el original del retrato: tras de ellos y sin atraverse a entrar, estaba Juliana, alargando el cuello para ver a Claudio, y mostrando al sonreír, por entre sus labios carnosos, su blanca dentadura de mulata joven. Antúnez se adelantó, inclinando el busto ceremoniosamente. Matilde le saludó con gravedad, no queriendo intimar demasiado pronto con una persona que no conocía y con quien iba a ajustar un trabajo: después le presentó.

—El señor don Claudio Antúnez, de quien te hablé; mi esposo...

Pablo Estrada avanzó y los dos hombres se saludaron. Juliana se había retirado, cerrando la puerta. Estrada ocupó una mecedora, Claudio otra; Matilde se sentó en el sofá, sirviendo de conjunción copulativa entre aquellos dos machos rivales.

La conversación empezó lánguidamente: hablaron de los inconvenientes del verano, de lo feos que son los alrededores de Madrid, de lo mucho que edificaban por aquella parte... Matilde cortó tan soporíferas divagaciones hablando del asunto que allí les había reunido.

—Quedará usted satisfecho del retrato — dijo Claudio.

—¡Ojalá sea así! — repuso Estrada—, pero lo dudo; mi mujer nunca queda bien; unas veces

sería, otras... Y conste que la he llevado a casa de los mejores fotógrafos, porque aquí no nos andamos por las ramas; lo mejor, lo mejorcito... Yo siempre me hago la siguiente reflexión...

—No achaques a los fotógrafos la culpa—interrumpió Matilde—, pues los pobrecitos no la tienen... Sí, a mi cara; esta carilla que Dios me dió para negar la exactitud de la fotografía.

Su marido rió el chiste.

—¡Tiene la mar de gracia! — exclamó ella riendo con aquella risa aguda y nerviosa que ponía en Antúnez deseos de morder. Claudio, apreciando la burleta, también rió.

—Comprendo que los fotógrafos no la hayan retratado bien—dijo—; pues los semblantes expresivos como el de usted, en cuanto se ponen serios, se descomponen y transfiguran. En mi concepto, la fotografía sirve únicamente para fijar la imagen de una estatua, un paisaje o un edificio, para lo que no se mueve... Por eso la detesto, porque la fotografía es para la pintura, lo que para la música esos insoportables pianillos mecánicos, que lo mismo ejecutan un paso doble, que un aria: las notas salen del cilindro atropelladamente, duras, frías, despojadas de la intencionada expresión que las dió el artista: y el hálito pasional, el espíritu vivificador de la melodía, queda tronchado al rápido girar de la manivela; son notas muertas, esqueletos de sentimientos: las notas del violín o del piano provocan la risa o el llanto, escarabajean el pecho, conmoviéndole; es la música del corazón y de la cabeza: la de los pianillos sólo sirve para bailar; es la música emplebeyecida y embrutecedora de los pies. Pues bien, la fotografía es la pintura muerta, la pintura sin alma. Vamos a retratarnos y empiezan a decirnos: ¡No se mueva usted, mire a este punto y no pestañee, sonría un poquito y

conserve esa sonrisa!... Los semblantes impasibles quedan bien, porque en ellos el espíritu está disimulado bajo la quietud de los órganos faciales; pero con las fisonomías alegres, como la de usted, en las que la expresión de los ojos y el movimiento de los labios lo son todo, la fotografía no puede pintar el alma que se asoma a esos ojos habladores, ni la vida retozona que embellece los labios... pues para obtener un retrato exige que se quede usted seria, que no ría, que no se mueva...

Había hablado mucho, dejándose llevar de su pasión; luego se reprimió, temiendo haber cometido alguna imprudencia, y las últimas palabras fueron dirigidas a Pablo Estrada, como solicitando la complicidad de su asentimiento.

—Y usted — preguntó Matilde—, ¿podría fijar en el lienzo el espíritu de mi retrato?... Yo creo, y vamos de comparaciones, que la movilidad del semblante es para ustedes, lo que para los tiradores al blanco el huevo que bailotea sobre un surtidor de agua: ellos tiran y no aciertan a romper el huevo, como los pintores pintan sin conseguir representar la parte del rostro que vive, que se mueve...

—Es que yo haré con su retrato lo que los buenos estudiantes con las lecciones difíciles que no pueden aprender de memoria: las leen varias veces para asimilárselas bien, y luego las dicen a su modo, con las palabras más fáciles, fijándose en el espíritu de la letra, no en la letra misma. Yo emplearé un procedimiento semejante; examinaré el carácter de usted, sorprendiendo sus actitudes habituales, sus gestos favoritos y procuraré fijarlos en mi memoria para familiarizarme con su fisonomía; y así, cuando oficie usted de modelo, conciliaré la Matilde platicadora de mis recuerdos, con la Matilde muda que tengo delante, y el retrato quedará perfecto...

Después, Pablo Estrada abordó la cuestión del precio, queriendo arrancarle a Antúnez una contestación definitiva.

—No porfíe usted, pues yo no pido nada, ni consiento tampoco que usted ofrezca—dijo el pintor—: esto depende de circunstancias múltiples que ninguno de los tres puede prever: de cómo quede el retrato... ¡quién sabe!... es probable que nuestra amistad se aprecie tanto que de común acuerdo reconozcamos que mi trabajo está espléndidamente pagado con el cariño que mutuamente nos profesamos.

Cuando Claudio Antúnez iba a marcharse, Matilde quiso enseñarle la casa.

—Sí, sí—dijo Estrada—; el hotel es modesto, porque yo creo que es pecado tener más de lo justo; pero, en fin...

La joven corrió a abrir la ventana del pabellón, y el despacho y la salita se iluminaron.

—Aquí tiene usted el despacho de Pablo; ésta es la sala de confianza: arriba tenemos otra mejorcita, que sólo se abre los días extraordinarios, en que las campanas de las iglesias se echan a vuelo. Ya ve usted que desde la primera entrevista le tratamos llanamente. Síganme ustedes; serviré de *cicerone*.

Sucesivamente fueron recorriendo el cuarto de costura, el comedor, la cocina, el cuarto de baño, grande y estucado, con su pila y sus grifones de bronce; todo estaba limpio y arreglado, y envuelto en una grande penumbra frescachona.

—La huerta la verá usted luego—dijo Matilde—; ahora subamos al piso principal; tómese usted este trabajo y conocerá a mi madre.

Volvieron al recibimiento: Antúnez lo miraba todo con escrupulosa minuciosidad, recreándose

en conocer aquellos objetos de que Punto-Negro le había hablado tantas veces.

—Yo subiré delante—dijo Matildita, echando escaleras arriba—; vengan ustedes.

Ellos la siguieron: primero el pintor, después Pablo Estrada. La escalera era de pino y muy pendiente, y la joven, dada su gordura y la cortedad de sus piernas, tenía que recogerse el vestido por delante para no pisárselo. Claudio la veía subir titubeando mucho sus firmes caderas y agarrándose al pasamanos; iba tras ella, aspirando el perfume de sus vestidos, viendo el nacimiento de sus pantorrillas, sintiendo el calor lascivo de su cuerpo, que se estremeció bajo la fina falda de percal: entonces, excitado por la proximidad de aquella mujer, que tan poderosamente hablaba a sus sentidos, la desnudaba con la imaginación representándosela como antes la viera en la buhardilla de Antonia Carrasco: con sus hombros redondos, la suave curva de su cintura, el ensanche audaz de sus caderas, la pomposa morbidez de su carne siempre fría, ensueño sensual que en las noches de insomnio le acusaba como un demonio torturador... Ella, con esa doble vista que tienen las mujeres para adivinar los deseos que encienden, continuaba gozosa su ascensión, moviendo las caderas...

Cuando llegaron arriba, se detuvo sofocada, con las mejillas encendidas y la boca entreabierta, para respirar mejor.

—¡Uy, qué cansada estoy—dijo—; creí ahogarme...! ¡Bah...! inconvenientes de ser muy chica y de estar muy gorda. Empezaremos por la izquierda: éste es un cuarto-ropero; tiene una ventana desde la cual se ve toda la huerta.

—El hotelito es un hechizo—repetía Claudio distraído—; ¡qué bonitas son las habitaciones

y con qué sencillez de tan buen gusto están adornadas...!

—No, señor, no exageremos—dijo Estrada—; porque yo, a quien podía ofuscar la pasión de propietario, comprendo que no es para tanto. Todo es bueno, sí, pues yo soy de los que creen... vamos... que el dinero debe gastarse de golpe. Lo demás es tontería, no luce, y en pocos años se queda usted sin dinero, sin casa y sin muebles, diciendo: ¡quién lo pensara! ¡quién lo creyera!...

Antúnez le respondía maquinalmente, estudiando la figura de Pablo; aquel hombre vulgarísimo, que rellenaba su conversación de lugares comunes y que a cada momento se interrumpía, no porque le faltase el aliento, sino porque las ideas le faltaban y salían a tropezones, como el agua de una fuente intermitente.

—Esta es mi alcoba—dijo Matilde.

Claudio sintió celos al penetrar en aquella habitación, cuyas frías paredes estucadas parecían corresponder a la yerta pasión que solía exprimirse en aquel enorme lecho de nogal. Matilde Landaluce notó su turbación y se apresuró a distraerle.

—Acérquese usted—dijo—, le enseñaré mi retiro favorito.

Abrió la ventana y pasó a la azotea; una azoteíta de forma rectangular, con piso de zinc y en declive, extendida sobre el pabellón que servía de despacho a Pablo Estrada.

El sol ya estaba muy bajo y sus postreros rayos sólo iluminaban los puntos más altos del horizonte; la brisa frescachona de la tarde soplaba, disipando la grave galbana diurna; la menuda hierba que tapizaba el campo parecía más obscura, como si aquel hálito frío, benéfico precursor de la noche, la hiciese reverdecer; las ho-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

jas de los arbolillos plantados delante del hotel murmuraban inacabables cuchicheos; en Oriente, venciendo los resplandores del sol moribundo, aparecía el lucero vespertino, Venus, brillando suspendido de la inmensidad del vacío, con una majestad de lámpara sideral: a lo lejos resonaban voces de arrieros, ladridos y alegres relinchos de caballo que volvían del trabajo presintiendo la proximidad de la cuadra.

Claudio se apoyó sobre el antepecho de la azotea, y sus miradas, después de recorrer el horizonte, se dilataron por el espacio, satisfaciendo esa necesidad que experimentan los vecinos de las grandes capitales condenados a ver los retazos de cielo recortados por los aleros de las casas. Sus miradas divagaron por aquel vacío infinito y su pensamiento sólo voló hasta Venus, la estrella del Pastor, cuya aparición servía a los antiguos enamorados para fijar la hora de sus citas: allá titilaba, a millares de leguas, fascinándole con su misterioso resplandor; y viéndola pensaba en Napoleón, a quien Sirio, la estrella más brillante del hemisferio austral, pareció revelarle, con sus intraducibles parpadeos, las desiertas latitudes de Santa Elena. Su distracción fué corta; pero en aquella brevísima fracción de tiempo su fantasía volteó a través de la inmensidad, recorriendo cuatrillones de leguas; se acordó de Córdoba, de sus ansias de gloria... y de pronto comprendió la inutilidad de la fama, puesto que el nombre del mismo Homero no transcendería fuera de la Tierra, partícula infinitesimal de la creación. ¡No, Erostrato no hubiera quemado el templo de Diana si antes se hubiese acordado de mirar al cielo...!

Aquello fué un chispazo de rabia, un humorismo de artista perturbado por la sed de inmortalidad y de ideales nuevos. De pronto oyó la voz de Pablo Estrada, que decía:

—Estos terrenos son muy buenos y estoy contentísimo de haber comprado este hotel; me costó veinticinco mil pesetas, y seguramente, dentro de diez años, valdrá doble.

Claudio Antúnez le miró, sin comprenderle.

—Ahora hemos subscrito varios vecinos una solicitud para que nos traigan hasta aquí la luz eléctrica... ¿No le parece a usted bien...?

Esta pregunta calofrió a Claudio derribándole desde Venus hasta el hotel de Pablo Estrada; era la materia, que le encadenaba al mundo tirándole por los pies. Matilde le miraba, escudriñándole la conciencia con los ojos.

—Sigamos—dijo—: aun he de presentarle a mi madre.

Entraron en la alcoba abriendo después la puerta que comunicaba con la sala. Las persianas del salón estaban corridas y la obscuridad era completa.

—Entra tú, que conoces la colocación de los muebles — exclamó Matilde, dirigiéndose a Estrada—, y abre las ventanas.

El se adelantó lentamente, extendiendo los brazos.

—Tenemos la costumbre de cerrar las hojas de madera—dijo—para impedir que la luz deteriore el delicado color de la sillería...

Punto-Negro se volvió rápidamente hacia Claudio, murmurando:

—Dame un beso.

Antúnez la miró estupefacto, diciendo con los ojos que allí era imposible.

—Sí, aquí: anda.

Se puso de puntillas para acortar su boca de la de su amante, estirando los labios, arqueando las cejas... Claudio, cediendo a las seducciones

de la oferta, inclinó el cuerpo, y sus rostros se juntaron en un beso rapidísimo: pero se lo habían dado allí, en la alcoba de Pablo: era un beso vengador.

—Es una habitación muy hermosa — exclamó Claudio, entrando en la sala—; ¿suelen ustedes dar reuniones?

—No, señor — repuso Estrada—. ¿Para qué?... Esta quería, pero yo jamás he sentido necesidad de recibir visitas que no siempre son agradables: prefiero la soledad, y a mis años... mejor vivo así.

A Matilde Landaluce le apenaba aquel salón desierto y obscuro, donde pensó encerrar un eco del mundo alegre para distraerse, y se apresuró a salir. Abrió otra puerta y penetró en la alcoba de su madre, seguida del pintor. Estrada quedó en el salón, cerrando las ventanas para evitar que la luz deteriorase el color de los muebles.

—Te presento, mamá, al señor Antúnez; un artista muy notable, que desde mañana vendrá todos los días a trabajar en mi retrato.

Claudio vió a una anciana sentada junto al balcón, con un libro en las rodillas: representaba sesenta años, era alta y gruesa, con todo el pelo blanco; los años no la habían podido afear la esbeltez del busto ni la regularidad de las facciones; la nariz era fina y aguileña, los ojos grandes y platicadores, la boca sumida por la falta de dientes; debió de ser hermosa en sus mocedades, con esa guapeza sanota de las vizcaínas.

Recibió a Claudio con una breve sonrisa forzada, y Antúnez advirtió que los penetrantes ojos de doña Carolina le examinaban con ese descoco peculiar de los viejos: era una mirada hostil, que parecía protestar de su visita y echarle a la calle.

Cuando salieron de la alcoba y bajaron al recibimiento, Estrada y Antúnez fueron a ver la huerta; Matilde no quiso acompañarles y salió al jardín. Después oyó los pasos de Juliana, que se acercaba.

—¿Se fué ese caballero, señorita?...—preguntó la mulata.

—No, está por ahí dentro; en la huerta.

—Es muy guapo.

Matilde se encogió de hombros.

—Sí, sí;—prosiguió Juliana—ya lo creo... y muy amable; ¡vaya!... y muy guapo...

—Sí—repuso la joven suspirando—, no es feo.

Reaparecieron Pablo Estrada y el pintor, y Matilde procuró componer su habitual carilla de risa.

—¿Qué le parece a usted la huerta?

—¡Ah, deliciosa!... Y si usted vive encantada con su hotelito, don Pablo tiene motivos para estar entontecido con su huerta.

—A ésta no la seduce la agricultura—dijo Estrada—; pero yo, como trabajo...

Aun estuvieron largo rato hablando de albaricoqueros y de perales, de conejos y de gallinas, y al fin se despidieron, prometiendo Antúnez regresar a la tarde siguiente para empezar el retrato. Atravesó la explanada sin atreverse a volver la cabeza; pero al descender el repecho para salir a la carretera, miró hacia atrás y vió a Punto-Negro, que desde la azotea de su alcoba le decía adiós, agitando un pañuelo.

Al otro día la joven fué a sorprenderle al estudio.

—¡Esto es una imprudencia, monigote!—exclamó Claudio enfadado.

Ella saltó a su cuello.

—Perdona, tontín; pude hacer una escapatoria y vengo a verte. Chico, ¡qué bien!... He orde-

nado a mi gente que si ibas antes que yo, te dijesen que esperaras, y para ayudarles a digerir la mentira cometí la villanía de murmurar de ti, diciendo: «¡Cuidado que ese hombre es importuno; venir hoy, precisamente el día en que necesito ir a Madrid!...» Mi madre se ha quedado bufando; pero, por mí, que bufe...

Claudio se había sentado en el diván, acomodando a Matilde sobre sus rodillas.

—En fin, verás — continuó ella—: después de vestirme bajé al despacho, con el aplomo de una viudita independiente. Allí estaba mi marido, escribiendo cartas, como siempre; qué hombre más... ¡Uy, no sé cómo llamarle!... parece un memorialista. Al sentirme, levantó la cabeza. —¿Te vas? — Sí, voy a Madrid. ¿Con este calor? — ¡Qué quieres!... No hay chocolate y el postre de la cena todavía está en la tienda.— Pero, mujer.—Pero, marido... Con que abur, si viene el señor Antúnez le dices que tenga la bondad de esperarme; en seguida vuelvo.

—Vete con la Virgen... Alargó el pescuezo, pidiéndome un beso, ¿sabes? pero fingí no apercibirme de la maniobra y di media vuelta; él se quedaría pensando: ¡qué torpe es mi esposa! no comprende los deseos de su maridito; después afirman que las mujeres son listas... ¡Je, je!... ¡tiene la mar de gracia, chico!... Ya conoces su modo de hablar: lo hace mal, por demás, como diría tu patrona, doña... ¿cómo se llama?... ¡Ah, sí: doña Teresa!... Una patrona chica, gorda y parlanchina por demás...

—¡Qué bonita eres, y qué graciosa, y qué pelos tan largos te puso el Diablo en la trenza. Punto-Negro!...

—Escucha ahora la segunda parte de la sinfonía doméstica que voy relatando. Mi madre estaba cosiendo en el comedor; cuando me vió, se puso lívida; yo creí que iba a comerme con los ojos.—¿Dónde vas?—A Madrid.— ¿A estas horas?—Ya lo ves.— ¿Lo sabe Pablo?—Es natural que lo sepa.—¿Y no ha dicho nada?—Nada. Yo estaba viéndola venir, ¿eh?... porque se comprendía que los demonios se la llevaban. Pero mi madre tiene un genio muy violento y no sabe contenerse. De repente estalló: ¡pum, allá va eso!... Mira, mamá—dije yo entonces—, no te amontones así; para reñir no es necesario gritar. Sí, respondía, estás burlándote de mí, y vas a quitarme la vida a disgustos... y ¡pum, purrumpum!... Chico, la Biblia de improperios... Yo la oí con mucha cachaza, y cuando se la acabó el resuello — dije tranquilamente—: Vaya, ¿has concluído ya?... pues, hasta luego... Di media vuelta y eché a correr. Corría, chico, corría como si Lucifer me llevase, creyendo que iban a sujetarme por detrás...

Se había tendido en el diván y reía nerviosamente, provocando a Claudio... Luego quedó postrada de fatiga, sin acordarse de arreglar el desorden de sus faldas levantadas.

—Eres un loco impenitente — exclamó; y aun dicen que el arte dulcifica los caracteres. Ya, ya... En fin, niño mío, van a dar las cuatro y me voy; en cuanto llegue a casa, pregunto: ¿Ha venido el pintor?—No, me dirán—. ¡Jesús, qué hombre!... si lo sé no me apresuro tanto: estoy condenada a ser juguete de todo el mundo. Es diplomático enfadarme mucho, porque viéndome irritada, mi gente se amansa. ¡Chico, hay que saber vivir!... Bien: después subo a mi cuarto a desnudarme, y cuando esté concluyendo, ¡tilín, tilín! llegas tú. Lo demás cae por su peso... Ea, dame un beso... ¡Diantre, no sé qué sortilegio encierran tus labios que jamás me canso de besarlos!...

Ya había apoyado su manecita en el picaporte de la puerta, cuando se volvió.

—Dos palabras—dijo—; ¿qué te pareció ayer mi marido?

—Lo que sigue pareciéndome hoy: una vulgaridad muy grande.

—¡Oh! chico, qué prosaico es... Yo prefiero un hombre de mundo, aunque sea feo y viejo y tuerto y patizambo y pobre... a un Adonis millonario, que coma con los codos sobre la mesa y no se limpie los labios antes de beber... No comprendo cómo un hombre así ha podido enriquecerse.

—¡Toma!... alguien dijo que el talento es un estorbo para ganar dinero.

—¿De veras?... Pues tiene la mar de gracia: parece que lo dijeron pensando en mi marido. Ea, abur...

Salió, deseando recobrar el tiempo perdido; Claudio se asomó al hueco de la escalera, viéndola marchar; ella bajaba de prisa, con el pañolito de encaje entre los dientes, saludando con una mano y sin levatar la cabeza, para no pisarse las faldas.

Cuando Antúnez llegó al hotel de Matilde, Pablo Estrada salió a recibirle: hubo grandes vacilaciones acerca del sitio que debían elegir para trabajar, y al fin acordaron que la habitación de doña Carolina era la más a propósito.

Claudio puso el caballete junto a la ventana: Matilde ocupó un banquillo sin respaldo, para obligarse a tener el busto rígido; Estrada se paseaba de un lado a otro, los brazos cruzados a la espalda; a ratos se detenía para ver la obra de Claudio, y después reanudaba su continuo ir y venir, deleitándose con aquel taconeo monótono y adormecedor.

Aquella sesión inaugural duró más de dos horas, y cuando Matilde se acercó al lienzo deseosa de inspeccionar la obra de su amante, quedó prendada de ella.

Era una silueta rapidísima, trazada con magistral gallardía. Claudio la dibujó sin vacilaciones; tenía la imagen de Punto-Negro tan presente, estaba tan acostumbrado a representársela y la había retratado tantas veces en la mesa del café, maquinalmente, mientras meditaba asuntos para nuevos cuadros, que apenas necesitó mirarla y la dibujó de memoria, como si aquella silueta fuese una concepción suya.

—Lo más difícil ya está hecho — dijo Antúnez— este boceto tiene lo que podríamos llamar el aire de familia, o el ángel de la persona; algo inexplicable, resultado del color de los ojos y de su modo de mirar, de la forma de la boca y de su manera de reír, de las cualidades físicas y morales, en suma del modelo. Ese ángel es lo que más difícilmente se traslada al lienzo, porque es a modo de sutilísimo vapor, que no depende rigurosamente de la forma ni del colorido.

Claudio Antúnez iba a trabajar todas las tardes y a la misma hora, con una regularidad que jamás tuvo para ningún acto de su vida; insensiblemente, Pablo Estrada fué aficionándose a su trato y deponiendo su actitud huraña; la misma doña Carolina parecía más amable, y poco a poco el hotel fué para Claudio un estudio donde se pasaban las horas agradablemente.

Estrada, que solía colocarse detrás del pintor para verle trabajar sin molestarle, decía:

—Pero, hombre, ¡usted pinta de memoria a mi mujer!

—No necesito mirar — respondía Antúnez distraído—, la llevo aquí dentro.

Cuando Pablo se cansaba de observar se iba silenciosamente, a largos pasos; entonces Ma-

tilde miraba a todas partes y ya convencida de que no había peligro, se acercaba a Claudio sigilosamente; éste alargaba el cuello para besarla antes y recibía un beso silencioso, sorbido, que le robaba el aire de la boca.

—No me beses así —decía—, me das deseos de morder.

—Chist, habla más bajito... y toma, toma otros dos...

Y volvía a besarle de aquel modo extraño, que no satisface; sorbiendo, cual si quisiese arrebatarle el alma en cada beso.

—¡Punto-Negro, me enloqueces! — murmuraba Claudio, apretando los dientes.

—Chico, ¡qué bien...!

El retrato de Matildita Landaluce dió al amor de Antúnez notable incremento; pensaba en ella continuamente, y trabajaba con un ahinco de artista pobre. Esta labor continua mantenía los nervios de su poderoso cerebro en perpetua tensión; pintaba con el anhelo de satisfacer los compromisos contraídos, mas apenas concluía un trabajo, se le presentaba otro, todos se los pagaban a buen precio, y la labor se prolongaba siempre.

Al anochecer salía de su estudio con el semblante descolorido, los ojos abrillantados por la fiebre de la concepción y las ojeras abultadas, y acudía a la tertulia que sus amigos, Roberto Alcalá, Juanito Romero y otros, formaban en la Carrera de San Jerónimo, al aire libre. Esta calle es para los madrileños lo que el Coso para los romanos: un punto de cita al que acuden continuamente mujeres que quieren ser vistas y hombres desocupados que hacen del arte de enamorar una profesión. Aquellos momentos eran para Claudio Antúnez de grato solaz. Satisfecho de hallarse entre sus compañeros, hablaba con

aquella voz metálica de orador de barricadas, que dominaba el sordo rumor de los coches rodando sobre el piso entarugado de la calle; refiriendo anécdotas, ridiculizando a los amigos ausentes, desnudando con una frase a las mujeres que pasaban.

Entonces el pintor y el amante desaparecían, no se acordaba ni de su querida ni de sus cuadros, y sólo quedaba el hombre soltero y sin preocupaciones, dipuesto a ir con su dinero y su buen humor a donde sus camaradas quisieran llevarle.

Después de cenar visitaba a Amparito Guillén, única sombra que entenebrecía el alegre programa de su vida diaria.

En aquellas noches de verano, Amparo y el pintor se sentaban en el balcón, el uno muy cerca del otro, de espaldas a la calle, con los semblantes bañados por la luz del quinqué, que lucía colgado en medio de la habitación. Claudio tenía que iniciar conversaciones, porque ella no acertaba a inventar ninguna, y esto representaba para Antúnez un trabajo inmenso. Cuando iba alegre, Amparo, con sus ñoñeces, le ponía de mal humor: siempre le decía lo mismo y con idénticas inflexiones de voz.

—¿Has venido ya? — eran sus primeras palabras.

—Sí, niña, ya he venido.

O replicaba, bromeando:

—No, aun no he llegado; pero espero llegar con toda felicidad de un momento a otro.

—Anda, tonto.

Y se echaba a reír. Después decía:

—¿Has trabajado mucho hoy...?

—Muchísimo; he adornado la cabeza de Leovigildo con una cabellera rubia que quita el conocimiento.

—Pero, hijo mío; ¿para qué trabajas tanto?

—Muchacha, y si no trabajo, ¿de qué vamos a vivir?

—¡Qué lástima...! Pues, mira... no trabajes.

—¿Y quién iba a mantenernos?

—Nadie... ¿yo qué sé...?

Hacía con los labios y las cejas un gesto indefinible, y reía con risa de tonta. Luego exclamaba, razonando, consigo misma:

—Pobrecito, ¡cuánto trabaja!...

Le cogía una mano y se la estrechaba efusivamente. Claudio Antúnez encendía un cigarrillo y se ponía a fumar, pensado en Matilde.

—¿Te sientes mal?—preguntaba Amparo.

—No, estoy perfectamente.

—¿Por qué te pones así?

—¿Cómo?

—Con el ceño fruncido... No pienses, hijo; yo no quiero que pienses nunca... ¡Tanto pensar...! ¿No te cansas...?

Pasado un buen rato, preguntaba:

—¿Me quieres mucho...?

—Vaya, muchísimo...

Ella hacía un gesto; el mismo gesto de cuando le aconsejaba que viviese sin pensar, y respondía:

—¡Qué bueno es quererse así...!

Amparo, a pesar de su lozana juventud, tenía lo que el pueblo llama *el ángel espantado;* le faltaba la divinidad, la gracia que cautiva, el imán seductor de los ingenios despiertos; era un baile sin música, una ensalada sin aliño. En aquellas soporíferas veladas, Claudio examinaba la extraña psicología de su prometida, esforzándose en penetrar los pensamientos que había tras aquellos ojos, que siempre le miraban con una inalterable expresión de ternura. Antúnez, fatigado de verla tan callada, decía:

—¿En qué piensas?

—En ti.

—Y ¿por qué no me dices algo?

—No sé: ¿qué quieres que diga?

—Pero, ¿me amas...?

—Con toda mi alma.

Claudio Antúnez estaba perplejo; ¿sería tan grande el corazón de aquella niña que los sentimientos en él encerrados no rebosaban jamás? ¿O sería el suyo un amor incoloro como la ciencia del burro, que según el gitano del cuento, sabía leer, pero no podía pronunciar...?

Matilde le hacía reír, o desesperarse: la amaba por bonita, por graciosa, por discreta; y recordando las seducciones de su querida, ¡cuán monótono le parecía aquel otro amor, cuya dulce cantinela Amparito Guillén no sabía repetir! La pasión de Punto-Negro tenía un fuego infernal que le torturaba; pero la de Amparo era la pasión del niño cándido que no sabe querer, o del anciano decrépito que chochea, y cuyos afectos tibios recuerdan los plácidos amores de la infancia: era un cariño sin esas alternativas que enardecen el corazón, una tonadilla sin variaciones, una llanura sin árboles que quiebran la abrumadora uniformidad del horizonte.

Claudio había procurado romper en diversas ocasiones los lazos que le sujetaban a Amparito; pero no lo consiguió, porque la blandura de su corazón quebrantó las decisiones de la voluntad: en la joven, la amante había anulado el amor propio de la mujer, y accedía a todo, consintiéndole que tuviese queridas con tal de que no dejase de ir a verla.

Una vez Claudio preguntó, echando una sonda en aquel espíritu tranquilo:

—¿Deseas casarte pronto?

—No sé—repuso ella—; yo, teniéndote a mi lado, soy feliz...

Y no dijo más, como si aquella ignorancia que ostentaba a todo propósito, fuese su más estimable virtud.

Los hilos que componen la red de la vida están confundidos en espantosa maraña, y Antúnez procuraba inútilmente desenredarlos. Matilde Landaluce, a quien adoraba, era de otro hombre, y Amparo Guillén, a quien no quería, iba a ser suya: y Claudio hubiese aceptado resignado esta brutal imposición del Destino, si hubiera podido infiltrar en el carácter de su futura consorte aquella alegría carnavalesca y desbordante de su insubstituible Punto-Negro.

IX

Mientras Claudio Antúnez se hastiaba en Madrid, porque sus amigos no le distraían y un indiferentismo de sajón enfermo iba consumiéndole, Matilde gemía de tedio recluída en su hotel.

Punto-Negro tenía dos temperamentos. Para Claudio era la querida viciosa, originalísima, inagotable, que reía siempre, cual si llevase al dios Momo en las entrañas; picaresca, y soboncita como un diablillo juguetón en la media noche de un sábado, apasionada como una argelina, supersticiosa como una gitana, alegre y risotera como una bandurria. Tras este carácter había otro distinto, que sólo empleaba con su marido, ante el cual aparecía indiferente, silenciosa, irónica, con una ironía mordaz, casi agresiva; era un espíritu y dos temperamentos, el dios Jano de los antiguos transformado en mujer.

La ceremoniosa delicadeza de Pablo la desesperaba. En las relaciones amorosas, el respeto

del hombre suele agradar a la mujer, pero pronto la fastidia, pues comprende que sus atractivos no le enloquecen. Estrada siempre era el indiano frío y vulgar, apocado y esquivo, de antaño, en cuya cabeza las ideas estaban alineadas como las palabras en los Diccionarios; interesado y suspicaz, como un prestamista judío; y metódico, como Salvaney, aquel inglés que viviendo en Florencia hacía que le replanchasen las camisas en Londres, para no renunciar a sus antiguas costumbres. En sus ratos de buen humor experimentaba una especie de germinación sentimental que le ponía sobre un nivel ordinario: deseos vagos de desquitar el tiempo perdido amando mucho, convirtiendo en juventud el ocaso de su existencia; un remordimiento parecido al que sufren las mujeres que llegaron a viejas sin el recuerdo de un desliz, convencidas de que el mundo concluyó para ellas y de la inutilidad de su austera virtud: era una mezcla afectiva, en donde la pasión carnal y el interés desfiguraban el verdadero sentimiento amoroso, convirtiéndolo en una pasioncilla híbrida y rastrera de mercachifle metalizado, acostumbrado desde niño a reducir el corazón a números.

Matilde, fastidiada, se retraía procurando aburrir a su marido con inquebrantable fosquedad, y conquistar, ya que no su pretérita independencia de viuda, un puesto de hermana menor que la librase de las odiosas intimidades matrimoniales. Se ha dicho que el primer amor de la mujer es, con frecuencia, su última muñeca; un juguete más, un sentimiento que fluctúa entre la niñez que acaba y la adolescencia que empieza, y a esto podría agregarse, que la última pasión es el postrer estertor de una juventud agonizante. El corazón se agarra a ella desesperado, no queriendo renunciar a una esperanza que aun le

—No sé—repuso ella—; yo, teniéndote a mi lado, soy feliz...

Y no dijo más, como si aquella ignorancia que ostentaba a todo propósito, fuese su más estimable virtud.

Los hilos que componen la red de la vida están confundidos en espantosa maraña, y Antúnez procuraba inútilmente desenredarlos. Matilde Landaluce, a quien adoraba, era de otro hombre, y Amparo Guillén, a quien no quería, iba a ser suya: y Claudio hubiese aceptado resignado esta brutal imposición del Destino, si hubiera podido infiltrar en el carácter de su futura consorte aquella alegría carnavalesca y desbordante de su insubstituible Punto-Negro.

IX

Mientras Claudio Antúnez se hastiaba en Madrid, porque sus amigos no le distraían y un indiferentismo de sajón enfermo iba consumiéndole, Matilde gemía de tedio recluída en su hotel.

Punto-Negro tenía dos temperamentos. Para Claudio era la querida viciosa, originalísima, inagotable, que reía siempre, cual si llevase al dios Momo en las entrañas; picaresca, y soboncita como un diablillo juguetón en la media noche de un sábado, apasionada como una argelina, supersticiosa como una gitana, alegre y risotera como una bandurria. Tras este carácter había otro distinto, que sólo empleaba con su marido, ante el cual aparecía indiferente, silenciosa, irónica, con una ironía mordaz, casi agresiva; era un espíritu y dos temperamentos, el dios Jano de los antiguos transformado en mujer.

La ceremoniosa delicadeza de Pablo la desesperaba. En las relaciones amorosas, el respeto

del hombre suele agradar a la mujer, pero pronto la fastidia, pues comprende que sus atractivos no le enloquecen. Estrada siempre era el indiano frío y vulgar, apocado y esquivo, de antaño, en cuya cabeza las ideas estaban alineadas como las palabras en los Diccionarios; interesado y suspicaz, como un prestamista judío; y metódico, como Salvaney, aquel inglés que viviendo en Florencia hacía que le replanchasen las camisas en Londres, para no renunciar a sus antiguas costumbres. En sus ratos de buen humor experimentaba una especie de germinación sentimental que le ponía sobre un nivel ordinario: deseos vagos de desquitar el tiempo perdido amando mucho, convirtiendo en juventud el ocaso de su existencia; un remordimiento parecido al que sufren las mujeres que llegaron a viejas sin el recuerdo de un desliz, convencidas de que el mundo concluyó para ellas y de la inutilidad de su austera virtud: era una mezcla afectiva, en donde la pasión carnal y el interés desfiguraban el verdadero sentimiento amoroso, convirtiéndolo en una pasioncilla híbrida y rastrera de mercachifle metalizado, acostumbrado desde niño a reducir el corazón a números.

Matilde, fastidiada, se retraía procurando aburrir a su marido con inquebrantable fosquedad, y conquistar, ya que no su pretérita independencia de viuda, un puesto de hermana menor que la librase de las odiosas intimidades matrimoniales. Se ha dicho que el primer amor de la mujer es, con frecuencia, su última muñeca; un juguete más, un sentimiento que fluctúa entre la niñez que acaba y la adolescencia que empieza, y a esto podría agregarse, que la última pasión es el postrer estertor de una juventud agonizante. El corazón se agarra a ella desesperado, no queriendo renunciar a una esperanza que aun le

hace latir y le infunde valor; y como las mujeres apuran los recursos inventados por la química del tocador para teñirse las canas y disimular sus arrugas, y buscan postizos que adornen sus frentes y dientes que atajen la deformación de la boca, y coloretes que reanimen el mustio carmín de las mejillas, así el corazón, en las postrimerías de su existencia pasional, se acoge a las ilusiones que le restan, encastillándose tras ellas para resistir mejor el asalto del tiempo implacable.

Pobre náufrago de las borrascas de la vida, recoge sus recuerdos, únicos despojos que respetó el vendaval, y los guarda amorosamente, gozándose en evocarlos para olvidar el porvenir amenazador que se aproxima: muchas veces el último amor constituye la gran pasión de una existencia, el ideal triunfante de un espíritu que al fin halló su espíritu gemelo: la última letra del Diccionario amoroso donde fueron inscribiéndose las iniciales de los amantes olvidados. Las pasiones juveniles tienen la vehemencia de la sangre nueva; el joven quiere y olvida fácilmente, y su despreocupación le consuela de sus descalabros; pero el corazón que se agotó llorando sobre la tumba de sus memorias muertas, ama con un egoísmo que refuerza la intensidad de su amor; ama por convicción y calculadamente, porque se reconoce viejo y desvalido y teme quedarse solo: así quieren los padres a sus hijos, así quería Matilde a Claudio Antúnez.

A pesar de su experiencia, la joven se engañaba acerca del verdadero carácter del pintor. A ratos, turbada por las palabras de Claudio, creía amarle con delirio, y entonces se abandonaba a la satisfacción de ser amada locamente; otras, su espíritu suspicaz de mujer que fué burlada muchas veces pretendía adivinar en Antúnez desplantes de despejo o de ironía que la punzaban. Tales vacilaciones procedían de la disparidad entre su idiosincrasia y la del pintor. Punto-Negro tenía el carácter romántico propio de los temperamentos nerviosos: pensaba en Dios pocas veces y acudía sin embargo, a misa todos los domingos; no creía en bruias, ni en la virtud de los bebedizos, y aceptaba el don profético de las cartas, satirizaba con crueles diatribas a los que se suicidan por amor, y lloraba como una núbil leyendo novelas sentimentales: más la conmovía una palabra que una caricia, porque ésta sólo estremecía su piel, mientras aquélla removía sus entrañas, vertiendo en ellas adormecedor beleño y conmoviéndola hasta hacerla llorar; y gozaba llorando, con la voluptuosidad espiritual semejante a la que impulsa a ciertas mujeres histéricas a recibir azotes del hombre que las acaricia, para aumentar con el dolor la intensidad del deleite; misterioso galimatías de los nervios que transforman las lágrimas y el sufrimiento de la carne golpeada, en poderoso acicate de placer. Por eso detestaba a su marido, porque Pablo era un macho feo, que no sabía hablar. Matilde tomaba el amor en serio; el amor que ríe y se entrega riendo, es vicio, lujuria impudente que pregona su caída; el verdadero cariño se rinde llorando y escuchando con lágrimas su vencimiento, no emborrachándose con vino.

Claudio Antúnez no sentía así; amar, para él, era reír, cantar, beber a la salud del bien amado, encontrar el mundo más hermoso, los amigos más decidores, el cielo más azul, riendo también, como participando de nuestro júbilo. El buen humor y la hilaridad de Claudio aumentaban cuando Matilde, poseída de inexplicable tristeza, se estrechaba contra su pecho compungida, mendi-

gando un poquito de amor sentimental que distrajese su pena anónima.

—¿Qué tienes, Punto-Negro...?

—Nada, chico.

—¡Embustera...! apostaría un ojo a que estabas componiendo mentalmente una elegía relativa a la brevedad de la juventud o algo así...

Ella, disgustada, fruncía las cejas y la nariz expresando fastidio, levantaba los hombros y después los dejaba caer con el desconsolado abatimiento del que, sabiendo que representa un mal papel, quiere dominarse y no puede.

—¡Qué quieres, Claudio! Es un vaho sentimental que me da ganas de llorar.

—¡Carape...! Punto-Negro metafisiqueando. Oye, ¿has comido?

—Eres un cabezota sin corazón.

—¡Adiós, morena...! ya salió el corazón a relucir; pero, vamos a cuentas: ¿tú crees que los corazones son como los termómetros, que se ponen o se quitan en un momento...? Vamos, no filosofes, porque estás en enaguas y la filosofía en ropas menores merece azotes...

Las burletas del pintor apenaban a Matilde. Después de la entrevista se marchaba cariacontecida, creyéndose desdeñada; se acostaba sin cenar, diciendo que tenía jaqueca, y una vez en su lecho, aprovechando la ausencia de Pablo que quedaba en el comedor jugando al dominó con doña Carolina, apagaba la luz para revivir mejor las impresiones de la tarde. Entonces recordaba sus prisas por acudir puntualmente a la cita, las frases irónicas y escépticas de Claudio, más propias de un viejo calavera desengañado, en quien la debilidad física ha devuelto su imperio a la razón, que de un joven ardiente. ¡Imposible...! Claudio no la quería con amor novelesco; la amaba, sí, con un cariño firme de mozo consecuente en quien el hábito suplanta al deseo, pero sin estas locuras que arrastran al manicomio o al crimen; y las pesadumbres de su vida íntima, sus esperanzas de sacudir la tiranía del esposo odiado, toda aquella delicada armazón de melancólicos recuerdos que componía la desdichada urdimbre de sus amores enterrados, eran dolores de los que Antúnez se reía con la insolente petulancia del niño cándido que no ha sufrido. Después, los rumores que venían del comedor la anunciaban que la partida de dominó había concluído: levantando la cabeza para tener los oídos expeditos, escuchaba a doña Carolina y a Pablo ir y volver, ordenando los muebles: a cada nueva audición, se asociaba la visión de escenas análogas que ella presenció otras noches; les oía despedirse hasta la mañana siguiente, deseándose una noche feliz, y las pisadas de su madre que se alejaba hacia su habitación, y las de él, que venía a la suya; y entonces ella se acoquinaba al borde del lecho, como para arrojarse al suelo si su marido se atrevía a acariciarla.

Claudio Antúnez continuaba yendo al hotel de Estrada todos los días a la misma hora, pero una tarde faltó; Matilde, presa de una de aquellas excitaciones nerviosas que la acometían por el motivo más fútil, quiso salir a buscarle: con este propósito se vistió y entró en el despacho de Pablo poniéndose los guantes.

—Vuelvo—dijo desde la puerta—, voy a comprar algunas chucherías que hacen falta: hasta luego.

Iba a salir cuando oyó a Estrada que decía:

—Espera; saldré contigo.

—¿Conmigo ha de ser...?

—Hombre, mujer... puesto que vas a Madrid y yo también, nos aburriremos menos yendo juntos; me encargan un asuntillo y necesito contes-

tar al interesado por el primer correo: hoy por ti mañana por mi, enseña el refrán... Debemos ayudarnos mutuamente — agregó bostezando—, una mano lava la otra y las dos la cara...

El bostezo había llenado sus ojos de lágrimas que secaba con una manga de su camisa.

—Pues si has de venir, date prisa; no puedo esperar.

Cuando salieron, Matilde echó a andar muy de prisa, y Pablo, que no podía seguirla y deseaba ir hablando, la cogió por un brazo para obligarla a caminar a su lado; ella se zafó con un brusco movimiento.

—No te agarres—dijo—me arrugas las mangas.

Subieron al tranvía en Cuatro-Caminos y llegaron a la Puerta del Sol, después de las seis.

—Sigamos por aquí — dijo Matilde—, voy a comprar chocolate y café.

Quería pasar por la Carrera de San Jerónimo, para ver a Claudio.

—Pero, mujer... ya es muy tarde y si he de ir a eso...

—Lo mismo me sucede a mí; anda pronto, decídete.

El dudaba, los brazos cruzados a la espalda.

—¡Diablo, no sé qué hacer!...

De pronto se resolvió.

—Vaya — dijo—, renuncio a todo y te consagro la tarde...

Entraron en la Carrera siguiendo por la acera izquierda y muy despacio, porque la afluencia de peatones era grande. Pablo caminaba distraído, viendo los escaparates de las tiendas, y tropezando con los transeuntes que avanzaban en dirección opuesta a la suya y tan absortos como él; Matilde iba de puntillas, para ver mejor y ser más visible. De repente se volvió hacia Estrada y le tocó en un brazo.

—Mira quién está allí—dijo.

El siguió la indicación.

—¡Hombre, qué casualidad!...

Claudio Antúnez, que les había visto, dejó a los amigos con quienes estaba y atravesó la calle, el expresivo semblante iluminado por la alegría del encuentro y su aire desembarazado de hombre de mundo. El pintor explicó brevemente los motivos que le impidieron ir aquella tarde al hotel.

—He pasado el día en el Museo de Pinturas, trabajando.

—Entonces no ha perdido usted el tiempo—repuso Estrada—, y si las ganancias corresponden a la fatiga...

—No es el lucro lo que me mueve a pintar; mi entusiasmo por el arte es tan sincero, que si fuese rico regalaría mis producciones: las bellas artes deben estar desligadas de todo fin especulativo y, en mi concepto, el artista que vende sus obras se empequeñece... Y, variando de tema: en el Museo me acordé mucho de ustedes; hubiésemos pasado un buen rato admirando juntos las bellezas que allí se guardan. ¿No conocen ustedes aquello?

—Esta, sí—dijo Pablo—, yo estuve también hace muchos años y... naturalmente, de esas cosas que luego no se acuerda uno...

Habían llegado a la calle de Sevilla y se detuvieron.

—Pues creo—exclamó Antúnez—que si mañana fuésemos al Museo, nos divertiríamos mucho.

La joven acogió con júbilo la idea.

—Me parece muy bien; ¿quieres que vayamos?

—Mujer, con este calor... Y, total, allí sólo hay cuadros que lo mismo pueden verse hoy, que el año próximo.

Hubo una acalorada discusión; Estrada transi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gió al fin: se reunirían al día siguiente, a las diez de su mañana, en la puerta del Museo de Pinturas: después almorzarían juntos en cualquier fonda, y por la tarde regresarían a Cuatro-Caminos. No había más que hablar y se despidieron prometiéndose acudir puntualmente a la cita.

Claudio dió algunas vueltas por la acera, mirando cómo sus amigos se alejaban; luego, cuando ya iban muy distantes, vió que al atravesar la calle de Alcalá, Pablo Estrada cogió a Matilde por el talle, temeroso de que algún coche la atropellase; y aquel detalle insignificante le causó penosa impresión, induciéndole a cavilar en muchas intimidades desagradables: no podía desechar la mortificante obsesión del grupo formado por los dos; Pablo avanzando a largos pasos, sobre sus piernecillas arqueadas, mirando azorado a los coches que venían y a ella dejándose llevar.

Cuando a la mañana siguiente fué al Museo, Pablo Estrada y Matilde ya estaban esperándole. Ella estrenaba un vestido adornado de encajes blancos que caían como una cascada por el pecho: la silueta del cuerpo se dibujaba insinuante y coquetona bajo la falda estrecha; el rostro, embellecido por la emoción y la frescura de la mañana, parecía más joven; risueño, procaz, retando al placer. Pablo Estrada vestía, como siempre, un trajecillo gris, el color favorito de los hombres económicos que atienden, más que a la bonitura, a la duración de las prendas.

—Ahora podemos figurarnos—dijo Claudio—que vamos a realizar un viaje gigantesco a través del mundo y de los siglos; viendo paisajes diversos y tipos y trajes de todos los países; panoramas cubiertos de nieve, ante los cuales se siente un frío intenso que impulsa a levantarse el cuello de la americana, y campos abrasados por el sol espléndido de los trópicos. Y mujeres... ¡ah, de

mujeres, sobre todo, hay una galería inacabable!...

—Esa galería no me importa — exclamó Matilde.

—¡Oh, ni a don Pablo tampoco!... se entiende, en el pecaminoso sentido a que usted alude; pero se recreará mirándolas, aunque no hay ápice de sentimiento adúltero en su goce. Aquí las hay de todas las naciones; griegas, etiópicas, flamencas, circasianas... y lo más granadito de cada país.

Penetraron en el salón principal cuyo techo de cristales da paso franco a la luz.

—Me parece que los pintores—dijo Matilde Landaluce—a pesar de su cacareado puritanismo, son sultanes que visten a la europea, pero que tienen, como los de Oriente, verdaderos harenes.

—Acierta usted — replicó Antúnez—, yo aquí tengo un gineceo, tengo variós; en algunos cuadros, tales como *El jardín del amor*, de Rubens, se encierra un harem donde la hermosura flamenca me ofrece sus carnes blanquísimas.

Las miradas de Pablo vagaban indiferentes de un cuadro a otro.

—¡Ya costará todo esto!...—exclamó.

—Muchísimo—repuso Antúnez—; cada lienzo representa un bonito capital.

Ellos caminaban delante: Claudio hablando, desahogando su entusiasmo; Estrada silencioso, sin acertar a sostener la conversación; ella les seguía, saboreando una multitud de sabrosas impresiones.

La rápida inspección de aquellas obras maestras la subyugaba, bañándola en una atmósfera artística que mitigaba los prosaísmos de su insoportable existencia de mujer mal casada.

Todo la conmovía: los retratos de Velázquez y de Tintoretto, cuyos ojos parecen perseguir al visitante, al contrario de lo que sucede con las figu-

ras de los pintores místicos; los ascetas de Ribera, más enjutos que los de Tiziano, con la mirada fija en el cielo mientras los aparatos del tormento desgarran sus músculos y descoyuntan sus huesos: las cabezas prodigiosas de Ribalta, los atletas de Zurbarán, los santos de Juan de Juanes, las mujeres de Murillo y de Rúbens, tan diferentes en sus actitudes y expresión, y tan hermosas, sin embargo, la infundían un respeto supersticioso hacia aquellas generaciones muertas. Todos los semblantes que contemplaba, fueron y vivieron como ella, sufriendo unas veces, gozando otras, amando y creyendo y cantando; jirones de la gran caravana humana, pasaron por el mundo legando una sombra de su personalidad, un rostro fijado en un lienzo que el hidrógeno sulfurado del aire iba ennegreciendo poco a poco.

¿Dónde fueron aquellos hombres demacrados o vigorosos que sirvieron de modelos a Ribera y a Zurbarán?... ¿Dónde las mujeres de Tiziano y de Murillo, y la lujuriante querida de Rúbens?... ¿Dónde las jóvenes que inspiraron a Ribalta y a Pantoja sus incomparables cabezas; y a Velázquez sus retratos y a Juan de Juanes sus ascetas y a Teniers sus aldeanos y a Goya sus manolas y sus chisperos?... De todos ellos sólo quedan vestigios: una actitud, una sonrisa, deslizando en un trozo de tela; y recorriendo los vastos salones del Museo, experimentaba la emoción que la producían los cementerios, donde no se oye a nadie pero se siente a mucha gente.

Allí estaba el *Prometeo*, de Ribera, encadenado en la cima del Cáucaso, luchando por romper las cadenas que oprimían sus muñecas y sus vigorosas piernas de titán; con el semblante desfigurado por el dolor, la boca entreabierta, los ojos saltones inyectados en sangre, los músculos frontales violentamente contraídos. La trágica grandeza del cuerpo se apreciaba mejor desde lejos, surgiendo del fondo negro del cuadro como una visión de calenturiento; recordaba la fábula, parecía que el buitre que le desgarraba las entrañas aleteaba allá dentro, oculto en las tinieblas impenetrables y silenciosas.

—Ribera me fascina con su genio — dijo Claudio—, pero me aburre pronto: siempre es el mismo: el artista del sufrimiento, el trágico de la pintura, el escritor de novela por entregas, que vive de la emoción pública y la aumenta poniendo al fin de cada capítulo un sugestivo *continuará*: los días que dediqué al minucioso examen de sus obras, he vuelto a mi casa triste, como si hubiese visitado un hospital o una sala de disección. Los artistas españoles han dejado el cielo sin santos. Aquí tenemos *La última cena del Señor* y las desventuras de *San Esteban*, originales de Juan de Juanes: no me gustan; en ellos todo está muy recortado; las casas, los árboles, las figuras, tienen contornos duros; parecen cromos baratos. Este retrato es de Sánchez Coello y aquel, que representa un viejo con ropa de cuello alto y lechuguilla, lo firma Tristán, un pintor del siglo XVII de mucho mérito... El retrato de Murillo, pintado por Alonso de Tobar, y *La Magdalena*, de Tejeo... Pero como es imposible verlo todo en un día, vamos en busca de Velázquez, y luego echaremos un vistazo a las escuelas italiana y flamenca. Vengan ustedes por aquí.

Se adelantó, indicando el camino, y Estrada aprovechó aquella coyuntura para acercarse a Matilde.

—¿Nos iremos pronto?—dijo.

Claudio volvía y la conversación no continuó.

—Estamos delante del milagroso cuadro *Los borrachos*—dijo, dirigiéndose a Estrada, que se había sentado en un diván—; ese que está casi

desnudo sentado sobre un tonel y con la frente ceñida de pámpanos, es Baco, coronando de hiedra a un borracho; el semblante más admirable es el de en medio: tiene estereotipada la imbecilidad; los ojos quedaron tan prodigiosamente pintados, que aparentan ver, y sin embargo, no expresan ninguna idea; y esos labios macilentos, renegridos por la saliva espumosa de los bebedores, huelen a vino... ¡Qué color el de ese cutis, qué arrugas las de esa frente!... Es un milagro del arte; lo que decía Dumas de Shakespeare podría aplicarse a Velázquez: es el hombre que más ha creado después de Dios. Creeríase que el pintor sevillano puso en sus figuras un espíritu inmortal que las eterniza. ¿Ve usted?... esos borrachos tienen un carácter propio, el alma de que yo hablé la tarde en que nos conocimos. ¡Oh!... si yo pudiese apropiarme la paternidad de esas cabezas, moriría tranquilo, seguro de haber conquistado la inmortalidad. Después de este cuadro me gusta *La fragua de Vulcano;* vean ustedes con qué expresión tan truhanesca escucha el Dios de los cíclopes las lamentaciones del rubicundo Apolo, que refiere los pecadillos de Venus y Marte.

Hay que apreciar las actitudes de esos cuatro hombres, sus carnes enjutas, desecadas por la abrasadora proximidad de la fragua; la altiva indiferencia de este primero y la femenil curiosidad con que aquél alarga el cuello para oír mejor... ¿Y dónde nos dejamos *La Rendición de Breda?*... ¡Con qué humilde cortesía le entrega Justino de Nassau a Spínola las llaves de la plaza, y con qué caballeresca benevolencia las recibe el general español!... ¿Y esa colección de rostros expresivos?... El más famoso es aquel que asoma detrás del caballo: es un semblante picareco, que inspira risa...

Continuaron andando.

—Estos cuadros—prosiguió Antúnez—son retratos originales de Velázquez: éste es el de Góngora, paisano suyo; el otro, Felipe IV, ya viejo, vestido con media armadura negra claveteada de oro. Aquí está el airoso *Pablillos de Valladolid,* bufón del rey Felipe, u *hombre de placer,* como entonces se denominaban los cortesanos que ejercían la triste misión de hacer reír.

Luego entraron en los salones destinados a las escuelas italianas.

Junto a la puerta estaban los cuadros del Greco; casi todos eran retratos varoniles; caras largas y muy pálidas, destacándose melancólicas de un fondo negro, parecían retratos de hermanos gemelos; tenían la misma frente tersa y bombeada, adornada en la parte superior por un raquítico mechoncillo de pelo; las cejas arqueadas; los ojos grandes, brillando con el fuego siniestro que inflama la mirada de los tísicos; la nariz fina, los labios delgados, el rostro enjuto y largo; éste era su rasgo más sobresaliente. Domenico Theopocupuli, murió loco, y su delirio le impulsaba a pintar semblantes y objetos exageradamente largos; para él la anchura no existía y su mano febril, cuando iba a dar longitud a una figura, no sabía detenerse. En su cuadro, *Jesucristo difunto en brazos de su Padre,* se advierte idéntica manía: la nariz de Jesús, las piernas, los brazos, los dedos de las manos, todo es largo en demasía, como los semblantes de los ángeles que le rodean; todos lloran y elevan al cielo sus ojos suplicantes, y Greco, no pudiendo dominar su vértigo, les pintó las cejas contraídas hacia arriba, juntándose en medio de la frente en forma de acento circunflejo.

Más allá estaban las obras de Tiziano, príncipe de la escuela veneciana en su época más floreciente. El cuadro *Venus y Adonis,* donde la dio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sa, presintiendo el sangriento fin de su adorado, le ciñe entre sus brazos; *Venus* tendida en su lecho, recreándose con el amor y la música; el magnífico retrato del emperador *Carlos V*, de cuerpo entero, vestido con coleto de ante recamado de oro, calzas blancas, gregüescos ajustados y gabán de tisú de plata, apoyando su mano derecha en el puño de la daga y sujetando con la izquierda, por el collar, a un perro lebrel.

—He aquí a *Dánae* recibiendo la visita de Júpiter, transformado en lluvia áurea—dijo Antúnez—; es uno de los mejores de Tiziano, y no hay en el Diccionario epítetos para encomiar la belleza de esa mujer y la expresión codiciosa de aquel esclavo que extiende el pañuelo: pero tiene un defecto garrafal, antiartístico, que produce malísima impresión en el espectador delicado. ¿No lo advierten ustedes?...

Pablo Estrada, que no sabía servirse de sus ojos, alzó los hombros, sin contestar. Matilde, sobrecogida por aquella pregunta hecha a su buen gusto, quedó perpleja, buscando el defecto apuntado.

—¿Lo digo?—preguntó Claudio.

—No, espere usted aún—replicó ella—, yo no he contestado.

Luego añadió:

—El único defecto que hallo es la posición, un tanto pornográfica, de esa mano derecha.

Habló bajando la voz, temiendo equivocarse.

—¡Muy bien!—repuso Claudio—; tiene usted un sentido artístico muy delicado, ésa es la imperfección que yo noto.

Como en el hombre se confunden la prudencia y el miedo, así en el arte es insensible el tránsito del naturalismo a lo repugnante y soez, y esa mano colocada ahí, entre esos muslos abiertos; es de un efecto detestable.

Junto al cuadro de Dánae estaba *La Bacanal*, en donde a la sombra de un grupo de árboles se solazan varios mancebos y mujeres desnudas, bebiendo vino y con las sienes ceñidas de pámpanos: en primer término y a la derecha, está la bella Ariadna, dormida junto a la margen de un arroyo de vino; y al fondo y bajo unas vides, aparece el regocijado Sileno, echado indolentemente en el suelo, como cerdo dormido.

En todas las mujeres de este lienzo clásico abundan los rasgos que caracterizan a la cohorte femenina que pintó el célebre artista veneciano: Ariadna se parece a Dánae, a Venus y a Diana; todas tienen el mismo rostro ovalado de las italianas, los ojos adormilados y dulzones, el cuello grueso y mórbido, el vientre amplio, las piernas cortas; y todo liso y llano, sin arrugas, ni músculos, ni depresiones que quiebren la luz y alteren el uniforme colorido de aquellas carnes terrosas, faltas de sangre bullidora.

—Allá va una observación psicológica — dijo Claudio—; cuando salgamos de aquí verán ustedes cómo todas las mujeres se nos antojan feas, desgarbadotas, sosonas, y sobre todo, demasiado vestidas. La razón es obvia: salimos del Museo saturados, si así puede decirse, de esta belleza clásica indiscutible, y cuando tornamos al mundo real, las mujeres que antes nos parecían bonitas, luego las encontramos feúchas, y las feas horribles...

—Entonces — replicó la joven—, yo no iría a visitar una exposición de pinturas con un hombre a quien quisiera rendir, porque las bellezas pintadas iban a dejar muy mal parada a la mía: los novios no deben entrar aquí, y si yo pudiese, fijaría sobre la puerta principal un gran cartel que dijese: «Sólo para señoras casadas».

Los salones de la escuela flamenca parecían

más claros; el desnudo abundaba más que en los cuadros italianos, y la luz se reflejaba con mayor alegría en aquellas carnes blanquísimas, duras, y brillantes como el raso, que daban frío. Allí resplandecían los genios de Rembrandt, Van-Reyn, y Jordaens, y del soberano Rúbens, verdadero fundador de la escuela colorista de Amberes, prodigando el blanco y el carmín sobre el cuerpo de sus mujeres: todas parecían hermanas, ostentando la misma cabellera rubia y ondulante, los ojos azules y lánguidos, la nariz gruesa, los labios carnosos y encendidos, un poco entreabiertos, expresando sed; los pechos altos y duros, el vientre ancho, brillando con reflejos alabastrinos, las nalgas y las piernas con sinuosidades de exquisita morbidez.

Pablo Estrada, aburrido de tan largo paseo, fué a sentarse en otro diván. Por aquel salón circulaban varias personas que bostezaban contemplando los cuadros: parecían gentes rústicas; ellas vestían sayas cortas y recias y pañuelo sobre los hombros; y ellos, amplias chaquetas de pana, pantalones estrechos que no pasaban de los tobillos y botas de cuero blanco, casi nuevas. Algunos se llevaban una mano a la dolorida nuca, paseando rápidas miradas de alto a bajo, como quien otea el paisaje fugitivo extendido ante la ventanilla de un tren en marcha; luego cuchicheaban entre sí, cambiando impresiones, y proseguían su camino.

Allí estaban viviendo en diferentes lienzos, *Andrómeda y Perseo;* la hermosa princesa etíope aparecía encadenada a un peñasco, junto al mar, y el héroe griego acudía a salvarla; él, vestido de hierro, la espada al cinto y los ojos encendidos por el deseo; ella, completamente desnuda, mirándole con provocativa languidez, ofreciéndole su amor a trueque de su libertad.

La lucha entre *Lapitas y Centauros*, provocada por Eurito, que roba a Hipodamía cuando ésta se hallaba celebrando sus bodas con Perithóo, son figuras de tamaño natural que reflejan el fuego de las más encontradas pasiones: Hipodamia se retuerce desnuda entre los membrudos y vellosos brazos de Eurito, que huye con ella a refugiarse tras el misterio de los bosques.

Es la eterna mujer de Rúbens; gruesa, blanquecina, sensual: Eurito y los centauros que le acompañan, con los semblantes descompuestos por la ira y la lujuria que en ellos enciende la adquisición de tan rica presa; cetrinos, vigorosos, ágiles, armados con la inteligencia y los brazos del hombre, y la rapidez de sus patas de caballo; ellas lánguidas, procurando inútilmente defenderse y llevando en su propia desnudez el mayor enemigo de su virtud.

Juno amamantando a Hércules y formando la *Vía láctea* con un chorro de leche que se le escapó al augusto mamoncillo de la boca: fábula admirable del genio helénico que tuvo en la poderosa fantasía del pintor de Amberes, fiel interpretación. Diana descubriendo la preñez de Calisto estando bañándose con sus ninfas; Saturno devorando a sus hijos; el dios Vulcano forjando los rayos de Júpiter; Demócrito riendo con una máscara en la mano, y Heráclito llorando; Plutón robando en su carro a Proserpina; Orfeo bajando a los infiernos en busca de Euridice; el trágico banquete donde Procne, para vengar la deshonra de su hermana Filomena, presenta a Taveo la cabeza y los miembros destrozados de su hijo Itis: el *Juicio de Paris*, que contempla a tres diosas desnudas, mientras el maleante Mercurio las enseña la manzana que ha de adjudicarse, como premio, a la más hermosa, *La Fortuna*, de pie sobre una esfera que flota por el mar a merced

de los vientos; Ganímedes arrebatado por Júpiter transformado en águila; el *Jardín del Amor*, en que se hallan los retratos de Rúbens y de Van Dyck, y de sus dos mujeres. El cuadro de *Ninfas y sátiros*, donde unas y otros aparecen retozando en una floresta inundada de sol; ellas, felices, sonrientes, satisfechas de poder tenderse sobre la hierba; ellos, bravíos, persiguiéndolas, con las narices coloreadas por la lujuria; y el magnífico lienzo de *Las tres Gracias*, Eufrosina, Aglae y Thalía, de pie y desnudas, abrazadas bajo un grupo de árboles; una de ellas está de costado, la otra de espaldas, con la rubia cabellera desplomada artísticamente sobre la nuca, la tercera, de frente, descubriendo sus pechos turgentes y su vientre de virgen casta, amplio y duro. Pero siempre, sea cual fuere su actitud, persistía la misma mujer, reproduciéndose indefinidamente en todos los lienzos del pasmoso artista flamenco; los mismos ojos platicadores y adormecidos por la pereza o relampagueantes de pasión, la boca húmeda y viciosa, el cuerpo de carnes apretadas y exuberantes, la misma piel tersa, limada y marmórea, dando frío y calor.

Pablo Estrada, sin moverse de su asiento, contemplaba el cuadro con ojos deliciosos: Matilde, parada en medio del salón, miraba también las tres Gracias, humillada ante aquella exaltación de la hermosura rubia, apadrinada por los artistas sajones; y Claudio pensaba en ella, sabiéndola superior a todo aquel harem pintado.

Habían dado las doce y Antúnez propuso ir a almorzar.

—Hombre, sí—exclamó Estrada alborozado—, el arte me ha estimulado el apetito; vámonos...

De regreso, aun pudieron ver otros muchos cuadros. La reina Artemisa, recibiendo en una copa y mezcladas con vino, las cenizas de su esposo Mausoleo, obra original de Rembrandt; a Snayers, que puso entre dorados marcos, la historia de las guerras flamencas; a Pablo Vos, con sus cacerías de ciervos, sus zorras y sus perros vigilantes; los retratos de Mengs y los caprichosos lienzos de Brueghel; y otra vez desfilaron los anémicos rostros del Greco, y los atletas de Zurbarán, y los expresivos semblantes de Pantoja y de Ribalta, y los mártires de Ribera, descoyuntándose en el suplicio, y las mujeres de Tiziano y los retratos de Velázquez y los niños inimitables de Murillo; y desfilaban todos en procesión inacabable, con sus caras alegres o tristes, causando un vértigo semejante al producido en el espectador por una multitud numerosa que no concluye de pasar.

Después de haber asistido con Rúbens y Rembrandt al triunfo de la luz y del carmín, los lienzos de las escuelas italiana y española parecían más sombríos.

Claudio Antúnez y Estrada iban delante, hablando; Matilde les seguía, pareciéndole que examinando aquellos cuadros guardadores de tantas bellezas muertas, hojeaba un capítulo de la Historia Universal.

El resto del día estuvieron reunidos: almorzaron juntos y volvieron al hotel. Por la tarde, cuando ya el sol había traspuesto la línea del horizonte, salieron a la explanada a repirar el aire fresco; fué un ratito de deliciosa tertulia, durante el cual evocaron las impresiones del día, discutiendo el mérito de los cuadros que les parecieron más notables. Estaban sentados y hablaban sin mirarse, con esa confianza que engendra el trato diario, y dilatando la vista por el cielo inmenso. La brisa refrescaba lentamente el calor del suelo abrasado; de la carretera venían ruidos de voces y de carros, y cantares, ladridos y alegres relinchos en

pintoresca confusión, las campanas del convento tocaban el *Angelus*... Pablo Estrada silbaba una tonadilla de zarzuela en boga: Antúnez hablaba sin deseos, únicamente por sostener la conversación; Matilde Landaluce, el domado levantisco espíritu por tantas sensaciones diferentes, se abandonaba a un dulce reposo.

Cuando Claudio Antúnez quiso marcharse, se ofreció la ocasión que Punto-Negro había acechado inútilmente durante todo el día. Pablo entró en el hotel a buscar el sombrero del pintor y los amantes quedaron solos.

—Espérame mañana, a las tres de la tarde, donde siempre,—dijo ella—; voy, aunque el cielo se hunda...

Claudio no pudo responder, porque Estrada volvía, pero la cita ya estaba dada: era un nuevo nudo que el Destino echaba al hilo fatal de su obra.

X

Y se vieron, y decidieron a ejecutar la más disparatada aventura que jamás imaginaron dos cerebros enamorados.

—Tenemos que arbitrárnoslas así—dijo ella—mientras pasa el verano y yo pueda recobrar mi antigua independencia de invierno, que va envuelta en pieles. Tú procúrate un disfraz y ve por las noches a rondar los alrededores de mi hotel, adoptando siempre las precauciones debidas... Situado en el punto que estimes mejor, esperas una señal mía; y... chiquito, la noche en que yo no pueda libertarme de mi gente, ¡qué diantre!... nos contentamos con vernos... Lo siento por ti, pero mucho, porque ¡cuidado si es largo el camino que tienes que recorrer!...

Aquella aventura, magnífica por los misterios de la noche y del disfraz, cautivó la imaginación de Claudio, ofreciéndole un fecundo nidal de episodios imprevistos y novelescos.

—Por las noches — continuó diciendo Matilde—, a eso de las ocho u ocho y media, salimos a la explanada; Juliana pone algunos sillones ante la verja del hotel, y allí nos sentamos a tomar el fresco y a charlar con los vecinos de los dos hotelitos inmediatos. A las once se deshace la reunión, y cada mochuelo vuelve a su olivo; luego, cuando todos duerman, procuraré hacerte entrar, o salir yo, escabulléndome por algún espiráculo a furto de mi gente. Tengo que aceitar las rejas de los pabellones para que no se quejen si acaso necesitamos abrirlas. Chico, ¡qué trabajo me cuesta decir «te quiero!...» Una frase tan pequeña y tan bonita...

Claudio Antúnez, con objeto de fortalecer sus recuerdos, pidió explicaciones prolijas acerca de las habitaciones, y del sitio en que debia esconderse si era sorprendido, y la ventana o puerta por donde podía escapar.

—Y para prevenirlo todo—añadió ella—, por las noches te molestas examinando la acerita que hay delante del hotel; yo, con toda idea, he aflojado un ladrillo colocado junto a la pared; y allí esconderé mis cartas; tú pasas luego, levantas el ladrillo, coges el papelito, vuelves a dejarlo todo según lo encontraste, y te marchas tan sereno... ¿Entiendes?

Transcurrieron varios días sin que Antúnez recibiese la cita prometida; el retrato de Matilde, que hasta allí le sirvió de pretexto para acudir tantos días consecutivos al hotel de Pablo, estaba concluído y fué preciso despedirse.

El retrato resultó un prodigio de ejecución; aquéllos eran los ojos de Punto-Negro, grandes,

pintoresca confusión, las campanas del convento tocaban el *Angelus*... Pablo Estrada silbaba una tonadilla de zarzuela en boga: Antúnez hablaba sin deseos, únicamente por sostener la conversación; Matilde Landaluce, el domado levantisco espíritu por tantas sensaciones diferentes, se abandonaba a un dulce reposo.

Cuando Claudio Antúnez quiso marcharse, se ofreció la ocasión que Punto-Negro había acechado inútilmente durante todo el día. Pablo entró en el hotel a buscar el sombrero del pintor y los amantes quedaron solos.

—Espérame mañana, a las tres de la tarde, donde siempre,—dijo ella—; voy, aunque el cielo se hunda...

Claudio no pudo responder, porque Estrada volvía, pero la cita ya estaba dada: era un nuevo nudo que el Destino echaba al hilo fatal de su obra.

X

Y se vieron, y decidieron a ejecutar la más disparatada aventura que jamás imaginaron dos cerebros enamorados.

—Tenemos que arbitrárnoslas así—dijo ella—mientras pasa el verano y yo pueda recobrar mi antigua independencia de invierno, que va envuelta en pieles. Tú procúrate un disfraz y ve por las noches a rondar los alrededores de mi hotel, adoptando siempre las precauciones debidas... Situado en el punto que estimes mejor, esperas una señal mía; y... chiquito, la noche en que yo no pueda libertarme de mi gente, ¡qué diantre!... nos contentamos con vernos... Lo siento por ti, pero mucho, porque ¡cuidado si es largo el camino que tienes que recorrer!...

Aquella aventura, magnífica por los misterios de la noche y del disfraz, cautivó la imaginación de Claudio, ofreciéndole un fecundo nidal de episodios imprevistos y novelescos.

—Por las noches — continuó diciendo Matilde—, a eso de las ocho u ocho y media, salimos a la explanada; Juliana pone algunos sillones ante la verja del hotel, y allí nos sentamos a tomar el fresco y a charlar con los vecinos de los dos hotelitos inmediatos. A las once se deshace la reunión, y cada mochuelo vuelve a su olivo; luego, cuando todos duerman, procuraré hacerte entrar, o salir yo, escabulléndome por algún espiráculo a furto de mi gente. Tengo que aceitar las rejas de los pabellones para que no se quejen si acaso necesitamos abrirlas. Chico, ¡qué trabajo me cuesta decir «te quiero!...» Una frase tan pequeña y tan bonita...

Claudio Antúnez, con objeto de fortalecer sus recuerdos, pidió explicaciones prolijas acerca de las habitaciones, y del sitio en que debia esconderse si era sorprendido, y la ventana o puerta por donde podía escapar.

—Y para prevenirlo todo—añadió ella—, por las noches te molestas examinando la acerita que hay delante del hotel; yo, con toda idea, he aflojado un ladrillo colocado junto a la pared; y allí esconderé mis cartas; tú pasas luego, levantas el ladrillo, coges el papelito, vuelves a dejarlo todo según lo encontraste, y te marchas tan sereno... ¿Entiendes?

Transcurrieron varios días sin que Antúnez recibiese la cita prometida; el retrato de Matilde, que hasta allí le sirvió de pretexto para acudir tantos días consecutivos al hotel de Pablo, estaba concluído y fué preciso despedirse.

El retrato resultó un prodigio de ejecución; aquéllos eran los ojos de Punto-Negro, grandes,

parleros; aquélla su boca, fina, enigmática: aquél su rostro pálido, de mujer nerviosa, en quien las continuas impresiones robaron a las mejillas su sonrosado color; aquélla su frente, ligeramente bombeada, surcada de arrugas, fértil en pensamientos: era Matilde, su cuerpo y su alma, su espíritu entero viviendo por aquella cabeza orleada de cabellos negros y crespos, lo que se destacaba del fondo negro iluminada por una luz misteriosa que parecía venir de arriba.

—¡Está hablando!—dijo Estrada, resumiendo en esta frase trivial la compleja sensación que el cuadro le producía.

Y doña Carolina añadió:

—Sí, sí, en efecto; está hablando...

Lo más sobresaliente del retrato, lo había pintado Claudio de memoria, y tan fielmente obedeció su mano a su fantasía, que realzó la parte plástica de la figura pintando su espíritu. Era un esfuerzo magnífico, digno de un Velázquez; una explosión soberana de genio, que sólo podía objetivar un artista enamorado locamente de su modelo, porque en él resplandecía lo invisible, lo que sólo siente el corazón, lo intraducible, porque el espíritu no puede encerrarse en palabras ni en colores.

El mismo Antúnez admirado, contemplaba su obra absorto. Aquella cabeza era la realización terminante y rotunda de un ensueño borroso; y entonces advirtió que la hermosura de Punto-Negro, había hecho palidecer la de su antiguo ideal femenino: comparaba el retrato de su querida con el de su rubia amante de ojos verdes, y le parecía que ambos se confundían en un nuevo tipo mixto: los dorados cabellos de la cabeza primitiva, se ennegrecían, y los ojos de la otra verdeaban, tornándose más tranquilos y profundos, más enigmáticos...

Después oyó la vocecilla de don Pablo, que decía:

—Dentro de un siglo este cuadro valdrá muchísimo, ¿eh...? Porque, con los años... pues, es natural; el valor de las obras artísticas se centuplica... Ahora; usted no se enojará si le pregunto cuánto vale su trabajo...

Claudio se negó a aceptar cantidad ninguna, y aunque Matilde y doña Carolina porfiaron mucho para torcer su cortés determinación, el pintor no cedió.

—Aunque lo que voy a confesar—dijo—, parezca una excusa, sepan que los cuadros que pinto más a gusto, son aquellos que pienso regalar, porque únicamente entonces me creo verdadero artista: pinto por el placer de pintar, no para comer de mi trabajo, y así deseo que, pues este retrato es de mi agrado, tenga a mis ojos, amén de otras buenas cualidades, la de no haberme dado dinero.

Cuando Antúnez se iba, Pablo Estrada le acompañó hasta el jardín: el buen hombre no sabía cómo demostrarle su agradecimiento por aquel valiosísimo regalo que inmediatamente pensaba ocultar en la penumbra del salón cerrado, para que la luz no lo deteriorase. A ratos le parecía que el cuadro no valía gran cosa: otras, recordando lo que Claudio dijo del precio fabuloso de algunos lienzos del Museo, miraba al pintor tenazmente, asombrado de que le hubiese cedido un fortunón tan de improviso y generosamente. El obsequio le había transfigurado, y se mostraba locuaz y expresivo.

—Ya sabe usted dónde tiene un amigo y una casa; usted entra aquí cuando quiera, y un domingo en que no tenga usted mucho que hacer, echa una canilla al aire viniéndose a cenar, con nosotros...

Claudio Antúnez se fué, prometió visitarle cuantas veces pudiese: cuando ya iba lejos volvió la cabeza para saludar a Estrada, que seguía parado delante de la verja, y vió a Punto-Negro, que le saludaba desde una de las azoteas: sólo pudo divisar una pequeña parte del busto que sobresalía por encima del aféizar, su inteligente cabecita y su sombrilla encarnada, luciendo al sol como una enorme amapola...

Muy pronto comenzó a iniciarse en Claudio Antúnez una germinación enfermiza de celos. Continuamente y bien a despecho suyo, no sabía recordar a Matilde como no fuese viéndola cruzar con su marido la calle de Alcalá: a ella recogiéndose las faldas para no salpicárselas de barro; y acentuando las formas del cuerpo con aquel movimiento de perversa pulcritud; y a él, a su lado, balanceando el tronco sobre las endebles piernecillas, y rodeándola el talle con el brazo derecho. Evocando estas puerilidades no podía domeñar el curso de sus pensamientos, y se representaba las escenas íntimas del matrimonio: viviendo juntos, comiendo en la misma mesa... ¿Y no podía suceder que el agradecimiento de Matilde hacia las mercedes de Pablo se pusiesen algún día la careta del amor, disuadiéndola de sus liviandades y moviéndola a ser otra vez buena esposa?... Les veía cruzar el jardín y subir los dos escalones que daban acceso al recibimiento y cerrar la puerta del hotel; el ruido de aquella puerta defendiendo al rival poseedor de la mujer querida y aislándole del mundo, le parecía a Claudio algo tan fúnebre como un ataúd que se cierra: y luego acostarse juntos sobre aquel soberbio lecho, de nogal, que se hundiría amorosamente bajo el doble peso de sus cuerpos, cual si quisiera reunirles en el fondo de un bache de pluma... Los celos germinaban en su alma como la mala hierba en campo abonado, y tal incremento adquirieron que, no pudiendo disimularlos, se los confesó a Matilde.

—Tú me has metamorfoseado — decía Claudio—; no sé cómo empezó esta evolución, porque en el alma no hay linderos y vamos de unos pensamientos a otros insensiblemente; yo, Punto-Negro, empecé contigo riendo, y ahora, y bien a despecho mío, parece que voy a concluir rabiando. ¡Si esto pudiera evitarse!... Pero no; la vida es un libro terrible que no tiene fe de erratas. Siempre pienso que eres de otro. En el desarrollo de esta preocupación influyen varias causas: nuestras entrevistas, en cada una de las cuales afirmaste y extendiste tu imperio sobre mí; mis visitas a tu hotel y el pretexto que me sirvió para entrar en tu casa, pues retratándote pensaba en ti como amante y como artista... ¡Qué maldito contubernio de circunstancias fatales!... Te llevo aquí, siempre aquí entre las cejas... y lo peor es que nada puede distraerme... Las mujeres que conozco, si son hermosas me parecen esculturas animadas, a quienes la posesión desnuda de atractivos; carne de orgía que se compra o se conquista fácilmente y que luego se menosprecia y se olvida; torpes amores que, una vez apurados, sirven de ludibrio en la mesa del café... ¡Oh! tú no puedes parangonarte con esas infelices queridas anónimas que apenas ocupan un renglón en las páginas de mi historia: ni con Amparo, porque entre vosotras toda comparación es imposible; tú eres la querida locuaz que canta y ríe, espantando el fastidio con el eco de sus risas; y ella la esposa fiel, callada, que acepta mansamente mis antojos, contestándome con el *sí*, invariable monosílabo de los necios...

Este era el lema predilecto de sus conversaciones: él peroraba nervioso, excitadísimo; ella son-

reía, poseída de suave quebranto, gozando el placer orgulloso de ser amada.

La pasión de Claudio modificó su ideal artístico: su Matilde soñada no era idéntica a la Matilde Landaluce real; tenía los ojos más tranquilos y de mirada más penetrante, reveladora de esas grandes pasiones reconcentradas que no hablan; el pelo más rubio, más ondulante; no tan encrespado; los labios más gruesos; y conforme aquella Matilde imaginaria se aproximaba a la abstracta mujer de ojos verdes, ésta cambió también, cediendo ante el influjo creciente de Punto-Negro. De todo este complejísimo movimiento psicológico resultó una Matilde semi-rubia, con la frente bombeada, la barbilla saliente y el rostro ovalado y moreno, que realmente tenía, pero con los labios algo más gruesos y encendidos, el mirar más sereno, el color del pelo más claro. Cuando Antúnez explicaba estas enrevesadas psicologías de su espíritu, Matilde reía.

—Chico, ¡qué bien!...

—Para mí hay dos Matilditas—decía el pintor—, una algo más negrilla que la otra. Todo lo tuyo me embelesa: tus vestidos, tus perfumes, el metal de tu voz, tan acariciador y pastoso como aguda es tu risa... ¿Qué más...? Admiro no ya tu nombre, que es sonoro y gratísimo, por ende, al oído, sino la forma y disposición de las siete letras que lo componen... Me gusta la *M*, grande y ancha; después la *a*, pequeñita; luego la *t*, tan airosa, con su trazo horizontal, que parece proteger a la *i*, que la sigue: la *l*, larga y esbelta... y así de las demás. Es un nombre bonitísimo, como la retrechera personita que lo usa... ¡Diantre! Quisiera que en tus pupilas se grabase mi imagen y en las mías la tuya para que nuestros ojos fuesen pregonando este amor y lo supieran cuantas personas nos mirasen a la cara.

Estas conversaciones, que empezaban alegremente, concluían tristes: Claudio renovaba sus celos y sus deseos de conservarla para él sólo.

—No consiento—decía—que nadie se regodee con tu cuerpo: si te beso, pienso en que él también te besa; si me abrazas tú, imagino que así le abrazas a él: es un tormento horrible del que las mujeres no pueden formarse idea cabal, porque vuestros celos son la parodia de los celos masculinos... El representa lo legal, lo honesto; yo el crimen, que huye embozado entre sombras... ¡Qué desesperación...! Yo anhelo de ti algo que sea exclusivamente mío; por eso te llamo Punto-Negro, porque Matilde te dicen todos; Matilde te nombró el cura para casarte... ¡Y me gusta tantísimo decir: «Ven, Punto-Negro!...» Así no te llama nadie, ¡nadie...! En eso, por lo menos, tengo la seguridad de ser el primero...

Ella, conmovida y alegre, reía y lloraba; parecía una de esas tardes primaverales llenas de antojos, en los cuales, mientras las nubes llueven, el sol brilla, formando arco iris.

—No digas eso — replicaba, enlazándole los bracitos al cuello—; yo me cuido muchísimo, para agradarte siempre, y lo dejaría todo por ti. Bien sabes que la mujer mejor alabada es aquella de quien no se habla; sin embargo, no me importa dar un escándalo mayúsculo, y hasta salir en los periódicos con tal de verte feliz...

Y continuaba diciendo, con aquel gracioso desenfado que en las situaciones peores le aseguraban el triunfo.

—Pablo me quiere mucho; él, por lo menos, así lo dice: pero su cariño es frío, reglamentado; es, la suya, una ecuanimidad incomprensible para nosotros; como si llevase un libro diario donde apuntase las caricias que me hace y tuviera un límite máximo, del cual se comprometió consigo

mismo a no pasar. ¡Chico, quien quisiera observarnos, podría reventar de risa...! Cuando le siento venir por un lado, escapo por otro, rehuyendo tropezarme con él, pues siempre temo que en el ridículo cronómetro de su cariño haya llegado el momento de abrazarme. Ayer subía yo la escalera, y al llegar arriba ¡pum! salió él de mi alcoba.—Niña—dijo—, ven.—¿Qué quieres?... llevo prisa... Y en esto le veo poner carita de pascua y hacer ademanes de darme un abrazo. Pues, ¿sabes lo que hice? Poner muy mal gesto y decirle:—¡Eres de lo más inoportuno...! Abrí la puerta del salón que, como recuerdas, está a obscuras, y a tientas acerté con el cuarto de mi madre y por allí me escabullí. ¡Chico, qué bien...! ¡Ah! lo chusco fué que mi madre se quedó estupefacta al verme.—¿De dónde vienes?—preguntó—. Y yo iba tan furiosa que no supe contenerme.—Vengo — dije—, huyendo de ése... que ha querido abrazarme... Creí que la sorpresa desarticulaba la mandíbula inferior de doña Carolina, porque abrió la boca como si fuese a tragar un panecillo.—¿Y quién es ése...?—Toma, ¿quién ha de ser...? Pablo... ¡La Biblia, chico...! Por las noches sucede igual: no bien se acerca a mí, empiezo a quejarme: ¡me duele la cabeza, me duele el corazón, no puedo respirar...! Y al pobrete se le resfría la pasión y toma el olivo. Yo no sé fingir, y cuando no quiero a una persona la rechazo aunque me la presenten en bandeja de oro cincelado; ya no es por ti, a quien no ofendo ni con el pensamiento; es por mí... porque le aborrezco...

Y agregaba bajando la voz, para darle mayor encanto a su confesión:

—Es, porque me inspira asco...

Al fin llegó la deseada y temida noche de la cita en Cuatro-Caminos, con las precauciones, disfraces y demás picantes zarandajas detalladas por Matilde Landaluce.

Teresa fué quien buscó el disfraz, que el pintor dijo necesitar para un modelo.

—Escójalo usted todo grandecito—añadió Claudio—y no repare en dos pesetas más, porque es un hombre tan alto como yo. La gorra, que sea grande también; llévese usted de muestra ese sombrero viejo que tengo ahí...

Antúnez regresó aquella noche a su casa cerca de las nueve, cenó en un santiamén y empezó a disfrazarse, él creía hacerlo de prisa, pero realmente iba muy despacio, distrayéndose en detalles insignificantes, mientras su pensamiento correteaba gozoso los campos de Cuatro-Caminos. Al cabo quedó transfigurado, pero tan completamente, que la misma Teresa tardó en reconocerle: con sus alpargatas blancas, su blusa gris listada de negro, su cuello desnudo, la barba negra y fuerte, y la gorra coquetonamente ladeada sobre una oreja, parecía uno de esos obreros atléticos de los Altos Hornos de Bilbao, curtidos por el calor de las fraguas y los aires del mar.

—¡Pero, don Claudio!—exclamó la manchega persignándose—, usted se ha vuelto loco. ¿Dónde demontre va usted a estas horas y con ese porte?

—Al infierno, Teresa

—¡Jesús, María...!

—No consigue usted nada recordándome nombres de redentores, ni de vírgenes; yo soy un diablo mundano que no teme al agua bendita... ¿Recuerda usted una joven bajita, enlutada, que olía muy bien...? ¡No sea usted torpe...! la que vino a verme algunas veces... Pues bien; esa señora es el demonio disfrazado de mujer; un diablillo monísimo, perfumado con esencia de Chipre; me

citó para esta noche en los profundos y... ¡allá voy...!

Entonces Teresa vació por su boca un largo rosario de prudentes observaciones.

—¡Ay, don Claudio!—decía—yo le quiero a usted como a hijo mío y le aconsejo por su bien. Esa mujer que le ha vuelto el seso, debe ser casada, cuando usted adopta tantas precauciones para verla; no sea usted tonto, no se enrede con mujeres casadas, porque es lo mismo que tomar pasaporte para el cementerio o para el presidio...

Cuando el pintor bajaba la escalera saltando los peldaños de dos en tres, aun oyó la voz de Teresa, que decía:

—Por la memoria de su madre, don Claudio, tenga usted juicio, que ya no es usted un niño...

Antúnez cruzó rápidamente la Plaza de Bilbao y siguió la calle de las Infantas; en la esquina se detuvo un instante para mirar hacia atrás, y vió la negra silueta de su patrona asomada al balcón, recortándose fuertemente sobre el fondo claro de la ventana; pequeñita, rechoncha, con su rostro mofletudo y vivaracho de jamona alegre; y aun le pareció percibir su vocecilla gangosa que repetía: «Tenga usted juicio, don Claudio, que ya no es usted un niño...» Después prosiguió su camino, deseando llegar pronto al fin.

Al principio se encontró un poco desconcertado; no se reconocía bajo su nuevo atavío; extrañaba aquellas alpargatas tan suaves, deslizándose sin ruido por las aceras; aquellos pantalones estrechos, aquella blusa que le azotaba las corvas, colgando sin gracia de sus hombros; aquella gorra, cuya visera proyectaba sobre sus ojos una sombra que le obligaba a mirar hacia arriba.

Acuciado por el anhelo de acudir puntualmente a la cita, invirtió menos de diez minutos en llegar al Circo de Colón, dentro del cual resonaban

las voces del público y los acordes de un vals ejecutado por una charanga: en aquella gran plaza desierta, rodeada de solares y de casas silenciosas, bajo aquel cielo espléndido y mudo cuajado de estrellas del Circo, con sus paredes ventrudas, su murmullo de gente, su música, las risas contrahechas de sus payasos y sus ventanas iluminadas, por las cuales salían bocanadas de aire cálido impregnado de olor a cuerpos humanos, parecía un globo reventando de vida y de luz.

Claudio continuó su marcha por el Paseo de Santa Engracia: al cruzar la Plaza de Chamberí, el aspecto de la iglesia y del Paseo del Cisne, trajo a su memoria aquellas impresiones que pusieron a su cariño novelesco y regocijado prefacio. Recordó la primera entrevista con Matilde; el aspecto sombrío de la iglesia, los frescos de Taberner, el angelote de las alas negras que revoloteaba en la bóveda, y el altar del *Cristo de los Arencones;* aquel Cristo lacio y esmirriado, que moría de inanición: el delicioso rato pasado en el café, fumando y charlando de amor, sumidos en esa penumbra discreta que tan bien favorece la explosión de las amorosas confesiones; la actitud de ella, sus gestos y los defectos que en él iba causando aquella verbosidad infantil y graciosa, sin vulgaridades ni giros retóricos... Y luego, aquel largo paseo alrededor del Hipódromo, andando despacio y hablando poco y a media voz; ella muy derecha, la cabeza levantada, mirando al cielo para mirarle a él, que iba embozado y con la vista vacilante puesta en las pupilas de ella; cogidos del brazo, sintiendo el calor de sus cuerpos, los estremecimientos de su carne y de sus nervios magnetizados por el deseo, el apresurado latir de sus corazones; hipnotizándose con el tacto y los ojos y el aliento de sus respiraciones entrecortadas: se veía subiendo un trozo de la

carretera que conduce a Chamartín, bordeando luego el Canal de Lozoya y finalmente, recordaba el tácito consentimiento que ella otorgó a sus ruegos diciendo que quería sentarse a descansar: la breve escena que precedió a la caída, y la posesión; aquella posesión rápida, brutal, sobre aquel suelo árido que parecía aumentar con su dureza la deleitosa intensidad del espasmo; aquel crispamiento epiléptico de todo su ser, saciando los deseos acumulados durante muchas horas en aquella mujer que perneaba para aminorar con su resistencia la vergüenza del vencimiento... Y todo ello tan de súbito, al aire libre, en medio de la llanura solitaria, bajo un cielo gris que daba sueño...

Las diez sonaban en el reloj de Nuestra Señora de los Angeles, cuando Antúnez llegó a la explanada que conducía en suave pendiente al hotelito de Matilde.

El campillo estaba desierto y sombrío, alumbrado únicamente por el tenuísimo resplandor de las estrellas, pues la luna parecía una resquebrajadura del cielo. Claudio se detuvo para examinar el escenario donde iba a moverse. A su espalda quedaban tres o cuatro casitas de un piso; a la derecha, el campo se dilataba perdiéndose bajo las negruras de la noche; a la izquierda estaba la carretera, cuyo alumbrado esparcía un reflejo nimbado a lo largo del camino; al fondo aparecía el hotelito de Matilde Landaluce, iluminado por un farol de petróleo.

Delante de la verja había un grupo de personas, discutiendo entre grandes voces y risas, en medio de aderezar un gazpacho servido en una gamella puesta sobre un veladorcillo que servía de centro a la reunión. En seguida vió a Matilde; estaba sentada de espaldas al campo: entre los demás semblantes iluminados por la mortecina

luz del farol, sólo reconoció el de doña Carolina, enjuto y grave, y hasta ceñudo, como si estuviera acordándose de él; y el de Pablo Estrada, inexpresivo, amarillento, como esculpido en boj. Los otros contertulios le eran desconocidos. Sin osar acercarse más y evitando atraer la curiosidad de la reunión, tendióse en el suelo esperando el desenlace de su aventura. Junto a doña Carolina había una mujer gruesa cuyas nalgas rebasaban del asiento de la silla; después, Matilde; más allá otras dos mujeres; joven y picante, una; jamona y vistosa, otra; a su lado un individuo calvo que tenía un pañuelo colocado a guisa de babero para restañar el sudor, y defender de manchas la pechera de su camisa; luego un joven que dirigía la conversación, y cerrando el círculo, Pablo Estrada.

Aquel mozalbete le pareció a Claudio feo, vulgar y antipático; con esa petulancia insufrible de los necios que lograron ser aplaudidos alguna vez. Todas sus chirigotas eran reídas estrepitosamente, y él, animado por tantos parabienes, continuaba hablando sin tino, muy ufano de su hegemonía. La conversación la sostenían él y Matildita Landaluce, que apuraba los traviesos recursos de su dialéctica para vencer; éste soltaba una frase, el otro la recogía y la devolvía aderezada con sabrosas ocurrencias, y así continuaban, hasta que, agotado el tema, buscaban otro, los demás les escuchaban, sorbiendo afanosos sus cucharadas de caldo y celebrando los chistes más agudos. El señor calvo era el único que no siempre reía de buena fe, como hombre educado que comprende la situación y finge un poquito por parecer bien; y Pablo Estrada, sumido en una pasividad de cabestro manso, sonreía silenciosamente, con una mueca que surcaba de arrugas profundas y paralelas su rostro amarillo.

Claudio Antúnez, tendido en el suelo y medio oculto tras una ligerísima elevación del terreno, seguía atentamente los incidentes de la conversación, y experimentaba, escuchando las carcajadas con que los circunstantes premiaban las ingeniosidades de Punto-Negro, el orgullo del padre que oye encomiar las facultades de su hijo único.

Insensiblemente, vencida su nerviosa inquietud por las fatigas del camino, empezó a sentir una deliciosa laxitud que iba enseñoreándose de sus miembros; el calor desprendido de aquel suelo caldeado por el sol; la brisa, acarreadora de olores campestres y de lejanos murmullos, que pasaba acariciando su frente ardorosa; el cielo, siempre mudo, ofreciéndose a sus ojos con esa monotonía augusta de lo eterno; la luz amarillenta de aquel farol que le producía un molesto escozor en el interior de los párpados, todo contribuyó a favorecer la sorpresa del sueño. Entonces pensó que sus amigos, estarían a tales horas en Fornos cenando con mujeres alegres, soliviantados por la bebida y la proximidad de la hembra, trasudando mientras él dormitaba echado en el suelo, como un filósofo de la antigua escuela peripatética que hubiese salido a meditar bajo la luz de las estrellas una nueva cosmogonía. Miró al cielo y lo halló más alto, y lanzando una mirada a ras de la tierra, le pareció que todo, casas, árboles, campos, se hundía hacia Oriente, y recordando el movimiento rotativo del mundo, bendijo la gravedad y la presión atmosférica, porque si la fuerza centrífuga venciere, su pobre cuerpo quedaría vagando por el espacio, describiendo eclipses alrededor de algún sol ignorado... Así pasó largo rato, entregado a aquel soliloquio pueril; luego dió media vuelta, procurando distinguir a Matilde; pero sus ojos sólo percibieron una

luz confusa, y al fin esta postrera impresión se borró también, quedándose dormido.

Cuando despertó se incorporó bruscamente, azorado, creyendo que ya amanecía; estaba solo, y los campos se le antojaron más obscuros y el cielo más triste; los hoteles yacían cerrados y mudos: ni una voz en su interior ni una luz en sus ventanas. Antúnez se levantó furioso contra aquella soñarrera estúpida que había esterilizado su viaje, y presumiendo que nadie le atisbaba, se acercó al pabellón de la derecha, junto al cual Matilde había escogido un ladrillo para buzón de su amorosa correspondencia. Avanzó cautelosamente, conteniendo la respiración: de pronto vió abrir la ventana y dibujarse una silueta en la sombra: la cabeza de alguien que estaba acechándole, e instintivamente dió un paso atrás recelando una traición y apercibiéndose a la defensa. Era Matilde Landaluce, que le esperaba; Claudio la reconoció en seguida y se acercó a la reja.

—Punto-Negro—murmuró.

Ella, presa de un terror pánico, también aproximó el rostro, abriendo mucho los ojos.

—¡Chist, hijo mío...!—dijo—¡qué sustos he pasado...!

—¿Y Pablo?

—Arriba, durmiendo como un lirón; me deslicé de la cama con tal habilidad, que nadie me ha sentido. ¡Chico, qué bien...! parece que he estado ensayándolo.

Claudio Antúnez, preocupado por la proximidad del farol, lanzó una mirada inquisitiva al campo, sumido en tinieblas impenetrables: después se estrechó contra la reja cuanto pudo.

—Punto-Negro—dijo—, ¡si pudieras salir...!

—Vamos, no digas horrores; estoy en camisa, a trueque, con tal de verte, de coger una pulmonía...

Acercó su carita a los barrotes de la ventana: tenía la mirada brillante, el rostro desfigurado por la emoción y el frío, el pelo caído sobre la frente, la boca entreabierta, mostrando sus dientes blancos y pequeñines de lobezno... Claudio la sobajaba oprimiendo entre sus dedos las turgencias de su carne, y ella se rendía poco a poco al dulce contacto; había dejado caer la camisa con que hasta allí se recató el pecho, y el farol iluminaba con desmayados temblequeos de lámpara funeraria, las enloquecedoras reconditeces de su cuerpo, realzándolas bajo el goloso misterio de la penumbra.

—Márchate — murmuró—; esto es jugarse la vida a cara o cruz.

—Ven—repuso el pintor atrayéndola hacia sí.

—No me soliviantes, Claudio: pierdo la cabeza con tus maruserías.

Ella razonaba aún; pero Antúnez, sumido en un marasmo voluptuoso que le arrebataba todo discurso, no la oía.

—Ven, ven..—repitió.

Y para facilitar su victoria la acariciaba, despertando su carne que dormitaba cohibida por la emoción del lance y el frío de la noche; y Matilde, cediendo siempre, se estrechaba contra la reja, desnudita, anhelante, sin fuerzas para hablar... Así continuaron, las bocas juntas y los ojos del uno puestos obstinadamente en los del otro, atraídos por un vértigo pasional, mezclando sus alientos, abrazándose a despecho de aquella reja fría y dura que les separaba.

—Ven—insistió Claudio.

—Hoy, no; mañana... yo te juro por mi amor que nos reunimos en Madrid.

Hablaban muy bajo, en tono casi imperceptible, que daba mayor hechizo a sus palabras; y como tenían que acercarse mucho para oírse, se besaban hablando.

—No, mañana no — repuso Antúnez—, ahora, ven... sal por el jardín.

Y continuó besándola y oprimiendo entre sus manos incansables, aquellas carnes frías y duras que se estremecían; divina melopea del amor coreada por el prolongado susurro del viento entre los árboles y el solemne epitalamio entonado por los insectos bajo la hierba...

Matilde cedió.

—Bueno—dijo—, espera; voy a vestirme una ropita que tengo aquí; retírate a un punto obscuro donde nadie te vea.

Claudio se alejó, ocultándose lejos del indiscreto farol, impaciente, fluctuando entre el deseo de la posesión y el justificado temor de una sorpresa. Luego oyó chirriar la verja en que tenía puestos el alma y los ojos, y apareció Matilde; cuando se juntaron, la joven estaba tan emocionada que no podía hablar y permanecieron largo rato abrazados y mudos: ella, vestida con una faldita de percal gris y un corpiño encarnado; él, con su larga blusa y sus alpargatas, formando un grupo originalísimo. Después avanzaron algunos pasos, buscando una hondonada para sentarse.

—¿Me quieres, Punto-Negro?

—Chiquito. con tres o cuatro hazañas como ésta, me quitas la vida...

Alargó el cuello para besarle, pero se detuvo.

—¿Oíste?... Parece que alguien se acerca.

Claudio miró hacia el hotel, cuya verja había quedado entreabierta.

—No, el ruido viene de Madrid — añadió ella procurando colocarse de rodillas.

Escucharon: en efecto, rompiendo el silencio de la noche, oían las pisadas de alguien que avanzaba por el campo resbalando sobre la arena del camino.

—¿Irán a mi casa?—murmuró ella.

El ruido de las pisadas crecía.

—Será algún matutero—dijo Claudio.

Después apareció la silueta de un hombre que iba en dirección al Hipódromo; le vieron surgir del fondo negro, alejarse; desaparecer; luego oyeron el eco cadencioso de sus pasos que disminuía, y entonces volvieron a abrazarse con la fruición del que ha burlado un gran peligro.

—¡Chico, qué bien?...

—Así deseaba yo poseerte — murmuró Claudio—, así, en el campo y al aire libre y de noche; una noche como ésta, diáfana, para que las miriadas de mundos que ruedan por el infinito fuesen testigos de nuestro amor, y para contemplarlos a todos ellos reflejados ahí, en el fondo de tus pupilas enamoradas. Un amor como el nuestro no merece vivir preso eternamente en las estrecheces de una alcoba; merece por dosel el cielo, y por tálamo la tierra fecunda...

Ella languidecía y tendida en el suelo se abandonaba, escuchando arrobada aquel canto de amor. Claudio hablaba, enardeciendo su pasión con el fuego de sus palabras.

—Abre tus ojos, prenda mía, que yo te los vea; aproxima tu boca, Punto-Negro, que yo te la bese...

Matilde se estremecía, ronroneando como una gata: el viento soplaba mansamente: de la tierra caldeada por los rayos solares, ascendía un vaho trastornador que encendió la sangre; los hierbajos del campo agostado, vivificados por el hálito bienhechor de la noche, exhalaban olores acres, lujuriantes, de un mundo en germinación. Aquellas horas en que el cosmos parecía aletargarse en un reposo paradisíaco, son las escogidas por la humanidad para sus amorosos delirios, horas fecundas en que las flores abren sus pétalos para recibir en su pistilo el polen generador, y los insectos se llaman con el sordo ruidito de sus élitros, y se buscan y persiguen bajo la hierba para perpetuar sus especies en infatigables maridajes. Sólo velan los sabios persiguiendo alguna fórmula rebelde y fugitiva, o el artista que prolonga su labor hasta la madrugada; horas de fiebre delirante en que el Genio y la Gloria duermen juntos: el resto de la creación reposa; la Tierra parece un inmenso tálamo donde millones de seres rinden culto al amor, y las estrellas, los eternos luminares encendidos sobre la cámara nupcial de lo inmenso.

Claudio y Matilde, reclinados el uno en brazos del otro, aspiraban la brisa frescachona, oliendo los perfumes acres de las flores, contemplando aquellos mundos que forman el maravilloso engranaje de la máquina cósmica, y que giran eternamente atrayéndose y rechazándose, cual si entre ellos mediasen corrientes simpáticas y la ley descubierta por Newton fuese la fórmula matemática en que el genio del milagroso astrónomo inglés encerró la explosión del amor universal que preside el movimiento de los sistemas planetarios. Ellos presentían los innumerables sacrificios que en momentos tales ofrecían los seres enamorados a Venus Afrodita, y el amor de la Tierra lo aspiraban en las bocanadas de viento; y la pasión que inflamaba los mundos lejanos, en los dulces parpadeos de su luz pálida... En todo esto pensaban besándose, gozando el voluptuoso contacto de bocas húmedas, esperando aumentar la intensidad del deleite con la prolongación del deseo. El, entre tanto, continuaba hablando, sugestionando a su querida con el mágico afrodisíaco de sus palabras.

—Te quiero más que a la gloria, la diosa invisible a quien dediqué mi gratitud. Tú eres mi redentora, Punto-Negro, mi guía: ¿cómo no amar-

te, si yo era antes un hombre desequilibrado y caótico que estuvo en borrador, hasta que tú, con tu habilidad, me pusiste en limpio, definiendo mis pasiones?...

Y tras aquellas frases vinieron muchos besos y una posesión delirante, que la dureza del suelo hizo más rabiosa: ella, en el paroxismo del deleite, suspiraba con estertores agónicos, mientras él saciaba su pasión con las piernas rígidas y los brazos abiertos, como si, estimando que el cuerpo de una mujer era incapaz de resistir su pasión, quisiese gozar a la Tierra y engendrar nuevos mundos en aquel abrazo supremo... Después, ya más tranquilos, continuaron besándose llenos de mutua y voluptuosa gratitud.

—Chico, ¡qué bien!...

Claudio la miraba gravemente y como en sueños. Hubo una pausa: luego, domado el carnal deseo, Matilde Landaluce se levantó asustada.

—Me voy — murmuró—; tengo un miedo espantoso, ¿eh?... Adiós, bien mío...

El pintor no se movió.

—Y, ¿hasta cuándo?—dijo.

—Ven mañana a la misma hora, y veremos lo que sucede... Ea, adiós, adiós ..

Y echó a correr, recogiéndose las faldas para no pisárselas; torció un poco a la izquierda, sorteando los accidentes del terreno y esfumóse entre las sombras: luego Antúnez la vió reaparecer junto a la verja, con su faldita de percal y su chaquetita roja, y abismarse en las tinieblas del jardín sin volver la cabeza.

Entonces Claudio atravesó la explanada y ganó la carretera, dirigiéndose hacia Madrid. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos de la blusa y los ojos bajos, saboreando su flamante aventura, y meditando en su cita próxima, en las palabras de Matildita, la chispeante y soboncita tiranuela de su albedrío, en cuyos brazos hubiera deseado generar un mundo donde poder vivir después con ella; en el aburrido amor de Amparito Guillén y en mil recuerdos más, concatenados con estos términos extremos de su discurso, y que iban produciéndole indefinible quebranto.

Los primeros resplandores matutinos le alcanzaron en la Glorieta de Quevedo; las calles estaban limpias, oreadas por el fresco vientecillo del amanecer; se detuvo un instante junto a la farola y miró hacia atrás: la calle de Bravo Murillo se extendía en línea recta, entre dos filas de árboles; a lo largo de ella brillaban los rieles del tranvía, extendidos paralelamente y muy próximos, pero sin coincidir jamás, como muchas almas mal casadas. Allá lejos quedaban su amor, sus ilusiones más preciadas; pero el Destino disponía los acontecimientos de otro modo y Claudio Antúnez siguió andando...

Decía Napoleón, que el hombre dominado completamente por una hembra, ni es hombre ni es nada: sin duda Napoleón había olvidado que la Gloria, por quien tanto luchó, tenía nombre de mujer...

XI

Como no tenían otro medio de verse, la obscura explanada de Cuatro-Caminos substituyó a la alcobita de Antonia Carrasco: y así se alegraron, porque la soledad del lugar, la dureza del suelo convertido en tálamo, y los peligros que consigo traían aparejados tan arriscadas citas, embellecían con el sabroso pique de lo raro y de lo nuevo.

Aquellas horas de espera que Claudio entretenía fantaseando, eran interminables; las oía sonar en el reloj del inmediato convento, luego las

te, si yo era antes un hombre desequilibrado y caótico que estuvo en borrador, hasta que tú, con tu habilidad, me pusiste en limpio, definiendo mis pasiones?...

Y tras aquellas frases vinieron muchos besos y una posesión delirante, que la dureza del suelo hizo más rabiosa: ella, en el paroxismo del deleite, suspiraba con estertores agónicos, mientras él saciaba su pasión con las piernas rígidas y los brazos abiertos, como si, estimando que el cuerpo de una mujer era incapaz de resistir su pasión, quisiese gozar a la Tierra y engendrar nuevos mundos en aquel abrazo supremo... Después, ya más tranquilos, continuaron besándose llenos de mutua y voluptuosa gratitud.

—Chico, ¡qué bien!...

Claudio la miraba gravemente y como en sueños. Hubo una pausa: luego, domado el carnal deseo, Matilde Landaluce se levantó asustada.

—Me voy — murmuró—; tengo un miedo espantoso, ¿eh?... Adiós, bien mío...

El pintor no se movió.

—Y, ¿hasta cuándo?—dijo.

—Ven mañana a la misma hora, y veremos lo que sucede... Ea, adiós, adiós ..

Y echó a correr, recogiéndose las faldas para no pisárselas; torció un poco a la izquierda, sorteando los accidentes del terreno y esfumóse entre las sombras: luego Antúnez la vió reaparecer junto a la verja, con su faldita de percal y su chaquetita roja, y abismarse en las tinieblas del jardín sin volver la cabeza.

Entonces Claudio atravesó la explanada y ganó la carretera, dirigiéndose hacia Madrid. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos de la blusa y los ojos bajos, saboreando su flamante aventura, y meditando en su cita próxima, en las palabras de Matildita, la chispeante y soboncita tiranuela de su albedrío, en cuyos brazos hubiera deseado generar un mundo donde poder vivir después con ella; en el aburrido amor de Amparito Guillén y en mil recuerdos más, concatenados con estos términos extremos de su discurso, y que iban produciéndole indefinible quebranto.

Los primeros resplandores matutinos le alcanzaron en la Glorieta de Quevedo; las calles estaban limpias, oreadas por el fresco vientecillo del amanecer; se detuvo un instante junto a la farola y miró hacia atrás: la calle de Bravo Murillo se extendía en línea recta, entre dos filas de árboles; a lo largo de ella brillaban los rieles del tranvía, extendidos paralelamente y muy próximos, pero sin coincidir jamás, como muchas almas mal casadas. Allá lejos quedaban su amor, sus ilusiones más preciadas; pero el Destino disponía los acontecimientos de otro modo y Claudio Antúnez siguió andando...

Decía Napoleón, que el hombre dominado completamente por una hembra, ni es hombre ni es nada: sin duda Napoleón había olvidado que la Gloria, por quien tanto luchó, tenía nombre de mujer...

XI

Como no tenían otro medio de verse, la obscura explanada de Cuatro-Caminos substituyó a la alcobita de Antonia Carrasco: y así se alegraron, porque la soledad del lugar, la dureza del suelo convertido en tálamo, y los peligros que consigo traían aparejados tan arriscadas citas, embellecían con el sabroso pique de lo raro y de lo nuevo.

Aquellas horas de espera que Claudio entretenía fantaseando, eran interminables; las oía sonar en el reloj del inmediato convento, luego las

melancólicas campanadas repercutían rítmicamente en los campos silenciosos, y escuchándolas parecíale que el cielo era un inmenso filtro por cuyo agujero central la eternidad dejaba escapar el tiempo reducido a gotas.

Siempre percibía los mismos ruidos, idéntico paisaje: a un lado, la carretera, serpeando bajo un tenue resplandor nimbado: al opuesto, las negruras de los campos sembrados de cebada y centeno que conducen al Hipódromo y al Canal, sumidos en tinieblas, como si hubiesen derramado sobre ellos un océano de tinta negra; al otro extremo, del lado de Madrid, algunas casitas blanqueando a la luz de las estrellas; pasos lejanos de caminantes invisibles que se alejaban tosiqueando y arrastrando los pies; gallos que anunciaban con su canto la proximidad de un nuevo amanecer; y a pocos metros delante de él, los tres hotelitos iluminados por el mortecino resplandor de un farol, silenciosos, como aletargados en un perezoso nirvana por el monótono susurrar de la brisa entre los árboles.

Muchas noches Claudio tenía que contentarse con el billetito amoroso que Punto-Negro escondía bajo el ladrillo, o con hablarla por la reja; pero otras, las menos, porque el trance era difícil y Satanás no siempre estaba de humor, ella salía a renovar su pasión sobre la hierba, aspirando los perfumes enervantes de las flores y el vaho caliginoso del suelo agostado; hablándose con voz muy queda, pareciéndoles que sus adulterinos juramentos crecían al salir de sus labios, resonando en la extensión de los campos como una caja sonora; saciando en estrecho abrazo sus deseos y poseyéndose rabiosamente, sabiendo que tras aquellos minutos de placer vendrían horas inacabables de lánguida soltería.

Cuando Matilde Landaluce hallaba medio de salir, escribía a Claudio, citándole en casa de Antonia, la irreemplazable sobajañí de sus tormentosos amoríos, o iba a buscarle a su estudio: subía de prisa, deseando aprovechar aquellas horas fugaces de libertad, alentando fuerte, porque sus carnes y la excesiva longitud de la escalera parecían confabularse para sofocarla, y levantando un huracán con su abanico y el ruido de sus faldas, el taconeo de sus zapatitos de charol, el ris-ras de sus piernas rozando el volante almidonado de la enagua, y finalmente, el ruidito de las pulseras entrechocándose y los encajes del cuello y el corpiño de seda... todo ello sonando a compás; siguiendo el rítmico contoneo del cuerpecito. Claudio Antúnez la sentía antes de verla, experimentaba un calofrío extraño, se le alteraba el pulso, los oídos le zumbaban con hervor sordo, como si la sangre hubiese encontrado una ventanilla rota y se precipitase por allí; dejaba de pintar y permanecía retrepado en su elevado banquillo, acechando aquel ruido que crecía. Cuando Matilde llegaba al piso tercero, que era el último de la casa, y empezaba a subir la escalerilla de madera que conducía al estudio, ya no era posible dudar: era ella que llegaba emocionada y jadeante, llenándolo todo, haciendo crujir el seco maderamen de los peldaños. Entonces la pasión de Claudio tocaba a somatén; tiraba los pinceles y corría a la puerta, y, después de abrirla, abría los brazos para recibir a Punto-Negro, que se dejaba estrechar inerte, cual si ya no pudiera sostenerse en pie.

—¡Punto-Negro de mi alma!...

—¡Chico, qué bien!...

Y oprimiéndola contra su pecho la conducía al sofá y la acomodaba sobre sus rodillas, secándola el sudor, desembarazándola de los objetos que había comprado para justificar ante su familia su escapatoria, ayudándola a quitarse los guantes,

dándola azotes, mordiscándola los morritos como queriendo hacer pepitoria de su cuerpo...

A despecho de los recursos empleados por Punto-Negro para suavizar las asperezas que iba ofreciendo el carácter de Claudio, éste seguía dominado por la venenosa obsesión de los celos, revelando en la fijeza de su mirada la inmutabilidad de su pensamiento, siempre concatenado a la misma idea. Aquella preocupación era tan inmensa que le incapacitaba para el trabajo, y entonces se iba de paseo, procurando tonificar su espíritu con duchas sensacionales. Por las calles caminaba acosado por la preocupación que le obligó a salir del estudio y que parecía ir a su lado murmurándole al oído la misma canción: todas las mujeres jóvenes le recordaban a Matilde; ésta por su manera de andar, aquélla por el color de sus vestidos, la otra por su estatura... y así su indócil fantasía relacionaba con tan maravillosos artificios los conceptos más disparejos, que luego no sabía qué idea pudo servir de matriz a aquellas sofísticas remembranzas de su memoria.

Estas hipermenesias cerebrales eran seguidas de largos períodos de postración: el pensamiento se esfumaba en el vacío recordando a Matilde, no en puntos concretos de lugar o de tiempo, sino abstractamente, desligada de cuanto no fuese ella misma, flotando ante sus ojos como un ser ideal que no existiese, seduciéndole con sus hechizos y desesperándole con sus infidelidades de mujer casada. Unicamente hallaba alivio entre sus amigos, quienes, ignorantes de sus penas, le hablaban de asuntos diversos, obligándole a discutir; entonces sacudía el quebranto de su espíritu y peroraba apasionadamente, comprendiendo que sólo estas disputas aplacarían al truculento combate que sostenía consigo mismo. Por las noches se acostaba con el recuerdo de Punto-Negro como un niño con

su primera muñeca: se la fingía sentada al borde del lecho, hablándole del porvenir, o dormida a su lado, con el pelo extendido sobre la almohada y la fresca boquirrita entreabierta, intranquila y seriota, cual si continuase satisfaciendo en sueños su eterno afán de discutir; su cerebro experimentaba los primeros delirios del insomnio, y seguro de que sólo la muerte vencería lo que el amor de Punto-Negro no supo allanar, y de que Pablo era su único enemigo redujo la cuestión de su intranquilidad a este sencillo dilema: él o yo... Mas no vaciló entre los términos de tal disyuntiva, y optando el asesinato al suicidio, prefirió el golpe con que se mata al golpe con que se muere: todo se reducía a envasar seis dedos de acero en el cuerpo de Pablo Estrada.

—Le doy una puñalada—pensaba Claudio—, y así ella queda viuda y libre, por tanto, para fugarse al infierno conmigo.

Cuanto más vivía en él este pensamiento más necesario se le antojaba a su bienestar, tanto, que con criminal sosiego, empezó a darse trazas para buscarle a su empresa feliz término y remate. Y así continuó durante varias noches, pasteleando obstáculos, y perfilando detalles, hasta tropezar con un imposible que le disuadió de sus torcidas cábalas. ¿Qué adelantaba deshaciéndose de Pablo si las liviandades pretéritas de Punto-Negro quedaban allí, indestructibles, torturándole siempre que su celosa inquietud las retraía a su memoria...? Todos los amantes confesados por Matilde murieron y ella no tenía que guardarse de ninguno, porque cada cual bajó a su tumba el misterio de su pasión. Pero, ¿les había olvidado ella...? ¿No quedaban todos en su cerebro, inmortales bajo el poético velo que cubre como milagroso cristal, a los sucesos y a los hombres que fueron...? ¿Para qué matar al marido, si luego su

recuerdo aumentaría al de los rivales difuntos y su tortura sería mayor...?

Entonces empezó a rebuscar el remedio de romper con Matilde o de quererla tan ciegamente que se lo perdonase todo, y en lo sucesivo le parecería dechado de perfecciones femeninas y clarísimo espejo de amor y de virtud. Y, discurriendo así, pensó algo que venía a ser la compensación de lo que antes imaginara, pues en vez de restarle a la sociedad un hombre, matando a Pablo Estrada, decidió multiplicarla engendrando en Matilde Landaluce un hijo que les uniese con nuevas y perdurables ligaduras.

No era el proyecto de fácil ejecución, pues las amorosas entrañas de Punto-Negro parecían infecundas desde hacía muchos años. De su matrimonio con Antonio Santero, tuvo un niño, pero el parto se presentó en pésimas condiciones, y como la vida de la madre peligrase, el médico tuvo que sacrificar al hijo, apretándole la cabeza entre los dedos. Aquella operación y el efecto que en el delicado espíritu de Matilde Landaluce produjo la visión de aquel yerto, descoyuntado y sangriento despojo de su amor, fué tan violenta, que no volvió a ofrecer síntomas de embarazo, y permaneció infecunda, sin que sus pasiones ulteriores tuviesen virtud suficiente para despertar el marasmo de sus entrañas.

En todo esto pensó Antúnez, y después de bien vistos y meditados los motivos que facilitaban su paternidad, convino en que, dado el vigoroso temperamento de Matilde y los años transcurridos desde el parto, sus ovarios habrían recobrado su antigua tonacidad y seguramente aquel cuerpo tan bonito que parecía estéril, podría reverdecer y dar nuevos frutos de amor y de felicidad.

El pintor quedó admirado de su descubrimiento, y aquella noche se lo confió a Punto-Negro; hablaron muy poco, aplazando tan sabrosa conversación para la primera entrevista que tuviesen en Madrid; y como transcurrieron varios días sin que Matilde pudiese realizar una escapatoria, la joven tuvo tiempo de aficionarse a la idea de ser madre. Aquel noble anhelo de hacer fecundo su amor, prestó a su cita novedad encantadora.

—Yo quiero que nuestro hijo sea niña — dijo Claudio.

—O niño, tontín, ¿qué más da...?

—No, niña, niña—repitió el pintor—, para que se parezca a ti.

Ella quería que se pareciese a Claudio en los ojos, pero que fuese rubia: Antúnez la deseaba trigueña.

—Siendo rubita — argüía Punto-Negro—, tendrá más de ángel que su madre; ya sabes que a los ángeles siempre los pintan rubios.

Luego discutieron el nombre con que habían de bautizarla, los trajecillos que más favorecían la bonitura de la niña y hasta las condiciones del hombre con quien habían de casarla, cuando fuese una linda moza con mucho garabato en el ingenio y en su personita, y ellos dos abueletes que sólo pensasen en salir por las calles a tomar el sol, cogidos del brazo... De todo hablaron con infantil llaneza, como si el embarazo de la joven fuese un hecho comprobado, y ella no estuviese sometida a los caprichos de Pablo, su esposo y señor natural.

Con estas halagüeñas esperanzas de redención entretuvieron la última decena de julio y gran parte de agosto; pero también aquella conversación quedó agotada, y como no aportó ninguna solución positiva al conflicto en que sus corazones estaban engarzados, la realidad venció a la ficción y los celos retoñaron en Claudio. Esta obse-

sión provenía del cansancio mental, causado por excesos imaginativos y abusos sensuales. Claudio Antúnez, a pesar de su vigoroso temperamento, estaba muy gastado por la funesta trinidad que esterilizaba las aptitudes de tantos artistas: el vino, las mujeres y el trabajo: había bebido mucho, excitando la potencia de su nervioso organismo con el alcohol, y amado hasta la hartura, sintiendo por la hembra como Byron, quien deseaba que todas las mujeres tuviesen una boca, para besarlas y regodearse con todas de una sola vez; y había luchado más que bebió y amó, forzado por sus necesidades y su afán de gloria.

En la vida azarosa de los escritores y artistas, el público sólo estima las obras sobresalientes, aquellas que parecieron conquistar, por sí solas, la inmortalidad para su autor; y lo ignorado, la labor inmensa que el genio realizó en la sombra durante muchos años de amarguísima brega, el libro que no se vendió, el artículo que ningún periódico quiso publicar por atentatorio a su alambicado criterio, el drama que no llegó a representarse, los versos que quedaron inéditos, el cuadro que no se pintó por falta de tiempo o el que, después de pintado, quedó sin vender, todas las miserias innúmeras que forman el avinagrado calvario artístico, pasan desapercibidas, como tentativas baladíes de principiante. El escritor triunfa publicando un libro o estrenando un drama, y el vulgo cree que aquél es su primer drama, su primer libro, y únicamente extraña que haya vencido tan viejo... No recuerda el agrio camino recorrido por aquel genio negado por la ambición, la indiferencia o la envidia; ni las angustiosas estrecheces económicas de aquel hombre que luchaba simultáneamente por la vida y por la fama; ni sus horas de mortal desmayo...

Claudio Antúnez sufría la melancólica postración consiguiente a una lucha incesante de doce años, y esto influyó mucho en la pasión que le inspiraron las maruserías y saladísimos discreteos de Punto-Negro, a quien su cariño metamorfoseó en musa inspiradora; siendo lo más famoso de este trueque o fusión, que su descompuesto magín, andando por ignorados caminos y apercibiendo series misteriosas de retorcidas alegaciones, consiguió hermanar tan perfectamente a la mujer con el arte, que Matildita Landaluce llegó a simbolizar el arte puro, la fuente de toda inspiración y de todo deseo. Y lo más extraordinario fué, que cuando los celos empezaron a entenebrecer las alegres perspectivas de su pasión, convirtiéndola en desconfiada y vidriosa, la quiso a regañadientes, porque aquel amor era una debilidad de su corazón y se le derramaba involuntariamente del palpitante vaso, como se orinan sin querer los que tienen relajado el esfínter uretral.

Las nefandas consecuencias de su juventud dispendiosa, llegaron en tropel: sin causa aparente, su imaginación concebía ideas estrafalarias, asuntos disparatados, figurones monstruosos que Claudio se complacía en pintar, según decía, para solazarse y que acusaban un verdadero decadentismo; otras, animado por la conversación de sus amigos, hablaba elocuentemente, y en sus ratos de soledad, cuando no sabía qué hacer, coqueteaba con el arte de Verdi, poniendo entre las líneas del pentagrama tonadillas extrañas.

De estas genialidades llegó a apercibirse la sagaz y escrutadora mente de Matilde Landaluce, y aunque no entendía un pitoche de medicina, bien se la alcanzaba que muchas dolencias tienen su fundamento en los ascendientes del enfermo; con este pensamiento empezó a repasar escrupulosamente la historia del pintor, retrocediendo hasta llegar a sus padres. Entonces recordó los

fatales antecedentes patogénicos de Claudio, las miserias de su bohemia artística, sus días sin pan, sus noches sin luz y con frío, sus esfuerzos para abrirse camino y triunfar, sus orgías cuando la veleidosa fortuna empezó a empujarle y pudo satisfacer con dinero su afición al holgorio, las enfermedades vergonzosas que padeció y de las cuales conservaba inextinguibles reliquias; todo aquello, en fin, que el enamorado pintor cordobés la confesó en horas de dulce expansión, mientras ella le excitaba a hablar prometiendo referirle antiguos y sabrosos secretillos.

El genio de Claudio Antúnez declinaba. El cuadro de Dante había adelantado muy poco: todo estaba concluído menos la figura del ángel de la fama, para cuya ejecución encontraba Claudio obstáculos invencibles. Primero lo pintó ajustándose al arquetipo femenino que inspiró sus primeras creaciones, hasta que la fortaleza de su amor empañó su ideal de pelo rubio y ojos verdes, hecho, según él decía, con esmeraldas y rayos de sol: después, aquella figura fué emborronándose, los cabellos se tornaron castaños, luego negros, como los ojos; y el cutis, formado de leche y carmín, perdió su nacarado color primitivo, resultando de todo ello un tipo mixto, nacido de la compenetración del ideal antiguo con el novísimo, pero que no llegaba a satisfacerle. En cambio avaloró con briosas pinceladas ciertos detalles que antes le parecían bien; dió mayor serenidad a la venerable cabeza del poeta florentino, más idealidad a Beatriz, mayor esbeltez al cuerpo de aquella pantera que brincaba hacia dentro; y después de tenerlo todo muy bien concluído y retocado, volvió a tropezarse con la figura de aquel ángel que no sabía pintar y delante del cual permanecía absorto, reconociendo la impotencia de su genio decadente, corriendo en pos

de su ideal sin alcanzarlo nunca, como Ulises, tras las costas de Itaca.

Cuando Matilde iba a verle al estudio, Claudio Antúnez la explicaba prolijamente aquellas enrevesadas crisis de su aspiración y su falta de trabajo, que profetizaba una crisis económica cercana... Era la primera vez que Claudio hablaba de negocios a su querida, y lo hizo con tono grave y reposado, como hombre a quien los azares de la vida preocupan hondamente.

—Y entonces, ¿qué haces ahora?

—Me divierto en pintar tonterías; pero por mero pasatiempo, sin idea de lucrarme con ellas...

La condujo a la habitación inmediata, donde guardaba varios lienzos que parecían copias de Ribera; brujas retorciéndose en lúbrica danza, volteado en loco aquelarre alrededor de una figura enigmática; demonios de ojos brillantes y cuernos retorcidos, riendo sardónicamente y mostrando en la obscuridad su doble hilera de dientes blancos y agudos; espectros sin nombre ni clasificación posible, flotando sobre un fondo tenebroso; todo ello ejecutado de prisa, nerviosamente, con una especie de delirio trágico.

El desarreglo mental de Claudio llegó a ofrecer caracteres patológicos indiscutibles. La locura tarda mucho en manifestarse, pero ya iniciada, crece rápidamente, destruyendo los complejos resortes que regulan las actividades sensitiva y razonadora de la red nerviosa; es una especie de tela de araña que aprisiona a los órganos encefálicos, paralizando o dificultando sus movimientos, deformándolos, atrofiándolos, cual si el demonio del vértigo babease sobre la razón sus delirios, para perturbarla y arrastrarla tras sí, uncida al carro de sus quimeras.

La locura del pintor empezó por una idea fija, como la inmensa mayoría de las perturbaciones

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

psíquicas: indudablemente su cerebro, dados sus antecedentes patogénicos, estaba dispuesto a la neurosis, y como las causas eficientes de aquel desarreglo continuaban, tanto más poderosas cuando mayor era el incremento que la belleza y engatusadores hechizos de Punto-Negro adquirían sobre Claudio, los efectos aumentaban en la misma desoladora proporción, acarreando muchas y muy graves complicaciones. La piedra angular donde la locura cimenta sus variadísimos andamiajes, es la idea fija; las ideas fijas son las carcomas que destruyen las milagrosas retortas en que el pensamiento se elabora los animáculos invisibles que barrenan el cerebro, desorganizándolo y consumiendo sus energías en cavilaciones estériles.

La obsesión celosa fué el motivo inmediato de la locura del pintor, sin que por eso pudiera asegurarse que enloqueció de celos; la primera expresión concreta del nefando sedimento que en su cerebro depositaron los desconciertos juveniles; la prístina manifestación donde las revueltas ideas y pasiones que inquietaban sus nervios se cristalizaron. Aquella neurosis provocó otras muchas que surgieron rápidamente, como si las unas tirasen de las otras hasta formar una aterradora falange de manías, augures siniestros de la locura; la enfermedad más trágica de cuantas consigna la patología en su largo catálogo de dolores humanos.

En el cerebro de Claudio Antúnez ocurrió un fenómeno semejante al que sucede en la olla de agua fría puesta al fuego. Este empieza a caldear las paredes del recipiente, luego, las capas líquidas inferiores, dilatándose, inician pequeñas corrientes ascendentes, que a su vez determinan otras descendentes de agua más fría; este ir y venir de moléculas líquidas, bajando unas, subiendo otras, en virtud de la ley del equilibrio

movible de temperatura, es solapado, invisible, se efectúa sin manifestaciones exteriores, y esa agitación misteriosa continúa hasta que la calefacción alcanza cierto grado y del fondo de la masa líquida asciende a la superficie la primera burbuja: aquel globito de aire que sube presuroso, caracoleando, retorciéndose sobre sí mismo como el hierro de un sacacorchos, para estallar no bien toca la atmósfera, es la señal de una alegre germinación de burbujas que trepan en sonora y tumultuosa behetría según la temperatura aumenta, hasta producir en la superficie del líquido, antes tranquilo, un pequeño oleaje: dijérase que todas estaban allí desde el principio, adheridas a las paredes de la vasija, y bastó que una más atrevida se lanzase hacia arriba, para que las otras ascendiesen también, imitando su ejemplo. La ebullición empezó cuando la olla fué puesta al fuego, y, sin embargo, ¡cuánto tiempo transcurrió desde aquel momento hasta que brotó la primera burbuja, si la comparamos con el que luego invirtió la masa líquida en transformarse en fecundo y bullicioso hervidero...!

Así fué la locura de Claudio: doce años necesitó para lanzar su primera manifestación, su burbuja matriz; pero después los casos de neurosis se multiplicaron, como inacabable manantial de delirio: primero la obsesión celosa; luego, la hiperenesia de sus facultades oratorias, que se traducía en una verbosidad infatigable, llena de retruécanos y de imágenes brillantes; sus aficiones grafómanas y musicales, sus crisis lascivas, que le dejaban extenuado y afásico, balbuceando como un niño, y la degeneración de un buen gusto artístico; neurosis todas que cayeron sobre su razón mordiscándola, desgarrándola, como hormigas hambrientas que se reparten una presa fresca y palpitante.

Esta última anomalía fué la que más vivamente impresionó a Matilde Landaluce, para quien la vaguedad del conjunto no aminoraba la precisión de sus detalles.

Claudio Antúnez era un genio *macho*, como Esquilo y Shakespeare: las figuras de sus cuadros eran grandes, sugestivas, ricas en expresión y colorido; sus mujeres parecían arrancadas de los lienzos de Rúbens o de Rembrandt; carnes marmóreas, pomposas y suaves como el alabastro, a quienes la pátina del tiempo no pudo robar su madorosa frescura. Si pintaba retratos, sobresalía como un discípulo aventajado de Velázquez o de Pantoja: los tonos obscuros de la escuela italiana no le seducían, pero a cultivar el género místico, hubiese emulado a Zurbarán o a Ribera. Su genio desigual, levantisco, lleno de ardores y de impaciencias meridionales e incapaz de perfilar demasiado los detalles, no hubiera podido refrenarse y concebir los bajo relieves del Partenón, pero seguramente hubiese hecho algo, semejante a las Pirámides, supliendo así, con la magnificencia del conjunto, la flojedad de los accidentes. Si pintaba un paisaje, ofrecía un campo tapizado de hierba, una casita blanca rompiendo el verde follaje de los árboles inmediatos y un cielo muy azul, bañado en torrentes de luz meridiana; si una marina, despreciaba el gran recurso que ofrecen al artista los accidentes de la costa, y presentaba el Océano en toda su augusta majestad, sin horizontes, unas veces risueño y acariciador, otras encrespado y rugiente; pero siempre solo, sin barreras que refrenasen su poder, con sus olas verdosas y bravías coronadas de espuma, bajo un cielo inmenso como el mar y como él, alegre o ceñudo; eran las dos únicas majestades que Claudio reconocía y gustaba de presentarlas frente a frente, desafiándose a continuar la sempiterna epopeya de

sus combates; y si pintaba cuadros de género, que eran sus favoritos, todas las figuras tenían una belleza clásica incomparable. Era un artista pagano; las mujeres de Murillo le inspiraban tedio, y asco los bufones de Velázquez, con sus rostros abrutados y sus piernecillas torcidas: estaba más cerca de Miguel Angel que de Rafael, y mejor hubiera retratado a Nana Saib, el atlético bandido de las pagodas, que al Bobo de Coria; comprendía los delirios siniestros de Ribera y hasta se creía con alientos para igualarle, pero se ahogaba ante las miniaturas de Madrazo; mosaicos retocados, complicadísimos, llenos de minucias inextricables, como los tapices venecianos del siglo XV.

Su cuadro de Dante imprimió nuevo derrotero a su inspiración, pues, contra lo que de un pintor realista podía esperarse, aquel asunto fantástico compendiaba perfectamente la ficción dantesca. Para todo este mundo disparatado, su imaginación encontró colores, actitudes y expresiones que representaban gallardamente los espectros de aquel lienzo quimérico: mandíbulas dislocadas, riendo con una carcajada histérica eterna, miembros descoyuntados, chorreando sangre: ojos enormes abiertos desmesuradamente por el dolor o el miedo brillando entre las sombras como carbunclos... Y en el aire, Beatriz, personificación del amor ideal, sentimiento místico que Claudio no comprendía; y más allá un grupo de ángeles blancos, jugueteando en un rayo de luz divina.

Aquel cuadro, por sí solo, nada significaba; pero lo que alarmó a Matilde, fué la súbita afición de Claudio a los asuntos disparatados: era una manía estúpida, que estropeó en poco tiempo sus verdaderas aficiones, como aquella que dominaba a Doré, cuyo genio, extraviado por el opio, representaba, sin procurarlo, serpientes en las ra-

mas de los árboles y en los celajes, rostros humanos.

Esta perversión de su gusto artístico, coincidió con otras rarezas de su carácter. Claudio dejó de reír, preocupado por un desasosiego anónimo, que bien pronto se afirmó y robusteció; hasta entonces, jamás había padecido barruntos de tristeza. Dotado de un genio enérgico, que avasallaba con poquísimo esfuerzo a las medianías; hermoso, con gallardía varonil, que secuestraba las voluntades femeninas; galante y presumido, pero sin que su presunción ni su galantería degenerasen en afectado buen tono; descarado con los hombres y locuaz y gaitero con las mujeres, tenía la superabundancia vital, la rétora de energías físicas y morales, que desbordaban de su persona como torrente de alegres notas. Ni en su cuerpo hicieron presa las enfermedades, ni su carácter despreocupado admitió pesadumbres. La vida es la adaptación de los arcos internos a los externos, lo cual supone una lucha constante entre el sujeto y el medio; cuando éste triunfa, alterando el equilibrio, el individuo sufre dolores, nostalgias; y si el sujeto se impone, merced a una mayor acumulación de fuerzas vitales, la salud del cuerpo y la tranquilidad y regocijo del espíritu, son perfectos: el mundo reclamando sus presas para empujarlas al torrente circulatorio de la vida universal, representa el dolor, las lágrimas, la muerte; el sujeto, luchando por la existencia y venciendo, simboliza la alegría, el placer y la risa; por eso la risa es excelente, porque supone acumulación y desbordamiento de energías.

Claudio Antúnez siempre había sido dichoso, aun en sus épocas de negra bohemia, y nadie gozó con más intensidad que él del deleite de vivir. Jamás padeció el influjo depresivo de ninguna negación de la fe; ni sufrió tampoco la fealdad, que es negación de la belleza, ni la cobardía, porque era valiente con ese aplomo que da la convicción de la propia dignidad; ni la envidia, porque nunca imaginó que los triunfos ajenos deslustrasen los suyos; ni la tristeza, que es la tétrica, anémica y ojerosa negación de la alegría, porque las asechanzas del pesar rebotaban sobre la recia cota de malla de su despreocupación. Hasta en su regocijo brillaba su carácter franco y leal; reía sin disimulos, a carcajadas, como un niño en un teatro de fantoches; la sonrisa incisiva, volteriana, que sólo contrae las comisuras labiales, Claudio no la conocía. Siendo pobre, se burlaba de su miseria y del amigo que acudía a remediarle; cuando fué rico, continuó riendo con mayor gana: no comprendía las tristezas de Leopardi, llorando en sus versos su fealdad; ni las nostalgias de Heine, cantando traiciones y veleidades amorosas; ni al pesimista Schopenhauer, atormentado por lo que él llamaba la conjuración del vacío. El mundo le parecía hermoso, y él, que navegaba embarcado en sus esperanzas, sólo vivía para gozar, sin dudas, ni envidias, ni pesares, y si el misticismo le hubiese atraído, sólo hubiera tenido un altar y en ese altar a Momo, el dios de la risa.

Mas cuando los excesos sensuales derrotaron la tonicidad de su organismo, la idiosincrasia moral cambió; el deleite, fatigando las energías medulares, provocó una irritación en las células periféricas; los abusos alcohólicos actuaron perjudicialmente sobre el cerebelo y por reflexión en el cerebro, harto fatigado ya por el trabajo y las vigilias prolongadas con auxilio del café y del tabaco; no había proporción entre los ingresos y los gastos de fuerzas vitales y pensantes; empobrecióse la substancia gris, disminuyeron la ac-

tividad nerviosa y la circulación sanguínea, y sobrevino la anemia.

Aquella primera *negación* física, fué a modo de plantío fecundo y ubérrimo, del cual brotaron a granel multitud de neurosis, y fué perdiendo el arrebato, la fe en su genio, la sed de gloria, la alegría; y tornóse hipocondríaco, ensimismado, con un mutismo que perjudicaba la exaltación interna del pensamiento; y como esta postración convivía con su mayor afición a Punto-Negro, resultó que a ésta convergieron cuantas energías empleaba antes en empresas diversas, cual si Matildita Landaluce fuese la vorágine de un remolino.

Paulatinamente fué olvidando a sus viejos amigos y sus malas costumbres, y encarrilándose en una vida señera y juiciosa, y aburriéndose en todas partes, acudía a Matilde, ansioso de solaz y de grata conversación: ella siempre le recibía amorosamente, demostrando muchos deseos de hablar, y desplegando, para engatusarle, maleantes y gitanescas truhanerías a todo ruedo.

Rara vez hablaron de Amparo Guillén, pero Matilde la temía, porque así como el vicio de la ostentación suele vestir en ciertas damas aristócratas la máscara del altruísmo, así la compasión suele disfrazarse en los hombres con el antifaz del cariño, y en el número de las desgracias posibles estaba, por tanto, el que aquellas relaciones insípidas condujesen al altar. De estas dudas procuraba curarse interrogando mañosamente a Claudio, quien exasperado por las soserías de Amparito y las discretas travesuras de Punto-Negro, vaciaba su corazón confesándose apasionadamente, como un devoto de buena fe.

—Reconozco—decía—que es una mujer buena y muy bonita capaz de satisfacer a cualquier hombre menos exigente que yo. ¿Cómo explicar estas inconsecuencias mías? Yo deseaba que mi

mujer fuese dócil y Amparo lo es como una esclava enamorada de su dueño: si la trato con dulzura, me quiere; si la trato mal, me quiere más, y estoy seguro de que no hay en su cuerpo una gota de hiel para mí: vive pendiente de mis ojos, de mis palabras, sin ideas, ni voluntad, esperando a que yo ría para reír... Y además de ser buena y dócil es bonita. ¿Puedo hacer una apología más brillante de sus atractivos?... Y, sin embargo, no la quiero; su cariño es soso, inexpresivo, mudo, como el que se profesan las palmeras; su docilidad me parece resultado de la miopía de su entendimiento, que cede a mis deseos, no porque piense como yo, sino porque no piensa, siguiéndome pasivamente, como el furgón de cola sigue al tren. Estos defectos, ¿están en ella? ¿Son imaginarios y viven en mí?... ¿Qué importa?... ¡Ay!... yo sería feliz si Amparo me olvidase por otro...

Matilde procuraba consolarle diciendo que aceptase a Amparito, pues era probable que el cariño engendrado por el trato fuese aminorando su justificada antipatía, y con pasmosa sutileza, salpicaba sus consejos de frases que derribaban lo que fingía defender.

—El destino nos ha separado—decía—, y es inútil luchar contra él. ¡Si yo fuese libre y de mis actos no dependiese la vida de mi madre, única persona que comparte contigo los rinconcitos de mi pecho!... yo lo dejaría todo por seguirte, pues como a mi voluntad no la mueve la ambición, a mi virtud no la desmoronan dádivas. En esto, sin embargo, no pensemos; cásate con Amparo, ya que tu caballerosa hidalguía y tu compasivo corazón así lo aconsejan, pero no me olvides... ¡Yo te hubiera también amado tanto!...

Así, continuaba, unas veces quejándose de su fortuna, otras mordiendo a Amparito con sus sá-

tiras, pero siempre mesuradamente, como temiendo ofenderla. Antúnez la escuchaba arrobado por aquel epitalamio que la peritísima y gentil cantarina decía pulsando todas las cuerdas del sentimiento, desde la más infantil a la más romántica; admirando sus ademanes de seductora llaneza, los mohines de su boca, la expresión tierna, ingenua o apasionada de sus ojos, maravillado de ser dueño de un tan rico manojito de encantos; y aunque no era ni rico ni manco del entendimiento, no podía apreciar los sofismas de que la joven se valía para atraerle, ni el regalado artificio con que desplegaba la red barredera que en su fértil ingenio tenía para pescar y rendir corazones.

—No quiero oírte discurrir de ese modo—decía el pintor—, ¿olvidaste lo que hemos tratado?... ¿Y nuestra hija?... ¿Es creíble que renuncies a ella por mi bien?... Te aseguro que mi salvación está ahí, precisamente en esa niña que mi pasión se afana en arrancar a tus entrañas dormidas...

Ella le acariciaba dándole suaves cogotacitos y besándole cariñosa y relamida como un gozquecillo: todo lo olvidaban, su risa espantaba sus penas, y la borrosa figura de Amparo Guillén huía de aquella habitación donde ellos derrochaban su amor con la prodigalidad del que sabe de antemano la riqueza inextinguible del venero.

El verano pasó sin que ningún nuevo incidente desagradable turbase la monotonía de las noches, y cuando empezaron los fríos otoñales, la casualidad preparó los acontecimientos de suerte que Matilde Landaluce reconquistase su antigua libertad.

Ello fué que acertó a visitarla una señora muy devota, a quien doña Carolina y Pablo Estrada tenían en grande estima; se habló de la miseria

que asolaba Andalucía y de los socorros que iban a enviarse. La señora se enfureció diciendo que pobres había en todas partes, y que el Gobierno, ya que se mostraba tan filántropo, debía empezar remediando a los menesterosos de Madrid. Entonces supieron que dicha señora pertenecía a una asociación benéfica que varias damas principales, vecinas de los Cuatro-Caminos, habían formado bajo la advocación de un santo influyente.

—Ustedes no pueden figurarse—decía la buena mujer—lo que trabajamos; la obligación que nos hemos impuesto es durísima y hasta peligrosa, porque muchas veces ignoramos con qué gentes hemos de habérnoslas; pero, en cambio, las bendiciones de esos infelices que, merced a nosotras están vestidos y alimentados, nos hacen olvidar las amarguras y penalidades de la jornada. ¡Eso hay que verlo!... Estamos muy bien organizadas; tenemos una presidenta, elegida por sufragio; vicepresidenta y una secretaria, que anota los ingresos y los gastos que se hacen diariamente, y de los cuales rinde cuentas ante la junta general; estos son los tres cargos que constituyen la dirección; además hay el de inspectora, que es el peor. Las inspectoras son ocho y estamos encargadas de ir de zoco en colodro averiguando la vida y milagros de cada vecino, para evitar sorpresas y no confundir la miseria aparente, nacida de la holganza y del abandono, con la verdadera necesidad...

Todos reconocieron que doña Sofía era una mujer de altísimo mérito, caritativa y trabajadora, y Matilde, que se había quedado pensativa, preguntó:

—¿Es numerosa la asociación?

La interpelada hizo un gesto doloroso que contrajo los músculos de su mofletudo semblante de vieja devota.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No, hija mía—dijo—, desgraciadamente no llegan a cuarenta las personas inscriptas; pues aunque cada cual da mensualmente lo que puede, la caridad impone sacrificios terribles, personalísimos... Estos asuntos requieren un tacto especial; no hay nada tan frágil como el orgullo de los pobres honrados. Si va usted a girar su visita vestida de trapillo, la estiman en poco; si lleva usted sombrero y falda de seda, empiezan a murmurar, creyendo que vamos a insultarles con nuestra riqueza... ¡Y si no tuviésemos otra misión que la de enjugar lágrimas!... Pero a veces topamos con mujeres groseras o con hombres soeces, a quienes el dolor ha quitado todo recato...

Calló, impresionada por sus recuerdos. Matilde Landaluce aprovechó la ocasión para decir:

—Pues cuente usted con una compañera más; yo quiero pertenecer a esa asociación.

Doña Sofía demostró un júbilo extraordinario, y Pablo Estrada alzóse de hombros, significando con aquel gesto ambiguo que no desaprobaba el deseo de su esposa. Fué asunto resuelto y aprobado y doña Sofía se marchó satisfechísima quedando en presentar a Matilde Landaluce a las tres señoras que formaban la junta directiva de la benéfica asociación.

Aquella filantrópica determinación fué el pretexto hallado inesperadamente por Punto-Negro para pasear a su antojo, sin que ni Pablo, ni doña Carolina, pudiesen estorbarla; y aunque la visita sólo se giraba en el barrio, siempre esperaba tener facilidades para huir a Madrid, o mover a Claudio a buscar por aquellas inmediaciones un cuartito donde pudieran reunirse con toda reserva.

De esta serie de felices coincidencias habló Matilde al pintor la primera vez que se vieron, y al fin, tras mucho discutir y a fuer de mujer benigna y conciliadora, convino en que unas veces vendría ella a Madrid y otras iría él a Cuatro-Caminos, repartiéndose así, equitativamente, las molestias del viaje. Todo se hizo según Punto-Negro lo dispuso; Claudio continuó, como hasta allí, sirviéndose de la buhardilla de Antonia Carrasco, y en el Paseo de Santa Engracia, muy cerca de la Glorieta de Cuatro-Caminos, encontró una sobajañí corredora de alhajas, alegre y despreocupada como todas las de su oficio, que le cedió una habitación amueblada con un mirador desde el cual se veía un bonito paisaje.

En aquel nuevo escondrijo, continuaron cosechando el agosto y aun la vendimia de su amor, y así fueron pasando el invierno, sin temores ni grandes contratiempos, cohibidos únicamente por dificultades de poco fuste que, una vez vencidas, servían de poderoso acicate al apetito.

Los excesos orgiásticos de aquella germinación amorosa, agravaron la neurosis del pintor; trabajaba sin deseos, mediante un esfuerzo voluntario muy grande; comía poco, dormía mal y su carácter, de alegre y decidor, tornóse zahareño y arisco. Claudio tenía encerrado el pensamiento en un círculo estrechísimo: su amor y sus cuadros; una pintura amanerada, falta de asuntos y pobre en colorido, informada por un amor enfermizo de neurótico. Matilde, en aquel período, lo era todo para él: la mujer insustituible, la musa inspiradora, la visión truculenta de sus noches...

Pero nada le preocupó tanto como el inexplicable desasosiego que le acometía no bien estaba en una habitación cerrada; era una sensación dolorosa de ahogo, una opresión creciente, cual si una máquina pneumática invisible fuese enrareciendo el aire. Claudio había oído hablar de la claustrofobia o terror de los espacios cerrados; pero estaba muy satisfecho de la solidez de su ce-

rebro, y todo aquello lo atribuyó a un desarreglo cardíaco pasajero. Esta nueva neurosis, sin embargo, continuó aumentando; en la calle nunca le acometía, pero en su estudio tenía que sentarse a trabajar con la puerta abierta, y muchas noches, estando ya acostado, se veía forzado a levantarse para abrir la ventana, y entonces sentía un bienestar íntimo, respirando a pleno pulmón, mientras sus miradas recorrían gozosas el espacio.

Deseando Antúnez procurarse algún entretenimiento que amenizase el monótono programa de su vida diaria, trató de corregir la miopía intelectual de Amparito Guillén, ya que las flaquezas de su corazón le sujetaban a aquella niña.

Amparo era una masa de carne movida por una pasión única: su cariño hacia Claudio. Para ella, ser buena era ser tonta, carecer de deseos, ceder siempre a todo con resignación beatífica; por eso no cuidaba de ser discreta ni graciosa, ni de adobar ni pulir su persona para parecer bonita, porque esto suponía iniciativa, impulsión hacia algo, y no armonizaba con la tontería y el desaliño que ella imaginaba deben tener las mujeres honestas. Como su cerebro no era susceptible de contener dos ideas, su corazón tampoco podía guardar dos afectos: antes sólo amaba a su madre, y cuando conoció al pintor, olvidó a su madre para mejor pensar en Claudio: le quería con la ceguedad del cerebro que no discurre, porque no tiene motivos diversos que le distraigan; y, midiendo los alcances de su novio por los suyos, no pensaba en divertirle, ni atraerle, suponiéndole dichoso a su lado y transido de amor por ella. Sus aficiones armonizaban con su ecuanimidad: repugnaba todo lo que supusiese fuerza o movimiento, y se divertía en coser, bordar y hacer flores, ocupaciones

tranquilas que la costumbre le permitía ejecutar mecánicamente.

Esta pereza, matriz de su incurable sosería, afeaba su conversación. Hablar bien supone pluralidad de conocimientos y de palabras, y un esfuerzo mental para servirse de ello oportunamente. Amparito hablaba con el menor trabajo posible; sabía alrededor de cien voces y este menguado caudal filológico le bastaba para darse a entender, de suerte que las ideas nunca se concretaban en su pensamiento, ni había graduaciones entre ellas; discurría de un modo indefinido, borroso, como los niños, y esto se revelaba en su discurso, que era vago, heterogéneo y sin detalles salientes ni que supusieran un esfuerzo imaginativo mayor. Refiriéndose al pasado jamás precisaba fecha y decía: *una vez*... si al presente, decía: *hoy*... cual si las nociones de mañana, tarde y noche, se resistiesen a acudir a su memoria; y si hablaba de árboles o de flores, usaba los conceptos genéricos, *árbol* y *flor*, sin concretar jamás las especies.

Todas las impresiones las clasificaba en dos grupos: bonitas y feas, según le agradasen o no, de suerte, que para ella había paisajes y olores bonitos y sabores feos. Como era incapaz de atención, desconocía el nombre de las calles, y si Claudio la interrogaba acerca del sitio adonde hubiese ido a pasear, Amparo no sabía qué responderle.

—No sé—decía—, por ahí... fuimos; pero, hijo, yo iba tan cansada, que iba muerta... y nos vinimos corriendo; yo no podía más y la dije a mi madre: vámonos, vámonos corriendo, que yo me muero; y nos vinimos...

Si Antúnez la acosaba rebuscando sus impresiones, ella fruncía el entrecejo o arqueaba las cejas, revelando con aquellos gestos sus esfuer-

zos mentales; y si el paseo le había parecido feo, bonito o largo, siempre lo expresaba del mismo modo, valiéndose de un adverbio comparativo que quedaba sin resolución: — «¡Más largo... más bonito... más feo!...»

El tiempo pasaba, y todo, en apariencias, siguió igual: ni Matilde se resolvía a satisfacer al pintor fugándose con él, ni Amparito cuidaba de escamondar su ingenio para evitar las soserías que Antúnez la reprochaba; y Claudio continuó padeciendo la ineluctable esclavitud a que aquellas dos mujeres le obligaban; sufriendo por la una y aburriéndose con la otra; torturado por los celos, y abatido por el hastío, el continuo trabajo y la sensualidad insaciable de Punto-Negro.

Claudio procuró orientarse en aquel inextricable laberinto de encontrados afectos. Matilde Landaluce era el tiranuelo de sus pensamientos, pero también Amparito le atraía con su abnegación y los encantos de su virginidad no gozada. ¿No sería el cariño de aquella inocente, el primer paso positivo dado hacia su futura redención?... Si Matilde le quería tanto, ¿por qué no renunciaba a todo para irse con él?... ¿No era doña Carolina, quizá, la pantalla que Punto-Negro utilizaba para encubrir su interés y su desamor?...

Entonces Antúnez creyó que debía imitar el ejemplo de su querida, buscando algo nuevo que le distrajera: nada más fácil que casarse con Amparo Guillén y alquilar un hotelito que reuniese cuantas comodidades estuvieran al alcance de su modesta posición: Matilde continuaría siendo para él, lo que siempre fué, y así viviría, contentándose con aquellas migajas de felicidad, ya que no podía conseguir otra dicha mayor.

En todo esto discurría Claudio por las noches, escuchando a los vecinos que ocupaban la habituación situada encima de la suya. Era un matrimonio joven, con un hijo de corta edad, y el pintor sufría comezones extrañas oyéndoles hablar y besarse. Ella se acostaba a la misma hora que Antúnez; su marido volvía más tarde. Claudio, metido en su lecho, permanecía con los ojos muy abiertos, cual si pudiera ver a través del techo lo que arriba sucedía: escuchaba a la mujer ir de un lado para otro, el crujir de sus enaguas almidonadas cayendo al suelo, y la viciosa imaginación se la representaba entonces en camisa, con el seno y las redondas caderas desbordando del corsé: después la sentía orinar, produciendo un ruido clarísimo, alegre, de agua corriente, que repercutía en la quietud de la noche como si el piso fuese el parche de un tambor; y en seguida la oía subir al lecho, y el gemido de los muelles del colchón cediendo al peso de su cuerpo.

Todo quedaba en silencio hasta que el marido volvía: entonces la joven brincaba del lecho; sus talones desnudos producían, cayendo sobre el suelo, un estremecimiento seco, y luego sus pisadas se alejaban lentamente; pasos sigilosos de mujer que camina a obscuras. Después entraban los dos en la alcoba, y el tálamo volvía a crujir; era ella que se acostaba, acoquinada por el frío: él hablaba alto, tosía, pisaba recio y reía a carcajadas; siempre venía alegre y con deseos de prender la hebra con su mujercita... Claudio le sentía quitarse las botas, que caían al suelo con estrépito, y acercarse a la cuna para besar al niño, y la voz de la madre que gritaba colérica: —¡Hombre, no lo despiertes...!

Claudio Antúnez se dormía pensando en el placer que su bullicioso vecino experimentaba ensabanándose en aquel lecho blando que el cuerpo de su hembra había calentado, comparaba aquella felicidad, cuyos regocijados murmullos llegaban a su fría alcoba de soltero, con su vida monótona,

tan pobre en afectos; y oyendo el vaivén de aquella cunita, recordaba al hijo que su pasión quiso engendrar en las estériles entrañas de Punto-Negro, y en que acaso Amparito Guillén satisficiese aquellos deseos de paternidad.

Paulatinamente el pintor fué aficionándose al matrimonio y hallándolo indispensable a su tranquilidad. En sus conversaciones con Matilde Landaluce deslizó ciertas frases en este sentido, anunciando como una probabilidad lejana su enlace con Amparito; la joven le miraba atentamente, y engañándose acerca del alcance cierto de aquellas palabras, alzaba los hombros en señal de sumisión.

—¡Cásate, si gustas!—decía—: yo no he de oponerme a tu boda, porque el cariño no me da derecho para tanto...

El pintor no insistía, temiendo empujar sus explicaciones demasiado lejos, y todo quedaba así. Pero un día se atrevió: fué a casa de Antonia Carrasco; un pequeño incidente le infundió el valor que siempre le había faltado y se confesó de golpe, antes de arrepentirse. Ella le miró de hito en hito, escrutándole el pensamiento con los ojos, mas sin contestar, dudando aún.

—Sí, sí—agregó el pintor respondiendo a aquella mirada—; es asunto convenido.

Entonces la joven, hasta entonces desconfiada y remisa, cedió, persuadida por un mohín de disgusto que contrajo los labios de Antúnez.

—Pero, ¿es posible?...

Palideció y dos lágrimas brillaron en sus párpados.

—Sí, Punto-Negro — repuso Claudio vacilando—; es verdad... Me voy a casar...

XII

Matilde Landaluce volvió a su hotel trastornada por aquella aceda confesión, tan breve, tan dura, que resonaba en sus oídos silbando como un cohete encendido...: — «Punto-Negro, es verdad... Me voy a casar...»

Por primera vez sintió gravitar sobre ella la mano del Destino, arrebatándole su único amante, condenándola al tremendo suplicio de no querer. Aquella noche estuvo nerviosísima, y después de cenar, mientras Pablo trabajaba en su despacho escribiendo varias cartas urgentes, subió a su habitación y se acostó vestida; pero en aquella posición se ahogaba, cual si las vísceras ventrales se hubiesen precipitado sobre la laringe impidiendo la entrada del aire en los pulmones, y sus sienes latían con pertinaz martilleo. Entonces se levantó, arropóse en su mantón y abrió la ventana.

La noche, aunque de invierno, era tibia; las estrellas brillaban intensamente; la luna bañaba los campos con efluvios suaves de claridad lechosa; ni un ruido importuno, ni una ráfaga de aire frío en la tierra; ni una amenaza en el cielo. Matilde acarició con sus manecitas de muñeca su frente ardorosa, gozando la grata impresión del aire libre; luego avanzó de puntillas sobre el zinc de la azotea y fué a apoyarse en el alféizar, oteando la explanada y procurando abarcar la máxima cantidad posible de cielo; después su fantasía se perdió en una meditación de filósofa atea.

Pensó en los mundos que rodaban a millares de leguas y que aparecían, por la distancia, tamaños como luciérnagas: y en la Luna, aquel asteroide muerto, cuyas secas llanuras y picachos es-

tan pobre en afectos; y oyendo el vaivén de aquella cunita, recordaba al hijo que su pasión quiso engendrar en las estériles entrañas de Punto-Negro, y en que acaso Amparito Guillén satisficiese aquellos deseos de paternidad.

Paulatinamente el pintor fué aficionándose al matrimonio y hallándolo indispensable a su tranquilidad. En sus conversaciones con Matilde Landaluce deslizó ciertas frases en este sentido, anunciando como una probabilidad lejana su enlace con Amparito; la joven le miraba atentamente, y engañándose acerca del alcance cierto de aquellas palabras, alzaba los hombros en señal de sumisión.

—¡Cásate, si gustas!—decía—: yo no he de oponerme a tu boda, porque el cariño no me da derecho para tanto...

El pintor no insistía, temiendo empujar sus explicaciones demasiado lejos, y todo quedaba así. Pero un día se atrevió: fué a casa de Antonia Carrasco; un pequeño incidente le infundió el valor que siempre le había faltado y se confesó de golpe, antes de arrepentirse. Ella le miró de hito en hito, escrutándole el pensamiento con los ojos, mas sin contestar, dudando aún.

—Sí, sí—agregó el pintor respondiendo a aquella mirada—; es asunto convenido.

Entonces la joven, hasta entonces desconfiada y remisa, cedió, persuadida por un mohín de disgusto que contrajo los labios de Antúnez.

—Pero, ¿es posible?...

Palideció y dos lágrimas brillaron en sus párpados.

—Sí, Punto-Negro — repuso Claudio vacilando—; es verdad... Me voy a casar...

XII

Matilde Landaluce volvió a su hotel trastornada por aquella aceda confesión, tan breve, tan dura, que resonaba en sus oídos silbando como un cohete encendido...: — «Punto-Negro, es verdad... Me voy a casar...»

Por primera vez sintió gravitar sobre ella la mano del Destino, arrebatándole su único amante, condenándola al tremendo suplicio de no querer. Aquella noche estuvo nerviosísima, y después de cenar, mientras Pablo trabajaba en su despacho escribiendo varias cartas urgentes, subió a su habitación y se acostó vestida; pero en aquella posición se ahogaba, cual si las vísceras ventrales se hubiesen precipitado sobre la laringe impidiendo la entrada del aire en los pulmones, y sus sienes latían con pertinaz martilleo. Entonces se levantó, arropóse en su mantón y abrió la ventana.

La noche, aunque de invierno, era tibia; las estrellas brillaban intensamente; la luna bañaba los campos con efluvios suaves de claridad lechosa; ni un ruido importuno, ni una ráfaga de aire frío en la tierra; ni una amenaza en el cielo. Matilde acarició con sus manecitas de muñeca su frente ardorosa, gozando la grata impresión del aire libre; luego avanzó de puntillas sobre el zinc de la azotea y fué a apoyarse en el alféizar, oteando la explanada y procurando abarcar la máxima cantidad posible de cielo; después su fantasía se perdió en una meditación de filósofa atea.

Pensó en los mundos que rodaban a millares de leguas y que aparecían, por la distancia, tamaños como luciérnagas: y en la Luna, aquel asteroide muerto, cuyas secas llanuras y picachos es-

cuetos brillaban melancólicamente a la luz solar como una tersa y bruñida calavera. Sería curioso averiguar las tragedias ocurridas en aquel satélite abandonado; allí, tal vez, hubo en siglos remotos animales semejantes a los de la Tierra, que alegraron el silencio de las pomposas florestas con sus gritos agudos, y pintadas avecillas que saludarían con gorjeos la salida del sol; y quizás, represando las expansiones de aquella fauna salvaje, hubiese también una sociedad parecida a la humana, con artes, ciencias y ciudades cultísimas; pero la muerte estrujó bajo sus garras las entrañas de aquel mundo pequeñín, apagando su fuego interior, secando sus mares y las corrientes vitales que vigorizaban sus campos, destruyendo su atmósfera, transformando en terrenos calcáreos, polvorientos e infecundos, las que antes fueron lozanas praderas y plantíos ubérrimos; y allí seguía, triste y mudo, con sus torrentes secos, sus volcanes apagados mostrando los negros cráteres como bocas enormes a quienes el último estertor agónico imprimió una mueca eterna; y el dilatado cauce de sus mares sin agua, en cuyas riberas desiertas, erizadas de peñascos, ya no volvería a resonar el eco solemne de sus olas bramadoras; y volteaba un siglo y otro alrededor de la Tierra sujeta a la gravitación, aquella momia gigantesca que un hechicero parecía haber embalsamado y adobado con milagrosos ungüentos, para mantenerla apartada del movimiento rotatorio de la vida universal, cristalizando su forma, como hacían los egipcios con las momias de sus pirámides. Y como esta astronomía fantástica es tan cómoda, Punto-Negro, montada sobre la velocísima Alborak de su imaginación, recorrió diversas constelaciones haciendo observaciones análogas: aquellos mundos, mayores que el nuestro, estarían regocijados y caldeados por los resplandores de otras estrellas: con una flora espléndida y animales superiores a los que formaron la fauna prehistórica de nuestro planeta: y una humanidad inteligente y fastuosa que lucharía por acrecentar su progreso, trabajando y amando más que nosotros, porque la compleja armazón de sus músculos y de sus nervios sería más excelente. Y poco a poco, induciendo unas veces y deduciendo otras, Matilde Landaluce, que tan aficionada era a alambicar las íntimas reconditeces de las cosas y a conocer las sutiles quintas esencias de los pensamientos, fué concretando la finalidad de aquella meditación y asociándola con sus ideas religiosas.

¿Era finita la creación?... Aquellos mundos ¿se moverían en virtud de leyes fatales inherentes a la materia, o su admirable concierto sería obra de un poder inteligente y regulador único de tan portentosa maquinaria?... Meditando esto sentía el vértigo que deben de experimentar los teólogos cuando quieren coquetear con lo incognoscible, o el astrónomo que por primera vez se asoma al poderoso ocular de un telescopio Rosse. Y entonces emparentaba aquella magnitud infinita, con su infinita pequeñez.

Aquel hotelito era una porción tan inapreciable de Madrid, que nadie advertiría su desaparición si ella tenía el capricho de demolerlo; y aquel Madrid magnífico ocupaba una extensión insignificante de España, que a su vez representa bien poco en la superficie del globo, punto microscópico, perdido en la inmensidad de los espacios: y siendo esto así, ¿qué relaciones mediarían entre el cosmos y ella, partícula infinitesimal del mismo?... ¿Era admisible que sus alegrías y sus dolores llegasen a oídos de aquella fuerza inteligente ante quien ella se arrodillaba en la iglesia, todos los domingos?... ¿Qué podían in-

teresarle a aquel espíritu soberano, entretenido en crear mundos pregoneros de su poder, los deseos de un ser que flotaba en la creación como un átomo de polvo en un rayo de sol?...

Estas preguntas cambiaron de sopetón el rumbo de sus ideas: hasta allí se había humillado ante aquel poder consciente que su devoción imaginaba allende los cielos; pero de pronto, excitada por aquella burla procaz del Destino, tuvo un arranque subversivo; deseos de desplegar su ingenio y sus donaires para avasallar y retener el albedrío de Claudio y todo su talante, represar la autoridad de Pablo y auparse sobre los obstáculos vencidos. Era estúpido solicitar de un cielo sordo y vacío de mente directora, la realización de hechos que acaso estuviesen en su mano; y súbitamente sus celos estallaron contra Amparito Guillén, aquel monigote incoloro en quien su orgullo no reparó, que llegaba lleno de contento y ufanía a despojarla de la joya que más estimaba. ¿Era soportable que una mujer sin argumento, insignificante, gurrumina, sin cerebro ni carne, con su inocencia columbina, su humildad perruna y su incurable sosería, fuese la piedrecilla que descarrilase el tren de su felicidad...? Y con los ojos clavados en el cielo infinito y un resto de chulita airada, Punto-Negro levantó sus manos jurando no ceder en aquella demanda en que sus acendradas pasiones y su amor propio iban comprometidos: ella vencería al hado adverso, pulverizando la piedrecilla indiscreta que obstruía su camino, amenazando convertirse en muralla infranqueable...

Entonces oyó a Pablo Estrada que tosiqueaba allá bajo, en su despacho, escribiendo cartas comerciales y afanándose en acrecentar su dinero, mientras ella, tan ajena a los prosaísmos mercantiles de su marido, recamaba el porvenir de placenteras visiones. Mas aquella tosecilla abatió

su inspiración; sintió frío, volvió a su alcoba, cerró la ventana y se acostó.

Desde aquel día Punto-Negro elevó al cubo sus atractivos, aguzando su ingenio para cobrar nuevo valimiento, y ofrecerse a los ojos del pintor más amena y codiciable; de sus celos, de sus pesares, nada dijo, comprendiendo que eran lamentaciones inútiles que aburrían la conversación; ella estaba lastimada pero no quiso contaminar a su amante con sus dolores y se cubrió con la máscara de su optimismo, como los guerreros griegos, al caer heridos, se ocultaban bajo sus escudos para que su agonía no acobardase a sus compañeros. Si Antúnez hablaba de su matrimonio, ella seguía la conversación, preguntando, sondeando el ánimo de Claudio, pero sin traslucir el menor asomo de dolor o de indiscreta curiosidad. Otras veces le aconsejaba acerca de la conducta que debía observar en su hogar futuro, y tras aquellas reflexiones formuladas tranquilamente, volvía a su habitual regocijo, inventando encantadoras diabluras, charlando a cántaros, como si quisiese acentuar mejor las diferencias que entre Amparo y ella mediaban. Entonces su genio desplegaba extraordinarios recursos. Matilde tenía genialidades que sobrepujaban las de cualquiera otra mujer, y era alegre con una alegría sugestiva que rebosaba de sus entrañas y que no tenía que decretarse, como los nostálgicos, que disimulan el tedio frío de su alma con la máscara de la risa. Todo en ella era genuinamente suyo: su fantasía, que todo lo magnificaba y ensalzaba; su conversación inagotable, amenísima; su inalterable buen humor... Siempre llevaba consigo el inapreciable tesoro de su alegría, y con espontaneidad infantil se maravillaba de todo, holgándose con ello, como si realmente se tratase de extraordinarias aventuras; todo le parecía bien, a

todo se allanaba la optimista acometividad de su expansivo temperamento, y su risa, lejos de dimanar del ajeno regocijo, lo provocaba.

Realzando tantos méritos estaba su cuerpo, digno vaso receptor de aquel espíritu excepcional.

Matilde poseía el magnífico secreto de no envejecer, como Ninón de Lenclos, que se entregó al abate Gedony a los ochenta años de edad, dejándole prendado de sus venerables hechizos; ella, como Ninón, burlaba el tiempo, conservándose en perdurable primavera, viciosa, lozana, embarnecida, sin arrugas en el rostro, ni desmayos en el cuerpo, y se acicalaba con el prolijo cuidado y el esmerado desvelo de una vieja coqueta, sabiendo que los secretos del tocador aumentaban el prestigio y valimiento de sus encantos físicos.

Estas exquisitas atenciones reforzaron la enfermiza pasión del pintor.

Su claustrofobia aumentó y la experimentaba a todas horas: Matilde le había oído hablar de esta alucinación, pero cuando pudo comprobarla por sí misma, creyó que su amante se había vuelto loco.

Estaban reunidos en su escondrijo del Paseo de Santa Engracia: la mañana era fría, había nevado mucho y la joven llegó con los pies mojados: Claudio la obligó a descalzarse y a dejar las botitas junto al brasero encendido, para que se secasen; después se desnudaron y se metieron en el lecho; una camita de mujer soltera, corta y estrecha, cubierta por una colchita roja: allí estuvieron largo tiempo divertidos en escudriñar los detalles de la alcoba; los muebles, los cuadros que adornaban las paredes, los visillos que pendían melancólicos a lo largo de la ventana, por cuyos cristales se veía caer la nieve... El friolero recuerdo de la calle aumentaba la agradable temperatura de la habitación; aquellas sensaciones diversas acrecían y refinaban el voluptuoso abandono de Punto-Negro, que yacía silenciosa, quietecita, los ojos fijos en las pupilas de Claudio; después rodeó con sus brazos la cabeza del pintor y le atrajo hacia sí, imprimiendo en sus labios muchos besos largos, sorbidos que producían en él agitación inenarrable.

—No me beses así—murmuraba—, me enloqueces...

Pero ella continuaba: era una succión diabólica, que arrastraba el alma tras sí, y Matilde la hacía con un refinamiento cruel, tanto más grande, cuanto mayor era el desfallecimiento de Claudio: parecía un bdelómetro o uno de aquellos feroces vampiros de que habla la fábula. De pronto, Claudio Antúnez hizo un gesto angustioso y se incorporó.

—¿Qué sucede? — preguntó Matilde

—Me ahogo—repuso el pintor emocionado.

La joven le ofreció un vaso con agua que había sobre la mesilla de noche.

—No quiero beber — dijo Claudio—, no tengo sed.

Sentía un aplanamiento general, como si le hubiesen vestido una armadura de plomo, o una máquina pneumática fuese enrareciendo la atmósfera de la habitación.

—Me ahogo—repitió—, aquí no hay aire; esa ventana y esa puerta cerradas me producen desazón horrible...

Tenía la frente bañada en sudor y saltó del lecho, Matilde lanzó un grito.

—¿Claudio, qué haces...? ¿Te has vuelto loco...?

El se abalanzó a la ventana y la abrió de par en par, recibiendo en pleno rostro el aire helado de la mañana: algunos copos de nieve cayeron dentro de la habitación.

Matilde empezó a tiritar, estornudó y tuvo que arroparse hasta los ojos, haciendo de las colchas reducto aspillerado contra el frío. Después gritó:

—Claudio, ¿qué demonios te aconsejan...? Vas a coger una pulmonía...

El pareció no oírla y continuó delante del balcón, en calzoncillos, respirando con deleite; luego cerró la ventana y se volvió al lecho; estaba muy pálido y su cuerpo temblaba.

—No ha sido nada—murmuró—, ¡ay, Punto-Negro... creí ahogarme...!

Bien pronto ofreció el pintor otros síntomas de debilidad cerebral

Una tarde se reunieron en casa de Antonia Carrasco y Claudio llevó pasteles, ostras y dos botellas de vino manzanilla para alegrar la entrevista. Cuando concluyeron de comer, la segunda botella estaba casi vacía y los dos se hallaban muy contentos; a ella, los labios y las mejillas le echaban fuego; a él, le escocían los ojos, y se los frotaba con el dorso de la mano, pareciéndole que la habitación daba vueltas.

—¿Nos acostamos?—preguntó.

—Sí, dices bien—repuso Matilde—, hace frío.

Empezó a desnudarse con las discretas coqueterías de la mujer elegante que fluctúa entre el pudor y el deseo de agradar. El la contemplaba sin desplegar sus labios, nerviosamente contraídos.

—¿Te gusta esta falda?—continuó ella—antes era preciosa; ahora no me cae bien, porque como he engordado tanto... Chico, los años escriben en prosa vil el poema de la vida... ¡Vamos, que si de repente me volviese loca y saliese a la calle así...!

Se examinaba de arriba a bajo, azotándose las caderas y los muslos, meditando el efecto que su belleza causaría en los transeuntes indiferentes.

Antúnez, poseído de inexplicable temor, no respondió, contentándose con sonreír.

—¿Qué harían los hombres si me viesen desnuda?—insistió la joven.

Ella lo sabía, pero deseaba oír la confirmación de sus presunciones.

—¡Toma!—repuso Claudio—te desgarrarían, repartiéndose tus miembros como carne bendita...

Matilde rió satisfecha: seguramente era épico morir despedazada por la lujuria, en aquel sacrificio monstruoso en que su cuerpo serviría simultáneamente de regocijo a muchos machos enceladados. Luego, cuando ya estuvo en el lecho, Claudio fué a besarla obedeciendo, no al impulso del deseo, sino a su obligación de mostrarse entusiasmado con la mujer que tan graciosamente se le ofrecía: pero la visión de Matilde desnuda le trastornó; temblaba como un calenturiento, y se acostó esperando que el calorcillo le reanimase.

Matilde le abrazó el cuello, estrechándose contra él, mirándole amorosamente, con los ojos encendidos por las primeras ráfagas del deseo; besándole la boca con aquellos besos largos sorbidos, que enajenaban a Claudio. Pero la carne del pintor faltaba siempre; nunca había experimentado encogimiento semejante, y, sin embargo, jamás Matilde le pareció más codiciable. No obstante, permanecía fascinado, perplejo ante aquella trastornadora balumba de sensaciones contrarias, en la que estaban interesados todos sus sentidos, contribuyendo, cada cual en su esfera, a reforzar la intensidad de la impresión voluptuosa.

Para que la sensación se produzca debe haber cierta proporción entre el objeto y el sujeto consciente: si aquél es pequeño en demasía, es probable que pase desapercibido, y si es demasiado grande, ocurre lo mismo, porque ambas circuns-

tancias rompen el equilibrio que rige los fenómenos psíquicos.

Esta falta de proporción era lo único que podía explicar la repentina impotencia de Claudio. Sus ojos apreciaban ciertos encantos de su querida: sus rojos labios entreabiertos por la pasión; sus dientes, fuertes, blanquísimos, de mulata joven: su mirada lánguida, de mujer ardiente: su pelo encrespado, negrísimo, graciosamente recogido sobre la nuca; y mientras sus oídos escuchaban la voz acariciadora de Punto-Negro, sus manos sobajeaban las madorosas turgencias de aquel cuerpo que la pasión estremecía. La vista, el oído, el olfato, el tacto, todos los sentidos contribuyeron a pregonar con tanto vigor la belleza de la mujer, la impresión fué tan violenta, que el fatigado cerebro de Claudio desmayó; el equilibrio entre el objeto y el sujeto quedó deshecho, y la sensación voluptuosa faltó; que el exceso de ilusión produce idéntico efecto que la falta de incentivo, y los extremos de todas las series concluyen por juntarse persiguiendo retorcidos e inextricables vericuetos. La excesiva luz deslumbra y ciega como la obscuridad; la mucha música aturde; los perfumes demasiado fuertes sólo son perceptibles a distancia. En Antúnez ocurrió algo semejante; no pudo resistir el choque de tantas sensaciones y quedó vencido y acobardado: el deseo palpitaba allí, en lo íntimo de su ser; pero era un deseo tímido, sumiso, que no podía sobreponerse, y sus órganos sexuales experimentaban un retraimiento parecido al que sufren los nadadores a la vista del agua fría.

A estos fenómenos, puramente orgánicos, se ligaron otros de carácter reflejo: Claudio tuvo vergüenza de su estado, y su laxitud fué tanto mayor, cuanto más insinuantes eran los halagos de Punto-Negro. Con vertiginosa celeridad pensó en

asuntos diversos y sufrió alucinaciones extrañas, pareciéndole que estrechaba entre sus brazos a una muñeca de cartón... De pronto recordó su situación y quiso serenarse; pero sus esfuerzos fueron inútiles y Matilde llegó a comprenderlo.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—No sé, Punto-Negro... me ahogo.

—Es que no me deseas... que no te agrado ya...

No hizo movimiento ninguno, pero el despecho agitaba su voz y sus palabras tuvieron un acento leve de acritud.

—Te engañas; nunca me pareciste más bonita que hoy, pero, ¡qué diablos...! te tengo miedo...

Ella le miraba, sonriendo burlona.

—¡Cuánto sufro, Punto-Negro!—gritó Claudio exasperado—; no me cabe tu hermosura en la cabeza, ni tu cariño en el corazón, y me encuentro emocionado, como el adolescente que se dispone a catar por primera vez el goloso pecado prohibido... Y el deseo lo siento aquí dentro, en las entrañas, abrasándome como un veneno...

Matilde se puso seria reflexionando que acaso el exceso de ilusión produjera aquel estado depresivo en el debilitado cerebro de su amante; pero no daba en el hito de la dificultad y murmuró:

—¡Es extraño, muy extraño...!

Entonces él, queriendo poseerla, empezó a besarla por todo el cuerpo, con los sibaríticos refinamientos del eunuco que, después de haber sufrido la dolorosa amputación de su virilidad, rindiese a una mujer largo tiempo deseada. Luego se incorporó y acercó su rostro al de Matilde; ella entreabrió los ojos y, sin hablar, suspiró blandamente y le besó en la boca, con un beso terrible de vampiro hambriento; tenía la húmeda boquirrita contraída, los ojos desmayados, brillantes las pupilas; Claudio devolvió aquel beso desesperado

y quedó inmóvil; fué un abandono repentino de su voluntad y de su imaginación fatigadas, se olvidó de todo y sólo pensó en ella... que estaba entre sus brazos, brindándole placeres... Y la reacción brutal, llegó instantáneamente; la hembra volvió a ofrecerse a sus ojos y entonces la poseyó; una posesión intensísima, cual si en ella hubiera querido desquitarse con creces del cruel martirio que sufrió antes de readquirir sus fueros de macho vigoroso.

Aquella anomalía se repitió en las entrevistas siguientes, y como a la vergüenza de su debilidad se aunaba la preocupación constante de la misma, su tormento crecía. Una vez, cansado de luchar contra su carne inerte, dejó la habitación a obscuras para no ver el cuerpo de Matilde, y merced a este aminoramiento de sensación pudo recobrarse; otro día, obtuvo idéntico resultado absteniéndose de desnudarla, para debilitar la impresión táctil; o suplicándole que no hablase, para que la conversación no ahuyentase el deseo sexual. Pero bien pronto su neurosis se recrudeció; pues aunque Claudio podía disimular a su antojo la intensidad de sus emociones, en su cerebro perturbado germinaban miriadas de cerebraciones inconscientes y su imaginación revoloteaba de un punto a otro, distrayendo la atención y evitando la explosión franca del deseo. Todo esto determinaba descargas nerviosas que le dejaban extenuado como si acabase de gozar una noche de amor; le dolían los riñones y la cabeza, se le acentuaron las ojeras, sentía frío; y bien pronto sus antiguas neurosis, la claustrofobia, la afasia y la obsesión del ángel dantesco, reaparecieron con mayores bríos...

—Estoy loco—decía—; esta pobre cabeza no funciona bien y probablemente moriré en un manicomio. ¡Y tú tienes la culpa, Punto-Negro...!

tú, que no me das ese hijo que deseo y que me ama con una pasión prudente, que no quiere compromisos. Los celos no me dan treguas; eres mi obsesión implacable, la pesadilla de mis noches; yo moriré loco y tu serás mi verdugo. ¿Es que la vanidad de tu belleza exige más hombres, más víctimas...? Has matado a dos, ¿necesitas un tercer cadáver...?

Estas conversaciones y los visibles estragos que la locura hacía en el cerebro del pintor, preocuparon a Matilde Landaluce, y como en su espíritu meridional todo lo extraordinario ejercía gran imperio, quiso rasgar el porvenir preguntando a las cartas.

La maravillosa conferencia se verificó en el comedor, después de cenar. Doña Carolina se había acostado y Pablo dormitaba sentado en un sillón, junto a la chimenea, las piernas extendidas y el rostro oculto tras el embozo de su capa; en el silencio del hotel repercutía el isócrono tic-tac de un reloj.

Matilde cogió la baraja con la mano derecha, luego la pasó a la izquierda y empezó a barajar rápidamente y con todo el arte gitanesco que las adivinadoras derrochan en estos ejercicios; despus partió, poniendo encima el montón que antes estuvo debajo, y fué extendiendo los naipes en líneas paralelas hasta formar doce montoncitos. El libro del Destino quedaba abierto: en la primera fila de cartas, y procediendo de derecha a izquierda, estaban el dos y el rey de copas, el as de bastos, el cuatro de oros, el siete y el cinco de espadas; y sucesivamente el dos de oros, la sota de bastos, el nueve de espadas, el as de copas, etc., etc... Aquel dos de copas colocado al revés anunciaba contratiempos, calamidades innumerables, y el rey de copas, apareado con el as de bastos, indicaba pesadumbre y remordimientos.

Matilde Landaluce amoldó fácilmente a su situación tales profecías, porque sus desventuras eran muchas, pues tenía que vivir lejos del hombre objeto de su pasión; y remordimientos... ¡vaya si sufría...! el de no ser buena esposa y verse condenada a sacrificar su virtud a su placer, y el de haberse entregado a hombres a quienes no quiso, emplebeyeciendo y deslustrando con sus livianades la pureza de su apellido... El cuatro de oros aconsejaba prepararse para grandes y arriesgadísimas empresas; el siete de espadas la alegró, porque en el galimatías nigromántico indica próximo nacimiento: el cinco de espadas la dejó perpleja por las múltiples interpretaciones a que se presta, según el estado, edad y relaciones de la persona consultante. Pero era indudable que iba acertando en la traducción de las cartas, porque el ocho de oros que seguía significaba mujer morena; es decir, ella. Matildita Landaluce, a quien se refería toda aquella revelación. El siete de copas no supo comprenderlo; el dos y el seis de oros confirmaban la halagüeña esperanza del siete de espadas.

Entonces se detuvo, repasando los naipes mentalmente, temiendo confundirse; mas no había cuidado; el Destino estaba allí, transparentándose con una claridad de letra impresa.

La sota de bastos anunciaba niños y secretos interesantes que tardarían en descubrirse; la de oros, dolores y escándalos; el nueve de espadas, misa de difuntos... La joven quedó aterrada ante aquella revelación que derribaba el andamiaje de ilusiones que su cabecita iba construyendo; sintió frío, un frío repentino, insano, de supersticiosa, y se frotó los ojos, pareciéndola que las nueve puntas de aquellos puñales pintados punzaban sus pupilas.

Matilde Landaluce creyó que la profecía del horóscopo terminaba allí, y empezó a repasar los naipes consultados. ¡Y no mentían...! Aquel ocho de oros, símbolo de una mujer morena, era ella, que quedaría embarazada muy pronto, según indicaban el dos y el seis de oros y el siete de espadas; este secreto tardaría mucho en averiguarse, si no mentía la sota de bastos, y los dolores que presagiaba la de oros, serían los del alumbramiento... Matilde cerró los ojos sintiéndose feliz; después volvió a examinar los naipes, preocupada por el trágico nueve de espadas, signo de malísimo agüero; y lo miraba obstinadamente, con ojos de loca, queriendo conocer lo irresoluble a través de la delgada cartulina. Mas con lo sabido bastaba, y sólo pensó en el venturoso dos de oros, agorero de su embarazo...

A la tarde siguiente refirió a Claudio Antúnez, cuanto las cartas le habían comunicado.

—¡Punto-Negro! — exclamó el pintor — ¡tú crees en esas truhanerías!...

—Chico, yo... así, así... Pero el vaticinio es tan bonito, que nada se pierde en acariciarlo como verídico. ¡Toma!... ¿Y por qué no habíamos de tener un hijo guapo, fuerte y talentoso como tú?... Nuestro Destino va por ahí.

Así transcurrieron los meses y llegó el de mayo, y Claudio, sumido en un marasmo que las voluptuosas sensaciones alargaban indefinidamente, aplazó su matrimonio con Amparito Guillén hasta principios de invierno, diciendo que sus negocios iban mal y que necesitaba, por lo menos, un semestre, para conciliar su amor con el eterno problema gastronómico de la vida.

De estos secretillos íntimos estaba al tanto Matilde Landaluce, cuya política se reducía a impedir ladinamente que Claudio se casase. Antúnez sentía por Punto-Negro una pasión enfermiza que se renovaba y crecía diariamente. A su jui-

cio, hay mujeres vulgares a quienes se posee de una vez; seres adocenados, simplicísimos, cuyas cortas ideas se conocen en seguida, y cuya belleza se apura en un abrazo, porque no tienen el don de dulzurar el deleite con sabias exquisiteces, y son a modo de sacos de paja o de libros insulsos que se arrojan desdeñosamente después de leídos y sin dejar en la memoria ningún pensamiento; y otras, en cambio, desenvuelven tal gracejo en su trato y tan cortesana truhanería, que siempre ofrecen algo nuevo o, por lo menos, modificado, que sirve el amor de poderoso aperitivo; mujeres inagotables que tienen, como Proteo, la capacidad de transformarse, y trampillas y mágicos resortes y rinconcillos ignorados, como las cajas de doble fondo de los prestidigitadores.

Matilde Landaluce era una de esas mujercitas milagrosas que nunca se poseen. Ella sabía que la eterna mutabilidad de la naturaleza, es lo único eterno, y conociendo que la novedad es la única aliada más poderosa del deseo, hizo con sus atractivos lo que las muchachas hacendosas con sus trajes: que los tiñen, vuelven y modifican de tal guisa, que quede debajo la parte que estaba encima y parezca nuevo lo que anduvo a punto de ser desechado por inservible; y con este propósito remozaba su conversación, y se rendía con un recato que, sin degenerar en ridícula mogigatería, daba a aquel acto tan obstinadamente repetido, encantos que la satisfacción del deseo no podía desvanecer.

—Tu cuerpo—decía el pintor—parece una ilusión; un ideal inasequible que me atrae desde lejos con su mentirosa luz: cada día te encuentro más bonita; hoy no eres como ayer y mi desventura es tal, que nunca puedo poseerte a mi gusto.

Ella, comprendiendo claramente lo que aquellas ansias significaban, reía como mujer que sabe

dominar la situación; y entonces, para concluir de sugestionarle, clavaba en los de Claudio sus ojos perversos, le sujetaba la cabeza entre sus gráciles manecitas y empezaba a besarle lentamente, cosquilleándole las encías y las comisuras labiales con la lengua, procurando morderle los dientes, para que el áspero crujido del esmalte fustigase el deseo con histérica sacudida; soplando dentro de su boca y sorbiendo ávidamente su aliento sofocándole con tenacidad enloquecedora...

—¡Chico, qué bien!...

Matilde continuaba utilizando la benéfica sociedad donde había ingresado, como escudo de salidas, pero cuando se formalizó el verano, doña Carolina y Pablo Estrada se aliaron para no dejarla escapar, y a pesar de sus enérgicas argumentaciones quedó vencida, y sus entrevistas con Claudio volvieron a ajustarse a horas y días determinados.

Los domingos se reunían en su cuartito del Paseo de Santa Engracia; si entre semana Matilde venía a Madrid, arreglaba sus asuntos de modo que la quedase tiempo para ir a casa de Antonia Carrasco, y por las noches se veían, como el año anterior, en la explanada de Cuatro-Caminos, frente al hotel. Cuando Antúnez volvió a vestir la blusa y las alpargatas que estuvieron olvidadas en un armario durante el invierno, y experimentando idénticas impresiones a las que recibiera recorriendo por primera vez aquel camino, llegó al campo de sus peligrosas operaciones y tornó a sentarse en el duro suelo, agostado por los rayos del sol estival. Nada había cambiado: el hotel seguía allí, con su verja, sus pabellones y sus floridas y odorantes enredaderas: Matilde y su familia charlaban con otros vecinos al pie del farol, cuya luz mortecina temblequeaba a impulsos del viento; en la obscuridad surgía medrosa la silueta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

del molino, con sus aspas enormes; allá, en los confines impenetrables, ladraban los perros: encima, las estrellas proseguían en misteriosas eclipses su marcha eterna y triunfante: la misma frescura, los mismos ecos, las mismas escenas en la tierra; en el cielo, idéntica y perdurable majestad: hubiérase dicho que aquel pedazo de la creación no cambiaba y permanecía allí, embalsamado, sustrayéndose, como las momias, al vértigo inacabable de la vida. Claudio Antúnez acudía todas las noches a aquellas citas y regresaba a Madrid muy tarde, entontecido y arrastrando los pies a lo largo del camino polvoriento.

A mediados de agosto, la salud y el buen juicio del pintor estaban tan quebrantados, que Matilde Landaluce, que le estudiaba atentamente, se asustó. Claudio necesitaba placeres tranquilos y un trabajo higiénico, que corrigiese las melancólicas propensiones de su espíritu.

A fines de septiembre, estando una tarde los dos en el estudio, él satisfecho de la docilidad con que sus nervios habían obedecido a su deseo y ella muy ufana de hallarse ahita de amor, Matilde, con una brusquedad que parecía envolver una sorpresa, exclamó poniendo sus manecitas en los hombros de Claudio y mirándole fijamente a los ojos.

—¿Cuándo te casas?...

El quedó perplejo, sobrecogido por la pregunta y buscando una evasiva para no responder.

—Aún no lo sé; el día *menos* pensado...—dijo subrayando la palabra.

Ella no contestó: hizo un gesto de despreciativa resignación, tosió disimulando un suspiro y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¿Por qué lo decías?—preguntó Claudio.

Matilde callaba, con deliberado propósito de

hacerse rogar mucho. Luego murmuró, poniendo en cada frase un prestigioso retintín.

—Me da vergüenza.

—¡Vergüenza, Punto-Negro!... ¿Y de qué?...

—De que me veas la cara mientras hablo.

—¡Famosa ocurrencia! — exclamó Antúnez riendo—, pues, respeto tu aprensión; confiésate con el rostro tapado.

Ella reía también, pero con un gesto forzado de niña mimosa y soboncita; al fin, se decidió.

—Sabrás que la profecía de los naipes empieza a cumplirse: el primer barrunto lo tuve hace nueve días y no quise decir nada para no alegrarte en vano. ¿Entiendes? Creo que vamos a tener un rorro...

Antúnez la cogió por los brazos y la separó un poco de sí, para verla mejor.

—¡Punto-Negro de mi alma!...

Y no se le ocurrieron otras palabras; condensando en aquella alegre exclamación sus anhelos paternales, el excelso regocijo que le causaba la fecundidad de su amor, sus queridos ensueños convirtiéndose en palpitantes realidades.

—¡Chiquita, la magnitud de esa venturosa noticia me atonta!... ¡Ser madre!... Si parece un cuento... ¿Y qué relación hallas entre esto y mi matrimonio?...

La joven se encogió de hombros, como mujer prudente que no quiere hablar.

—Tú—prosiguió Claudio—eres el amor insustituible que llenará con su recuerdo toda mi historia, y el hijo que genere en ti, será el preferido, el hijo por antonomasia, mi mejor obra... ¡Punto-Negro mío...! Desde hoy el sol va a salir sólo para alumbrarme a mí...

Estaba tan emocionado que no podía hablar; ella, sobrecogida también de súbito, rompió a llorar de alegría.

—¡Chico, qué bien!

Desde aquel día, Matilde Landaluce tuvo para Claudio nuevos hechizos, y la interrogaba continuamente por el desconocido ciudadano que preparaba en el claustro materno el equipaje con que había de presentarse en el mundo nueve meses después; y observando la lánguida expresión de su rostro amarillento, sus vómitos biliosos y la pronunciada tumefacción de los pechos, no se atrevía a abrazarla, temiendo lastimarla; la trataba con refinado agasajo, procurando sacar de los detalles más nimios, conclusiones que le asesorasen de la veracidad del embarazo y reía como un chiquillo si ella se quejaba de mareos o de náuseas.

Este suceso modificó poderosamente el carácter de Claudio; la figura de Amparo Guillén se empequeñecía en su memoria, pareciéndole que la dejaba muy atrás, confundida con los primeros recuerdos juveniles, y vivía inquieto, en perpetuo desequilibrio, con el espíritu sumido en un nimbo de ilusiones perladas, esperando algo extraordinario, seguro de que aquella novedad arrastraría consigo otras no menos milagrosas y halagüeñas. Luego, según fué acostumbrándose a la idea del embarazo, tuvo celos de aquel hijo, como antes los tuvo de su madre. ¿Sería suyo...? Y esta duda, tan lógica tratándose de una mujer casada, le aterró; tanto más, cuanto que su delicadeza no osaba preguntar a Matilde acerca de punto tan quebradizo. Su desconfianza creció rápidamente; hasta tuvo vergüenza de haber cogido con tanto júbilo la noticia del embarazo, recelando que la joven se hubiese reído a solas de su candidez, y cuando ella le hablaba de su hijo, Claudio, turbado, no sabía qué responder. Al fin, sus celos sobrepujaron a su miramiento y abordó

la cuestión, si bien con habilidosas pleguerías de doctor en diplomacia.

—Dime, Punto-Negro. ¿Tú crees que ese hijo se parecerá a mí...?

Aunque había expresado su pensamiento con exquisita mesura, Matilde apreció el largo alcance de la pregunta, porque el gesto y la voz temblorosa del pintor desautorizaban el comedimiento de sus palabras.

—Sí, se parecerá—repuso la joven—; es tuyo, tengo esa evidencia inquebrantable.

Entonces, dando a sus confesiones un tono de seductora ingenuidad, le refirió las escenas ocurridas en aquel gran lecho de nogal donde Pablo aventuraba inútilmente tímidas caricias, los motivos que ella imaginaba para disculparse, la repugnancia con que soportaba sus besos y las artes de que se valía para evitarlos.

Los abusos eróticos de Claudio habían relajado de tal modo su tonicidad nerviosa, que sus equilibrios se afianzaron hasta provocar un caso de verdadera locura.

El primer síntoma concreto de enagenación mental apareció después de un mayor exceso de trabajo y de placer.

Salía de su estudio, y al bajar la escalera vió a su izquierda y en el suelo, un agujero negro como una sima; él, sorprendido, retrocedió, miró mejor y no vió nada; entonces continuó bajando, sin explicarse tan extraño fenómeno, y al salir a la calle la visión se repitió; sobre las piedras de la acera, aquel pozo sin brocal le atraía con el misterio poderoso del abismo. La ilusión fué tan completa que Claudio lanzó un grito, creyendo que iba a caer, y durante el paseo la terrible alucinación de Pascal se repitió con insistencia desesperante, obligándole a cada momento a detenerse; en vano quería sobreponerse al terror que

iba invadiéndole, y ante aquel hueco siniestro, sus piernas, paralizadas por el miedo, permanecían rígidas, insensibles a los mandatos imperiosos de la voluntad.

Por la noche, desesperado de estar así y convencido de que todo ello era un antojo, se emborrachó para no pensar. Acostóse muy tarde, con la boca reseca por el ron, y se durmió con sueño intranquilo; después despertó sobresaltado por un ruido que venía del cuarto de arriba. Claudio, completamente despierto, pensaba en Punto-Negro y en su hijo, mientras sentía llorar al hijo del vecino. De pronto le pareció que a su izquierda, en el estrecho espacio comprendido entre el lecho y la pared oscilaba una sombra: cuando más miraba, mejor aparecían los contornos de la silenciosa figura, y sucesivamente fueron bocetándose en la penumbra la cabeza, la curva de los hombros, el busto...

Era un ángel, igual a los descritos en los libros místicos; un ángel negro, con rostro de mujer, que permanecía inmóvil, envuelto en negras vestiduras, las alas plegadas a la espalda y las manos cruzadas sobre el pecho. Aquella mujer era morena; tenía la cabellera crespa y flotante, desplomada sobre los hombros, la frente pequeña, los ojos grandes, los labios delgados, el semblante ovalado y pálido, cubierto por ese tinte amarillento característico de los enfermos del hígado; y sin contraer ningún músculo facial sonreía con expresión mefistofélica, acariciando al pintor bajo una mirada pensativa.

Antúnez cerró los ojos, procurando sustraerse al influjo enervante que en él producía su alucinación; luego se incorporó sofocado por una molesta opresión en la garganta: el ángel negro estaba allí, sobre el lecho, tan cerca, que le tenía

enlazados sus brazos al cuello, y sentía en las mejillas su aliento tibio. Claudio reconoció inmediatamente aquel rostro de mujer que antes, en la penumbra, sólo pudo vislumbrar; era Matilde Landaluce disfrazada de espíritu ultramundano.

La degeneración que la inteligencia de Antúnez hubo de sufrir para engendrar aquella alucinación dantesca es, por lo larga e intrincada, casi inexplicable. Aquel ángel negro, expresión concreta de su locura, era el fruto híbrido de una existencia minada por el trabajo, los excesos imaginativos, los abusos alcohólicos y los deleites; y por eso tan extraña visión tenía reminiscencias de los asuntos que más cautivaron la atención de Claudio: rasgos de Matilde, su obsesión amorosa y perfiles de aquella imagen inspiradora vaga de sus cuadros; formando entre ambas una alucinación terrible, que tenía por estirpe o prosapia las dos grandes preocupaciones de su historia, y que al fin parecían reunirse en disparatado consorcio.

Antúnez contemplaba al ángel negro que por arte mágico había substituído al abismo que le persiguiera durante todo el día, como si la temerosa sima se hubiese cerrado después de engendrarlo. Bien pronto aquella Matilde imaginaria trocóse en una de esas alucinaciones lujuriantes que turban las noches de los eróticos, y que agravan su mal, debilitándoles con mentidos halagos. Claudio experimentó el dulce contacto de sus brazos acariciadores, el calor de su cuerpo, el cosquilleo que en sus pupilas causaba la alocada relampagueante expresión de aquellos ojos seductores, y sintió que su lujuria despertaba, estremeciéndose de pies a cabeza, como si estuviese sometido a una intensa corriente galvánica. Fué una situación difícil que duró pocos segundos; el ángel continuaba silencioso, torturándole con su mirada y su sonrisa; después unió sus labios a los

del pintor; era el beso de Matilde: succión terrible, larga, voraz, que no concluía nunca...

Y cuando el espasmo hubo pasado, la visión desapareció, esfumándose en las tinieblas de la alcoba dejándole apoltronado, jadeante, como si acabase de hacer un gran esfuerzo. Jamás sintió Claudio impresión voluptuosa semejante: porque aquello fué la posesión simultánea de su ideal artístico y de su querida idealizada; la satisfacción de sus anhelos mayores consumada en un instante de vertiginoso deleite; ensueño pecaminoso de púber que distrae el ardor de su represada soltería con legiones fantásticas de mujeres desnudas.

Aquella alucinación se repitió en noches sucesivas y cada vez con caracteres más acentuados: se aproximaba al lecho, cogía la cabeza de Claudio entre sus manos, le enardecía con su aliento, y sólo cuando el deseo carnal quedaba satisfecho, su hipermenesia imaginativa declinaba y el ángel negro desaparecía. El golpe mortal estaba dado, y aquellas alucinaciones eróticas continuas, hirieron la razón del desventurado artista con locura incurable.

Cuando Matilde Landaluce supo la historia del ángel negro, sus efectos y la frecuencia de sus apariciones, quedó aterrada. Aunque ningún otro motivo la hubiese ligado a Claudio, siempre le hubiera querido por ser padre del feto que se sentía rebullir en sus entrañas: aquel hijo tan deseado, que Antúnez formó en un instante de delirio y que probablemente heredaría los desequilibrios mentales de su padre. Discurriendo así, Punto-Negro padecía remordimientos feroces que atenaceaban su pensamiento, y cuando Claudio quería poseerla, ella se resistía.

—¡No, nunca, no quiero! —decía—; bastantes

crímenes pesan ya sobre mi conciencia; mi amor te pierde... ¡déjame...!

Esta catástrofe que su previsión no supo evitar, la aterraba; ella hubiese preferido verle muerto o casado, antes que loco. Comprendiendo que jamás tendría fuerzas para resistir a los deseos de Claudio, procuró conmoverle y asustarle.

—¿No temes — decía — morir sin asegurar el prestigio de tu nombre y sin conocer a tu hijo...?

Antúnez, que ya no ambicionaba laureles, sonreía con la indiferencia resignada de un musulmán.

—Tú vives en mí—respondía—, y si no me matas, me matará el ángel negro que llevo aquí dentro. La vida, Matilde, tiene exigencias brutales: el público que asiste a una corrida de toros, excitado por el sol, la bulla y la sangre, ruge enfurecido: «¡Caballos, caballos...!» Yo, embriagado por tus encantos, pido: ¡amor, amor...! Y cuando me complaces, el deleite espolea mi lujuria y sigo gritando: ¡más, más, más...! ¿Qué quieres...? El amor es un dios inhumano que, como el Meloch de los fenicios, exige víctimas; tú, bien lo sabes, pues mataste a otros. Recuerda que no hay mujer hermosa que no haya emulado a Cleopatra alguna vez, y cumple tu misión, sacrificándome. Dices que desvarío, ¿y qué...? mi gloria eres tú. Cuerdo, te sacrifiqué mi razón; loco, quiero sacrificarte mi vida... ¡Sigue, Punto-Negro, matándome aprisa...!

XIII

Matilde supo la terrible noticia repentinamente. Aquella mañana se levantó tarde y malhumorada, pensando en Claudio, a quien esperó inútilmente en el Paseo de Santa Engracia tres días

del pintor; era el beso de Matilde: succión terrible, larga, voraz, que no concluía nunca...

Y cuando el espasmo hubo pasado, la visión desapareció, esfumándose en las tinieblas de la alcoba dejándole apoltronado, jadeante, como si acabase de hacer un gran esfuerzo. Jamás sintió Claudio impresión voluptuosa semejante: porque aquello fué la posesión simultánea de su ideal artístico y de su querida idealizada; la satisfacción de sus anhelos mayores consumada en un instante de vertiginoso deleite; ensueño pecaminoso de púber que distrae el ardor de su represada soltería con legiones fantásticas de mujeres desnudas.

Aquella alucinación se repitió en noches sucesivas y cada vez con caracteres más acentuados: se aproximaba al lecho, cogía la cabeza de Claudio entre sus manos, le enardecía con su aliento, y sólo cuando el deseo carnal quedaba satisfecho, su hipermenesia imaginativa declinaba y el ángel negro desaparecía. El golpe mortal estaba dado, y aquellas alucinaciones eróticas continuas, hirieron la razón del desventurado artista con locura incurable.

Cuando Matilde Landaluce supo la historia del ángel negro, sus efectos y la frecuencia de sus apariciones, quedó aterrada. Aunque ningún otro motivo la hubiese ligado a Claudio, siempre le hubiera querido por ser padre del feto que se sentía rebullir en sus entrañas: aquel hijo tan deseado, que Antúnez formó en un instante de delirio y que probablemente heredaría los desequilibrios mentales de su padre. Discurriendo así, Punto-Negro padecía remordimientos feroces que atenaceaban su pensamiento, y cuando Claudio quería poseerla, ella se resistía.

—¡No, nunca, no quiero! —decía—; bastantes

crímenes pesan ya sobre mi conciencia; mi amor te pierde... ¡déjame...!

Esta catástrofe que su previsión no supo evitar, la aterraba; ella hubiese preferido verle muerto o casado, antes que loco. Comprendiendo que jamás tendría fuerzas para resistir a los deseos de Claudio, procuró conmoverle y asustarle.

—¿No temes — decía — morir sin asegurar el prestigio de tu nombre y sin conocer a tu hijo...?

Antúnez, que ya no ambicionaba laureles, sonreía con la indiferencia resignada de un musulmán.

—Tú vives en mí—respondía—, y si no me matas, me matará el ángel negro que llevo aquí dentro. La vida, Matilde, tiene exigencias brutales: el público que asiste a una corrida de toros, excitado por el sol, la bulla y la sangre, ruge enfurecido: «¡Caballos, caballos...!» Yo, embriagado por tus encantos, pido: ¡amor, amor...! Y cuando me complaces, el deleite espolea mi lujuria y sigo gritando: ¡más, más, más...! ¿Qué quieres...? El amor es un dios inhumano que, como el Meloch de los fenicios, exige víctimas; tú, bien lo sabes, pues mataste a otros. Recuerda que no hay mujer hermosa que no haya emulado a Cleopatra alguna vez, y cumple tu misión, sacrificándome. Dices que desvarío, ¿y qué...? mi gloria eres tú. Cuerdo, te sacrifiqué mi razón; loco, quiero sacrificarte mi vida... ¡Sigue, Punto-Negro, matándome aprisa...!

XIII

Matilde supo la terrible noticia repentinamente. Aquella mañana se levantó tarde y malhumorada, pensando en Claudio, a quien esperó inútilmente en el Paseo de Santa Engracia tres días

consecutivos. Al salir de la alcoba vió a doña Carolina, cuyas frecuentes neuralgias aumentaban las angulosidades y acritudes de su fatigada senectud: se saludaron secamente, poseídas de inexplicable antagonismo, y bajó al despacho en donde Estrada leía el periódico que acababan de traer.

—Buenos días—dijo la joven al entrar.

—¡Hola!—repuso Pablo distraído.

Ella se sentó en una silla y cogió otro periódico: él añadió sin levantar la cabeza:

—¿Te has enterado del incendio de anoche?

—¿Cómo quieres que lo sepa si acabo de levantarme...?

—Hasta ahora han hallado un muerto y cinco heridos. ¡Qué barbaridad...! No somos nada...

Matilde no le escuchaba, inspeccionando distraídamente los anuncios insertos en la cuarta plana del diario que leía; después, cuando concluyó de recorrer aquellas columnas atiborradas de letra menudita, abrió el periódico e instantáneamente vió el nombre de Claudio Antúnez, sirviendo de epígrafe a un artículo; y sintió una violenta conmoción cerebral y un estremecimiento doloroso agitó todos sus miembros, pareciéndola que el feto había dado un vuelco en sus entrañas, cual si hubiese temido, al mismo tiempo que ella, por la salud de su padre. Pero la curiosidad del amor venció al miedo, y con los ojos desmesuradamente abiertos, empezó a leer...

«Hace tiempo que este artista tan respetado y querido, empezó a ofrecer síntomas de enajenación mental...»

A Matilde le pareció que aquel exordio no concluiría jamás, y leyó el último renglón:

«¡Pobre Claudio...!»

Esta exclamación familiar, tan sencilla, tan triste, descubría la pena del hombre que se despide para siempre de un amigo; y entonces leyó el artículo a saltos, recogiendo palabras dispersas que explicasen pronto lo que buscaba: su dolor era tan grande, la trágica noticia apareció tan de súbito, que no pudo apreciar ninguno de sus detalles: únicamente comprendió que Antúnez se había vuelto loco y que estaba en el manicomio de Leganés. Con esa insensibilidad que sigue en los temperamentos nerviosos, a las grandes explosiones sentimentales, Matilde Landaluce releyó el artículo para comprenderlo mejor, y supo cuanto los médicos alienistas dijeron de la locura de Claudio.

Según el dictamen facultativo, Antúnez padecía de delirio de persecución: la víspera de ser conducido al manicomio, estuvo en su casa almorzando con varios amigos; después, excitado por el vino y la discusión, abrió la ventana y salió al balcón diciendo que se ahogaba; allí permaneció largo rato, inmóvil y cruzado de brazos, contemplando la plaza de Bilbao; de pronto lanzó un grito: —¡Se me escapa esa idea...! Y quiso arrojarse al vacío para alcanzarla. Sus amigos le contuvieron y a duras penas lograron encerrarle en su alcoba. El resto de la tarde lo pasó delirando, diciendo que se ahogaba, que las ideas se le iban y que le dejasen solo cuando viniese el ángel negro; durante la noche su excitación creció y a la mañana siguiente fué conducido a Leganés. El articulista añadía algunas sentidas consideraciones relativas al carácter de Claudio Antúnez y a sus principales cuadros; la demencia le mataba para el arte en el apogeo de su juventud; moría pobre y moría loco: «¡Pobre Claudio...!»

Matilde, sobrecogida de dolor, rompió a llorar.

—¡Yo le maté!—exclamó.

Pablo, aunque no pudo entender esta frase, se levantó sorprendido.

—¿Qué tienes?—dijo.

Y como viese en el periódico el artículo que su mujer le indicaba, se apresuró a leer.

—¡Qué barbaridad!—murmuraba el buen hombre—, ¡qué barbaridad...!

La joven seguía llorando, retorciéndose las manos.

—Siento haberle conocido—añadió Estrada—. ¡Lástima de muchacho...!

Estas exclamaciones exasperaron a Matilde.

—¿Iremos a verle?—preguntó.

—¿A dónde?

—Al manicomio, a Leganés.

—¿Y para qué...? Estás delicada y no te conviene el ejercicio.. De todos modos, con nuestra presencia no ha de curar.

—Pero es un deber de humanidad visitarle; un hombre que no tiene familia, que está allí solo, a merced de los enfermeros que abusarán de su incapacidad cuando sepan que el desdichado carece hasta de amigos... ¿Por qué no he de ir yo...? ¿No vienes tú conmigo...?

Estrada, vencido por las palabras y el ademán suplicante de la joven, cedió.

—¡Si tal es tu gusto, iremos; pero es un desatino!

—No importa, saldremos en seguida, después del almuerzo.

—No, hoy no salimos—dijo él—; mujer, ¿tú también te has vuelto loca?... ¿No ves cómo llueve?... Además, no sabemos si a los enfermos les dejan ver por la tarde.

Matilde, sin saber qué razones alegar en pro de su deseo, se asomó a la ventana del pabellón:

caía una llovizna menuda que durante la noche había enfangado los campos; ¡qué triste, qué amenazador, le pareció aquel cielo plomizo de invierno!... ¡Cuán húmeda, cuán muerta, aquella tierra donde tantas noches satisfizo su pasión sobre el suelo seco, caldeado por el sol!... Estuvo un momento pensativa, la frente apoyada en el cristal, evocando aquellas escenas que parecín muy lejanas. Luego, al salir del despacho, quiso cerciorarse de que al día siguiente realizaría su anhelo de ver a Claudio.

—Conque, ¿iremos mañana? — preguntó mirando a Pablo.

—Bien, mañana o pasado, es igual; eso depende del tiempo...

Durante el almuerzo la conversación versó acerca de la locura del pintor; doña Carolina, en sus mocedades, había visitado el hospital de locos de Zaragoza, y aun conservaba la desagradable impresión que sufrió.

—Me dan miedo y lástima—decía—. ¡Qué verbosidad la suya, qué gritos, qué mirar tan penetrante!... Todavía no he olvidado el semblante de un loco que encontramos al atravesar un patio: venía cargado con dos cubos de agua; al llegar junto a mis acompañantes, levantó la cabeza y miró; pero a mí sola, ¡y de qué modo tan desesperado!... Como si yo fuese la causante de su desgracia...

—Es fácil que mañana—dijo Pablo—vayamos ésta y yo al manicomio; no conozco ninguno y dicen que el de Leganés es muy bueno. ¡Me alegro!... Así, con el pretexto de visitar a Antúnez, nos lo enseñarán todo bien.

—Es muy curioso—repuso doña Carolina—y puede ser que alguna vez os acompañe.

Pablo Estrada encontraba en los dementes algo sobrenatural que le aturdía.

—Prefiero—dijo—estar tísico o tener un cáncer en el estómago, a morir loco. ¡Qué barbaridad!... Los locos me parecen endemoniados; estoy por confesar que más me gustan los idiotas.

Matilde, entretanto, procuraba distraer su dolor comiendo: pero las últimas palabras de su marido la indignaron; a ella le seducían los dementes, quizás porque adivinó que Pablo opinaba con opuesto criterio.

—Los imbéciles—dijo—me repugnan; me producen un malestar íntimo, semejante al que dejan en el estómago los platos mal digeridos: pero los locos me gustan, me atraen, cautivándome con el misterio de su locura; son cabezas desorganizadas que funcionan irregularmente, mas en la turbamulta de sus ideas disparatadas surgen algunas de encantadora novedad, postrimeros fulgores de una razón que se extingue luchando contra el delirio. Todos los hombres de genio tuvieron mucho de locos; en Gounod y Newton, por ejemplo, me parece hallar los inmortales locos de la armonía y del cálculo. Los cretinos no piensan; los locos sí, aunque no quieran, porque su manía ahuyenta el sueño de sus párpados. ¡Ay!... —agregó recordando sus noches crueles de insomnio—, ¡compadezcamos a los que están condenados a vivir pensando siempre!...

El resto de la tarde lo pasó Matilde en su gabinete de costura, sumida en un marasmo de idiota, abrutada por la intensidad de su pena; encendió la lámpara del comedor antes de costumbre pareciéndola que así acortaba la duración del crepúsculo; cenó mal, y cuando por la noche se halló en su alcoba, metida en el lecho, junto a su marido que roncaba, se juzgó casi dichosa.

A pesar del frío, no pudo soportar el abrigo del embozo y apartó las mantas de sus mejillas ardientes; los párpados la escocían de tanto llorar y la sangre golpeaba violentamente en sus sienes.

La lluvia continuaba cayendo con testaruda porfía; Matilde Landaluce la oía chocar contra el piso de zinc de la azotea, y su pensamiento se dilataba por los campos solitarios, recorría las calles de Madrid y llegaba a Claudio, solo y triste, tendido en la tarima de algún cuartito frío, austero y desamparado del manicomio. Su imaginación, oscilando siempre como vela latina, examinaba los diversos períodos de su historia, comparando los años de su primer matrimonio con su presente, huérfano de ilusiones. La parecía que una noche eterna entenebrecía su porvenir y que su cuerpo era una porción de materia inerte condenada a voltear ciegamente sin conciencia ni rumbo: Antúnez, transportado al mundo vidrioso y quimerista de los locos, sería feliz rodeado de ficciones que suplirían ventajosamente a las realidades de la vida; mientras ella quedaba en el mundo horrible de la verdad, sujeta a su madre, a su marido y a su hotel, que era su cárcel; pensando en Claudio y ofreciéndose a otro hombre... Y entonces, viéndose tan sola, rompió a llorar, y lloró mucho y silenciosamente, hilo a hilo, lágrimas que bajaban por sus mejillas abrasadas, cayendo unas sobre el lecho, penetrando otras por las comisuras de su boca entreabierta, cual si pretendiesen aumentar el caudal de hiel que rebosaba de sus entrañas: y lloraba mordiéndose las manos, mesándose el cabello, con el desesperado arrebato de una plañidera. Pablo Estrada continuaba roncando: fuera se oía el monótono ruido del agua cayendo sobre el zinc de la azotea, y del aire sacudiendo los árboles escuetos; así iban pasando las horas y Matilde las sentía repercutir en la campana del reloj del convento, contando sus ratos de angustiosa soledad, como antes mar-

caron impasibles los de sus falaces venturas. Cuando empezaban a filtrarse por los intersticios de la ventana los primeros resplandores del día, Punto-Negro, vencida por el cansancio, fué entregándose al reposo, entumecida de frío, y se durmió con dos lágrimas entre los párpados.

El día amaneció encapotado, pero no lluvioso, y un fuerte levante arrastraba las nubes como veloces escuadrones de fantásticos caballeros. Estrada embullado por el buen cariz del tiempo se resolvió a complacer a Matilde, acompañándola al manicomio; la esperaba paseándose por el recibimiento, vestido con el traje negro de los domingos, tiritando y con las manos metidas en los bolsillos del gabán. De pronto, aburrido, se asomó al hueco de la escalera:

—Matilde, ¿vienes?... es muy tarde.

La joven estaba en su alcoba concluyendo de ataviarse, pálida y ojerosa, con el bonito semblante afeado por el insomnio y el paño del embarazo. Acabó de prenderse la mantilla, recogió sus guantes y su portamonedas y en seguida bajó vestida de riguroso luto, como la viuda que va al cementerio a visitar sus amores muertos.

—¿Os espero para almorzar?—preguntó doña Carolina.

—No—repuso Estrada—, porque volveremos de noche. Ea, ¡adiós!...

Y echó a andar delante, con el paraguas abierto. A las once de la mañana subieron al tranvía que salía de la Puerta del Sol para Leganés. Pablo Estrada se sentó junto a Matilde, el rostro escondido en el cuello del gabán y las manos en los bolsillos. Delante de ellos iban dos militares y el coche se llenó rápidamente de viajeros, mujeres en su mayor parte: todas llevaban algo en las manos, un cesto o un lío de ropas, cual si fuesen a emprender un largo viaje.

Al arrancar el tranvía, la lluvia arreció, empañando los cristales. Estrada, disgustado, masculló una interjección.

—Si sé esto—dijo—, no salimos; ¡al Diablo se le ocurre ir a Leganés con este temporal!...

Ella no contestó y la conversación quedó truncada. Mientras el vehículo bajaba presuroso la rápida cuesta de la calle de Toledo, Pablo Estrada miraba atentamente el aspecto de aquel barrio que apenas conocía: las tiendas de ropas, con chaquetas de pana y grandes fajas de color colgadas sobre la puerta; las sombrererías y zapaterías exponiendo al aire libre algunos géneros deslucidos por la lluvia, el polvo y el sol; los paradores, con sus enormes portalones empedrados de agudos guijarros, y su continuo trajín de arrieros, carros y bestias cargadas: dentro de la plaza de la Cebada resonaba el vocerío mareante de millares de gargantas que gritaban a un tiempo: luego pasaron por delante del Matadero, atravesaron la puerta de Toledo y continuaron descendiendo en dirección al puente. A Estrada le interesó aquel paisaje.

—Esto debe ser bonito—dijo—; en cuanto llegue la primavera tenemos que dar un paseo por aquí.

Matilde, evitando explicaciones, asintió con la cabeza. Los militares que iban delante de ellos, discutían y fumaban; las mujeres callaban, arrebujadas en sus mantones peludos, adormecidas por el frío. Pablo volvía la cabeza a cada momento: primero le preocuparon las estatuas que rodean la plazoleta que precede al puente y en la cual se ejecutaron antiguamente algunos autos de fe; después el puente, con su sólida construcción y sus dos figuras lapidarias mutiladas por los siglos, y el río y los lavaderos... el coche se detuvo al otro lado del Manzanares para cambiar de mulas, y

Pablo Estrada, que se comía la lengua de curiosidad, preguntó:

—¿Cómo llaman a esto?

—Lo llaman—repuso uno de los militares—el barrio del Matadero.

—¿Falta mucho para Leganés?

—¡Anda...! cerca de tres cuartos de hora de camino; antes hemos de cruzar los Carabancheles: primero está el Bajo, el Alto viene después...

Pablo sonreía, pareciéndole que desempeñaba a maravilla su papel de hombre amable que sabe alegrarse a tiempo.

Avanzaban por la carretera donde las herraduras del ganado sonaban como sobre un fangal. Dejaron a mano izquierda el Colegio de Huérfanos de la Unión, y prosiguieron ascendiendo siempre. Por las calles de Carabanchel el tranvía pintaba curvas rapidísimas: las casas se parecían a las de Cuatro-Caminos; casi todas eran de un piso y de mal aspecto; el comercio lo componían tiendas de géneros ultramarinos, tabernas y algunas barberías, sobre cuyas puertas oscilaban a impulsos del viento dos bacías de metal. La lluvia aumentaba, porraceando el techo del coche con furiosa insistencia; la tibia atmósfera formada por el aliento de los viajeros, se había congelado cubriendo los cristales de las ventanillas con un vaho blanquecino que restaba fuerza y alegría a la luz. Pasado el pueblo, atravesaron por un puentecillo de madera el arroyo Butarque, medio seco en verano, pero que entonces corría bravío por su hondo cauce; y siguieron por una larga pendiente que ascendía en pequeñas ondulaciones y cuyo monótono horizonte interrumpían algunos caseríos. Luego cruzaron otras calles: estaban en Leganés, pueblo grande pero de arquitectura mezquina, sobre el cual se destacaba la iglesia con su elevada torre de dos cuerpos.

El coche subió trabajosamente una calle mal empedrada, sembrada de árboles raquíticos, y se detuvo en la plaza de la Constitución; y Matilde Landaluce y su marido se encontraron cogidos del brazo, chapoteando barro y bajo un paraguas que apenas les defendía la cabeza. La plaza era de forma rectangular, sin otro adorno que una farola de cinco mecheros: a un lado había un colegio de niñas que en aquel momento repetían a gritos la lección; después una fábrica de buñuelos, con sus dos puertas adornadas con visillos rojos, y seguidamente el café de Madrid, instalado en una casa de dos pisos y cuatro buhardillas que se recortaban sobre el cielo melancólico. Al frente, estaba el edificio del Ayuntamiento, cuyo reloj marcaba las doce y media.

—¿Qué hacemos?—preguntó Estrada.

—Vamos al café—dijo la joven—; comeremos y nos informarán de lo que debemos hacer para visitar el manicomio.

Entraron y fueron a sentarse a la izquierda, en la mesa que ella juzgó menos visible: el salón era espacioso, con los techos ahumados sostenidos por cuatro columnas de hierro: entre las mesas con piedra de mármol había algunas de tresillo, y en las paredes varios espejos pequeños y tan sucios, que era inútil pretender mirarse en ellos.

Allí supieron, por el mozo que les sirvió el almuerzo, que podían ir al manicomio de una a tres de la tarde, para lo cual bastaba una autorización del director del establecimiento.

—¿Y cree usted que la otorgará?—preguntó Matilde acobardada ante aquel inesperado inconveniente.

—Es posible; además, como ustedes vienen a ver a un enfermo...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Matilde comió poco, achacando a su embarazo lo que era efecto de su pena: Pablo la examinaba atentamente, pareciéndole que estaba hinchada y pálida en demasía. Después de almorzar se dirigieron al manicomio, pasando por la plaza del Salvador, donde está la iglesia, y siguiendo a la derecha por una calle que se retuerce entre los muros del hospital de alienados y una fila de casas bajitas.

El manicomio es un edificio grande, dividido en dos cuerpos por un patio rectangular sembrado de árboles. Un portero con gorra galoneada salió a recibirles.

—Queremos—dijo Matilde—ver a un enfermo que trajeron de Madrid hace dos o tres días.

—¡Ah, sí!... ¿Un pintor?

—Precisamente.

—¿Traen ustedes permiso?

—No; pero creo que el señor director no tendrá inconveniente en concedérnoslo.

—Entonces, esperen ustedes aquí—dijo el empleado—; voy a decírselo a su secretario.

Estaban en un zaguán grande y húmedo, de cuyo techo pendía una farola: la joven, temblando de emoción y de frío, se sentó en un banco; Pablo, según costumbre, paseaba delante de ella, los brazos cruzados a la espalda. Los empleados del establecimiento que pasaban por allí, se descubrían respetuosamente, mirándoles con curiosidad de labriegos provincianos, como si aquellos visitantes inspirasen recelos. Después apareció una Hermana de la Caridad, que les preguntó sin levantar los ojos del suelo:

—¿Los señores deseaban ver al señor Claudio Antúnez?...

Matilde Landaluce se apresuró a responder:

—Sí, hermana, estamos a sus órdenes.

—Bien, bien—repuso la religiosa—, síganme.

—Dile que queremos ver el establecimiento—murmuró Estrada—; entonces, ¿a qué hemos venido?...

Calló, porque junto a ellos pasaron dos religiosas: eran pequeñas, feúchas, con esos semblantes pálidos y gordinflones de la gente que vive a la sombra.

—En este corredor están los enfermos distinguidos, los que pagan—dijo la hermana.

Y agregó, abriendo la puerta:

—Miren este cuarto: así son todos.

Era una habitación grande, estucada y muy clara, con tres camas y un lavabo con espejo y piedra de mármol. En ella había un anciano que se les acercó diciendo:

—Yo le conozco a usted.

Estrada, que permanecía en la puerta sin atreverse a entrar, hizo un gesto evasivo, no sabiendo qué responder.

—¡Ya lo creo que le conozco!—añadió el viejo aturdiéndole con la impertinente mirada de sus ojuelos glaucos—, y usted también me conoce....

—Vaya, hermano—interrumpió la religiosa—, retírese que hace frío...

Y cerró la puerta.

—¡Ah!—exclamó Pablo—¿pero es un loco?

—Sí; el infeliz tiene la manía de conocer a todo el mundo.

En la pared izquierda del corredor había una serie de ventanas que daban a un patio, en el cual paseaban varios enfermos: algunos permanecían inmóviles, la vista fija en el suelo; otros corrían de un sitio a otro, recitando versos; otro accionaba dando órdenes, como aleccionando un pelotón de quintos.

—¡Media vuelta a la derecha; media vuelta a

la izquierda... ! ¡De frente... ! ¡marchen... ! un, dos; un, dos...

—Ese era militar—dijo la hermana viendo la sorpresa con que sus acompañantes miraban a los locos—, perdió el juicio a consecuencia de la caída de un caballo. Aquél fué periodista. El señor Antúnez ocupa un cuarto al final de este corredor; es pobre y no sé cómo le han traído a este departamento.

Matilde estaba tan emocionada que no pudo responder, y se ahogaba como si el feto hubiese hecho algún movimiento hacia arriba y la comprimiese los pulmones.

—Dicen—prosiguió la religiosa—que era un artista de mucho talento.

—¡Oh!—exclamó la joven—; fué y continuará siéndolo... porque indudablemente, recobrará la razón...

La hermana la miró un momento con ese disimulo peculiar de la gente devota: era la primera vez que se atrevía a levantar los ojos, atraída por aquel grito apasionado, en el que su sagaz espíritu femenino creyó adivinar la amarga queja de un amor inconfeso, criminal tal vez.

—¿No habrá peligro en verle?—preguntó indiscretamente Pablo Estrada.

—No, ninguno; su locura es mansa; ¡pobrecillo... ! Cree que le persiguen; dice que todos los días recibe la visita de un ángel. Probablemente se habrá puesto así de trabajar o... ¡vaya uno a saber... ! Cuentan que el mundo es tan malo...

Miró a Matilde de reojo, pero apartó la vista en seguida, avergonzada de aquella maternidad puesta tan de relieve. Después se detuvo frente a una puerta.

—Aquí es—dijo.

Y abrió.

Matilde Landaluce y Estrada quedaron en el corredor, dudando.

—Entren sin cuidado—agregó la religiosa—, no conoce a nadie.

Claudio Antúnez estaba sentado en un sillón, leyendo un libro: al ver a los visitantes se adelantó, saludándoles con exquisita cortesía.

—Supongo, hermana—dijo—, que estos señores vendrán a verme.

—Sí, hermano...

Y añadió bajando la voz y señalando un sofá.

—Siéntense, pueden hablarle de lo que gusten, porque responde muy acorde; únicamente desbarra cuando se acuerda de su manía.

Aquellos instantes fueron para Matilde de insoportable sufrimiento. Claudio estaba metamorfoseado: las arrugas de su entrecejo eran más profundas, los ojos más lánguidos, más tristes, el semblante más demacrado; había perdido la gallardía de sus movimientos y aquella voz áspera, broncínea, de marinero viejo, abatido por la locura que condensó en pocos días la destructora labor de muchos años.

—¿Vienen ustedes de Madrid? — preguntó Claudio.

—Sí, señor—repuso Estrada—; ¿no se acuerda usted de nosotros?

Antúnez frunció las cejas queriendo recordar.

—¡Oh, no es fácil; tengo tantos amigos... !

La Hermana de la Caridad escuchaba la conversación de pie, junto a la puerta, las manos cruzadas sobre el abdomen. Matilde se ahogaba, no pudiendo desatar el nudo que oprimía su garganta. Hubiera deseado estar sola con su amante para arrojarse a su cuello; era imposible que entonces, al sentirse el contacto de sus brazos, no se acordase de ella, de su Punto-Negro, tan querido, tan besado... Claudio, entre tanto, conver-

saba con Estrada, narrándole episodios de su vida artística; se expresaba bien, y únicamente a ratos se advertían las incongruencias de su pensamiento. El pintor refería sus pasados triunfos, su gloria perdida, y su rostro expresaba pesadumbre infinita.

—¡Cuánto, cuantísimo he trabajado! — exclamó—, ¿y para qué?... Mi nombre bajará a la tumba conmigo...

Recordando sus ambiciosos ensueños se parecía a Satanás, el gran proscripto, meditando en el paraíso perdido; o a Napoleón en Santa Elena, llorando su antiguo esplendor, su imperio deshecho. Matilde le contemplaba atónita. De pronto pudo hablar y habló, esperando que el eco de su voz causaría un milagro.

—¡Claudio!...

El pintor la miró rápidamente, estremeciéndose.

—Señora...

Por sus pupilas había cruzado una expresión fugitiva que alteró la pertinaz insistencia de la mirada. Pero aquello pasó y el milagro no se produjo. La joven añadió:

—Claudio, ¿no me conoce usted?...

Su voz temblaba, vibrante, magnética.

—Es probable — repuso Antúnez—; más en este momento... usted perdonará que no recuerde...

Entonces ella rompió a llorar.

—Usted está enfermo—exclamó—, ¿qué tiene usted?...

Había tocado el punto flaco de la demencia del pintor y el desdichado empezó a disparatar.

—Afirman que estoy loco—dijo—y por eso me trajeron aquí; pero juro por la memoria de lo más sagrado que la veo entrar en este cuarto, como por las mañanas veo, desde mi lecho la salida del

sol... Ella es quien origina la fuga de mis ideas...

Miró recelosamente en torno suyo y continuó:

—Esa mujer es mi ángel negro: penetra por cualquiera parte, surge del suelo, atraviesa los muros, desciende del techo, lleva el pelo suelto, viste una larga túnica vaporosa que sólo deja al descubierto las puntas de sus pies, blancos y diminutos, cual copos de nieve: llega de improviso sin ruido, moviendo sus enormes alas, negras y silenciosas como tinieblas... Hace mucho tiempo que me visita: al principio tuve miedo... después, su sonrisa y su ademán me tranquilizaron...

Detúvose un instante y añadió con la voz ahogada del hombre que discute consigo mismo:

—Sí, es ella; su mismo rostro, su boca, sus ojos... aquellos ojos que no pueden olvidarse después de mirados... Es ella, pero no recuerdo su nombre. ¡Oh, maldita cabeza mía!... No me acuerdo... y ella no quiere decírmelo...

Hubo algunos minutos de silencio. Pablo Estrada callaba, sobrecogido por un vago sentimiento de temor supersticioso; le parecía escuchar las confesiones de un hombre extraordinario, que habla con los muertos. El pintor continuó:

—Mi ángel negro viene muchas veces al día; de noche nunca se aparta de mi lado. Entra sin ruido, como la sombra que se desliza por una pared; permanece un instante quieto, apreciando el efecto que su aparición causa en mí; luego sonríe y se acerca... Ya sabéis que mi ángel negro es una mujer; una mujer a quien quise mucho, tanto... que, según aseguran, perdí el juicio por ella, mas de cuyo nombre no me acuerdo... Pues bien, esa mujer de mis ensueños sonríe continuamente, avanza con sus grandes alas negras recogidas, y se sienta a mi lado. Yo no sé cómo la recibo, pues su presencia me infunde miedo y ale-

gría, placer y dolor, frío de cuartana y calor de fragua... Y, no me preguntéis más—agregó excitadísimo y levantándose—; el recuerdo de estas visiones, reales o fingidas, me atormenta mucho, y algo extraño me anuncia que *ella* va a venir. ¡Ah!... si acaso llegase estando ustedes aquí, procuren verla; quiero convencerme de que no es un antojo lo que considero una realidad de hueso y carne...

Y como Matilde hiciese ademán de querer hablar, él continuó:

—Básteles saber que *ella*, me estrecha entre sus brazos y junta su boca con la mía, produciéndome cosquilleos inenarrables; que sus manos acarician mi cuello; que sus ojos, relampagueantes de pasión, me bañan en una mirada de fuego; y sobre tantas impresiones irresistibles, la de aquel beso largo, venenoso que arrebata el juicio; beso de vampiro, que chupa la sangre y mata besando. Y cuando me tiene así, convertido en un polichinela trágico presa de convulsiones epilépticas, abre sus alas y me cubre con ellas. Aquél es nuestro escondite, nuestro tálamo: el tálamo negro donde me asesina, mi lecho de muerte...

Calló y fué a reclinarse en su cama, al otro extremo del cuarto. La religiosa se había vuelto de espaldas para ocultar su turbación; Matilde lloraba, sofocando con su pañuelo sus suspiros. Claudio Antúnez sonreía, luego abrió los brazos, desmazalado, jadeante: era el ángel negro que le enloquecía con su beso eterno... Pablo Estrada aprovechó aquella ocasión para escapar.

—Vámonos — dijo—, vámonos antes de que despierte...

Y arrastró a su mujer tras sí.

Matilde salió tan acongojada que tuvo que beber algunos sorbos de agua para serenarse, y no quiso continuar viendo el manicomio. En la plaza

de la Constitución subieron al tranvía que iba a Madrid; eran las cuatro y media; la lluvia continuaba. Cuando el coche partió, Matilde Landaluce sintió que su hijo se estremecía violentamente. Allá lejos quedaba Claudio, amándola en su frenético delirio, muriendo por ella... y le pareció que las mulas que arrastraban el coche al trote largo, eran las ejecutoras inconscientes del Destino...

Desde aquella fecha, hasta que su embarazo la impidió salir a la calle, Matilde Landaluce estuvo dos veces en el manicomio: fué sola, a hurtadillas de su marido y de doña Carolina, y vió a Claudio, encontrándole siempre más demacrado, más decaído, y salió del hospital con el triste convencimiento de que la desventura del pintor era irremediable.

—Esto aumentó sus remordimientos; durante el día evitaba hablar con nadie, y por las noches su tormento crecía, viéndose expuesta a que los torpes halagos de Pablo envileciesen el duelo de su alma dolorida.

—¡Yo le maté, yo le maté...!—repetía.

Evocaba sus esfuerzos para separarle de la empecatada sociedad de sus amigos, fomentando en Claudio la pasión por el arte y el amor a la gloria, y los agasajos que más tarde desplegó para rendir la carne de Antúnez y retardar su enlace con Amparo Guillén. Todo aquello, ¿fué resultado de una pasión desequilibrada y exagerada hasta el delirio...? ¿Fué efecto de su temperamento sensual, nunca saciado...? Analizando minuciosamente los recónditos elementos primordiales de su pasión, hallaba mucho bueno y mucho malo, y esto último la desesperaba, redoblando su pena. Siempre tenía presente los detalles de su obra destructora. ¡Pobre Claudio...! A cada momento le daba un poco de amor, y en ese amor sin responsabilidad ninguna, un átomo de veneno, por-

que el deleite mata con un beleño que no deja señales. El crimen le preparó su obra a la locura: un crimen horrible vestido de amor y consumado en horas incalculables de caricias y de dulce abandono; traición que escapó a la perspicacia de los tribunales humanos... Recordaba los ataques de afasia que dejaban a Claudio balbuceando como un idiota; su claustrofobia, su impotencia, y no comprendía el ahinco insano con que siguió empujándole al hospital; y recordaba también los gritos suplicantes que el placer extremado arrancaba al pintor:

—¡Déjame, Punto-Negro, me matas...!

¡Oh...! ¡Y con qué fuerza resonaban en su cerebro aquellas frases acusadoras del amante cansado que implora el perdón de un deleite que sus nervios no pueden rehusar...!

El febril estado psicológico de Matilde aumentó de tal modo y determinó desarreglos fisiológicos tan considerables, que la joven hubo de guardar cama. Había entrado en el séptimo mes de su embarazo, y aunque no ofrecía síntomas de alumbramiento, doña Carolina y su yerno decidieron llamar a un médico.

Don José Tarazona era el mejor acreditado en el distrito. Llegó momentos antes de comer, disculpando su tardanza con sus numerosas y perentorias ocupaciones. Era un hombre de regular estatura, delgado, moreno, con el pelo y el bigote teñidos; frisaba en los cincuenta años y vestía de riguroso luto. A pesar del refinado atildamiento de su persona, su indumentaria no correspondía a las pingües ganancias que su gran clientela debía de proporcionarle; sus botas estaban muy limpias, pero harto desgobernadas por el uso, los pantalones demasiado estrechos, ciñéndose ridículamente a las enjutas pantorrillas: la levita excesivamente larga, cayendo más abajo de las corvas. Hablaba lentamente y mucho subrayando cada frase con una mirada y un gesto, ufano de que los circunstantes no le comprendiesen; y, no obstante su empaque de presuntuosa autoridad, Tarazona era un simple practicón que sólo conservaba en la memoria algunas generalidades científicas, con las cuales pretendía reanimar el espíritu del enfermo, deslumbrándole con grandes parrafadas de campanudo tecnicismo.

Cuando entró en la alcoba, precedido de Pablo Estrada, doña Carolina estaba junto al lecho, concluyendo de darle a su hija una taza de caldo. Don José saludó ceremoniosamente y Matilde le recibió sonriendo, tranquila: cual mujercita experimentada que ya sabe lo que son partos. Tarazona pronunció un breve discurso encaminado a ponderar el influjo bienhechor que el buen ánimo del enfermo ejerce en el curso de los padecimientos, y después la pulsó, informándose, de si padecía jaquecas, vértigos, etc...

—Bien, bien,—repetía—, todo eso es normal. Debe usted, sin embargo, sacar fuerzas de flaqueza y comer mucho, ese cuerpo está muy débil...

Deseando cerciorarse de la fecha del embarazo, o por querer ostentar sus conocimientos, manifestó deseos de reconocer a la joven.

—Estos reconocimientos — dijo — se practican por la palpación abdominal, el tacto vaginal o la auscultación obstétrica; yo me serviré únicamente del primer procedimiento, a fin de no molestar a la paciente.

Colocó a Matilde acostada sobre el dorso, con las caderas sobre una almohada y las piernas en semiflexión, y empezó a palparla el abdomen suavemente para determinar la relajación de los músculos ventrales y facilitar el reconocimiento. Maniobraba por debajo de las colchas, con la cabeza levantada y la vista fija en el techo, cual si

aquella actitud le ayudase a recoger mejor sus impresiones táctiles. Pablo y doña Carolina le miraban en silencio.

—El útero está perfectamente — dijo Tarazona—, aquí se perciben algunos tenues movimientos fetales... No me acordé de traer el estetoscopio, y por ahora no podemos apreciar los ruidos del corazón; pero, en fin; con lo visto, basta...

Formuló varias preguntas relativas al estado general de la enferma, recomendándola mucha serenidad de espíritu para recibir los acontecimientos, y se marchó llevándose en una botella los últimos orines de Matilde para analizarlos.

—Quiero saber — dijo — si hay en ellos ese producto que los médicos llamamos kyesteína y que se forma por la oxidación de un principio azoado que siempre hay en la orina.

Pablo Estrada hizo un signo afirmativo y Tarazona salió muy contento de que no le hubiesen entendido.

Aquel estado fué pasando y Matilde Landaluce volvió a levantarse, aunque sus piernas estaban tan débiles, que apenas podían sostenerla en pie: la palidez de sus mejillas exageraba la longitud del rostro; la nariz era más fina; la frente más ancha, como si las cavilaciones hubiesen despoblado las sienes de sus antiguos rizos; los labios menos perceptibles: sólo triunfaban los ojos, grandes, expresivos, revelando con su brillo la incesante labor del pensamiento; entenebrecido por la preocupación de que en un manicomio había un loco que continuaba muriendo de amor por ella y gozándola en fantásticos desposorios.

A mediados del octavo mes de embarazo, el volumen del vientre era tan considerable, que sólo podía andar apoyada en el brazo de Pablo, y tuvo que recurrir al empleo de una faja hipogástrica. Su respiración era trabajosa; sin duda, el

intestino recto, dilatado por la acumulación de materias fecales endurecidas, molestaba al útero, que a su vez oprimía al diafragma y éste a los pulmones: esto la producía sofocaciones, zumbidos de oídos o una leucorrea blanca abundantísima.

Un nuevo desarreglo, motivado por el mismo embarazo, contribuyó a exacerbar la invencible obsesión de su cerebro. Sufrió ataques desesperantes de prurito vulvaris; era una sensación cuya intensidad acrecía de noche: inútilmente procuró distraer su tormento con agua tibia; el deseo volvía con mayor ahinco, ahuyentando el sueño, y entonces discurría en su amante loco, mientras Pablo dormía tranquilo a su lado, roncando con la cabeza metida en un gorro negro de algodón. A ratos sentía necesidad imperiosa de consolarse viendo las chucherías que conservaba de Claudio y leyendo sus cartas. Entonces, alegando un pretexto cualquiera, se encerraba en su dormitorio y abría un departamento oculto de su lavabo: allí había cintas descoloridas donde Antúnez escribió fechas ya lejanas; mechoncitos de pelo, flores marchitas, retratos, alfileres... todo eso, en fin, que forma el enigmático alfabeto de los amores muertos; y muchas cartas; unas largas, escritas con tinta, otras pequeñas, trazadas con lápiz, rápidamente, en un trozo cualquiera de papel; pero todas apasionadas, vehementísimas, como las de Werther a Carlota.

Una de las últimas decía así:

«Tú no eres para mí la querida viciosa que divierte, ni la vieja amiga a quien referimos nuestras ansias, que rió y lloró con nosotros y nos fortificó con sus consejos: tú eres todo eso y algo más, que no acierto a decir. No sé cómo explicar mi pensamiento. Dime; ¿nunca, después de larga ausencia, visitaste un sitio donde fuiste feliz, y oído músicas olvidadas, y aspirado añejos y que-

ridos perfumes?... Pues bien, algo semejante experimento yo a tu lado: tú eres para mí, pobre peregrino que no supo querer el sitio en que naciera, porque la suerte le impulsó a viajar demasiado pronto, el pedazo de tierra donde empecé a vivir, porque en tus brazos aprendí a amar; tus halagos, escandecieron mis entrañas: tus palabras, fueron un conjuro inexpresable que ahuyenta mis tristezas; el eco de tu voz, una armonía sujestiva que conmueve mis nervios y es para mí, lo que el rumor del Océano para el viejo marino que vuelve a la costa tras prolongado destierro; lo que las melancólicas vibraciones de la campana del pueblo, para el caminante que torna a su hogar, pobre y rendido; lo que una malagueña para el andaluz que sueña bajo el cielo brumoso de Londres con las sierras alpujarreñas bañadas por el sol... Sí, Punto-Negro; tú eres eso, ¡todo eso!... y algo más...»

El carácter violento y romántico de Claudio se traducía tan bién en su estilo, que leyendo aquellas cartas creía Matilde oírle hablar y ver sus movimientos impacientes, su modo de sentarse, los gestos de su rostro expresivo, caleidoscopio animado que reflejaba sin disimulo los pensamientos de su cerebro.

Entre tanto, la joven veía indiferente acercarse el momento del parto, como si aquel hijo tan esperado ya no la importase: y miraba tristemente a su madre, muy atareada en preparar las ropas de su nieto.

—¡Quién iba a decirme—exclamaba doña Carolina bromeando—, que a mi edad tendría que ponerme las gafas para coser camisitas de niño...!

Pablo Estrada, oyéndola, solía sonreír con la fatuidad del hombre que tiene conciencia de su obra y vive satisfecho de sí mismo.

Una mañana la joven empezó a ofrecer síntomas alarmantes de alumbramiento: había pasado una noche intranquila, volviéndose ya de un lado, ya de otro, sin saber qué postura adoptar, atormentada por los primeros dolores del período de dilatación: después de desayunarse experimentó un desasosiego en el bajo vientre, que la obligó a ausentarse, y que bien pronto se convirtió en dolor agudo. Resistió mucho tiempo sin quejarse, aferrada convulsivamente a los brazos del sillón y la vista fija en el suelo: doña Carolina y su yerno, de pie junto a ella, la observaban.

—¡Id a buscar a Tarazona! — exclamó de pronto Matilde.

La anciana se acercó a su hija y la besó en la frente, con ese interés que liga a las mujeres en los grandes dolores: ella también había parido y sabía cuán terrible es esa tragedia de la carne.

—¿Estás muy mal?—preguntó.

—¡Oh! sí, sí... ¡muy mal!

Quiso levantarse y no pudo; doña Carolina llamó a Juliana, y entre ésta y Pablo, trasportaron a la joven a su dormitorio: allí la dejaron en pie, asida a uno de los pilares de la cama.

—Juliana irá en busca de don José—dijo Pablo.

—No, ve tú mismo y que Juliana se quede aquí; la necesito.

Estrada salió apresuradamente, y Matilde, acongojada por un violento dolor, reclinó la cabeza en el seno de su madre. Pensó en el tormento de sus entrañas que se desgarraban; en la inutilidad de su vida sin ilusiones; en aquel hijo que ya no podría ofrecer a Claudio, y en lo estéril, por tanto, de su sacrificio; y presa de mortal congoja rompió a llorar.

—¿Qué tienes?—preguntó su madre, abrazándola—, ¿qué tienes...?

—¡Oh mamá, mamá...! ¡Cuánto sufro...!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

Cuando regresó Pablo Estrada, acompañado del médico, Matilde continuaba de pie, asida convulsivamente a un pilar del lecho: su madre y Juliana la sujetaban por los hombros, fortificándola con sus consejos: ella no se quejaba, pero la expresión alocada de sus ojos y la súbita demacración del rostro, revelaban la intensidad de su padecer. Al entrar en la alcoba, Tarazona, se detuvo, observando el cuadro.

—¿Cómo está la enfermita?—preguntó.

—Mal, don José, muy mal—repuso la joven, procurando serenar el nervioso temblor de su voz.

—¿Cuándo comenzaron los dolores de dilatación?

—Hoy, entre tres y cuatro de la madrugada...

Tarazona consultó lentamente su reloj, como hombre que sabe apreciar el valor de los minutos.

—Suponiendo que fuese a las cuatro—dijo—, lleva usted seis horas así... y me extraña, porque las multíparas no suelen retardarse tanto...

Y añadió, dirigiéndose a Pablo, que le miraba:

—En eso influye mucho la debilidad de la paciente.

Acercóse al lavabo, apartó los botecitos de esencias y empezó a colocar los objetos que tenía envueltos en un trozo de franela blanca: varios papelitos de cornezuelo de centeno, un frasquito con cloroformo, dos cordones de hilo encerado, destinados a ligar el cordón umbilical, una esponja, una sonda, el tubo laríngeo... los forceps que quedaron ocultos bajo un paño; y sin apresurarse se quitó la levita y los puños de la camisa, dejando al descubierto los antebrazos: permanecía delante del espejo entretenido en aquella operación, contemplando a la parturienta con la tranquilidad

del comadrón viejo que sabe restar de los quejidos un noventa por ciento.

Después dijo:

—Necesito un limón, estopa, vinagre, aceite, la venda para fajar a la madre y muchos paños; todo ello debe estar aquí, porque luego, con el aturdimiento, no podrán ustedes encontrar nada. ¿Hay agua caliente?... También la necesitaré más tarde, para lavar la criatura.

Juliana salió a cumplir las órdenes del médico; doña Carolina tenía cogida a su hija por los brazos y la animaba con besos y palabras de resignación; Pablo, comprendiendo su inutilidad, permanecía junto a la ventana, deseando que le mandasen para obedecer en seguida. Los dolores del parto se acentuaban: Matilde sentía que algo muy duro, muy poderoso, descendía desgarrando los profundos de su ser, o se detenía, cual si de pronto faltase la fuerza impulsiva; y cada uno de aquellos movimientos iba acompañado de una desconsoladora impresión en el empeine y en las caderas. Un dolor más agudo que los otros la sorprendió, arrancándola un grito que resonó lúgubremente en la habitación silenciosa. Tarazona se acercó.

—¿Sufre usted mucho?

—Sí, muchísimo...

Entonces él colocó su mano izquierda sobre el vientre de la joven, mientras con la derecha oprimía fuertemente la región sacra a cada nuevo dolor, dejando de apretar cuando la punzada disminuía. Matilde Landaluce le miró con tal expresión de gratitud, que conmovió al médico.

—¿Siente usted consuelo?— preguntó sonriendo.

—Sí, mucho; ¡qué bueno es usted!...

—Pues nada—agregó don José dulcemente—; a pujar con fe y tener confianza en mí.

El parto, sin embargo, no avanzaba, y Tarazona quiso reconocer el cuello del útero, para asegurarse de la posición exacta de la criatura. Hincóse de rodillas delante de Matilde y, sin levantar las faldas, metió su mano derecha por entre los muslos de la joven, llevando el dedo índice untado de aceite y extendido horizontalmente, buscando el surco de las nalgas; una vez en él, deslizó el dedo de atrás adelante, y al encontrar la comisura posterior de la vulva lo introdujo suavemente siguiendo la curvatura de la vagina, hasta quedarse con el pulgar extendido sobre el pubis y el antebrazo colocado verticalmente. Doña Carolina observaba a su hija fijamente, deseando conocer en su rostro sus sensaciones; Pablo Estrada miraba también, un poco disgustado por aquel reconocimiento tan íntimo, cuya necesidad no comprendía, y al cual su mujer se prestó sin protestar.

—El parto—dijo Tarazona levantándose—parece ofrecerse bien, pero hasta que los dolores expulsivos no empujen al feto fuera de la matriz, no puedo augurar nada... ¡Quién sabe!... Tal vez haya algo de inercia uterina...

Después, mientras fumaba un cigarrillo que Pablo le dió, se puso a disertar, diciendo que la pelvis está formada por la reunión de los huesos ilíacos, y que parece un embudo vuelto hacia arriba: luego se extendió en consideraciones acerca del feto y de las túnicas que lo envuelven.

—El feto—decía—tiene, generalmente, cincuenta centímetros de longitud, y vive en la matriz rodeado por las membranas, caduca, corión y amnios; entre estas dos últimas forman un saco sin abertura que ustedes conocerán con el nombre de bolsa de las aguas, en el cual hay un líquido sero-albuminoso, llamado amniótico, cuya función capital es la de librar a la criatura de las compresiones y golpes que pueda sufrir la madre. ¡Oh...! La Naturaleza sabe más que nosotros...

Nadie respondía y sus palabras quedaban resonando en el aire.

—El feto, cuando está en la matriz — agregó Tarazona—, forma una masa ovoidea, con el tronco encorvado hacia adelante, los pies aplicados sobre las piernas, éstas sobre los muslos y los muslos sobre el vientre y la cabeza y los bracitos doblados sobre el pecho. Casi siempre está cabeza abajo y esta actitud obedece, no a un movimiento instintivo del nuevo ser, como afirmaban ciertos autores antiguos, sino a que flotando la criatura en el líquido amniótico y siendo la cabeza la parte más pesada del cuerpo, es natural que quede debajo, pues la gravedad...

Iba acontinuar cuando un segundo grito de Matilde le detuvo, obligándole a arrojar el cigarrillo.

—¡Apriéteme usted aquí como antes—dijo la joven—; me duele mucho...!

—Bien, bien, yo la favorezco; pero usted tiene que ayudarme a mí; sea valiente y en cuanto venga el dolor puje usted y mantenga el esfuerzo... Alégrese usted de sufrir; eso indica que la matriz está en buenas condiciones y que la criatura desea nacer. Veamos: ¿ahora viene el dolor...? Ea, valiente; arriba con él; ¿pasó ya...? Bueno; ¿otro...? mejor... así, así, seguido... Esa boquita cerrada; andando...

Y mientras ella pujaba, él la oprimía vigorosamente la región sacra, mitigando con su esfuerzo bienhechor la cruel intensidad de las punzadas.

A la una de la tarde, Tarazona, viendo que el parto no adelantaba, obligó a Matilde a tomar, para reanimarse, dos tazas de caldo y una copita de vino generoso.

—Y ustedes—añadió encarándose con doña Ca-

rolina y su yerno—vayan a almorzar ; es indispensable que todos estemos ágiles y dispuestos cuando llegue el momento decisivo.

A media tarde comenzaron los dolores expulsivos : Matilde estaba desfallecida, aniquilada por aquel rudo batallar de tantas horas ; anhelante, con la frente cubierta de sudor y las pupilas inmóviles, vidriosas, de los calenturientos : únicamente la sostenía su voluntad, su inquieto geniecillo que no quería rendirse a la fuerza aplanadora del dolor. Parada junto al lecho, las piernas un poco abiertas y las arterias del cuello dilatadas por el esfuerzo, pensaba en Claudio, para ser menos accesible al sufrimiento físico evocando sus secretos pesares y sintiendo así una especie de consuelo, cual si aquella tortura fuese la expiación de su crimen.

Tarazona quiso practicar un segundo reconocimiento. Aquella vez la operación fué más larga : el médico callaba como si toda su inteligencia estuviese condensada en los dedos de su mano derecha, y doña Carolina y Estrada le veían mover el brazo bajo las faldas de la paciente, avanzar, encogerlo, sin hallar lo que buscaba. Luego se levantó y fué a limpiarse las manos en una toalla : en su semblante, contraído por secretos pensamientos, se adivinaba la perplejidad del hombre que batalla con un problema que no sabe resolver.

—¿Y bien?—preguntó Pablo.

Tarazona iba a hablar, pero vió los ojos de Matilde, de su madre y de Juliana, fijos en él, y recordó el aplomo que los libros de parto recomiendan a los comadrones.

—Por ahora—dijo—el feto se presenta bien...

Pero dudaba y volvió a ensimismarse.

—Siento que un líquido me corre por los muslos—exclamó Matilde—, ¿será sangre?...

Don José volvió a hincarse de rodillas delante de ella, para examinarla.

—Ayúdeme usted—dijo a Estrada—, haga lo que yo ; poner la mano derecha en la región sacra y apretar lentamente y según el dolor aumente. Estamos en el período más crítico e importa aprovechar las energías de la paciente.

Todos se agruparon a los pies de la cama. Juliana y doña Carolina sostenían a Matilde por detrás ; Pablo la oprimía según el médico le indicó, y Tarazona continuaba de rodillas, reconociendo los movimientos de la criatura que avanzaba trabajosamente. La joven empezó a gritar, acobardada por tanto suplicio ; de pronto, ahogó sus quejidos metiéndose un pañuelo en la boca y sus lamentos fueron sordos, prolongados, como los del que muere por asfixia. En aquel momento Tarazona, asustado por el curso difícil del parto, se decidió a romper la bolsa de las aguas, sin prever que dada la posición dudosa del feto, acaso necesitase practicar alguna versión difícil que el líquido amniótico favorece.

—Traedme una palangana — dijo imperiosamente.

Juliana acudió en seguida.

—Abra usted las piernas—agregó dirigiéndose a Matilde— ; más, mucho más... necesito operar con libertad.

De súbito retiró la mano y una gran cantidad de líquido cayó en la vajilla ; la bolsa de las aguas estaba rota.

—Ahora, a pujar—dijo—, a pujar mucho y seguido.

Pero viendo que la joven, a pesar de su decisión, ya no tenía alientos para seguir, empleó otro procedimiento que, en casos tales, produce resultados decisivos. Hizo que Pablo Estrada se sentase en una silla, con las piernas abiertas, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encima, de espaldas a él, sentaron a Matilde, de suerte que sus muslos descansasen sobre los de su marido: él se colocó delante de ellos, en otra silla y también con las piernas abiertas, sujetando con sus rodillas las de la paciente; Juliana, como más forzuda, se puso detrás de Tarazona, llevando en las manos una toalla doblada en forma de zurriago. Pablo sujetaba a su mujer por debajo de los sobacos, de tal manera, que, sin llegar al vientre, no la lastimaba los pechos; y Matilde, siguiendo las indicaciones del médico, cogió con ambas manecitas la toalla. De este modo, cuando venía uno de los dolores expulsivos, Pablo Estrada oprimía el cuerpo de Matilde contra el suyo, Juliana tiraba hacia sí y la joven sometida simultáneamente a la acción de aquellas dos tracciones violentas y contrarias, con los pies en el aire, las piernas separadas y sin otro apoyo que las rodillas del médico, pujaba vigorosamente, sacando de su debilidad bríos nuevos: don José, con los dedos índice y tercero de su mano diestra introducidos en la vulva, esperaba el feto que llegaba. Era una operación terrible; un tormento inquisitorial que descuartizaba al condenado. Matilde gruñía sordamente, con la ira reconcentrada de un mastín enfurecido. La vagina, no obstante, estaba relajada y los movimientos expulsivos cesaron casi por completo.

—Eche usted en medio vaso de agua—dijo don José a doña Carolina—un papelito de cornezuelo de centeno, de esos que están ahí, encima del lavabo...

La anciana corrió a cumplimentar la orden, mas en su aturdimiento sus manos temblorosas tropezaron con el vaso y éste se quebró chocando contra el mármol de la mesa. Tuvo que salir apresuradamente en busca de otro, y cuando volvió, Matildita Landaluce había perdido el conocimiento. Fué preciso esperar a que pasase el síncope para administrarle el cornezuelo, y después, viéndola tan extenuada, la condujeron al lecho, colocándola en posición supina, con una almohada bajo las nalgas. Pasados algunos momentos de atonía, se recrudecieron los dolores; hacía un calor sofocante, todos estaban abatidos, sin valor para presenciar aquel suplicio inacabable.

Doña Carolina, inclinada sobre el lecho y sin poder disimular su emoción, lloraba consolando a su hija; Pablo, no sabiendo qué actitud adoptar, recordaba sus tardíos arrebatos de marido prudente, y un secreto remordimiento le inducía a arrepentirse de su obra, ya que tantos dolores y tantas lágrimas costaba: Juliana, conmovida también, se enjugaba los ojos con un extremo de su delantal. Tarazona, inmóvil, con las piernas muy abiertas y los brazos cruzados en actitud napoleónica, miraba a Matilde meditando en las dificultades que presentía y que serían tanto mayores cuanto más cerca estuviese el momento supremo del alumbramiento.

La joven volvió a quejarse. Don José se acercó a ella y metió discretamente la mano por debajo de las mantas intentando un tercer reconocimiento. Entonces los movimientos fetales eran más pronunciados: a cada nuevo esfuerzo de la madre, la criatura avanzaba un poco más; pero luego la matriz se replegaba y el feto retrocedía, aumentando indefinidamente la duración del parto con aquel inútil ir y venir. Por indicación del médico, Estrada volvió a favorecer los dolores, oprimiendo las caderas de la joven a cada nueva punzada, y como el lecho era alto, tuvo que apoyar sobre él una rodilla; esto le incomodaba mucho; a cada instante perdía el equilibrio, dejaba de apretar y se desperdiciaban los dolores expulsivos. Matilde, con la cabeza violentamente apoya-

da en las almohadas, pujaba siempre; tenía el rostro congestionado; las arterias del cuello pletóricas de sangre contenida allí por el esfuerzo; los dientes convulsivamente cerrados, rechinando unos contra otros; los ojos enrojecidos; la barbilla hincada sobre el pecho: las manos crispadas, escarbando las sábanas con ahinco de moribundo. El cornezuelo cumplía su demoledora misión.

—Venga, así, seguidito... y sin abrir la boca, porque entonces el feto desanda su camino y nos encontramos como antes.

—¡No puedo más, don José, no puedo...!—gritaba ella, asustada por aquel hombre impasible que exigía constantemente de sus entrañas nuevos desgarros.

—Sí, sí puede usted — repetía Tarazona—; otras pueden; todas las mujeres, desde que el mundo existe, han podido; ¿por qué no había usted de poder...?

—¡No, ya no más, ya no más...!

—Sí, eso no es nada aún; a pujar y a callar, que hablando se pierde tiempo y fuerzas...

Y ella apretaba de nuevo y Pablo la favorecía mareado, sudoroso, jadeante; mientras Tarazona, con los dedos dentro de la vajina, pretendía justipreciar el curso del parto.

Su torpeza y aturdimiento eran tan grandes, que no sabía lo que palpaba; encontraba en el centro del orificio uterino un cuerpo blando y grueso, que era la nalga anterior de la criatura y que él creía la cabeza; fué necesario que el feto avanzase más, para que su alambicado entendimiento de comadrón indocto y rutinario comprendiese la situación. Detrás de la nalga había un surco oblicuo, a lo largo del cual fué reconociendo la cresta del coxis, el ano y los órganos genitales; la criatura ofrecía una presentación

pelviana completa: esto es, las nalgas estaban más bajas, más inmediatas al orificio de salida que los pies, y era varón. Ante la gravedad del caso, Tarazona quiso, al pronto, confesar sus temores y exponer la conveniencia de llamar a otro médico, pero la esperanza de salir triunfante sin la ayuda de nadie, el amor propio, el temor, tal vez, de perder algo de su prestigio, le hicieron arrostrar la situación con cuantos accidentes sobreviniesen. Entonces se levantó y se dirigió al salón, haciendo a Estrada señas de que le siguiese.

—A usted no debo ocultarle la verdad—dijo—; el parto de su señora se ofrece en condiciones dificilísimas.

Pablo estaba tan emocionado que apenas podía hablar y balbuceaba como un niño.

—Aquí tenemos que practicar la versión—añadió el médico.

—¿La versión?...

Pablo Estrada no comprendía.

—Sí: si usted me autoriza la intentaré solo, porque los acontecimientos se precipitan y no hay tiempo de ir a Madrid en busca de otro profesor: es una de las operaciones obstétricas más difíciles, pero, ¡no podemos esperar, la salud de la madre corre peligro!...

Estrada, aturdido por aquella amenaza, se encogió de hombros.

—¡Qué barbaridad!... Haga usted lo que quiera...

Y volvieron a la alcoba. Matilde, viéndoles muy pálidos, sospechó de qué se trataba.

—¿Hay que operarme?—preguntó.

—Sí—repuso don José—; el feto está mal colocado.

—¿Cree usted que resistiré?... séame franco. ¿No moriré durante la operación?...

Habló con perfecta naturalidad: era un desen-

lace en el que había pensado muchas veces. Allí estaba su fin, los naipes se lo anunciaron: sería madre, moriría desesperada: el hijo nacía vengando la locura de Claudio, ofreciendo en holocausto a aquella razón presa del vértigo, la juventud de la mujer que le enloqueció con el veneno delirante de su amor. Ella lo esperaba; la predicción del infausto desenlace de su vida lo recibió en Leganés cuando estuvo en el manicomio con Estrada, y al subir al coche para regresar a Madrid sintió que el fruto de sus entrañas se estremecía violentamente, cual si obedeciendo al inconsciente mandato de un crispamiento nervioso, hubiese volteado sobre sí mismo... Y, no obstante, a aquel hijo asesino, Punto-Negro le quería, reconcentrando en él la afición que tuvo a Claudio.

—¿Y el niño—preguntó—, vivirá?... ¿Vivirá mi hijo?...

—¡Ya lo creo!—exclamó Tarazona afectando una tranquilidad que no tenía—; el niño nacerá bien si usted es valiente y sufre un poquito.

Eran las siete y minutos de la tarde, y en las quince mortales horas trancurridas desde que comenzaron los dolores de dilatación, la enferma había trabajado tanto que sus manos se abrían, y cerraba los ojos de debilidad, como insensible al sufrimiento. Fué necesario administrarla una taza de caldo y algunas copitas de vino con los oportunos intervalos; Juliana la ayudaba a beber los alimentos inclinándole la cabeza hacia adelante para favorecer la deglución: Pablo, enternecido, miraba la operación, acariciando entre sus manos rugosas y amarillas, las de la enfermita; doña Carolina, hasta entonces serena, se retiró a su dormitorio a aliviar su pena llorando; sus lamentos se percibían tenues pero continuos, debilitados por los cortinajes y las puertas cerradas. El médico murmuraba al oído de Pablo:

—Si es una niña... ¿cómo querían ustedes que tuviese un buen parto?...

De pronto, Matilde abrió los ojos.

—¿Por qué llora mamá?—dijo.

—No, tu madre ha salido—repuso Estrada—; tenía que hacer...

—No, mamá está llorando; ¿por qué llora?...

Al ver a Pablo tan solícito, tan sufrido, velando su duelo, sintió hacia él un enternecimiento repentino, una conmiseración de agonizante que todo lo perdona; y lo que nunca había hecho, lo hizo entonces: le cogió una mano y la estrechó contra su pecho.

—Dile a mamá que venga—dijo—; necesito teneros a mi lado... a ella y a ti...

Estas frases cariñosas a que no estaba acostumbrado y aquella caricia tardía, conmovieron a Pablo, arrasándole en lágrimas los ojos.

Cuando todos estuvieron reunidos, y previo el consentimiento de la enferma, procedieron a operarla. Matilde quedó colocada al través del lecho, de cara a la luz, el dorso apoyado contra algunos almohadones y las nalgas sobre una colcha plegada en varios dobleces, de tal suerte, que el sacro quedaba en lo alto y la vulva descubierta; después aproximaron a la cama dos sillas para que apoyase los pies; las piernas se la cubrieron, por separado, con sábanas.

En una de las sillas se sentó Pablo, Juliana en la otra, cuidando ambos de mantener separadas e inmóviles las piernas de la paciente; doña Carolina, al otro lado del lecho, la sujeaba por detrás. El médico se colocó delante de Matide, con la camisa remangada hasta el codo y vestido con un delantal, y colocó en el suelo varias toallas para secarse las manos, una cazuela con aceite y los fórceps.

—Usted, don Pablo, es el encargado de dárme-

los—dijo— : cuando yo le pida la rama de tornillos, me da usted ésta ; la rama de mortaja, es esta otra.

Todavía tuvieron que aguafdar, porque Tarazona quería agua caliente para calentar los fórceps, y Juliana salió a buscarla.

—No nos hemos acordado—dijo—de hacer defecar a la enferma ni de sondarla... Pero, en fin, éstas son precauciones muy secundarias.

Metió en la vulva su mano derecha untada de aceite ; el feto seguía, como antes, presentándose de nalgas. Entonces procedió a la versión cefalítica, introduciendo en el útero, mediante una acción compleja de presiones y de movimientos rotatorios, su mano desplegada en forma cónica ; al llegar al orificio vaginal se detuvo esperando a que pasase la contracción espasmódica del músculo constrictor, y en seguida continuó avanzando suavemente para no provocar con el roce ningún movimiento violento de la matriz, y aprovechando los instantes de reposo que mediaban entre los dolores expulsivos. Aquella operación acreció el sufrimiento de la joven : sus piernas temblaban, su frente se inundaba en un sudor copioso y frío que doña Carolina enjugaba.

Era una situación horrible : Tarazona, vaciando la bolsa de las aguas, cometió un disparate cuyos fatales resultados empezaba a conocer : el líquido segregado por los folículos mucíparos de la vagina, no bastaba a lubrificar las paredes de este órgano, y las dificultades de la versión se multiplicaron. Además, asustado por la posición del feto, en vez de aprovecharla y procurar extraerlo de pie, quería practicar la versión cefálica sin presumir que, dada la falta del líquido amniótico y la extenuación de la madre, el resultado de sus manipulaciones sería funesto. Pero su ignorancia le animaba y siguió trabajando afanoso, sudando como si estuviese en la boca de un horno encendido.

La operación se prolongó más de una hora, durante la cual fué necesario darle a la paciente un segundo papelillo de cornezuelo. Al fin la versión cefálica quedó hecha, aunque mal ; la criatura se presentaba de vértice, con procidencia de un brazo : Tarazona, desesperado, lanzó un juramento e intentó introducir el bracito, pero sin resultado : la cabeza del feto se veía ya, oscilaba en el fondo de un agujero negro. La resignación y el valor heroico de Matilde se habían agotado, y la infeliz empezaba a gritar :

—¡ No, no puedo más ; me muero, me muero... ¡ Arrancádmelo de una vez !...

En aquellos instantes no se acordaba de nadie : el dolor la enloquecía y el instinto de conservación, el ansia de vivir, sofocaban los demás sentimientos. Era inútil hablarla porque no atendía ; por sus mejillas corrían abundantes dos regueros de lágrimas, y sus gritos resonaban lúgubremente en el hotel silencioso, la noche era tranquila y, en el mudo abandono de la explanada, sólo se percibía el liviano rumor de gentes que pasaban por la carretera.

—¡ Vengan los fórceps—exclamó el médico—, el izquierdo !... ¡ No, hombre, esa rama, no ; la otra !...

Estrada le dió las dos ; aterrado ante el brillo siniestro de aquel aparato. Matilde entre tanto, continuaba gritando desesperada :

—¡ Arrancádmelo de una vez !...

Tarazona aceitó los fórceps rápidamente y sólo por sus caras convexas, e introdujo la rama de tornillo por el lado izquierdo de la pelvis, hacia el occipucio de la criatura ; la rama de mortaja la cogió con la mano derecha : pero la operación tampoco se ofrecía bien, había resistencias misterio-

sas cuyo origen el médico no sospechaba: aquel brazo indiscreto le entorpecía y tuvo que sacar los fórceps para meterlos de nuevo; tras algunos tanteos y cuando mediante el dedo índice introducido en la vagina, se convenció de que la cabeza del feto estaba bien cogida entre las ramas, se afirmó sobre los pies para tirar mejor. En aquel trance decisivo, la matriz, estimulada por el cornezuelo, empezó a contraerse violentamente y la parturienta gritaba a cada nuevo dolor, esta vez más intensos, más continuados.

—¡A pujar firme!—decía el médico—, ¡un poco más, y es nuestro; esa barbilla recogida y esa boca cerrada!...

Pablo Estrada y Juliana, que permanecían sentados sujetando las piernas de Matilde, veían asustados la cabeza de la criatura orlada de cabellos negros, asomando por el orificio exterior de la vulva, avanzando unas veces, retrocediendo otras, según las contracciones uterinas o los movimientos respiratorios de la madre, pero sujeta siempre por los fórceps; y aquel antebrazo, cuya mano entreabierta parecía pedir auxilio.

—¡Vamos arriba—gritó Tarazona—, puje usted más, más... más...! ¡El niño se ahoga!

Matilde Landaluce, con el semblante enrojecido y los puños crispados, empujaba siempre y sin abrir la boca. De improviso, cediendo a los esfuerzos de aquella operación brutal, se desgarró el perineo y la sangre corrió abundante, manchando las sábanas, la joven lanzó un quejido, pero su voluntad no flaqueó y continuó pujando. En aquel momento la cabeza del recién nacido salía fuera de la vulva, y el médico dejó los fórceps y siguió tirando de él con las manos, hasta arrancarle completamente. Entonces Tarazona le sopló en la cara, le ató el cordón umbilical y después de cortarlo, lo levantó en el aire diciendo:

—¡Aquí tiene usted a su hijo!

—¿Vive?—preguntó ella.

—Sí... y con los ojos abiertos.

Todos se levantaron.

—¡Es varón!—dijo Estrada.

—¡Varón!—repitió doña Carolina llorando de gozo.

Pero aquella alegría duró un instante; de sopetón, cual si acabasen de romperle una vena, Matilde empezó a arrojar por sus órganos sexuales un caño de sangre; fué una hemorragia terrible, hedionda, que empapó las sábanas, los colchones y la alfombra. El médico colocó a la criatura a los pies del lecho, envuelta en una toalla, y acudió a la madre, la tendieron en la cama en posición supina, la fajaron y Tarazona la introdujo en la vulva un gran trozo de estopa empapada en vinagre; mas la hemorragia no se contenía y bien pronto se formó bajo el lecho un charco de sangre; en pocos minutos el semblante de Matilde quedó lívido, sus labios palidecieron y un frío nervioso agitó sus mandíbulas; los dientes castañetearon. El médico quiso conjurar el peligro poniéndola de costado, pero aquel movimiento, lejos de disminuir el derrame, lo aumentó.

—¿Qué es esto?—gritó Estrada.

—No sé—repuso Tarazona—, no sé... tal vez un desprendimiento del disco placentario...

Doña Carolina abrazó a su hija llorando, besándola frenéticamente. Matilde no se movió: tendida boca arriba, las manos abandonadas sobre el embozo y entreabiertos los labios, parecía sumida en un letargo profundo que retardaba sus movimientos respiratorios. Estaba transfigurada: con los ojos más escondidos que las órbitas y la frente más grande y más transparente... Doña Carolina y Pablo la llamaban desesperados.

—¡Se nos muere, don José...! ¡Qué va a ser de nosotros! ¡Matilde, Matilde!

Ella abrió los párpados lentamente y miró a todos sin sorpresa, cual si despertase de un sueño muy dulce; era una agonía tranquila de pajarito o de niño, que aun no conoce el temor a la muerte.

—¿Y mi hijo?—preguntó.

—Ahí está—repuso Pablo—, ¿cómo te encuentras?

—¿Vive... vive mi hijo...?

No dijo más y entornó los ojos. Entonces su espíritu tuvo algunos momentos de reflexión; pensó en Antúnez y en ella, y comprendió que su fin había llegado: moría joven, pero no la importaba, puesto que Claudio había muerto para ella y miraba acercarse su postrer instante con la indiferente resignación de los enfermos desahuciados. Cuando despertó de aquel segundo síncope, Tarazona procuró darla una taza de caldo.

—No; ¿para qué...? dijo ella—; todo es inútil; la vida se me va poco a poco...

Fué una escena patética: el eterno drama de los que se dan al borde del sepulcro el último abrazo. La agonía avanzaba y el médico ordenó que Juliana fuese en busca de un sacerdote que administrase a la moribunda la Extrema-Unción. Matilde hablaba difícilmente.

—Pablo—dijo clavando en Estrada sus pupilas vidriosas que la muerte empezaba a inmovilizar—, deseo que ese niño se llame Salvador...

Pablo Estrada, sentado al borde del lecho, lloraba con el rostro oculto entre las manos.

—Quiérele mucho—añadió ella—; es mío...

En instantes tan solemnes, sus labios repugnaron una mentira y no se atrevió a decir «¡Es nuestro...!»

Y volvió a dormirse como Lucano dentro del baño fatal, vencida por la muerte, que iba rompiendo uno tras otro los lazos de su personalidad. Conforme la vida disminuía, la expresión del rostro era más aniñada, más inocente, cual si el tormento de su maternidad la hubiese purificado.

—Cuando tornó a abrir los ojos dijo que le trajesen al niño. Tarazona lo recogió y se lo presentó según estaba en la toalla, y Matilde le besó sin hablar.

—¿Y vosotros—preguntó—, me perdonaréis el daño que os haya hecho...?

Hubo una pausa.

—Sí... perdonadme—repitió—, perdonadme...

Su voz iba extinguiéndose.

Aun dijo:

—Perdonadme...

Un estremecimiento sacudió su cuerpo, sus labios temblaron y expiró...

Estas fueron las últimas palabras de Punto-Negro; su postrer pensamiento fué para Claudio; moría recordando la querida memoria del ofensor e impetrando el perdón de los ofendidos y el Destino consumó su obra haciendo saltar el último eslabón de aquella cadena de amores.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, fué conducida al cementerio en un modesto ataúd negro, sobre el cual los amigos más allegados depositaron algunas coronas: en aquella caja, con las manecitas cruzadas sobre el pecho y de cara al cielo, iba Matilde Landaluce, poco antes tan locuaz, tan alegre, tan pecadora, a reposar junto a su primer marido, el sueño eterno. Era domingo y en los ventorros de Cuatro-Caminos resonaban los alegres acordes de los pianillos: al ver el coche mortuorio, los transeuntes volvían la cabeza, sorprendidos de que no fuese blanco aquel féretro tan pequeño. Unicamente Pablo Estrada la acompañó.

Madrid.—Noviembre, 1897.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

BIBLIOTECA SOPENA

TOMOS PUBLICADOS

1.—**La Gloria de don Ramiro**, por Enrique Larreta.
2.—**La Ginesa**, por Carlos María Ocantos.
3.—**Guzmán de Alfaraehe** (tomo 1.º), por Mateo Alemán.
4.—**Guzmán de Alfaraehe** (tomo 2.º).
5.—**El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha**, por Cervantes.
6.—**Novelas Ejemplares** (tomo 1.º), por Miguel de Cervantes.
7.—**Novelas Ejemplares** (tomo 2.º).
8.—**La Galatea**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
9.—**Los Trabajos de Persiles y Segismunda**, por Miguel de Cervantes
10.—**La Caravana**, por Eduardo Marquina.
11.—**León Zaldívar**, por Carlos María Ocantos.
12.—**El Quijote Apócrifo**, por Alonso Fernández de Avellaneda.
13.—**Como un sueño**, por A. G. Barrili.
14.—**Los Lobos y el Cordero**, por J. S. Fletcher.
15.—**Historia de la vida del buscón llamado don Pablos**, por Quevedo
16.—**¡Misericordia!**, por M. Martínez Barrionuevo.
17.—**Eros**, por Juan Verga.
18.—**Floración**, por Rafael López de Haro.
19.—**La Juventud de Aurelio Zaldívar**, por A. Hernández Catá.
20.—**Vuelo de Cisnes**, por Vargas Vila.
21.—**La Novela del Honor**, por Rafael López de Haro.
22.—**El Alcázar de las Perlas**, por Francisco Villaespesa.
23.—**Entre todas las mujeres**, por Rafael López de Haro.
24.—**Novela Erótica**, por A. Hernández Catá.
25.—**De los Viñedos de la Eternidad**, por Vargas Vila.
26.—**Quilito**, por Carlos María Ocantos.
27.—**Beso de Oro**, por Eduardo Marquina.
28.—**Entre dos Luces**, por Carlos María Ocantos.
29.—**Libre Estética**, por Vargas Vila.
30.—**El Olmo y la Yedra**, por A. G. Barrili.
31.—**El Libro del Amor y de la Muerte**, por Francisco Villaespesa.
32.—**El Candidato**, por Carlos María Ocantos.
33.—**Sobre el abismo**, por Eduardo Zamacois.
34.—**La Imposible**, por Rafael López de Haro.
35. **María Magdalena**, por Vargas Vila.
36.—**La Pícara Justina**.
37.—**Al borde del pecado**, por Alvaro Retana.
38.—**El Sátiro Priapo y la Diosa Hebe**, por Serafín Puertas.
39.—**Fuegos fátuos**, por A. Hernández Catá.
40.—**El Diablo Cojuelo**, por Luis Vélez de Guevara.
41.—**Tobi**, por Carlos María Ocantos.
42.—**Aben-Humeya**, por Francisco Villaespesa.
43.—**Los sueños**, por Francisco de Quevedo y Villegas.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS